

Estructura, abstracción y sacralidad

La arquitectura religiosa del
Movimiento Moderno
en la **Ciudad de México**

Ivan San Martín



Estructura, abstracción y sacralidad

La arquitectura religiosa del Movimiento
Moderno en la Ciudad de México

Diseño gráfico: Ricardo González Bugarin

Diagramación: Estampa Artes Gráficas / MSA

Corrección de estilo y cuidado de la edición: Carlos Alberto Chávez Calvillo

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-607-02-8702-2

Este libro fue producto del PAPIIT núm. RR403312 de la DGAPA de la UNAM

D.R. Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Arquitectura

Coordinación de Investigaciones en Arquitectura, Urbanismo y Paisaje

Unidad Multidisciplinaria,

Círculo interior s/n, Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán,

CP 04510, Ciudad de México

Dirección General de Asuntos del Personal Académico

Edificio "C" y "D", 4o. piso, Zona Cultural,

Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán,

CP 04510, Ciudad de México

Estructura, abstracción y sacralidad

La arquitectura religiosa del Movimiento Moderno en la Ciudad de México

Ivan San Martín Córdova



Universidad Nacional
Autónoma de México



Facultad
de Arquitectura

Universidad Nacional Autónoma de México

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario General

Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Secretario de Desarrollo Institucional

Dr. Cesar Iván Astudillo Reyes

Secretario de Atención a la Comunidad Universitaria

Dra. Mónica González Contró

Abogada General

Mtro. Néstor Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

Dirección General de Asuntos del Personal Académico

Dr. Carlos Arámburu de la Hoz

Dirección

Dra. Claudia Cristina Mendoza Rosales

Dirección de Desarrollo Académico

Ing. Ma. Magdalena Hernández Guzmán

Dirección de Formación Académica

Facultad de Arquitectura

Arq. Marcos Mazari Hiriart

Dirección

Arq. Honorato F. Carrasco Mahr

Secretaría General

Mtro. Luis de la Torre Zatarain

Secretaría Académica

Lic. Leda Duarte Lagunes

Secretaría Administrativa

Arq. Salvador Lizárraga Sánchez

Coordinación Editorial

Dr. Juan Ignacio del Cueto Ruíz-Funes

Coordinación de Investigación en Arquitectura,

Urbanismo y Paisaje (CIAUP)

Arq. Isaura González Gottdiener

Secretaría Técnica de la CIAUP

Consejo Editorial de la Facultad de Arquitectura

Dra. Lourdes Cruz González Franco

Dra. Mónica Cejudo Collera

Dra. Consuelo Farías-van Rosmalen

Dra. Johanna Lozoya Meckes

Dra. Amaya Larrucea Garritz

Dr. Alejandro Villalobos Pérez

Dra. Adriana Lira Oliver

Dr. Juan Ignacio del Cueto Ruiz-Funes

Mtro. Gustavo Casillas Lavín

Mtro. Alejandro Cabeza Pérez

Mtro. Ángel Mauricio Grosó Sandoval

Dra. Eftychia D. Bournazou Marcou

Mtro. Luis de la Torre Zatarain

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
PROLÓGO	11
PREFACIO	15
INTRODUCCIÓN	21
Los inicios del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (1930-1950)	32
· La llegada de la modernidad arquitectónica a los templos católicos apostolicos	34
· La llegada de la modernidad arquitectónica a los templos bautistas	69
· La llegada de la modernidad arquitectónica a las sinagogas.....	73
· Epílogo a la primera etapa	81
La apropiación del Movimiento Moderno por la arquitectura religiosa (1950-1960).....	84
· La apropiación de lo moderno por la iglesia católica apostólica	86
· La llegada de los "cascarones de concreto".....	96
· La llegada de los círculos a las plantas	112
· La llegada de los triángulos a Las plantas	120
· La llegada de las cubiertas con plegaduras	130
· Capillas comunitarias: laboratorios preconcliares	133
· Capillas asistenciales y hospitalarias	145
· La apropiación de lo moderno por los templos luteranos	151
· La apropiación de lo moderno por las sinagogas	158
· Epílogo a la segunda etapa	162
La expansión del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (1960-1975).....	164
· Lo moderno en los templos católicos apostólicos	166
· La expansión de los cascarones	181
· Los templos de Fernando López Carmona	188

· La impronta de Alberto González Pozo	192
· Otros autores de cascarones	205
· Las cubiertas en plegaduras	213
· Las cubiertas colgantes	221
· Nuevas posibilidades expresivas de los materiales	228
· Nuevas capillas comunitarias	252
· La impronta de Chávez de la Mora	254
· Templos católicos apostólicos con otros rituales	260
· Templos modernos del catolicismo ortodoxo	264
· La expresión de lo moderno en los templos protestantes	270
· Lo moderno en los templos de otros cristianos minoritarios	281
· Lo moderno en las sinagogas	288
· Epílogo a la tercera etapa	300
La herencia del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (a partir de 1975)	304
· Los templos tardomodernos	306
· El desdén tardomoderno	316
· Los templos regionalistas	319
· Una posmodernidad inacabada	327
· Las búsquedas a fin de siglo	335
· Los templos para un nuevo siglo	342
BIBLIOGRAFÍA	345
ÍNDICE DE TEMPLOS	349
ÍNDICE AUTORAL	354
AGRADECIMIENTOS	358

P r e s e n t a c i ó n

La ciudad, con su duro rostro de cristales y piedra, es testigo fiel de nuestra identidad y de su historia. En el caso particular de la Ciudad de México, sus edificios evidencian la desmesura y el desorden de los conflictos culturales y sociales que nos han forjado, y así también las reconciliaciones y los acuerdos que sostienen a toda sociedad moderna. Sin duda, una de las tensiones que más nos caracteriza es la convivencia de la esfera religiosa con el ámbito público, la cual ha sido fértil y provechosa para nuestra cultura cuando se ha sabido llevar con respeto y dentro de los límites de la laicidad.

De modo que buena parte de los arquitectos que dieron cuerpo a la metrópoli del México moderno participaron en la producción de arquitectura religiosa. No podemos pasar por alto que el proyecto original de Ciudad Universitaria incluía un centro religioso, lo cual demuestra la aguda conciencia respecto a las prácticas y necesidades de nuestra sociedad. Incluso, algunas de estas construcciones son hoy día hitos urbanos, mientras que otras dialogan discretamente con el entorno dinámico de grandes edificios y avenidas tumultuosas.

Investigar esta parte de nuestro patrimonio arquitectónico es un compromiso con la sociedad y con nuestra disciplina, tarea que el doctor Iván San Martín Córdova ha emprendido con mucha pasión, de manera minuciosa y esforzada. En efecto, el volumen que el lector tiene en sus manos es resultado de un proyecto con más de diez años de labor documental, durante los cuales el Dr. San Martín ha seguido la influencia del Movimiento Moderno en los recintos religiosos, procurando dar a conocer el contexto político y social, así como las motivaciones personales y

profesionales de los arquitectos e ingenieros que participaron en estos proyectos, sumado a las preocupaciones y necesidades de las comunidades que utilizan dichos templos. En consecuencia, el presente libro se ha estructurado en cuatro partes: las primeras incursiones del Movimiento Moderno, la apropiación de este estilo por las construcciones religiosas, su posterior consolidación y la ulterior herencia en templos cuyos arquitectos buscaron trascender el lenguaje moderno.

Destaca la objetividad con que emprendió este rescate del patrimonio religioso moderno, pues esta perspectiva facilita la inclusión de centros religiosos pertenecientes a la pluralidad de cultos que se practican en el país. Con una población mayoritariamente católica, las múltiples religiones y las distintas liturgias suelen ser ignoradas u homologadas con aquélla. Por esta razón, aquí se identifican con claridad las características religiosas de cada una; de manera sucinta, se describen sus orígenes y su llegada a México, así como algunos ritos pertinentes. Todo ello dirigido a resaltar las funciones que cada edificación tuvo que considerar y los retos que enfrentó, desde una sinagoga hasta un templo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Para puntualizar, la arquitectura de los distintos cultos que adoptaron rasgos del movimiento moderno en sus construcciones dentro del periodo aquí establecido, está bien delimitada en apartados exclusivos.

La exposición clara y amena invita a la mirada crítica sostenida en documentos históricos y fuentes gráficas. Cada templo aquí descrito se acompaña del plano de su planta y de fotografías en su mayoría recientes, mediante las cuales el lector puede reflexionar respecto al papel de lo espiritual en nuestras ciudades postindustriales.

Tanto el estudiante como el historiador de la arquitectura encontrarán provecho al recorrer estas páginas. Para la Facultad de Arquitectura es un compromiso responder con investigaciones de calidad a nuestro compromiso por preservar y difundir la historia del patrimonio arquitectónico de México; patrimonio vivo que adquiere actualidad a medida que la misma sociedad lo usa y habita.

P r ó l o g o

En noviembre de 1943, Mario Pani dedicó el número 14 de su revista *Arquitectura*, al tema de la arquitectura religiosa, en correspondencia con los inicios de la presencia moderna en este género. La publicación inicia con un texto “Sobre arquitectura religiosa”, tomado de *Éléments et théorie de l’Architecture* del conocido teórico Julien Guadet; de cierta forma el artículo siguiente de José Villagrán García no nos sorprende, “La Iglesia Católica ante la arquitectura de época”, que busca así dejar sentadas las bases para el diseño y construcción de templos modernos en México. En el presente libro, Ivan San Martín abre con un estudio acucioso que corresponde a este primer momento de la arquitectura religiosa acotado a la Ciudad de México, señalando tanto las aportaciones estructurales como los resultados plásticos.

Es adecuado advertir también que el género religioso ha contado con pocas publicaciones sistemáticas y analíticas, por lo que la presente revisión, amplia y muy bien documentada, se muestra como un indudable aporte; no está por demás señalar que el autor se acerca a las edificaciones religiosas en general, a pesar del peso mayor de la religión católica apostólica. Resulta entonces particularmente interesante comprobar, en estas páginas, cómo las variadas expresiones surgen no sólo de la voluntad de diseño de sus autores, sino de las especificidades y requerimientos de cada religión.

Es por ello que cobra valor especial el título de este estudio, pues en su desarrollo vamos encontrando cómo el proyecto arquitectónico resulta fundamental, en particular en el tema de la estructura misma de los templos, por las exigencias de albergar a una comunidad

dentro de ciertas condiciones de participación ceremonial. Asimismo, nos va quedando claro cómo, en las manifestaciones artísticas, rápidamente pierde terreno lo figurativo en aras de una predominancia de elementos abstractos que conjugan más fácilmente la modernidad de las construcciones. Finalmente, es indispensable reconocer, de la mano del autor, que los diversos cultos y credos modelan a las edificaciones que los albergan, siguiendo rigurosamente las solemnidades y el desarrollo litúrgico de cada uno de ellos. Sin embargo, resulta necesario enfatizar que, si bien una iglesia o una sinagoga deben cumplir con los preceptos mencionados, existe una cualidad intrínseca con la que estos edificios deben contar, un espacio conducente a la espiritualidad y a la fe; efectivamente, estos ámbitos deben de favorecer la reflexión y la elevación moral, cualidades que son imposibles de asir o de acotar en un simple trazo arquitectónico, pero que otorgan el verdadero valor a los espacios religiosos.

En cuanto a la estructura del libro, apreciamos cómo los tres primeros capítulos dan cuenta del desarrollo de este tipo de arquitectura, y señalan acertadamente las aportaciones de cada religión; cabe mencionar que el tercer capítulo conforma el florecimiento de este género, en el periodo caracterizado como la expansión del Movimiento Moderno, que va de 1960 a 1975. En este lapso de tiempo coinciden diversos factores que favorecen la proliferación de templos y edificios religiosos, en particular el crecimiento demográfico que estuvo emparejado con un auge económico, sin olvidar la presencia de destacados arquitectos y artistas; una conjunción que permitió alcanzar excelentes muestras de la creatividad subordinada a la observancia y la religiosidad; por ello, es significativo que el autor haya dado apartados particulares a ciertos arquitectos o tendencias, ya que su presencia en estos terrenos fue fundamental para lograr la excelencia de los resultados. Finalmente, el último capítulo refiere a la continuidad de las expresiones modernas religiosas, más allá de los límites temporales que normalmente definen a la modernidad, ampliando con ello los alcances de la investigación.

En otro orden de ideas, resulta importante establecer aquí una liga con la organización internacional Docomomo, dedicada a la documentación y conservación de los edificios, espacios y conjuntos del Movimiento Moderno, puesto que una de sus funciones es establecer una memoria de los inmuebles que forman parte de esta expresión arquitectónica y, con ello, favorecer la conservación de ese patrimonio.

Este organismo, fundado en 1989, cuenta en la actualidad con buen número de secciones nacionales que trabajan arduamente en las labores de registro, tendientes a la elaboración de publicaciones y otros medios de transmisión masiva para dar a conocer este importante periodo de la arquitectura del siglo XX, a la vez que favorecer la conservación de este legado. El grupo de trabajo de Docomomo México, –ha contado desde su inicio en 2003–, con la colaboración de Ivan San Martín, quien actualmente funge como Secretario. Por ello resulta por demás acertado este libro que posee las cualidades y un sentido de compromiso que lo liga a las propuestas y los ideales de esta agrupación.

Así podemos decir que se tornaron realidad los deseos de José Villagrán en el artículo anteriormente citado, ya que en la presente publicación se hace evidente “Cuan clara y nítida aparece la conducta de los prelados mexicanos cuya consciente actitud permite y auspicia la construcción de nuevos templos por arquitectos jóvenes cuyo camino está limpio de obstáculos [...] ante la Arquitectura de cada época y las avanzadas de la cultura.” Cabe la satisfacción a Ivan San Martín de ser el autor de un libro que recoge, estudia y analiza la riqueza del patrimonio religioso moderno edificado en la Ciudad de México.

LOUISE NOELLE

P r e f a c i o

La publicación de este libro culmina poco más de diez años de investigación sobre la calidad espacial y morfológica de la producción arquitectónica para la experiencia religiosa, tanto en una dimensión nacional, como en el caso particular de la Ciudad de México¹. Los *templos*, como solemos llamarlos de manera genérica –cada religión suele nombrarlos de un modo específico: iglesia, sinagoga, mezquita, centro de adoración, salón del reino, etcétera– han estado presentes a lo largo del desarrollo de la cultura, pues son manifestaciones que intentan responder a las recurrentes preguntas –individuales y colectivas– por nuestra existencia en el tiempo y lugar donde vivimos.

De este modo, los templos son los lugares en donde los creyentes encontrarán las respuestas acerca de la *causalidad* de la vida y la *teleología* que le dará sentido a su inevitable muerte física, frente a la incertidumbre de aceptar la *casualidad* de la existencia humana, sin un porqué del antes y un adónde del después. Justo en estos lugares llamados templos, buena parte de los seres humanos encuentran el sentido de su existir, a través de un diálogo íntimo entre su pensamiento y las explicaciones cosmogónicas que se presentan a través de una determinada concepción teológica. Sin embargo, como este diálogo personal es vulnerable a la dispersión del discernimiento individual, es necesario que se oriente al creyente para que llegue a buen fin –sentirse reconfortado por haber recibido las respuestas adecuadas–, y para

1. Un primer producto académico de esta larga investigación fue la exposición homónima de este libro, una muestra itinerante constituida por 52 carteles, la cual desde 2014 se ha presentado en la Facultad de Arquitectura de la UNAM, en la Universidad Iberoamericana, en la Universidad Anáhuac México Norte, en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla y en el Museo de la Ciudad de Guadalupe.

ello se han creado las instituciones religiosas que le permiten no sólo no extraviarse en el intento, sino cohesionar su pensamiento con la dimensión colectiva en donde se halla inmerso.

Esta dimensión social de las creencias reafirma y sujeta al creyente, pues las creencias individuales pueden ser endebles ante las propias dudas; en cambio, si todo un conjunto social cree en lo mismo, las ideas se fortalecen, se reafirman y se identifican en la dimensión social del grupo, pues todos los miembros reunidos en una asamblea pública –de donde deriva el término “iglesia”²– funcionan como testigos de la aceptación pública de la fe del creyente. Para que ese refrendo pueda realizarse, es necesario disponer de una *espacialidad* en donde se reconforten colectivamente las creencias, un espacio delimitado por un *tiempo* y *lugar* específicos, donde se cobije el sentido de *sacralidad* que el grupo requiere;³ es decir, un espacio que lo *diferencie* de otras actividades humanas, obteniendo así la imprescindible separación de lo sagrado y lo profano. De hecho, esta condición espacial es el origen primigenio de todas las agrupaciones religiosas: *religarnos* en un *lugar* y *tiempo* determinados –como lo indican los términos latino y griego: *re-ligare* o *synágein*–⁴ tanto para fortalecer nuestras explicaciones cosmogónicas –pues no creemos equivocarnos cuando muchos creemos en lo mismo–, como para *igualar* nuestras creencias, ya que no se puede pensar “cualquier cosa” –de ahí la importancia de evitar las herejías en todas las religiones–, sino que el pensamiento debe estar institucionalizado para asegurar la correcta transmisión del mismo *corpus* a través de varias generaciones.

Todas las explicaciones individuales deben corresponder a la adecuada interpretación de las *palabras* consideradas como *sagradas* por las instituciones, tanto las contenidas en los textos escritos –Biblia, Torá, Corán–, como las pertenecientes a la oralidad, que son fundamentales para aquellas religiones que no poseen textos fundacionales, sino sólo repetición de mitos cantados o recitados. Como la transmisión de esas palabras sagradas tampoco puede quedar al arbitrio del representante en turno de la institucionalidad eclesial –llámese sacerdote, chamán, rabino, pastor o ministro–, se hace necesario institucionalizar las prácticas cotidianas de la palabra en una *liturgia*,⁵ esto es, un *ritual* o protocolo ordenado para realizar los diversos tipos de ceremonias de culto en las distintas religiones.

2. Pues la palabra latina de *ecclesia* deriva a su vez del vocablo griego *ἐκκλησία* o *ekklesiá* que significa literalmente *asamblea*.

3. Más adelante, se propondrán cinco estrategias que suelen utilizarse para dotar a los espacios de esa deseada sacralidad.

4. Ambos términos aluden a la dimensión colectiva, pues “religión” proviene del latín *religāre*, que significa *vínculo* o *atadura*, mientras que el vocablo de “sinagoga” deriva del griego *συναγωγή* o *synagōgē*, es decir, del verbo *συνάγειν* o *synágein*, que significa reunir o congregar.

5. Del latín *liturgia*, que a su vez procede del griego *λειτουργία* o *leitourgia*, que significa propiamente servicio o ministerio.

Estos son los elementos indispensables para una celebración religiosa en colectividad: un espacio físico, un tiempo determinado, una palabra sagrada, una concepción cosmogónica, una asamblea reunida, un oficiante y una liturgia, todo lo cual converge en la experiencia existencial del creyente, única e irrepetible. A partir de este punto, se puede hablar de la arquitectura de templos, pues todo lo anterior puede estudiarse desde la antropología cultural, la sociología de las religiones, la teología o la filosofía, inclusive. En cambio, es justamente la arquitectura aquella disciplina que permitirá que los anteriores rasgos puedan cobijarse *eficiente* y *simultáneamente* en un tiempo y un lugar, ya sea que se trate de arquitectura edificada por los propios fieles y maestros de obra⁶ –como ocurre con muchos de los templos autoconstruidos– o bien, de arquitectura diseñada profesionalmente por aquéllos –arquitectos o ingenieros civiles– a quienes la sociedad les reconoce legalmente las facultades técnicas e intelectuales para hacerlo.

Las diferencias entre ambos tipos de arquitectura son, fundamentalmente, cualitativas,⁷ pues más allá de las diferencias entre el costo y tipo de materiales, sistemas constructivos o elementos estructurales entre la arquitectura autoconstruida y la profesional, la aspiración y consecución de la belleza marca una diferencia sustancial entre ambas. En la primera, el papel estético ocupa una finalidad secundaria –al menos a propósito de los templos urbanos–, mientras que en la segunda, la obtención de una belleza arquitectónica (formal y espacial) cobra un papel preponderante en el propio “programa de necesidades”. Esto es resultado de que, sabiamente, sacerdotes y arquitectos han podido reconocer que tanto la experiencia religiosa como la estética poseen un componente emotivo y frutivo indisoluble, de tal suerte que si ambas se experimentan simultáneamente –es decir, a Dios y a la belleza que lo representa– el resultado siempre será más intenso, independientemente del credo de adscripción. Así lo demuestra la pluralidad de cultos que impera en México, misma que esta investigación buscó plasmar mediante una visión multirreligiosa.

Por ello, y sin negarle el valor antropológico a los templos autoconstruidos –susceptibles tal vez de una investigación antropológica– en este libro sólo nos interesa analizar académicamente a los segundos. Si sólo se ha decidido aquí incluir los templos que sí fueron construidos por los gremios profesionales, se debe a que el presente documento

6. No comparto la idea tan extendida entre los arquitectos de que sólo la “Arquitectura” puede ser producida por el gremio, o bien, de que sólo es arquitectura aquella que es “bella” y “artística”. De este modo, el resto que no cumple con tales condiciones, debemos llamarlo tan sólo, peyorativamente, como “edificaciones” o “construcciones”. En contraste, considero que todo lo edificado por el ser humano debe llamarse “arquitectura”, y que dentro de este grupo, hay desde luego, buena y mala arquitectura; es decir, lo que existe son diferencias cualitativas, pero que en nada alteran su adscripción arquitectónica. Evidentemente, estas definiciones sobre el término “arquitectura” requieren discusiones prolongadas que no son el motivo del presente texto, por lo que sólo pretendo esclarecer al lector el marco teórico desde el cual escribo.

7. Pues cuantitativamente, los profesionales parecen haber perdido la batalla, al menos en Latinoamérica, donde la inmensa mayoría de lo construido en pueblos y ciudades es realizado, lamentablemente, sin intervención profesional de los arquitectos o los ingenieros.

8. No así en el siglo XIX cuando, a raíz de la aplicación de las Leyes de Reforma, se destruyeron muchos inmuebles virreinales de gran valor patrimonial.
9. En contraste con muchos países centroeuropeos, donde la religiosidad va en decremento abismal, a tal grado que desde hace años han comenzado a cerrar templos por la escasa afluencia de fieles, de tal suerte que, para no destruirlos –pues algunos tienen gran valor patrimonial– los convierten en restaurantes, librerías o centros comunitarios.
10. Cuyo nombre completo fue: *Arquitectura religiosa mexicana en grandes ciudades: expresión de la sacralización contemporánea (2ª parte)* con número de proyecto PAPIIT: RR 403312.
11. Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica.
12. Dirección General de Apoyo al Personal Académico.

tiene una finalidad didáctica: servir a las escuelas y facultades de arquitectura, tanto para la formación de los alumnos como para el trabajo docente de los profesores que se interesan en este género. Adicionalmente, este fin didáctico en nada obstaculiza la posibilidad de que también brinde conocimiento a aquel público interesado en valorar patrimonialmente los templos, pues el género religioso –hay que reconocerlo– es probablemente el que menos destrucción ha recibido en el siglo XX⁸ –al menos en México, no así en otros países–.⁹ El hecho de que, a diferencia de otros géneros arquitectónicos, los templos mexicanos hayan gozado de una existencia prolongada, representa una circunstancia positiva, en buena medida derivada de la condición jurídica que han tenido desde hace siglo y medio –al menos hasta las reformas constitucionales de 1991–, pues la mayor parte de ellos continúa siendo propiedad federal –aunque la posesión sea de las asociaciones religiosas–. Esta circunstancia asegura que queden fuera del feroz mercado inmobiliario que no respeta ni los valores arquitectónicos, ni los reglamentos –los grandes inversionistas siempre encuentran una “salida” para burlar la ley–, ni mucho menos los entrañables vínculos sociales que las comunidades suelen establecer con sus patrimonios arquitectónicos, en cuya consciencia este libro también espera poder contribuir.

Finalmente, sólo resta mencionar que el libro que el lector tiene entre sus manos pudo ser concretado gracias a la Facultad de Arquitectura de la UNAM, donde se desarrolló el proyecto denominado “Arquitectura religiosa mexicana en grandes ciudades”¹⁰ a través del marco institucional de los programas PAPIIT¹¹ que convoca la DGAPA,¹² instancia universitaria cuyo apoyo permitió el financiamiento editorial que posibilitó este libro, por lo que se resalta a las autoridades mi agradecimiento a su confianza y su paciencia. También ha de agradecerse a muchas instituciones y personas que me apoyaron, ya sea porque me brindaron reflexiones pertinentes durante el desarrollo de la investigación –especialmente a Louise Noelle y Alberto González Pozo– o bien, porque pusieron a disposición archivos históricos y permitieron el ingreso franco a los templos para llevar a cabo los registros fotográficos y gráficos indispensables para el análisis de las obras. Asimismo, se agradece también a todos los estudiantes de arquitectura que menciono en los reconocimientos al final de este libro, quienes con su paciente trabajo como prestadores de servicio social y práctica profesional supervisada produjeron los dibujos que acompañan

este análisis; especialmente a los alumnos Josué Pérez Sánchez por su trabajo fotográfico, Andrea Guzmán Ibáñez por sus dibujos, a Rafael Mancilla Walles por sus axonométricos, así como también al fotógrafo Alberto Moreno Guzmán por permitir la desinteresada reproducción de sus instantáneas; al diseñador gráfico Ricardo Bugarín de *Morfina Editorial* por su diseño editorial, y a todo el personal de *Estampa Artes Gráficas* por su cuidadoso y responsable trabajo. Así también, a Jorge M. Medina Hernández, mi compañero de vida, quien me ha brindado su paciencia, amor y comprensión. Adicionalmente durante el dilatado proceso de investigación debí enfrentar las vicisitudes naturales de la vida ante la inevitable pérdida de mis padres José San Martín Aguilar (†2011) y Gloria Córdova Ocariz (†2013), quienes se hubieran sentido inmensamente felices con la publicación de este libro. A todos ellos mi recuerdo y gratitud, así como también a todos aquéllos a quienes involuntariamente he olvidado mencionar. Pero sobre todo, mi mayor reconocimiento a la UNAM, mi Casa de Estudios, por permitirme seguir desarrollando esta apasionante labor académica.

IVAN SAN MARTÍN CÓRDOVA
CIUDAD UNIVERSITARIA, CIUDAD DE MÉXICO

I n t r o d u c c i ó n

“Así como la plegaría no se da en el tiempo, sino que el tiempo se da en la plegaría, el sacrificio no se da en el espacio sino que el espacio se da en el sacrificio. Y quien invierte la relación, suprime la realidad”

—MARTÍN BUBER, FILÓSOFO Y ESCRITOR

21

Probablemente el género arquitectónico religioso sea uno de los más antiguos que existen en la cultura mundial,¹ junto con el de la producción funeraria y el de la arquitectura doméstica, pues los tres hunden sus raíces en los imprecisos orígenes del hombre como criatura cultural. Difícil ha sido el poder identificar el paso del refugio de la cueva a la vivienda aislada, o el enterramiento de mágicas connotaciones al cementerio fuera de las ciudades; o bien, entre la espacialidad de un ritual religioso frente al chamán de la tribu y un templo edificado en una acrópolis. Pese al paso de los siglos y milenios, es quizás la arquitectura religiosa la que más pervivencia ha tenido, pues más allá de diferencias entre deidades, instituciones religiosas, reformas litúrgicas y formas estilísticas, la celebración de un culto en colectivo sigue conformándose por tres elementos básicos: el orante, un oficiante y el símbolo sagrado, los que al relacionarse teológicamente entre sí, producen en el feligrés una experiencia religiosa única e irrepetible que le permite enfrentarse a lo incierto de su devenir, tanto en su vida presente, como en la comprensión de su inevitable muerte.

Para enfrentar este humano devenir, las culturas han construido durante siglos una gran variedad de templos: zigurats, teocalis, catedrales, sinagogas, mezquitas y demás nombres con los que solemos reconocerlos, todos ellos adheridos a una institución religiosa que promueve, custodia y reglamenta la continuidad de sus respectivas

1. Se prefiere no utilizar el término “universal”, el cual refleja una concepción cosmocéntrica propia de la soberbia humana.

creencias. Algunas han durado milenios, como el catolicismo, el judaísmo, el islam y las religiones mesoamericanas, mientras que otras sólo llevan unos cuantos siglos, como los mormones, los anglicanos, los ortodoxos, los protestantismos históricos o los adventistas del séptimo día. También las hay de relativa juventud, como la del Cristo Científico, los Testigos de Jehová, la Luz del Mundo o la Universal del Reino de Dios, quienes triunfantes se diferencian sobre aquellos cultos que aún no han logrado ser incluidos en este selecto grupo de religiones formales, tales como la Santa Muerte y la Cienciología,² al menos en México, donde no han logrado ser reconocida como asociación religiosa.

Todas ellas tienen presencia en México, tanto en las entidades federativas, como en la capital, por lo cual se ha procurado la construcción de sus espacios religiosos para la adecuada celebración de sus cultos. A veces se trata de edificaciones sencillas, mientras que en otras, se trata de grandes monumentos donde celebran actos masivos para su fe, casi en concordancia con la tradición del México antiguo, donde las actividades religiosas se daban al aire libre y en inmensas plazas públicas, frente a adoratorios elevados sobre enormes basamentos de pirámides truncadas. Y es que durante varios siglos imperaron las religiones mesoamericanas, las cuales compartían un sustrato común de mitos y dioses principales, aunque con diferencias en los nombres –pues Tláloc y Chac eran el mismo dios de la lluvia– y en la adoración de ciertas deidades locales. Luego, con la incursión castellana en América, se sucedieron tres siglos de una sola religión: el catolicismo apostólico,³ el cual no permitió la entrada –al menos formalmente– de ninguna otra religión europea, so pena de enfrentarse a la poderosa Inquisición que velaba el monopolio de la custodia de las almas, tanto de españoles, negros e indígenas, como de la gran variedad de habitantes pertenecientes a una de las “castas” producidas por la mezcla de estas tres. Fue hasta más tarde cuando, una vez superada la mitad del siglo xix, las reformas liberales juaristas abrieron la posibilidad jurídica para que se instalasen en el país la gran diversidad de religiones que ya existían en Estados Unidos. Europa y Medio Oriente, pluralidad religiosa que se incrementó a lo largo del siglo xx y que hoy se manifiesta en la riqueza arquitectónica que puebla las calles y plazas de la Ciudad de México.

Esta diversidad de expresiones arquitectónicas existentes a lo largo del pasado siglo poseen, sin embargo, un elemento común en todos sus espacios de culto: la *sacralidad*, la cual se vincula de manera directa

2. No confundir con la Iglesia del Cristo Científico, mencionada algunas líneas más arriba.

3. Se hace la precisión de “catolicismo apostólico” pues, como se verá más adelante, también existen otros dos catolicismos, el ortodoxo y el anglicano.

con las creencias teológicas, religiosas y morales de cada credo, provenientes de sus libros sagrados y normativos que rigen física y espiritualmente a los miembros de su fe. En todas estas religiones la noción de sacralidad ha sido parte nodal de su culto, pues comienza en la propia experiencia religiosa de cada individuo, de manera inmaterial y fenomenológicamente intransferible, tal y como la define el jesuita español Antonio Blanch:

No hay que entender lo sagrado como si fuera una cosa, un objeto físico, sino como un orden de realidades, o una Realidad que se sitúa en el plano que se capta como último, en relación con el nivel de realidad en que suele ocurrir la vida humana [...] Su presencia en nuestra conciencia se insinuará, desde lo oscuro y misterioso, y se irá imponiendo con tal fuerza que, aun sin dejarse abarcar, la experimentamos como inequívocamente real [...] El rasgo primero y fundamental de esta vivencia interior asombrosa es el profundo respeto y sumisión que, en términos específicamente religiosos, suele llamarse *adoración*.⁴

Para lograr esta experiencia individual de lo sagrado, las religiones han edificado diferentes edificios para satisfacer sus particulares demandas litúrgicas y eclesásticas, a los que nombran de muy diversas maneras: iglesias, templos, sinagogas, centros de adoración, santuarios o salones del reino, todos ellos espacios de culto que se encuentran equipados con muebles, enseres litúrgicos, emblemas, imágenes o libros sagrados dirigidos a reforzar, desde el punto de vista simbólico, la afirmación colectiva de la experiencia religiosa individual y colectiva. Todos estos edificios para el culto son primordialmente diseñados –además de sus aspectos funcionales– como lugares especiales para la expresión de la sacralidad religiosa, lógicamente con los matices y significados que cada una de las asociaciones les imprime. Esta sacralidad –no confundir con el término “sacralización”–⁵ se expresa en las propias características arquitectónicas de los edificios para el culto, tanto plástica como funcionalmente, por lo que es indispensable analizarlas para comprender la diversidad de cada espacialidad, aunque se manifiesten de manera distinta en cada religión y etapa histórica.⁶

Debe recordarse que esta noción de sacralidad es de índole cultural, pues deriva de las creencias religiosas que dotan de significados simbólicos a ciertos espacios y objetos, donde y con los cuales se llevan a cabo las ceremonias litúrgicas que los comunican con la divinidad, a diferencia del resto de espacios funcionales también de uso religioso,

4. Antonio Blanch, *Lo estético y lo religioso: cotejo de experiencias y expresiones*, México, UIA/ITESO, 1998, pp. 10-11.

5. Aunque ambos términos se encuentran etimológicamente vinculados, se debe recordar que aluden social y religiosamente a procesos muy distintos: el primero debe entenderse como la acción de dotar de significados sagrados a espacios u objetos, cuya finalidad no era primigeniamente la religiosa, como ocurre cuando ciertos hinchas *sacralizan* un estadio de fútbol o cuando un pueblo otorga un valor simbólico a un determinado espacio o monumento donde han ocurrido hechos sociales significativos.

6. La sacralidad sólo ocurre *dentro y para* el ámbito religioso, a través de espacios y objetos que fueron específicamente diseñados para ese fin; por lo mismo, incurren en procesos simbólicos radicalmente distintos a la sacralización del mundo profano. Al respecto de esta distinción, conviene recordar a autores como Felipe Gaytán Alcalá, quien ha señalado la pérdida de la centralidad de lo sagrado como una de las características de las sociedades contemporáneas, al incorporar la sacralización de otros referentes culturales como la política, el espectáculo o los deportes, constituyendo así dos caras de la misma moneda: “La secularización es una distinción que le permite a lo sagrado reacomodarse en el mundo, con tal distinción logra reconocer lo que le compete como creencia respecto a todo aquello que no lo es y que forma parte de los sistemas sociales”. Felipe Gaytán Alcalá, *Las semánticas de lo sagrado*, México, Plaza y Valdés, 2004, p. 25.

como las dependencias administrativas de un templo, las aulas de una escuela religiosa o las zonas habitacionales de un convento. Asimismo, por su propia naturaleza cultural, la sacralidad sólo es reconocida principalmente por los miembros de la propia comunidad, como ocurriría por ejemplo con las reliquias de algún santo que sólo serían veneradas como objeto sagrado por la feligresía católica, mientras que carecerían de devoción alguna para un judío o un evangélico. Por ello, y a fin de estudiar la expresión de la sacralidad en la arquitectura, se proponen aquí cinco maneras distintas de identificarlas, lo que nos permitirá el reconocimiento de su expresión arquitectónica en los espacios de culto:

La consagración

Proveniente del latín *consecrāre*, que significa precisamente: “hacer sagrado algo”,⁷ es una cualidad espacial y material que se adquiere a través de un ritual eclesial específico que “convierte” al espacio mundano en espacio sagrado. Con ello se le confiere un valor inmanente que la feligresía puede estimar durante meses, años y siglos, hasta el momento en que el espacio fuese usado para fines profanos y fuera necesario llevar un nuevo ritual. Los católicos apostólicos, los ortodoxos, los mormones y los anglicanos necesariamente deben *consagrar* sus espacios arquitectónicos para llevar a efecto un servicio religioso. Entre los protestantes, la denominación luterana sí suele consagrar sus espacios, mientras que el resto de los evangélicos prefieren llevar a cabo el ritual de *bendición* y *dedicación* del espacio de culto que le otorga su unívoca función religiosa. En contraste, hay otras confesiones que no lo requieren y por lo mismo, sus espacios de culto se hallan ausentes de esta connotación, como los Cientistas Cristianos y los Testigos de Jehová –pertenecientes al grupo de iglesias cristianas no evangélicas– lo que no los exime, desde luego, de no pretender alcanzar la sacralidad por alguna de las otras estrategias que a continuación se exponen.

Los objetos sagrados

Es habitual que las religiones doten de un valor especial a ciertos elementos materiales o artefactos que se encuentran dentro de sus espacios de culto, los cuales, por el alto valor conferido, son resguardados en retablos, muebles o dispositivos específicos que asegurarán el valor

7. Diccionario de la Real Academia Española

inmanente. Así ha ocurrido, por ejemplo, en las iglesias católicas, cuando la hostia es expuesta dentro de un cáliz para la adoración de la feligresía; o bien, cuando ciertas imágenes pictóricas o escultóricas adquieren una connotación sagrada y divina, como por ejemplo, el lienzo guadalupano de la Basílica del Tepeyac –al que se le atribuye una autoría no humana–, mismo que ha necesitado de una rampa inferior deslizante para que los fieles puedan observarla y adorarla sin interrumpir la celebración de las misas. En contraste, otras religiones prefieren utilizar el término *veneración* –en vez de sacralidad–, más relacionado con la acción colectiva de la propia feligresía, como ocurre con los rollos judíos de la Torá que se resguardan celosamente en los *kaarón akodesh*⁸ de sus sinagogas. Lo mismo ocurre entre los católicos ortodoxos, donde inclusive la ceremonia de consagración incluye tanto el propio espacio de culto, como cada uno de los utensilios que se utilizarán en la Divina Liturgia. En todos estos ejemplos, el objeto sagrado o venerado es expuesto y guardado dentro de algún contenedor especial, ubicado en un lugar jerárquico dentro del espacio de culto, a fin de propiciar la comunicación del creyente con su divinidad e irradiar de sacralidad al espacio circundante.

Los rituales sagrados

La repetición de una determinada liturgia permite a las instituciones religiosas la afirmación de un mito teológico, generalmente de carácter medular y fundacional para la preservación de su propio credo. Así, por ejemplo, la mesa de un altar católico o anglicano, donde repetidamente se celebra y rememora la cena y el vino, es considerado un lugar sagrado para el sacerdote y su congregación, no sólo porque está dentro de un espacio también consagrado, sino porque es precisamente ahí donde se manifiesta la revelación y la presencia divina. Inclusive, estos rituales sagrados pueden realizarse no sólo dentro del templo –un lugar consagrado– sino también en espacios urbanos profanos, cuando la celebración religiosa se extiende hacia el espacio público de una población, como ocurre con las celebraciones de Semana Santa o la fiesta de un santo patrón de una comunidad; entonces las calles se sacralizan –aquí sí aplica el término– a medida que la procesión transita, y se suelen colocar “estaciones” para el *Vía Crucis* o humilladeros que recuerden a los transeúntes que se trata de calles y esquinas con una función urbana eventualmente sagrada.⁹

8. El gabinete o arcón sagrado donde se guardan los rollos de la Torá en las sinagogas.

9. Es tan fuerte la sacralidad que brinda la imagen de un altarcito callejero, que en las calles capitalinas donde la gente suele arrojar basura, orinar o cometer asaltos, los vecinos suelen colocar una imagen de una virgen a fin de interrumpir estas prácticas impropias.

La oralidad sagrada

Esta cuarta característica está presente en todas las religiones asentadas en México, sobre todo aquéllas que hacen referencia al Verbo divino registrado en algún libro sagrado, como la Biblia cristiana o la Torá judía. Al ser leídas por algún sacerdote o feligrés, irradian de sacralidad el espacio arquitectónico circundante, por lo que la pronunciación de una afrenta durante su lectura –es decir, una oralidad profana y antagónica– sería considerada como una blasfemia ante la palabra de Dios. Para ello, la arquitectura religiosa ha dispuesto de lugares diseñados específicamente para la difusión de esta oralidad sagrada. Ejemplo de ello es la bimá en las sinagogas, aquel estrado o baldaquín donde el lector lleva a cabo la lectura de los textos judaicos, o bien, el ambón y el púlpito entre los católicos apostólicos, donde respectivamente se difunde y enseña la palabra bíblica. También la oralidad es medular para los Testigos de Jehová y para los Cientistas Cristianos, cuyos sencillos espacios, –Salones del Reino y Primeras Iglesias, respectivamente,– carecen de imágenes y de ornamentos suntuosos, pero sí poseen una adecuada iluminación natural para favorecer la lectura de los textos, así como una pequeña tribuna para los discursos bíblicos y una placa que muestra una frase u oración proveniente de la Biblia o de algún otro libro complementario. Asimismo, la oralidad sagrada se ha expresado con el canto desde hace muchos siglos, para lo cual la arquitectura religiosa ha dispuesto espacios y tratamientos específicos. Está presente en el catolicismo apostólico de los cantos gregorianos, así como en los *Te Deum*,¹⁰ las *Ave María* y los *Miserere*,¹¹ cantados desde los coros¹² durante los momentos más sagrados de las celebraciones. Entre los protestantes, la oralidad sagrada también se ha expresado de manera cantada por la propia feligresía, pues los himnos constituyen un elemento imprescindible para la adoración semanal –con música de compositores europeos de primer orden–, para lo cual, los templos disponen de suficiente luz natural para el seguimiento de las estrofas y de coros para la instalación de los órganos o demás instrumentos musicales.

10. *Te Deum*: en latín “A ti, Dios”, que son las primeras palabras del cántico. Es uno de los primeros himnos cristianos, tradicional en la acción de gracias y en momentos de gran celebración, como en las ceremonias de canonización, la ordenación de presbíteros o tras la elección de un nuevo Papa.

11. Expresión latina que se traduce como: “Apíadate” o “ten piedad”. Es un Salmo de la Biblia usado en la liturgia católica en las *Laudes* de todos los viernes del año, dado su carácter penitencial.

12. Durante las últimas décadas, también la feligresía católica ha incrementado la práctica del canto, a diferencia de las décadas y siglos anteriores, cuando el acompañamiento musical era sólo producido desde el coro donde se hallaban los órganos y demás instrumentos.

La sacralidad de la asamblea reunida

Esta quinta expresión de la sacralidad también es común a todas las religiones en México, y se logra con la presencia de la feligresía reunida –o asamblea–¹³ dentro del propio templo, sinagoga o iglesia, pues su asistencia confirma la validez colectiva de una celebración pública o privada, sea un sacramento religioso o una práctica litúrgica dentro de algún servicio ordinario o extraordinario. En una iglesia católica apostólica, por ejemplo, la asamblea reunida es indispensable para llevar a cabo una misa –tanto en el ritual romano, como en el maronita y en el greco-melquita– pues cada fiel es percibido –en un símil arquitectónico– como una piedra que forma parte del gran edificio de la Iglesia como institución. También en un servicio de adoración protestante la sacralidad existe sólo cuando la feligresía está presente, pues cuando se ha retirado del espacio de culto, el edificio pierde su principal potestad, aún y cuando se encuentre consagrado, bendecido o dedicado. Además, la asamblea reunida debe atestiguar el cumplimiento de algunos de los sacramentos, por ejemplo, el bautismo de un infante o de un adulto, que sólo alcanza validez sagrada cuando es llevado a cabo frente a la congregación como testigo, como ocurre con los Testigos de Jehová, los Adventistas del Séptimo Día, los mormones, los cristianos de la Luz del Mundo o los evangélicos de la Iglesia Bautista. Por ello, sus espacios de culto suelen disponer de lugares específicos –desde una pila hasta una pequeña alberca– situados visual y jerárquicamente para que la asamblea reunida pueda confirmar la ceremonia.

Estas cinco expresiones de sacralidad dentro del espacio religioso se han manifestado de una u otra manera en todas las confesiones asentadas en México, aunque evidentemente, con las particularidades propias que cada concepción teológica y litúrgica arroja. Las iglesias del catolicismo apostólico y las del ortodoxo, por ejemplo, suelen utilizar las cinco estrategias de la sacralidad espacial: consagran sus espacios, poseen objetos sagrados, efectúan siempre los mismos rituales litúrgicos, repiten o cantan la palabra de Dios y estiman a la asamblea reunida como manifestación misma de la sacralidad. En el polo opuesto, los Testigos de Jehová y los Cientistas Cristianos sólo estiman como sagrada la palabra bíblica y la feligresía reunida, mientras que a tres restantes no le conceden importancia alguna.

13. Recordemos que el vocablo iglesia proviene, etimológicamente, de asamblea.

Por las razones aquí expuestas, puede ya advertirse que el concepto de sacralidad en los espacios arquitectónicos dedicados al culto es complejo y variado, tanto por la propia experiencia religiosa dentro de una determinada fe, como por la gran variedad de credos que promueven y defienden sus propias verdades teológicas. En el ámbito arquitectónico, esta complejidad fenomenológica y pluralidad religiosa se ha manifestado tanto en el diseño mismo de sus espacios de culto –que deben satisfacer sus particulares demandas de sacralidad–, como en la expresión morfológica de los mismos, es decir, en los estilos o concepciones estéticas de formas y espacios que cada época imprime, producto evidentemente de las teorías arquitectónicas en boga, tanto mexicanas como provenientes del exterior.

En el caso de la Ciudad de México, la expresión morfológica para los espacios de culto ha sido variada durante el siglo xx, pues dos grandes corrientes han dominado el panorama de producción de templos. Por un lado, la gran diversidad de corrientes ornamentales que podemos agrupar bajo el término de *historicismo arquitectónico*, el cual abarca desde la primera década –el final del Porfiriato– hasta mediados de los años cincuenta. Su característica principal ha sido su vínculo estético con los estilos del pasado, tanto mexicanos como europeos, tales como el neogótico, el neobarroco o el neoclásico, vertientes que parecían gustar tanto a las feligresías tradicionales, como a los sacerdotes conservadores, que preferían no apostar en espacialidades y expresiones formales innovadoras. Estas expresiones arquitectónicas –que no son motivo de estudio de este libro¹⁴ parecían detentar vínculos históricos, estéticos y simbólicos con ciertas feligresías capitalinas, aunque sus sistemas constructivos y estructurales en ocasiones sí solían ser innovadores –aunque quedaban ocultos bajo la ornamentación historicista–, pues sus autores –tanto arquitectos e ingenieros civiles– aprovechaban así las posibilidades espaciales que brindaban materiales como el concreto armado o el acero.

Por el otro lado, la otra gran vertiente de la arquitectura religiosa de la Ciudad de México la constituye el Movimiento Moderno –motivo de interés académico del presente libro–. Consiste en una expresión de raigambre internacional que desde los años treinta fue ganando terreno al historicismo, hasta finalmente lograr consolidarse como la opción mayoritaria en la capital, una modernidad que fue compartida por igual en todas las religiones, pues lo mismo se hicieron parroquias católicas,

14. Para la corriente ornamental, se sugieren consultar: “La gran corriente ornamental de la arquitectura religiosa en la Ciudad de México”, en la revista *Arquitectónica*, México, Universidad Iberoamericana, 2005; y “La otra arquitectura religiosa de la Ciudad de México”, *Bitácora*, núm. 17, México, UNAM, 2007, pp. 12-20; o bien, el libro de Ivan San Martín, Lucía Santa Ana y Raquel Franklin, *Tradicón, ornamento y sacralidad. La expresión historicista de la arquitectura religiosa del s. xx en la Ciudad de México*, México, UNAM, 2012.

templos protestantes y sinagogas, aunque desde luego, cada una debía cubrir las cuatro especificidades que las determinan y diferencian: las teológicas,¹⁵ religiosas,¹⁶ morales¹⁷ y litúrgicas.¹⁸

Para su adecuado análisis historiográfico, la producción del Movimiento Moderno en la capital se presentan aquí en cuatro grandes etapas cronológicas, sin que desde luego se trate de cortes inamovibles y rigurosamente separados, pues sólo se trata de herramientas epistemológicas que permitirán al lector un posible camino para conocer y comprenderla:

Los inicios del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (1930-1950)

Una vez superada la Guerra Cristera, los arquitectos e ingenieros civiles comenzaron a proyectar sus primeros templos modernos, tanto en su concepción geométrica como morfológica, con referencias tanto al *art déco* como a algunas obras de arquitectos franceses modernos –Auguste Perret por ejemplo–, mientras que en su sistema constructivo ya incorporaban plenamente el uso del concreto armado aparente, aunque en las plantas arquitectónicas continuaron utilizando las tradicionales cruz latina y basilical.

La apropiación del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (1950-1960)

Durante esta década, el uso del concreto armado se generalizó en las obras religiosas: parroquias, sinagogas y templos evangélicos se adhirieron a las innovaciones morfológicas, constructivas y estructurales, con independencia de su adscripción religiosa. Aún pervivían algunas plantas arquitectónicas tradicionales –como la cruz griega y la basilical de tres naves– mientras que otras prácticamente quedaron en desuso –como la cruz latina, que había logrado perdurar durante varias centurias–. También surgieron plantas circulares y triangulares,¹⁹ acompañadas por alzados de gran innovación estructural –como los paraboloides de concreto, comúnmente llamados “cascarones”–, aunque en el diseño de las portadas y en la morfología volumétrica aún persistía la simetría axial; la introducción de campanarios exentos asimétricos y de

15. Como las concepciones culturales que explican a los fieles las soluciones existenciales del ser humano ante la vida y la muerte.
16. Como la organización de sus espacios con base en el papel que juegan las diversas jerarquías religiosas.
17. Como la organización social promovida por la religión desde su particular concepción de lo bueno y lo malo, el papel de los géneros, la alimentación, los roles sociales y las prácticas sexuales permitidas y proscritas.
18. Como los protocolos y el uso de utensilios físicos que intervienen en la celebración de los diversos rituales religiosos.
19. Las primeras fueron remotamente en los bautisterios paleocristianos y románicos, mientras que las segundas, prácticamente habían tenido nula aplicación en los espacios de culto.

elementos ornamentales no figurativos, intentaron acercar a los diseño a una composición más moderna.

La expansión del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (1960-1975)

Durante este periodo pervivieron las plantas ortogonales de una y tres naves, así como la continuación de esquemas circulares y triangulares. Se incrementaron las plantas en forma de abanico –propiciaban mayor visibilidad y cercanía–, las cuales fueron usadas tanto por los católicos apostólicos que acababan de renovarse en el Concilio Vaticano II, como por las otras iglesias minoritarias que también gustaban de una mayor comunicación entre los fieles y el altar. Las cubiertas fueron muy variadas, desde los últimos frutos de los cascarones, hasta la continuación de bóvedas tradicionales, aunque con materiales y expresión modernos. También se desarrollaron al máximo las estructuras metálicas –en cerchas y tridimensionales– y se incorporaron las cubiertas colgantes –a base de tensores y mallas– y las plegaduras de concreto.

Al finalizar el llamado Movimiento Moderno en la Ciudad de México,²⁰ nuevas búsquedas comenzarían su propio camino, inmersas en los propios influjos arquitectónicos nacionales e internacionales. Para entonces, la Ciudad de México se había hecho más tolerante a la diversidad religiosa²¹ y paralelamente se mostraba un decremento de porcentaje de católicos, en contraste con el aumento del agnosticismo y de fieles de religiones minoritarias, producto de una intensa actividad proselitista en zonas urbanas deprimidas y decepcionadas de la religiosidad dominante. Adicionalmente, una nueva circunstancia política y jurídica influyó fuertemente en la construcción de templos: las reformas constitucionales de 1991 otorgaron una nueva personalidad jurídica a las asociaciones religiosas, haciéndolas susceptibles de adquirir y poseer bienes e inmuebles; con ello se propició una seguridad institucional en la edificación de templos legalmente propios, cuyas características se precisan en el último capítulo:

20. Pues no se trata de una división cronológica que pueda aplicarse por igual al resto de las entidades federativas, ya que cada una de ellas presenta sus propios desarrollos y, por lo mismo, requiere de un andamiaje historiográfico propio y de construcción local.

21. No así, lamentablemente, en otras entidades federativas, donde aún se presentan conflictos religiosos entre los ciudadanos de diversos credos.

La herencia del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (a partir de 1975)

Durante el último cuarto del siglo XX, la arquitectura religiosa mexicana se desarrolló entre un contexto complejo y titubeante: por un lado, estaban los autores que buscaban la expresión de una identidad nacional y local –a través del llamado regionalismo–, y por el otro, había quienes pretendían ponerse al día con las expresiones internacionales, ya fuera a través de la llamada arquitectura posmoderna o mediante la llamada *arquitectura tardomoderna*, la cual intentaba recoger los mejores frutos formales y tecnológicos que había legado el Movimiento Moderno. Durante este periodo, se continuaron las plantas ortogonales, circulares, trapezoidales y elípticas, siempre sin apoyos intermedios y con claros más grandes, aunque también se exploraron algunas variantes, como las de forma de pescado y las formadas por yuxtaposición de figuras. Por su parte, las cubiertas aprovecharon los logros estructurales y constructivos anteriores, pero con algunas especulaciones innovadoras en materiales, tanto aquéllos que expresaban contemporaneidad, como los que representaban un apego a la identidad nacional.

Como podrá observarse, el primer andamiaje historiográfico lo constituye la identificación cronológica, una división que se entrecruza con las cinco variables de trabajo de esta investigación: a) las asociaciones religiosas –es decir, la división por “religiones”–; b) la estructura y materiales de la cubierta; c) la planta arquitectónica; d) los autores de los templos, y por último, e) la obra plástica en ellos contenida –como vidrieras, mosaicos y objetos litúrgicos–. Cinco variables que, combinadas con la estructura cronológica ya mencionada, intentan ordenar el ingente y rico panorama de la producción religiosa²² en la capital que a continuación se muestra.

22. Sólo se incluyen templos que fueron construidos con la finalidad religiosa, no así construcciones adaptadas que originalmente fueron diseñadas para otro fin. Así por ejemplo, quedaron fuera los templos de la Iglesia Universal del Reino de Dios “pare de sufrir” ya que, independientemente de su valor sociológico o antropológico, sus templos ocupan antiguos teatros o cines adaptados al uso religioso.



Los inicios del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (1930-1950)



Durante las tres primeras décadas del siglo xx comenzaron a manifestarse parcialmente algunos rasgos de modernidad arquitectónica en el género religioso, específicamente en la utilización de elementos de concreto armado en las estructuras y en cierta tendencia morfológica a la sencillez ornamental; sin embargo, no podría asegurarse que se trata ya de obras integralmente “modernas”¹. Emblemática fue la incorporación de la estructura de concreto en la parroquia de la Sagrada Familia en la colonia Roma hacia 1911, la cual, sin embargo, fue recubierta con cantería y ladrillo industrializado, pues se consideró que el novedoso material socavaba su contenido simbólico y estético.²

Superada la Guerra Cristera, a principios de la década de los treinta, es posible identificar los primeros ejemplos de templos modernos, toda vez que el contexto político comenzó a incrementar su tolerancia religiosa y las autoridades eclesiásticas recuperaron parcialmente su confianza para emprender nuevas edificaciones, a pesar de que automáticamente pasaran a ser propiedad federal, como ocurría desde mediados del siglo xix por la aplicación de las Leyes de Reforma.

En esta época es posible identificar los primeros templos “modernos”, tanto por su dimensión morfológica *–art déco* primero y

1. Entendido este calificativo como expresión de las teorías emanadas del Movimiento Moderno.
2. La obra fue realizada de 1910 a 1912 por el arquitecto Manuel Gorozpe y el ingeniero naval Miguel Rebolledo. Ver Israel Katzman, *Arquitectura del siglo xix en México*, México, Trillas, 1993 (1ª. ed. 1973), p. 329.

racionalistas después—,³ como por su componente constructiva, pues comenzaron a utilizar el concreto armado aparente. No obstante, a pesar de estas dos trascendentes innovaciones, los primeros templos presentaban aun rasgos tradicionales: plantas arquitectónicas en cruz latina, griega y basilical, y muros de carga, bóvedas, cúpulas y pechinas como elementos estructurales, contruidos tanto con materiales tradicionales, como con el innovador concreto armado expuesto en la superficie. La tensión entre estos cuatro aspectos —plantas y estructuras tradicionales contruidos mediante materiales y morfologías modernas— sería la principal característica de las iglesias, templos y sinagogas de las décadas de los treinta y cuarenta, pues los edificios de culto, independientemente de sus religiones, se adhirieron por igual a los movimientos arquitectónicos, por encima de sus diferencias culturales, teológicas y litúrgicas. Su forma, estructura y materiales confluyeron en un anhelo de renovación plástica, más allá de diferencias entre credos y liturgias; lo mismo encontramos ejemplos modernos en las sinagogas y los templos protestantes, que en iglesias del catolicismo apostólico.

La llegada de la modernidad arquitectónica a los templos católicos apostólicos

Las primeras apuestas por la modernidad arquitectónica provinieron del clero católico apostólico,⁴ aun y cuando se trataron de ejemplos singulares debido a que una gran mayoría de sus clérigos continuaban decantándose por las bondades simbólicas y estéticas que encontraban en el historicismo arquitectónico.⁵ Los nuevos templos poseían ya estructuras de concreto armado —en muchos casos plenamente visibles—, que permitían alturas y claros interiores de mayor envergadura, ganando así en espacialidad libre de apoyos intermedios.

Entre las principales obras de aquella primera etapa de modernidad se encuentran las siguientes nueve iglesias: Nuestra Señora del Sagrado Corazón “La Votiva” (1931-1943), en la colonia Juárez; Cristo Rey (1942-1952), en la colonia Portales; Purísimo Corazón de María (1938/1947-1954), en la Colonia del Valle; parroquia de la Inmaculada Concepción y Santa María Goreti, en la colonia Argentina; Nuestra Señora de la Piedad (1944-1957), en la colonia Piedad Narvarte; Nuestra Señora del Socorro (1949),

3. Con algunas referencias directas a ciertas obras europeas emblemáticas, particularmente a los templos franceses de Auguste Perret.

4. Varios son los “catolicismos” presentes en México: el apostólico, que incluye a los distintos ritos romano, maronita y grecomelquita; el anglicano o episcopal, y el catolicismo ortodoxo, ya sea griego o antioqueño.

5. A los interesados en la expresión religiosa historicista durante el pasado siglo, se les sugiere que, además de los artículos indicados en la nota dos, pueden consultar: Ivan San Martín (comp.) *Tradicón, ornamento y sacralidad. La expresión historicista del siglo xx en la Ciudad de México*, México, UNAM, 2012.

6. Rebolledo fue de los primeros impulsores del uso y comercialización del concreto armado desde inicios del siglo. Durante la década de los veinte se orientó hacia la arquitectura doméstica, así como hacia la construcción de sencillas escuelas y laboratorios. Hacia finales de la tercera década, construyó un templo católico de expresión neocolonial, la parroquia de San José de los Obreros (1939-1955), localizada en

en Lomas de Chapultepec; Nuestra Señora del Perpetuo Socorro (1948-1949), en la colonia Algarín; Santuario de Nuestra Señora del Sagrado Corazón (1947), en la colonia Narvarte; y Cristo Rey y Santa Mónica (1942-1947) en la colonia Verónica Anzures.

Además de estos templos que fueron obras completamente nuevas desde su concepción hasta su edificación, hubo casos donde la influencia moderna se redujo a inserciones parciales en obras construidas con antelación, como la fachada moderna en la parroquia neogótica de San Rafael Arcángel y San Benito Abad en la colonia San Rafael, realizada en 1942. También la innovadora capilla de la Inmaculada Concepción (1942) –perteneciente al subgénero de los espacios congregacionales católicos–, anexa a la parroquia de la Sagrada Familia en la colonia Roma, presenta un caso muy temprano de sustitución de muros verticales por una bóveda de geometría parabólica erigida desde el piso, cuya construcción fue apenas un año después de la famosa parroquia Purísima de Monterrey de Enrique de la Mora.

Los autores de estas primeras obras modernas fueron principalmente arquitectos, y no ingenieros civiles o simples constructores: Vicente Mendiola Quezada, Emilio Méndez Llinás, Luis Olvera, Antonio Muñoz García, José Creixell del Moral, Mario Pani Darqui, Enrique Lagenscheidt, Gabriel García del Valle y Villagrán, Joaquín Alonso

y Ricardo Albarrán, con un impulso profesional por adherirse a las tendencias mundiales renovadoras y propiciar la modernización arquitectónica de las iglesias. Cabe destacar la colaboración del ingeniero naval Miguel Rebolledo Rivadeneyra –figura que merecería un estudio monográfico–, quien colaboró en el cálculo y construcción de varias obras religiosas, tanto modernas como historicistas.⁶

Para el proyecto de la parroquia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón “La Votiva” (1931-1943),⁷ el padre Luis G. Romo invitó a colaborar a los arquitectos Vicente Mendiola Quezada y Emilio Méndez Llinás, quienes entonces se encontraban asociados profesionalmente.⁸ El predio se hallaba en la confluencia de dos céntricas calles, Paseo de la Reforma y Génova, en la colonia Juárez⁹ –hoy en plena Zona Rosa–, emplazamiento urbano entonces de vivienda al que se respondió a través de un escalonamiento volumétrico: ascendente hacia la esquina para otorgarle mayor jerarquía y descendente hacia la colindancia, para integrarla con la entonces escala habitacional de la colonia. En años recientes fue ampliada la tercera planta –para oficinas y vivienda del párroco– lo cual eliminó el escalonamiento volumétrico original, aunque la intervención fue bastante respetuosa –se intentó imitar los materiales y colores preexistentes– al grado de que pasa casi inadvertida.

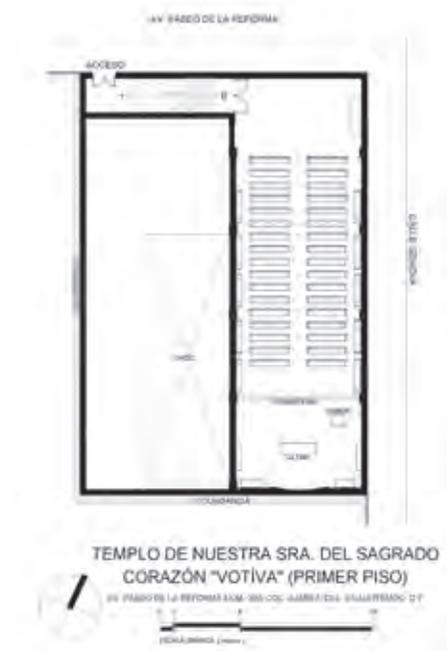
Fernando Ramírez núm. 75, colonia Obrera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

7. El año de inicio proviene de un plano de Vicente Mendiola Quezada (del archivo que conservaba su hija María Luisa ‘Lita’ Mendiola), mientras que el año de terminación aparece sobre el arco de acceso de la capilla superior. La consagración ocurrió varios años después, hasta el 16 de noviembre de 1943, según se
8. María Luisa Mendiola, *Vicente Mendiola, Un hombre con espíritu del Renacimiento que vivió en el Siglo XX*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1993, p. 54. En 2012, el arquitecto Emilio Carrera impulsó una segunda edición corregida titulada *Vicente Mendiola*, con apoyo del Gobierno del Estado de México.
9. Paseo de la Reforma, esquina con Génova, colonia Juárez, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

Su disposición volumétrica también respondía al propio funcionamiento de los espacios interiores: la nave principal fue colocada en la esquina del predio y en planta alta, con doble altura y gozando de luz natural –por Génova y desde la azotea lateral–, mientras que en la planta baja se dispuso un espacio religioso secundario, con planta asimétrica de tres naves –la mayor más alta que las laterales– y entrada de luz cenital, a través de unos blocks de vidrio localizados en la losa superior, pues la nave principal se encuentra desfasada hacia la izquierda, en el nivel superior.

Las fachadas mostraban una mesurada presencia de ornamentación *art déco*, tan sólo indicada por algunas líneas verticales de azulejos, rodapiés de perfiles escalonados, remates ornamentados y sencillas marquesinas sobre los accesos principales, características que incitan a pensar que “probablemente fue la primera iglesia construida en la ciudad de México con estructura de concreto y la única en estilo *art déco*”, como indicaba la arquitecta María Luisa Mendiola en su estudio monográfico sobre la obra de su padre.¹⁰ Sin embargo, aun presentaba influencias formales del historicismo, específicamente del neocolonial, como puede percibirse en la utilización de arcos de medio punto de los accesos y ventanas, así como por la enorme espadaña superior que coronaba el conjunto y que en el proyecto original

Plantas baja y alta de la iglesia de Nuestra Señora del Sagrado Corazón “La Votiva”, colonia Juárez, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México. Dibujo realizado por alumnos de servicio social (ASS)



10. María Luisa Mendiola, *op. cit.*, p. 54.



Iglesia del Sagrado Corazón "La votiva", (1931-1943) colonia Juárez, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, Arquitectos: Vicente Mendiola y Emilio Méndez Llinás. Fotografías: Josué Pérez Sánchez (JPS), en la Facultad de Arquitectura de la UNAM, durante su práctica profesional supervisada, en 2013-2014

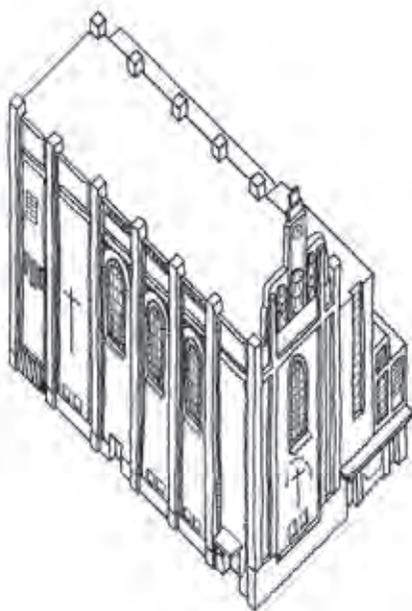
estaba flanqueada por unas esculturas de ángeles que nunca fueron colocadas.

Otro templo que también expresa la primera modernidad en el catolicismo apostólico en la Ciudad de México –aunque en este caso se trata sólo de la culminación de la fachada de un templo neogótico iniciado dos décadas atrás– fue la parroquia de San Rafael Arcángel y San Benito Abad, localizada en la antigua colonia Arquitectos,¹¹ posteriormen-

te llamada San Rafael. El primer templo había sido construido por monjes benedictinos españoles hacia 1910, y se mantuvo en pie durante todo el periodo revolucionario; sin embargo, la creciente feligresía obligó a su demolición y a emprender la erección de un segundo templo, de estilo neogótico, a partir de 1921. Los autores fueron dos catalanes: José Verdaguer, quien hizo el diseño, y Enrique Monet, encargado de la construcción.¹² Se inauguró el 21 de no-

Isométrico de la iglesia de “La Votiva” (1931-43). Dibujo realizado por Rafael Mancilla Walles (RMW), Programa de Verano de la Investigación Científica (PVIC), Academia Mexicana de Ciencias (AMC), 2013

Fachada de la iglesia “La Votiva”. Arqs. Vicente Mendiola y Emilio Méndez Llinás. Fotografías: JPS, 2013



11. El nombre se modificó cuando la expansión urbana de la primera colonia terminó por absorber los terrenos y caminos del rancho San Rafael. La ubicación precisa es Francisco Pimentel núm. 30, colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

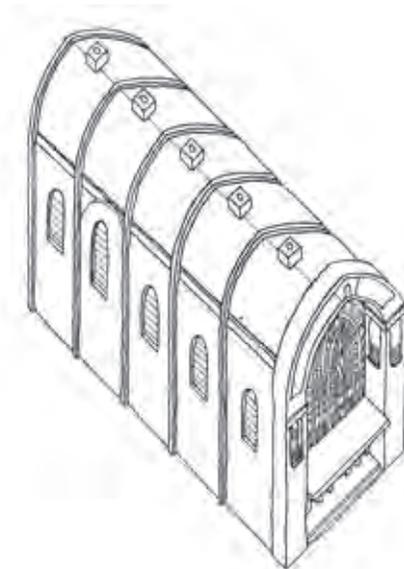
12. Roberto Alexis Chávez Camacho, *El templo de San Rafael Arcángel y San Benito Abad*, México, Libros Virtuales, 2012, p. 41.

viembre de 1925, aunque faltaba el primer tramo de la nave a los pies del templo, donde se preveía erigir una portada neogótica. No obstante, ante la necesidad de utilizar religiosamente el espacio, se decidió habilitar provisionalmente una fachada de madera, la cual duraría varios años en pie, probablemente por dificultades económicas, tal y como se informa en un pequeño cuadernillo que contiene la historia de la parroquia: “¿Por qué se inauguró la iglesia si no estaba completamente terminada de construir? Muy posiblemente la explicación se encuentre en las limitaciones económicas de los benedictinos para emprender las obras”.¹³

Fue hasta 1943 cuando los benedictinos emprendieron la tarea de culminar la fachada final del templo,¹⁴ cuya autoría están aún en duda, pues mientras que en los archivos parroquiales es adjudicada al arquitecto Salvador Roncal y Gómez Palacio –alumno de José Villagrán García en la Escuela Nacional de Arquitectura–,¹⁵ en los archivos profesionales del arquitecto Nicolás Mariscal y Piña se menciona como obra suya.¹⁶ De cualquier modo, el encargo no era una tarea fácil, pues había que hacer coincidir la nueva fachada con la espacialidad que arrojaba la estructura del templo neogótico preexistente. El resultado fue una interesante portada –la misma que permanece en la actualidad–

Fachada de la parroquia de San Rafael Arcángel y San Benito Abad, fachada del arq. Salvador Roncal y Gómez Palacio en la colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México. Fotografías: JPS, 2013

Isométrico de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMW dentro del PVC de la AMC, 2013

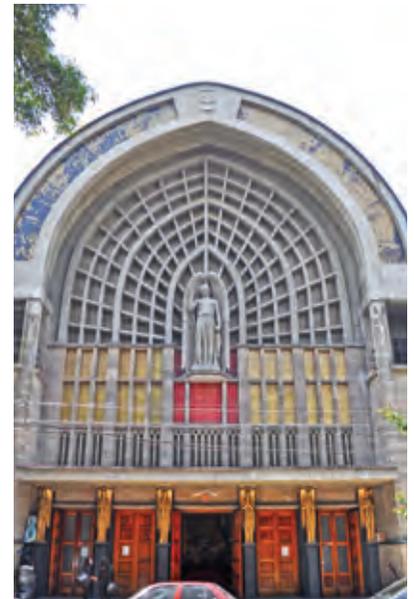
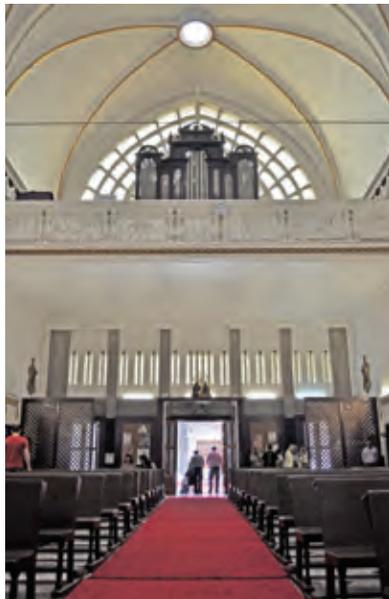
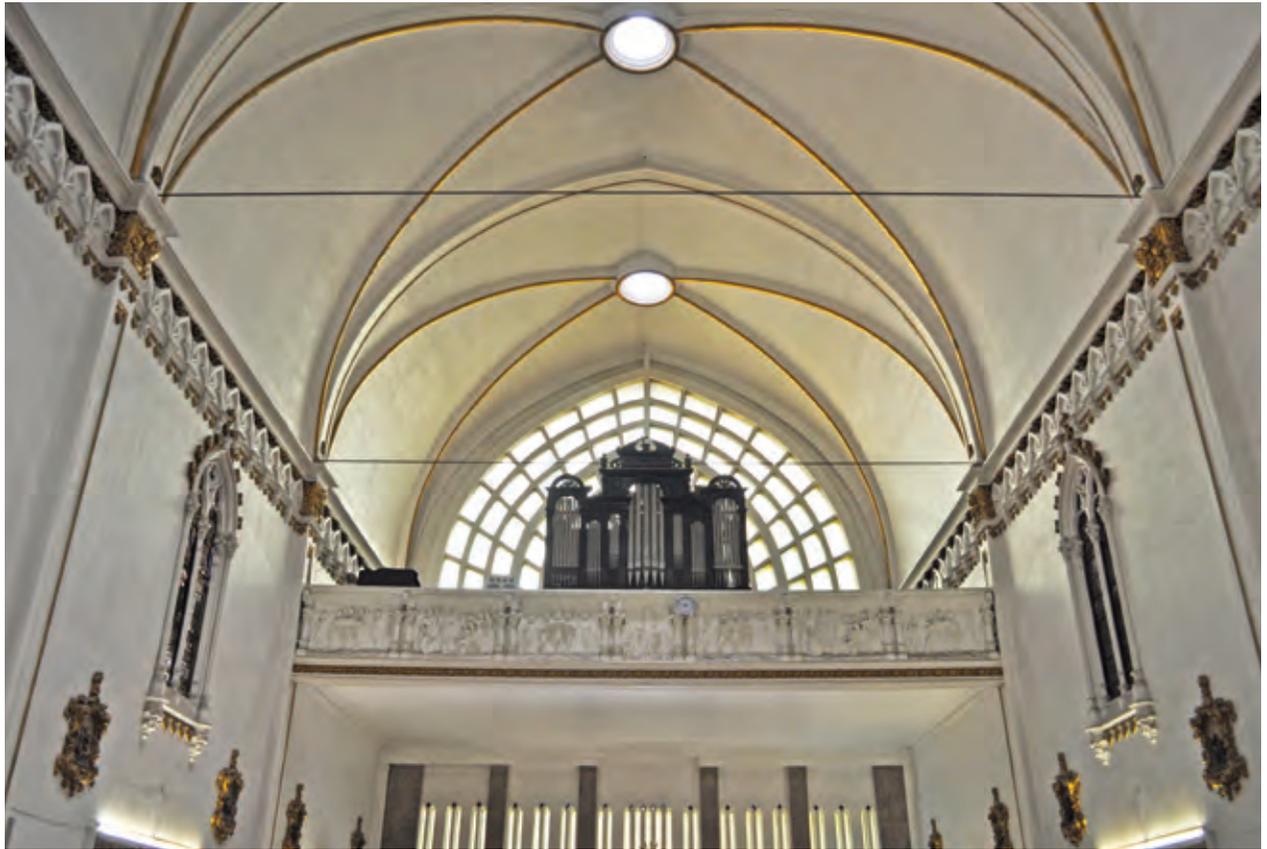


13. *Ibid.*, p. 56.

14. La bendición del templo terminado se llevó a cabo el 21 de marzo de 1946. Chávez Camacho, *idem.*, p. 57.

15. Israel Katzman, *Arquitectura contemporánea mexicana*, México, INAH, 1964, p. 113.

16. Teresa Mariscal Torraella, tesis de maestría en Historia del Arte, UNAM.



Parroquia de San Rafael Arcángel y San Benito Abad (1921-43), colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, templo neogótico de José Verdaguer y Enrique Monet; fachada del arquitecto Salvador Roncal y Gómez Palacio. Fotografías: JPS, 2013

realizada en concreto armado aparente y dividida compositivamente en tres cuerpos, de los cuales el superior es sin duda el más interesante, dispuesto a modo de un tímpano monumental encargado de cerrar el espacio de la única nave, que, recordemos, es de sección ojival. Un haz de traveses concéntricos surge desde el centro de la composición, que se entrecruza con una sucesión de arcos apuntados, mientras que al centro se colocó la imagen del arcángel San Rafael, primer patrono del templo, al que después se le añadirá san Benito Abad, fundador de los benedictinos.¹⁷

No sólo las parroquias fueron seducidas por la modernidad, sino que también en las capillas congregacionales surgieron innovadoras soluciones arquitectónicas, anticipándose a cambios litúrgicos, inclusive. Probablemente se debió a que su particular programa arquitectónico demandaba soluciones específicas distintas a aquéllas de los templos públicos, en tanto que no requerían de amplios atrios y usos diferenciados para feligreses y cuerpos eclesiales, pues prevalecía al interior la importancia del sentido de comunidad. Fue el caso de la capilla de la Inmaculada y Purísima Concepción (1942-1945) localizada en la parte posterior de la ya mencionada parroquia de la Sagrada Familia de la colonia Roma,¹⁸ que fue encargada en 1942 al arquitecto José Creixell del Mo-

ral, (1908-2003) quien por entonces se desempeñaba profesionalmente como proyectista y constructor de viviendas, así como calculista de muchas obras diseñadas por colegas suyos. Esta gran experiencia en obra lo llevó a no descartar los materiales tradicionales, como la madera, que ocupó aquí en la cimentación, como el mismo Creixell comentaba hacia 1990:

[...] Yo inicié la capilla mixta de la Sagrada Familia; hice la estructura, la cimentación, que dio igual resultado con pilotes de madera, que son magníficos, a pesar de que actualmente hay un movimiento en contra de usar la madera; la madera siempre ha sido un gran elemento de construcción [...] Dio buen resultado, pero no me tocó terminar la obra [...].¹⁹

Su monumental portada sólo es perceptible desde un pequeño pasillo, desde donde se advierte de manera escorzada un arco apuntado de cantería, una pequeña escalinata para el acceso –sin ornamentación ni iconografía alguna– y un alto ventanal cuadrulado rematado por otro arco apuntado que anuncia la forma de la cubierta, al tiempo que sirve de soporte a una cruz monumental. El interior es de una sola nave de proporción cuadrada, que se prolonga ligeramente hacia el sur a fin de albergar el ábside ortogonal que contiene un sencillo altar con la misma orientación, más un absidiolo superior empotrado con la imagen de la Virgen de la Concepción. Se trata de

17. El italiano san Benito de Nursia (480-547) es considerado el iniciador de la vida monástica en Occidente. Fundó la orden de los benedictinos cuyo fin era establecer monasterios autosuficientes.

18. Puebla núm. 148, colonia Roma, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

19. José Creixell del Moral, "Arquitecto José Creixell", en Pablo Quintero (coord.), *Modernidad en la arquitectura mexicana*, México, UAM-Xochimilco, 1990, p. 83.

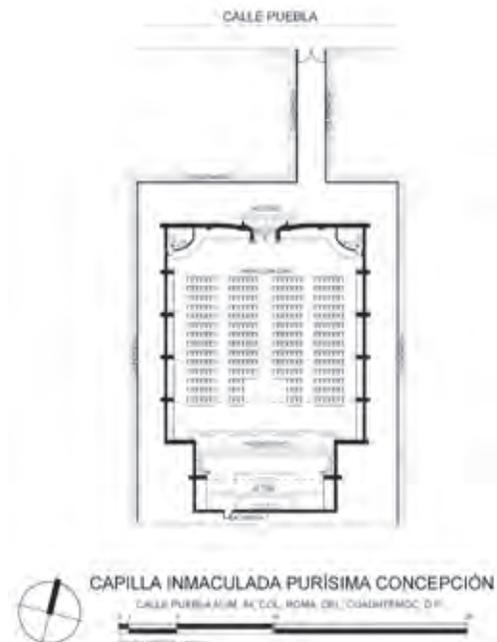
una solución tradicional de una sola planta, con un pequeño coro y sotocoro a los pies del templo, y con el presbiterio al fondo.

La luz natural ingresa por vitrales multicolores con iconografía aún figurativa. El vitral principal se encuentra bajo el arco apuntado de la portada, mientras que cuatro vitrales secundarios inundan lateralmente la nave, desde las bóvedas apuntadas de lunetos que intersectan la bóveda principal. La gran innovación de esta capilla fue la eliminación de los muros de carga que sostienen la cubierta, pues la bóveda apuntada de medio cañón –hecha de concreto, aunque no se trata todavía de un cascarón– nace desde el nivel del suelo, eliminando así la milenaria diferencia entre muros y cubierta, una solución similar al Templo de la Purísima en Monterrey que el arquitecto Enrique de la Mora y Palomar edificó en la capital del norteño estado de Nuevo León apenas el año anterior (1941), lo cual convierte a la capilla de la Inmaculada en el segundo ejemplo en el ámbito nacional en emplear este tipo de solución y el primero en la capital del país.

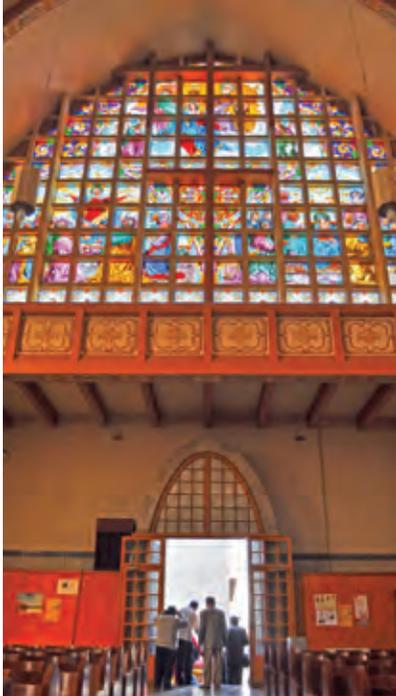
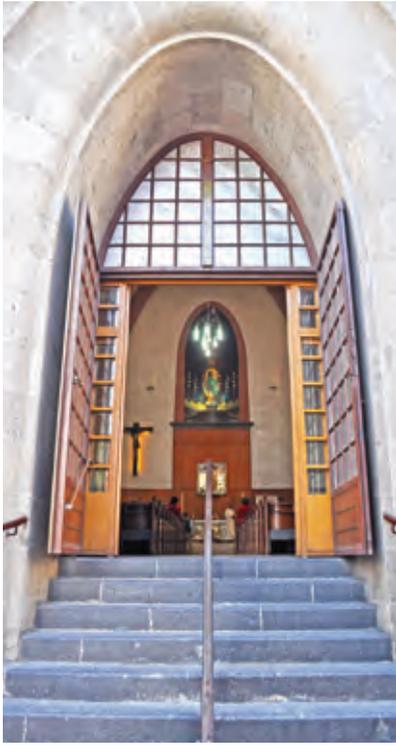
En este mismo periodo dos templos católicos fueron realizados por el arquitecto Antonio Muñoz García, autor muy prolífico por aquella época pues recordemos que entonces realizaba importantes obras gubernamentales en la Ciudad de México.²⁰

Planta de la capilla de la Inmaculada y Purísima Concepción, (1942- 1945), anexa a la parroquia de la Sagrada Familia de la colonia Roma, Ciudad de México, del arq. José Creixell del Moral Dibujo realizado por ASS

Vista (abajo) desde la calle de la misma Capilla. Fotografías: JPS, 2013



20. Como las puertas de entrada al bosque de Chapultepec (1930), el Centro Escolar Revolución (1933), los mercados Melchor Ocampo (1931) y Abelardo Rodríguez (1933-1935) y el edificio para la Suprema Corte de Justicia (1935-1936), todos construidos en la Ciudad de México.



Capilla de la Inmaculada Concepción, (1942-1945) colonia Roma, Ciudad de México, del arquitecto José Creixell del Moral. Fotografías: JPS, 2013

Vista panorámica de la capilla de la Inmaculada Concepción en el contexto urbano de la colonia Roma. Fotografías: Ivan San Martín (ISM), 2015



44

La parroquia de Cristo Rey comenzó a construirse a inicios de la década de los cuarenta (1942-1952),²¹ sobre el borde poniente de la Calzada de Tlalpan, en la colonia Portales,²² con la colaboración del ya mencionado ingeniero Miguel Rebolledo. Desde el punto de vista urbano, su morfología destaca sobre la calzada longitudinal, pues su altura y silueta escalonada la hacen contrastar con el entorno arquitectónico circundante de escasos dos y tres niveles, principalmente de uso habitacional y comercial. Se accede a través de una escalinata monumental, mientras que

la portada –parcialmente recubierta por piezas de cantería, pues no fue concluida en su totalidad– recibe una enorme cruz visible desde la lejanía, enmarcada por su silueta escalonada que acentúa la verticalidad. Cabe resaltar que para los usuarios poseedores de cultura arquitectónica es evidente la semejanza de esta obra²³ –salvando las diferencias cronológicas, morfológicas y estructurales– con los templos de concreto aparente realizados en la década de los veinte en las cercanías de París²⁴ por los hermanos Auguste y Gustave Perret.

21. Louise Noelle, "Arquitectura religiosa contemporánea en México", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* vol. XV, núm. 57, México, UNAM, 1986, p. 3. También existe una placa conmemorativa en el interior del templo que indica el inicio de la construcción el 12 de junio de 1942 y su conclusión en octubre de 1952.

22. Ajusco núm. 16, esquina con Calzada de Tlalpan, colonia Portales, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

23. Este vínculo no fue producto de la casualidad, pues Miguel Rebolledo había estado inmerso profesionalmente desde inicios de siglo en la importación a México del "sistema Hennebique", junto con el arquitecto Manuel Ortiz Monasterio y su padre, el contralmirante Ángel Ortiz Monasterio, quien fungía como

representante comercial de aquel sistema francés. Ver Israel Katzman, *Arquitectura contemporánea mexicana*, México, INAH, 1964, p. 58. Por sus vínculos comerciales con Francia, es muy probable que Rebolledo conociera estas obras religiosas.

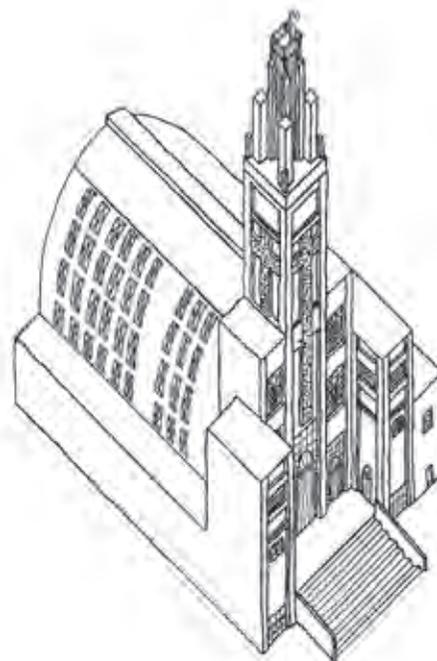
24. Me refiero a las iglesias de Nuestra Señora de Rancy y la de Santa Teresa (1925), ambas obras de los hermanos Perret.

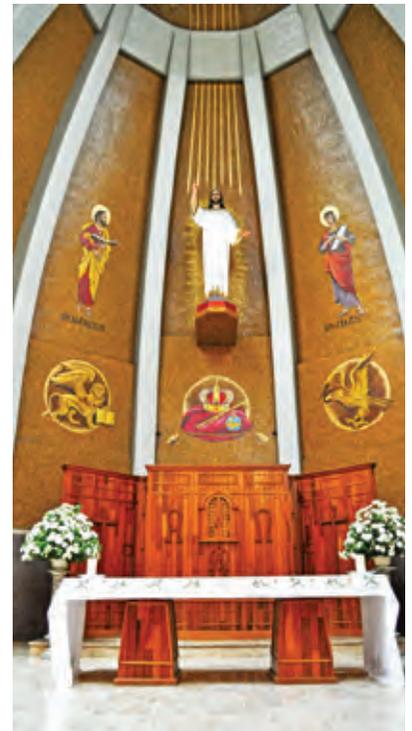
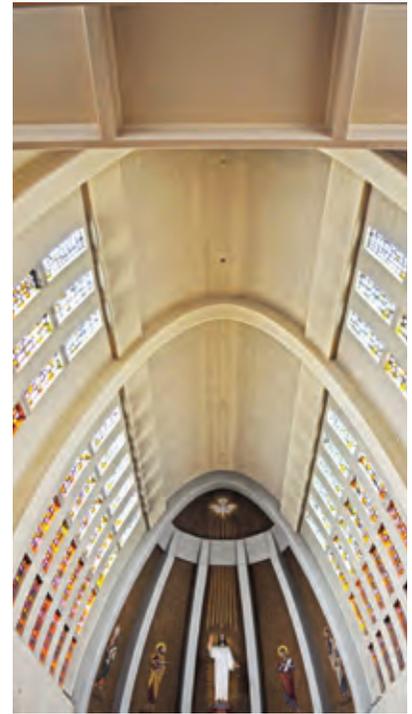
Su planta arquitectónica está conformada por tres naves, la central más ancha que las laterales. Esto dispone una jerarquía espacial que se enfatiza por la escala de sus respectivas cubiertas, en la medida en que sólo la intermedia recibió una bóveda peraltada de medio cañón en concreto armado –soportada por marcos de sección parabólica–, mientras que las naves laterales apenas contaron con cubiertas bajas y planas. En contraste, el espacio central recibió una intensa iluminación natural desde las caras laterales de la bóveda superior, a través de unas ventanillas rectangulares de vitrales emplomados en tonos amarillos, los cuales refuerzan el ambiente idóneo para la experiencia religiosa a través de una espacialidad que recuerda sutilmente los interiores góticos medievales. Al fondo se encuentra el altar orientado hacia el norponiente, enmarcado por un ábside monumental abocinado, cuya verticalidad se acentúa con cuatro nervios de concreto armado que culminan en una trabe de liga superior, la cual amarra estructuralmente toda la cubierta. Desafortunadamente, la iglesia quedó inconclusa en sus recubrimientos exteriores, circunstancia que se acentúa negativamente al encontrarse inmersa en un caótico contexto urbano plagado de anuncios espectaculares, mantas, cables eléctricos y puestos ambulantes, lo cual demerita la apreciación de los grandes valores arquitectónicos de esta obra singular.

El otro templo católico diseñado por Muñoz García fue la parroquia del Purísimo Corazón de María (1938/47-1954), la cual posee una inmensa mole de concreto armado fácilmente perceptible por todos aquellos que transitan por las colonias Del Valle y Narvarte, ya que se halla justamente entre los límites de ambas, en una manzana triangular que forman las avenidas Gabriel Mancera, Torres Adalid y Diagonal de San Antonio, frente al arbolado parque

Planta de la parroquia de Cristo Rey, (1942-1952) en la colonia Portales, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arquitecto Antonio Muñoz García y el ingeniero naval Miguel Rebolledo. Dibujo realizado por ASS

Isométrico (abajo) de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMW dentro del PVC de la AMC, 2013





Parroquia de Cristo Rey (1942-1952), colonia Portales, Ciudad de México, del arquitecto Antonio Muñoz García y el ingeniero naval Miguel Rebolledo. Fotografías: JPS, 2013

Parroquia de Cristo Rey (1942-1952). Fotografías:
JPS, 2013



“Mariscal Sucre”.²⁵ La dilatada construcción se inició desde 1938-1954, con un proyecto del arquitecto Luis Olvera y el ingeniero Miguel Rebolledo, quienes sólo concluyeron la cripta sin que el resto de la obra fuera construida. A partir de 1947 el proyecto fue retomado por Muñoz García, quien sería el encargado de construirlo y terminarlo para los padres claretianos,²⁶ congregación católica que se habían responsabilizado del templo desde 1940. La planta y el alzado siguieron una estricta composición simétrica, tanto por la disposición general de sus volúmenes, como en el diseño de su portada principal y en la enorme cúpula octagonal que lo corona, rematada a su vez por una colosal escultura de la Virgen María en concreto aparente, que a la distancia suele ser confundida por muchos con la imagen de Jesucristo.

Su fachada principal es antecedida por un pequeño jardincillo público, que sin ser propiamente un atrio, le sirve como vestíbulo exterior durante los servicios religiosos dominicales, ya suele utilizarse la cripta, ubicada en un semisótano, para los servicios religiosos semanales. La portada culmina en un perfil octagonal, a cuyos flancos se yerguen dos robustos campanarios, aún a la manera compositiva de las iglesias virreinales, excepto que aquí la utilización de concreto armado aparente revela su modernidad. Atrás, una inmensa cúpula descansa en cuatro “arcos” mixtilíneos de concreto –que en realidad no

25. Torres Adalid, esquina con Gabriel Mancera, Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

26. Congregación fundada en 1849 en Vic, España, por Antonio María Claret y Clará, también conocidos como los Hijos del Inmaculado Corazón de María. Véase Cristina Krüger, *Órdenes religiosas y monásticas. 2,000 años de arte y cultura cristianos*, España, Ulmann, 2008, p. 420.

funcionan constructivamente como arcos tradicionales, sino como marcos de apoyo— sobre secciones triangulares, a semejanza de pechinas, las cuales sirven para transitar de la base cuadrada al octógono superior que soporta la enorme cúpula, tal y como los elementos tradicionales lo venían realizando desde siglos atrás. Con ello, el espacio interior de una sola nave es inundado por las luces multicolores de los vitrales laterales, con el altar orientado hacia el norte y cobijado por un monumental ábside que muestra las pinturas religiosas de Pedro Cruz,²⁷ una talla en madera de la Virgen del español Antonio Ballester, y un sagrario dorado de Francisco J. López.

48

Otro templo de finales de la década de los cuarenta que vale la pena ser incluido en esta somera revisión es la parroquia de la Inmaculada Concepción y Santa María Goretti (1948) ubicada en la colonia Argentina,²⁸ un antiguo caserío en el borde de la añeja Calzada México-Tacuba, al sur de los panteones español, americano, británico, alemán y judío, y al norte del panteón francés de San Joaquín. No ha sido posible identificar aún el nombre del autor, pues los templos no suelen incluir inscripciones autorales, así como tampoco las fechas del proyecto y la duración de su construcción —aunque parezca increíble, no siempre se conservan esos datos en los archivos parroquiales—, pero los sacerdotes de la parroquia indicaron que el templo fue dedicado en 1948,

Planta de la parroquia del Purísimo Corazón de María, (1938-1954) en la Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arq. Antonio Muñoz García. DF. Dibujo realizado por ASS

Isométrico (abajo) de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMW dentro del PVC de la AMC, 2013



27. Pintor michoacano, nacido en 1912 y fallecido en 2004, autor de muchas obras murales y de caballete, sobre todo de temas religiosos.

28. Lago Cardiel núm. 48, esquina con Lago Valencia, colonia Argentina Antigua, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.



Parroquia del Purísimo Corazón de María (1938-1954). Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México; proyecto inicial del arq. Luis Olvera y el ing. naval Miguel Rebolledo y proyecto definitivo y construcción del arq. Antonio Muñoz García. Fotografías: JPS, 2013

Vista urbana de la parroquia del Purísimo Corazón de María. Fotografía: ISM, 2004

50



probablemente cuando había sido ya terminado, dato que sirve para insertarlo en esta etapa, además de ser confirmado por sus características formales.

La advocación original de la parroquia era a la Inmaculada Concepción, sin embargo, como el 24 de junio de 1950 había sido canonizada María Goretti (1890-1902), una niña que había muerto al defender su castidad en un pueblo italiano de la provincia de Ancona, se decidió dedicarle también a ella la parroquia, pues se tenían fuertes vínculos con las monjas italianas de la congregación Hermanas Misioneras Hijas de San Jerónimo Emiliani –también llamadas “somascas”²⁹ cuya casa conventual y su colegio estaban justo en el predio de al lado.³⁰

El predio donde se edificó la parroquia era angosto y se encontraba entre medianeras, por lo que su macizo volumen sobresale fácilmente del entorno habitacional circundante, hoy también de uso comercial y educativo. La composición de la fachada aún presenta ciertas evocaciones *art déco*, tanto por la verticalidad de ciertas líneas como por el diseño geométrico de las herrerías de las tres puertas de ingreso al templo. También sobresale el recubrimiento pétreo de la portada, recinto negro en la planta baja y cantería en las partes superiores, lo cual indudablemente indica un cierto apego al tradicionalismo de la arquitectura historicista, aún en boga, por cierto. El frontispicio –que en el interior corresponde

29. Girolamo Emiliani fue un religioso veneciano de origen noble, quien fundó la Congregación de los Clérigos Regulares de Somasca, ciudad italiana donde murió en 1537. Fue beatificado por Benedicto XIV el 23 de abril de 1747 y canonizado el 12 de octubre de 1767 por Clemente XIII. Su fiesta se celebra el 20 de julio y es considerado padre de los huérfanos y protector de la juventud desamparada.

30. Se agradece a la superiora sor Ángela, la información proporcionada acerca de la historia de su congregación en México, así como también al sacerdote de la parroquia. el oblato franciscano Germán Vázquez Sánchez, quienes concedieron sendas entrevistas realizadas el 26 de julio de 2015.



Parroquia de la Inmaculada Concepción y Santa María Goretti (1948), colonia Argentina, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de autor sin identificar. Fotografías: JPS, 2013

al coro—, se encuentra ligeramente abocinado en la parte superior y nos recuerda las fachadas de los cines y teatros de aquella época, una similitud que encontraremos en otros ejemplos, pues finalmente, en ambos casos se trata de cubrir espacios interiores de doble altura, con gran capacidad y sin apoyos intermedios que interfieran la visibilidad; (aunque, por el contrario, difieran completamente en el tema de la penetración lumínica). Finalmente, la fachada es rematada en la parte superior por una sencilla cruz —también recubierta de cantería— que, a falta de torre campanario, es el único elemento que refuerza su jerarquía urbana.

52

El interior es muy sencillo, de una sola nave rectangular —donde se sitúan las bancas para la feligresía—, con su altar dirigido hacia el poniente y un ábside semicircular recubierto de mosaico veneciano de color azul, un acabado muy utilizado por aquella época. El ingreso de la luz natural se soluciona de dos maneras: una línea de muros oblicuos se sucede en los paramentos laterales, a fin de permitir una serie de ventanillas con sencillos vitrales que inundan de luz indirecta al fondo de la nave, mientras que el amplio ventanal del coro alto inunda de luz multicolor el recinto, a través de hermosos vitrales con formas florales y diseños geométricos, lo cual indica nuevamente un apego a ciertos ornamentos de la arquitectura historicista. De hecho, esta voluntad decorativa hizo que en años posteriores el interior del templo fuera “remodelado”, incorporándole algunos plafones curvos sobre el altar, nuevos nichos y confesionarios a ambos lados de las bancas, un conjunto de pinturas con temas celestes y astronómicos sobre el plafón y un encendido color naranja sobre el ábside, cuyo resultado, evaluado desde el punto de vista artístico, difícilmente podría ser positivo, aunque desde la antropología cultural refleja

la apropiación popular de los feligreses a su querida parroquia.

El Santuario de Nuestra Señora de la Piedad (1944-1957), en la colonia Piedad Narvarte,³¹ fue erigido a raíz de la demolición del cercano convento virreinal de los dominicos,³² cuyo lienzo principal a la Virgen de la Piedad del siglo XVII necesitaba ser albergado en un nuevo edificio. El proyecto fue en-

Fachada de la parroquia de la Inmaculada Concepción y Santa María Goretti (1948). Fotografías: JPS, 2014



31. Obrero Mundial núm.320, colonia Piedad Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

32. El convento se encontraba ubicado en la esquina de la Calzada de la Piedad —hoy Avenida Cuauhtémoc— y Calle del Obrero Mundial. Al demolerse, se edificó un edificio para la policía en estilo *art déco*, el cual acaba de ser demolido luego de varias décadas de existencia. Ver Pablo Pérez y Fuentes, *Santuario de la piedad*, México, Ediciones de La Piedad, 1989, p. 41.

cargado al arquitecto Enrique Langenscheidt, con la colaboración del maestro Jesús Gama Flores, mientras que las pinturas murales del interior fueron comisionadas al arquitecto Pedro Medina Guzmán, arquitecto tapatío quien también destacó como virtuoso dibujante y al que se le conoció bajo el apodo de “El Charro Medina”.

El proyecto del nuevo santuario comenzó el 12 de septiembre 1944³³ y la obra fue concluida hasta la siguiente década, en julio de 1957, en tanto que el centro parroquial anexo es de décadas posteriores.³⁴ Desde la época de su construcción su imponente escala urbana sobresalía del entorno habitacional circundante de casas y edificios de pocos niveles; era fácilmente visible desde varias manzanas a la distancia, tanto por su altura como por el color rojizo del exterior de sus bóvedas ojivales, las cuales contrastaban con el gris del concreto armado de los arcos fajones y de la malla cuadrícula que las sostienen.

La planta es de cruz latina –ligeramente convergente hacia el altar–, con su presbiterio dirigido hacia el norte y los pies del templo, hacia el sur, de modo que la trayectoria solar siempre ilumina transversalmente el transepto. Su portada posee la misma escala monumental del volumen central, pues debe cerrar la gran altura de la nave principal. Al frente no se presentan esculturas de imágenes

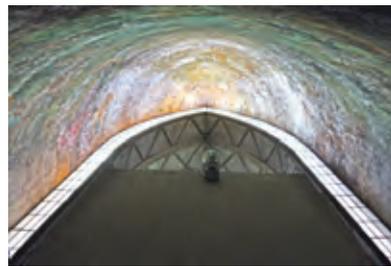
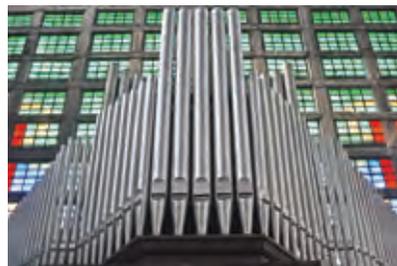
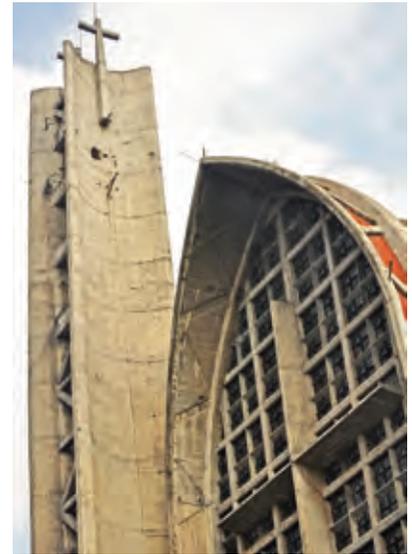
33. Aunque la primera piedra fue colocada al siguiente año, el 11 de abril de 1945. Pablo Pérez y Fuentes, *Santuario de la Piedad*, México, Ediciones de La Piedad, 1989, p. 35.

34. Los edificios parroquiales anexos se construyeron con posterioridad, entre 1974-1986, y son obra de Juan Anaya Duarte y Luis González Durazo.

Planta del Santuario de la Piedad, (1944-1957) en la colonia Piedad Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arq. Enrique Lagenscheidt. Dibujo realizado por ASS

Fachada (abajo) del mismo Santuario. Fotografía: JPS, diciembre de 2013





Parroquia de la Piedad (1944-1957), colonia Piedad Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arquitecto Enrique Lagenscheidt. Fotografías: JPS, 2013

religiosas, tan sólo una monumental cruz de concreto armado que se sobrepone a la celosía de trabecillas del mismo material, la cual contiene ventanas cuadrículadas que inundan de luz multicolor el interior. Un esbelto pero elevado campanario se sitúa al lado izquierdo de la portada, formado por dos grandes cartelas que corren paralelas y se unen con una cercha del mismo material aparente.

La solución estructural de la cubierta fue geoméricamente sencilla, resultado del entrecruzamiento de dos bóvedas ojivales de medio cañón, aunque con altura descendente en la nave central al aproximarse al transepto, con el fin de acentuar la perspectiva hacia el altar, el cual es cobijado por el ábside monumental que contiene una imponente pintura mural figurativa, plena de simbolismos iconológicos. Este efecto arquitectónico y pictórico provoca un dramatismo idóneo para la experiencia religiosa, con una espacialidad y una altura que nuevamente recuerdan a los interiores góticos medievales, aunque, desde luego, la estructura y los materiales sean completamente distintos.

Otro templo católico que se destacó por su verticalidad formal y espacial fue Nuestra Señora del Socorro (1948-61) en Lomas de Chapultepec, obra ganada en un concurso privado por el equipo conformado por los arquitectos Gabriel García del Valle y Villagrán (1922-2000) y Rafael Farías Arce, quien

calculó la estructura, además de los colaboradores Julio Galdsen y Jorge Fernández Flores. De hecho, el arquitecto García Villagrán –sobrino del maestro José Villagrán–, se había adentrado en el tema de la espacialidad del catolicismo apostólico desde su época de estudiante, pues el tema de su tesis de licenciatura en la entonces Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM había sido precisamente un templo de la colonia Legaria. Algunos párrafos fueron publicados en 1949 en la revista *Arquitectura México* bajo el título “La liturgia en la construcción de iglesias” donde señalaba el desconocimiento de la liturgia que a veces tienen los autores de los templos:

Se recomienda muy especialmente observar el más estricto apego a las reglas de la liturgia, ya que éste es un punto frecuentemente descuidado y en el que se obra rutinariamente para la formación del Programa.³⁵

Estas reflexiones no eran intuitivas, sino producto de su experiencia profesional, pues tan solo tres años antes, en 1946, había construido su primer templo –en colaboración con Julio Galdsen– en el pueblo anexo a la fábrica de papel San Rafael, en las faldas del cerro del Popocatepetl, cuya solución de estructura de marcos rígidos y cubierta a dos aguas utilizaría en templos posteriores.³⁶

En el caso de este templo en las Lomas de Chapultepec,³⁷ el terreno había sido comprado por los agustinos al ingeniero Luis Torres Landa, por lo que

35. Edición digital en Carlos Ríos Garza (ed.), *Arquitectura México 1938-78. Fuentes para la historia de la arquitectura mexicana*, núm. 27, abril de 1949, colección “Raíces Digital”, México, UNAM, 2008, p. 84.

36. Esta solución volumétrica se anticiparía al templo de Lomas, no así la portada bajo un pórtico monumental, que no volvería a repetir.

37. Prado Sur núm. 340, esquina con Acueducto y Félix Berenguer de Marquina, colonia Lomas de Chapultepec, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

desde 1945 mandaron construir una modesta ermita para que los vecinos de la zona comenzaran a familiarizarse con el futuro templo, el cual quedaría como capellanía adscrita administrativamente a la cercana parroquia de Santa Teresita del Niño Jesús,³⁸ ambos dependientes a su vez de la Provincia de San Nicolás Tolentino, asentada en Michoacán.³⁹ El proyecto estaría dedicado a la Virgen de Nuestra Señora del Socorro, advocación particularmente adorada por la orden agustina, al que se le anexaría su convento a inicios de los años sesenta.⁴⁰ Una vez realizado el proyecto, la construcción comenzó con el acto de la primera piedra, la cual fue colocada el 13 de mayo de 1948. Los trabajos iniciarían por el nivel inferior de la cripta –con girola, para un coro–, la cual pudo ser inaugurada el 15 de agosto de 1952, aunque la terminación del templo principal demoraría nueve años más. Adicionalmente, el proyecto de conjunto contemplaba un centro social anexo, dirigido a promover actividades intelectuales, morales y benéficas, el cual no fue realizado.

El templo gozaba de una estratégica ubicación, frente a una glorieta y cruce de avenidas de la otrora exclusiva zona residencial de Lomas de Chapultepec, cuando entonces era una zona plenamente habitacional, con grandes casonas rodeadas de extensos jardines, mayoritariamente del “estilo californiano”, aunque ya comenzaba a asomarse

alguna audaz construcción con formas modernas. Esta preeminente ubicación urbana y la considerable altura del volumen principal –equivalente a un edificio de seis niveles– contribuyeron a resaltar su presencia dentro del entorno urbano, pues al estar como cabecera de una pequeña manzana sus formas arquitectónicas eran claramente perceptibles, tanto por su característica portada en color gris del concreto aparente, como por el recubrimiento de ladrillo en petatillo de los muros exteriores ligeramente inclinados.

Al frente posee una escalinata y explanada de acceso, que sin ser propiamente un atrio delimitado, contribuye a darle dignidad al edificio, además de servir de espacio de encuentro para antes y después del servicio religioso. El principal volumen del templo lo constituye un paralelepípedo de gran altura –ligeramente oblicuo– cuya parte superior termina en punta –aunque el primer proyecto culminaba en un arco ojival–, resultado de la forma de la cubierta a dos aguas y de la sucesión de los marcos de concreto que conforman la esbelta nave central; por el contrario, las dos pequeñas naves laterales apenas alcanzan un nivel de altura y son imperceptibles en la fachada. El proyecto original contemplaba además un alto campanario al exento, bastante más alto que la nave, elemento que, sin embargo, nunca fue construido.

38. Templo neobarroco realizado entre 1937-1945 por el arquitecto Andrés Quintanilla, localizado en la calle de Sierra Nevada, en Lomas de Chapultepec. El templo había sido el resultado de las gestiones de los agustinos para hacerse presentes en la Ciudad de México, por lo que el episcopado mexicano les designó Lomas de Chapultepec, a fin de erigir un templo dedicado a Santa Teresa del Niño Jesús, para agradecerle los favores obteni-

dos durante la persecución religiosa durante 1926-1929. Se agradece al padre agustino Sabino Quijano su generosa asesoría para el tema de la historia del templo y de la provincia agustina de San Nicolás Tolentino de Michoacán, ofrecida en una entrevista del 20 de julio de 2015.

39. S.a., *Los agustinos ayer y hoy*, México, Provincia de San Nicolás Tolentino en México, 1994, p. 157.

40. La autorización de erigir ahí un convento agustino ocurrió en 1963, por lo que comenzó su edificación una vez terminado el Templo de Nuestra Señora del Socorro. Desde 1967 este convento es la sede oficial del gobierno de la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán. Información obtenida de la entrevista del 20 de julio de 2015 con el padre agustino Sabino Quijano.

La gran portada de la nave central era sin duda el elemento principal de la composición. Bajo ésta se sitúa el acceso al templo, dividido en tres grandes portones, cuya madera le añade calidez al ingreso, además de contrastar con el colorido mural de mosaico veneciano que cruza horizontalmente la fachada. La iconografía de este mural exhibe momentos de la vida de San Agustín y de la historia de la orden religiosa que fundó.

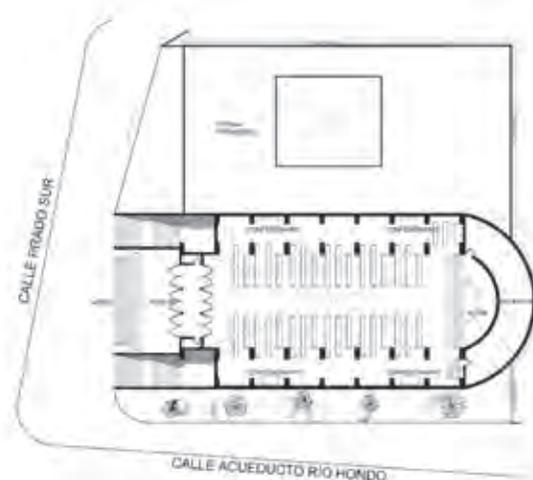
En el interior, la planta basilical se percibe con claridad debido a que las dos laterales sirven como deambulatorios, mientras que en la principal se disponen las bancas para el acomodo de la feligresía, las cuales están flanqueadas superiormente por una sucesión de mosaicos con las estaciones del viacrucis.⁴¹ Al fondo, yace un sencillo y elevado altar dirigido hacia el sur. El espacio de la nave es rematado por un ábside monumental recubierto de mosaico veneciano de color azul intenso, sobre el cual se adosa una solitaria imagen de la Virgen del Socorro con el Niño –con rasgos un tanto germanos. Esta efigie inicialmente no fue aceptada de buen grado por la feligresía, quienes la encontraban demasiado sencilla y moderna, a tal punto que debió intervenir la Comisión de Arte Sacro del Episcopado Mexicano.⁴² Su autor, el importante escultor alemán Herbert Hofmann-Isenbourg, llegó a México en 1939 y permaneció aquí hasta su

41. Cuyo autor fue José Luis Benlliure, según el propio García del Valle, aunque este dato no ha podido ser confirmado. Información proporcionada por la familia García del Valle y Blanco, julio de 2015.

42. Entrevista del 20 de julio de 2015 con el padre agustino Sabino Quijano.

Perspectiva del proyecto original publicada en un diario de la época sin identificar. Fuente proveniente del archivo profesional del arquitecto, gentilmente proporcionada por su hijo Pablo García del Valle, profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM

Planta de la parroquia de Nuestra Señora del Socorro (1948- 1961), colonia Lomas Virreyes, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arqs. Gabriel García del Valle y Villagrán y Rafael Farías Arce. Dibujo realizado por ASS



TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO
CALLE FRUADO SUR NÚM. 540, COL. LOMAS VIRREYES, DEL. MIGUEL HIDALGO, D.F.

muerte, dejando importantes obras escultóricas religiosas vinculadas a composiciones modernas, como los bronce del Cristo crucificado y los doce apóstoles que para entonces ya había realizado en la portada de la emblemática parroquia de la Purísima de Monterrey en 1942,⁴³ algunos años antes de su participación en el templo que nos ocupa.

Por último, se ha de destacar su original solución para propiciar el efecto lumínico y potenciar la experiencia religiosa: la mencionada celosía con vitrales multicolores de la portada, una solución recurrente en varios templos contemporáneos, pero que en la parroquia del Socorro se resolvió con la inserción de blocks prefabricados, dentro de los cuales se introdujeron vidrios de colores; se trataba de un sistema constructivo muy económico y rápido de realizar, a diferencia, por ejemplo, del ya mencionado santuario de Nuestra Señora de la Piedad en la colonia Narvarte, donde la celosía fue de trabecillas de concreto y pequeñas ventanas cuadrículas. La idea provino de García del Valle, como lo indica una carta que le dirigió a Ramón Vargas en 1985 –incluida en la monografía que el INBA preparó en 1986 sobre Villagrán–, donde aclaró que la solución de la celosía de blocks con cristales de colores usados en la parroquia del Socorro habría sido utilizada posteriormente en una capilla de Villagrán de 1956-1957, cuando trabajaba con su tío y maestro:

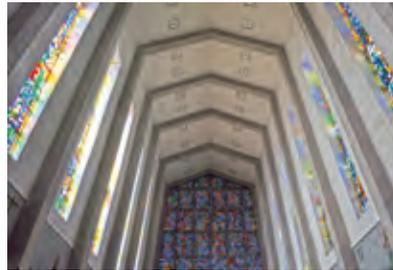
[...] en la capilla del Seminario de Misiones me opuse a ejecutar los muros esviados de las fachadas como aparecían en los dibujos y, aprovechando el block que estaba en la obra, insistía ante el Arq. Villagrán, hasta que logré que aceptara unas celosías semejantes a las que había yo ideado para la iglesia de Prado Sur [...] ⁴⁴

Fachada de la parroquia de Nuestra Señora del Socorro, (1948-1961). Fotografías: ISM, 2005



43. Antonio Luna Arroyo, "El escultor Herbert Hofmann-Isenbourg", *Cuadernos de Bellas Artes*, núm. 3, 1961, pp. 44-52. Disponible en el acervo digital del International Center for the Arts of the Americas at the Museum of Fine Arts of Houston (ICAA/MFAH), <http://icaadocs.mfah.org/icaadocs/ELARCHIVO/RegistroCompleto/tabid/99/doc/772495/language/es-MX/Default.aspx>, consultado el 20 de julio de 2015.

44. "Carta de Gabriel García del Valle a Ramón Vargas", 26 de febrero de 1985, incluida en los anexos de S.a., *José Villagrán García*, México, INBA, 1986, p. 329.



Parroquia de Nuestra Señora del Socorro (1948-1961), colonia Lomas Virreyes, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Gabriel García del Valle y Rafael Farías Arce. Fotografías: JPS, 2013

La siguiente iglesia que diseñó Gabriel García del Valle ⁴⁵ ha tenido escasa difusión en medios historiográficos, a pesar de poseer notables cualidades espaciales. La parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro (1949)⁴⁶ fue construida en la colonia Algarín⁴⁷ por los mismos años del ya mencionado templo de Nuestra Señora del Socorro en la exclusiva zona de Las Lomas. En contraste, esta parroquia debía atender a la población de una pequeña colonia popular al norte del antiguo Río de la Piedad –hoy entubado–, terrenos que habían pertenecido a una familia apellidada Algara, cuyo hijo mayor, apodado “Algarín”, dio origen al nombre de la colonia.

La parroquia se encuentra bajo la advocación de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, una adoración de origen bizantino⁴⁸ que no debe confundirse con Nuestra Señora del Socorro –carente del adjetivo “perpetuo”–, advocación distinta, aunque todas en última instancia representan a la Virgen María. El templo se yergue en la esquina del predio, con dos robustas torres campanario que flanquean el acceso –rematadas con unas aberturas cuadrículas para la difusión del sonido de las campanas–; una sencilla y simétrica portada al centro, y una escalinata para el ingreso de la feligresía –hoy también hay una rampa para personas con movilidad reducida–, provocada por la inserción de un semisótano para las dependencias complementarias. Evidentemen-

te, se trata de un esquema compositivo bastante tradicional, por lo cual la modernidad debió expresarse con la extrema sobriedad de la volumetría y los materiales propios del siglo xx: ladrillo cerámico color marrón aparejado “en petatillo” para recubrir la portada, las torres campanario y el cuerpo bajo de las naves laterales, mientras que en el exterior de la nave principal se aprecia el gris del concreto aparente; es decir, en esta obra se invierte el criterio de la iglesia de Lomas, donde el petatillo recubría el exterior de la nave central y el concreto aparente se había reservado a la portada.

El ingreso a la parroquia está centralizado bajo un colorido mural de mosaico veneciano que cruza horizontalmente la fachada, cuyo diseño y cromatismo dorado recuerda mucho los íconos bizantinos, región de donde proviene la advocación. Un poco más arriba, una amplia ventana circular permite la iluminación del coro superior, en referencia a los óculos que dominaban las portadas de los templos medievales. También la portada exhibe una cruz metálica que se sobrepone a la composición, localizada justo debajo de la ventana del coro, pues fue colocada como “cruz atrial” varias décadas después, apenas en 2001, según reza una placa conmemorativa en la entrada.

La planta arquitectónica es igualmente sencilla: basilical, de tres naves, con la principal de triple

45. Información proporcionada por la familia García del Valle y Blanco, julio de 2015.

46. A decir de una placa conmemorativa localizada en el acceso del templo, donde se indica que en 1999 se cumplieron 50 años de dedicación al mismo.

47. Calle Juan Hernández y Dávalos núm. 75, esquina con Antonio Plaza, colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

48. El ícono original estaba dentro de una iglesia en la isla de Creta, donde un mercader la robó, la escondió en su equipaje y se embarcó rumbo a otras tierras. Durante la travesía hubo una gran tempestad, así que los pasajeros y marineros se encomendaron a Dios y a la Virgen María. La leyenda cuenta que el mar recuperó su calma y llegaron sanos a un puerto italiano. Por esta razón, el mercader donó la imagen a la iglesia de San Mateo, en

Roma, donde permaneció por tres siglos acumulando milagros. Su iconografía muestra a la Virgen con el Niño en brazos, frente a los arcángeles Gabriel y Miguel, quienes le presentan los instrumentos de sus sufrimientos futuros. Al contemplarlos, y en su condición de mortal, se asusta y busca socorro en los brazos de su madre, a cuya mano se aferra con fuerza. Su fiesta se celebra el 27 de junio.

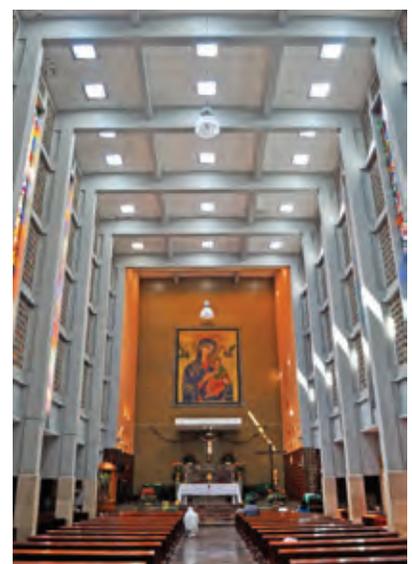
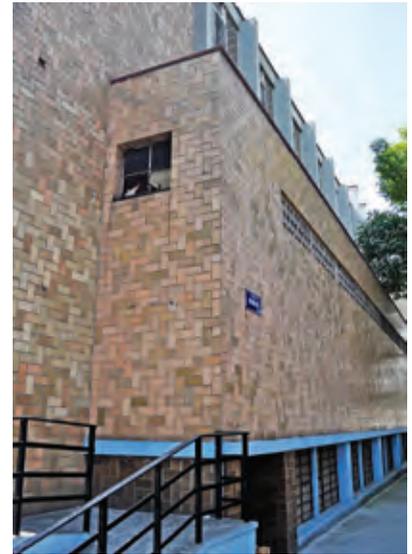
altura –donde se sitúan las bancas de los feligreses– y formada por la sucesión de marcos rígidos de concreto –visibles desde el exterior–; por su parte, las dos naves laterales son más angostas y de menor altura –los deambulatorios–; todo lo cual la asemeja en mucho a la solución de la iglesia en Prado Norte. De hecho, en ambos templos la solución lumínica es similar: esbeltas franjas de vitrales multicolores iluminan lateralmente la nave principal, sólo que aquí, en la parroquia de Algarín, son más angostos, pues comparten paramento con otras franjas de blocks prefabricados dentro de los cuales se insertaron vidrios de colores; lo cual evidentemente, reducía los costos –se trataba de una colonia con menos recursos–, pero sin sacrificar la penetración lumínica y matizada que asegurase el ambiente propicio para la experiencia religiosa. Otras importantes diferencias también se presentaron entre sendos proyectos: en esta parroquia el ábside es ortogonal –la otra es semicircular–, la cubierta es plana y con aberturas cenitales –en vez de cerrada y a dos aguas– y los paramentos que forman la nave central son verticales –y no enrijados como en la obra de Lomas–, lo cual da como resultado espacios interiores con cualidades distintas en ambos casos, aunque no por ello menos notables.

El altar se encuentra al fondo, dirigido hacia el sur, mientras que el muro cabecero ha sido recubierto de mosaico veneciano color dorado, del mismo color del ícono de la Virgen bizantina que se encuentra sobrepuesto. Tanto el muro cabecero como la imagen están dramáticamente iluminados por una entrada de luz superior, pues la cubierta del presbiterio es ligeramente más alta que el resto de la cubierta de la nave central, lo cual permite la inserción de una ventana en hilera que, sin embargo, no se distingue desde el luminoso interior de esta iglesia.

Planta de la parroquia del Perpetuo Socorro (1949), colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, del arquitecto Gabriel García del Valle y Villagrán. Dibujo realizado por ASS

Exterior de la misma parroquia. Fotografía: JPS, de 2015





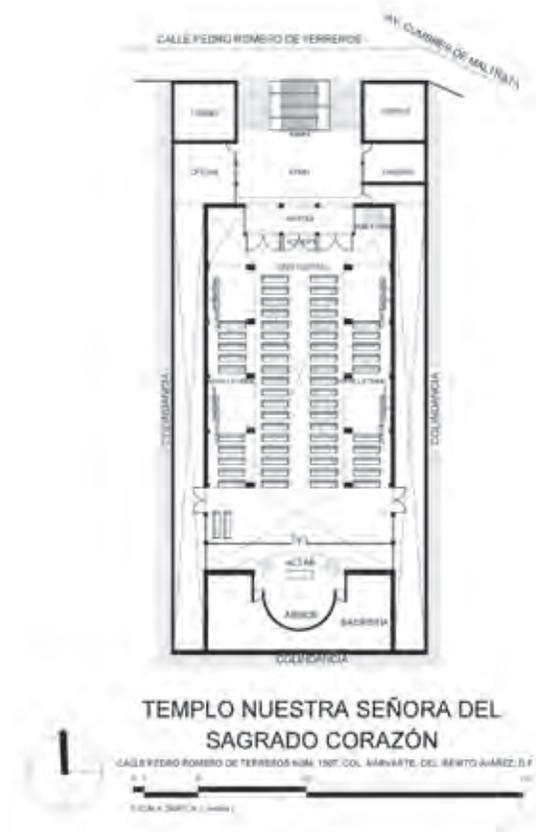
Parroquia del Perpetuo Socorro (1949), colonia Algarín, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, del arquitecto Gabriel García del Valle y Villagrán. Fotografías: JPS, 2015

Otro templo similar, aunque de distintos autores, que combinó plantas y volumetrías tradicionales con sistemas constructivos y materiales modernos fué el Santuario Nacional del Sagrado Corazón de Jesús (1945-1947), en la colonia Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México de los arqs. Joaquín Alonso y Ricardo Albarrán. Dibujo realizado por ASS

Planta del Santuario Nacional del Sagrado Corazón de Jesús (1945-1947), en la colonia Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México de los arqs. Joaquín Alonso y Ricardo Albarrán. Dibujo realizado por ASS

Fachada del mismo Santuario. Fotografía: JPS, 2013

El jurado del concurso estuvo conformado por arquitectos e ingenieros de renombre y con experiencia en el género religioso y la construcción: Federico Mariscal, Vicente Urquiaga, Carlos Tarditi, Benjamín Orvañanos y el ingeniero naval Miguel Rebolledo, además de que contó con la disponibilidad de un arquitecto asesor para resolver dudas de los concursantes: Francisco J. Serrano. El predio disponible era angosto y estaba entre medianeras, pero con muy buena visibilidad urbana por la cercana avenida Cumbres de Maltrata.⁵¹ No se conoce con exactitud el proceso de selección de la obra ganadora, pero pasados los meses, el proyecto fue asignado a los arquitectos Joaquín Alonso y Ricardo



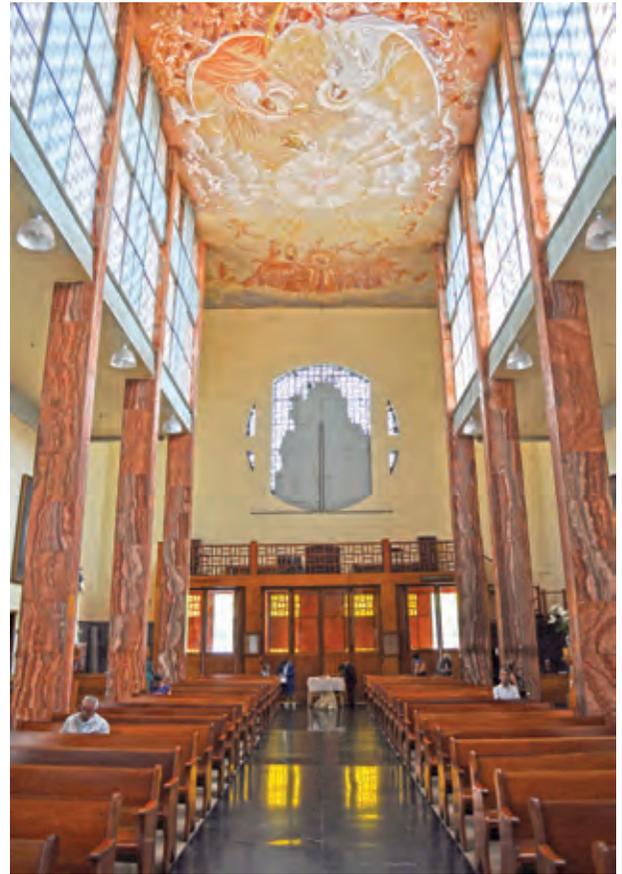
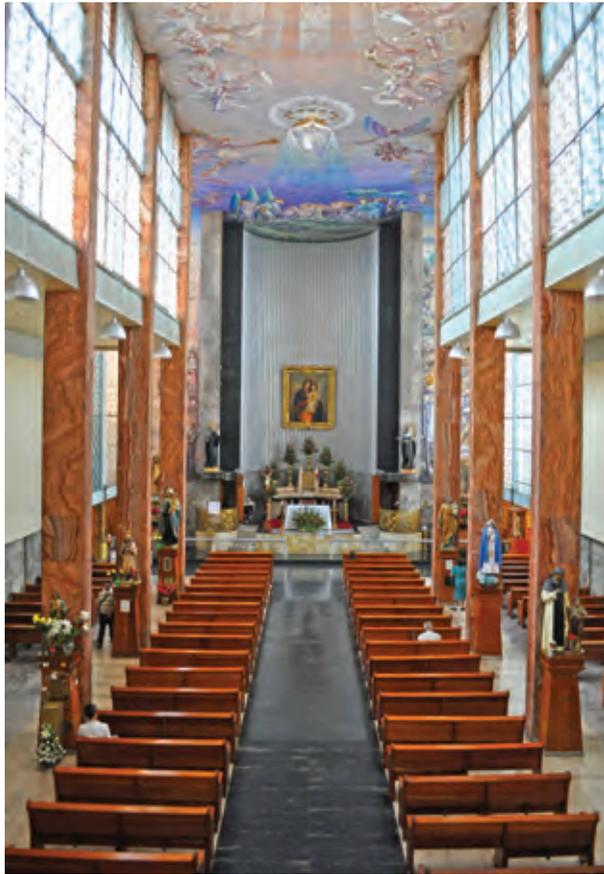
63

49. *Arquitectura México*, núm. 17, enero de 1945, edición digital Carlos Ríos Garza, *op. cit.*

50. La licencia de erección canónica emitida en Roma data del 3 de noviembre de 1945. S.a., *Los agustinos ayer y hoy*, *op. cit.* p. 113.

51. Romero de Terreros núm. 1507, colonia Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.





Santuario Nacional del Sagrado Corazón de Jesús, colonia Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México. Fotografías: JPS, diciembre de 2013.

Albarrán, aunque su construcción se inició hasta dos años después.

El esquema general fue bastante tradicional, tanto por la planta basilical de tres naves –una central y dos laterales menores– como por su fachada, que recuerda la volumetría de las iglesias virreinales, tanto por la presencia de dos robustos campanarios que flanquean la portada central, como por la monumental ventana circular del coro –que rememora aquellos grandes rosetones del s. XVI– con la imagen de la Virgen, el Niño y el corazón del infante, mientras que los rodapiés de cantería que cubren los muros de los campanarios presentan relieves escultóricos iconográficos todavía figurativos.

La estructura utilizada no presentó grandes innovaciones: muros de carga, columnas y losas planas de concreto armado. Su modernidad se expresaba más bien en la sencillez volumétrica, en los acabados aparentes del concreto de los remates de los campanarios y en los muros recubiertos de tabique cerámico de color rojizo, en una colonia de clase media que emergía sobre los antiguos terrenos lacustres devorados por la expansión inmobiliaria hacia el sur de la Ciudad de México.

En su interior, la nave mayor con doble altura está rematada en un ábside semicircular orientado hacia el sur, mientras que la luz natural penetra lateralmente, tanto por los altos ventanales superiores,

como por los de la planta baja –pues el volumen del templo no se adosa a las colindancias–, de este modo la nave goza de una abundante iluminación que permite apreciar el mural colorido “Las apariciones guadalupanas y alegorías”, pintado en 1960 sobre el lecho bajo de la cubierta de la nave principal por el pintor guanajuatense Salvador Almaraz.

La lista de los primeros templos católicos modernos se cierra con el ejemplo innovador de la vicaría⁵² de Cristo Rey y Santa Mónica⁵³ (1942-1947), localizada en un angosto predio entre medianeras en la colonia Verónica Anzures. Con una difícil perspectiva urbana, el proyecto original contemplaba un pequeño jardincillo lateral que reforzaba su apreciación exterior.⁵⁴ El encargo del proyecto de este nuevo templo provenía de la orden agustina –similar al ejemplo anterior del templo de Nuestra Señora del Socorro–, lo cual indica la apertura de sus autoridades ante las nuevas formas arquitectónicas.⁵⁵ Y es que desde el punto de vista de la administración eclesial, el nuevo templo sería una vicaría dependiente de la parroquia de Santa Teresita del Niño Jesús, pero desde el ámbito jurídico, la iglesia y su convento anexo –dedicado a Santa Mónica– quedarían adscritos al Gobierno Provincial con sede en el mencionado convento de Prado Norte.

Para la realización del templo, la orden agustina designó como supervisor al padre Arturo N.

52. Las vicarías no llegan a tener la jerarquía de parroquia, sino que dependen de ellas. También se les suele denominar como cuasi parroquias.

53. En los documentos de erección jurídica de 1947, al templo se le nombra Sacratísimo Corazón de Nuestro Señor Jesucristo Rey.

54. Leibnitz núm. 50, colonia Verónica Anzures, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

55. S.a., *Los agustinos ayer y hoy*, op. cit. p. 141.

Garibay, mientras que el constructor fue el ingeniero arquitecto Ciro Gutiérrez Pichardo. Ambos ejecutaron al pie de la letra el proyecto del arquitecto Mario Pani Darqui, figura indiscutible de la modernidad arquitectónica mexicana, más conocido por sus grandes proyectos educativos, gubernamentales o domésticos que por este único ejemplo del género religioso, singularidad que le otorga al templo un valor autoral añadido.

Si bien el proyecto original no contaba con un atrio exterior, sí poseía un pequeño jardincillo lateral –hoy perdido debido a una ampliación posterior– que antecedió a las dependencias parroquiales ubicadas al fondo del solar y que le servía al edificio para separarse volumétricamente de las colindancias y ganar cierta autonomía formal. El acceso al interior era a través de una sencilla escalinata central –hoy también posee una rampa que facilita la accesibilidad–, por debajo de un relieve horizontal de cantería con el tema de la Última Cena, obra del escultor chihuahuense Armando Quezada Medrano.⁵⁶

Un poco más arriba, en la portada domina una poderosa cruz sobre una celosía monumental de piezas precoladas de concreto armado, en cuyos intersticios una cuadrícula de cristales baña de luces multicolores el interior. La composición se cierra por dos esbeltos muretes de ladrillo rojizo, los cuales contrastan con la celosía gris de concreto aparente,

una solución ligeramente distinta al dibujo de la fachada que fue publicada en *Arquitectura México*, donde estos muretes eran redondeados y además aparecía arriba un grupo escultórico de la Fe, Esperanza y Caridad, a treinta metros de altura.⁵⁷

Planta de la iglesia de Cristo Rey y Santa Mónica (1942-1947), en la colonia Verónica Anzures, del arq. Mario Pani Darqui. Dibujo realizado por ASS



66

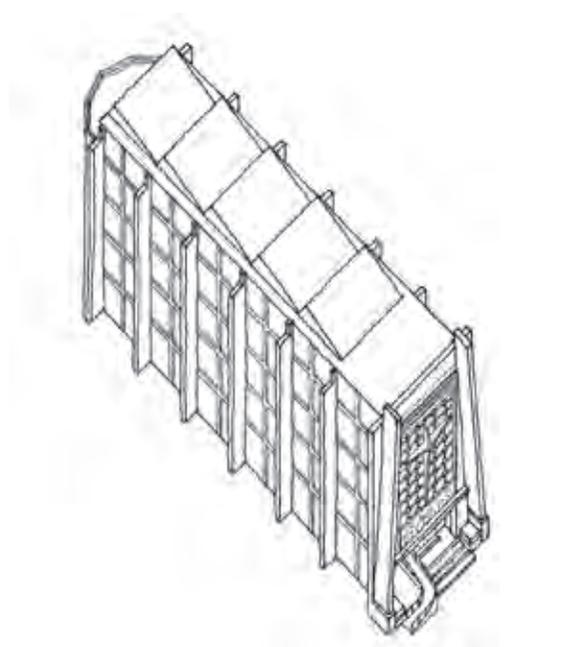
56. Escultor nacido en Chihuahua. Consiguió una beca del gobierno local para estudiar en la Academia de San Carlos de la Ciudad de México, donde se abocó con especial interés a la escultura. Posteriormente fue acreedor a otra beca, esta vez en París, donde se desarrolló con mayor plenitud y radicó hasta los 35 años, tras lo cual regresó a su país natal. Este relieve religioso no fue la única colaboración con una obra del arquitecto Mario Pani, pues también

fue el autor de los relieves del Conservatorio Nacional de Música, construido en Polanco en 1946.
Cfr. <http://archivotomasmontero.org/site/2013/01/28/una-virgen-para-el-mar/>

57. Mario Pani, "Iglesia de Cristo Rey DF", *Arquitectura México*, núm. 14, noviembre de 1943, p. 230, en Carlos Ríos Garza, *op. cit.*

Perspectiva del proyecto original de la iglesia de Cristo Rey y Santa Mónica con una altura y proporción que no fue realizada en el proyecto real. Fuente: *Arquitectura México*, núm. 14, noviembre de 1943, en Carlos Ríos Garza, *Arquitectura México 1938-78. Fuentes para la historia de la arquitectura mexicana*, colección “Raíces Digital”, México, UNAM, 2008

Isométrico (abajo) de la misma parroquia en su estado definitivo Dibujo: RMW / UAM 2015

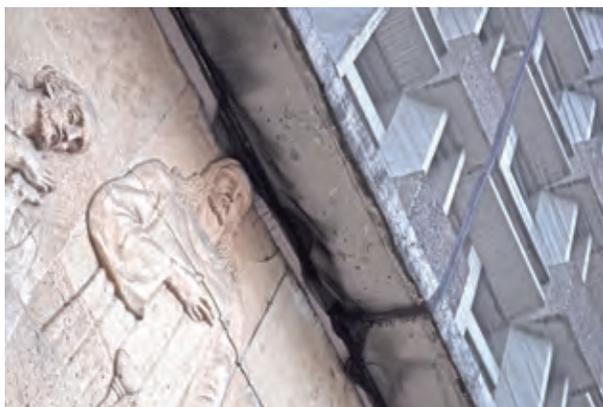


En contraste con su apariencia externa, en el interior se descubre una sola nave rectangular de triple altura, con el altar orientado hacia el norponiente, mientras que un alto muro ondulante posterior hace las veces de un moderno ábside. Tal solución en planta indica la renuncia de este arquitecto a las tradicionales plantas de cruz latina o basilical, una decisión trascendente ante la continuidad ininterrumpida por varios siglos de aquellas soluciones seculares. Al fondo, una escultura monumental de un Cristo suspendido domina el espacio –la cual no aparece contemplada en los planos de Pani–, obra del artista jalisciense Brígido Clemente Ibarra González –autor de otras imágenes sacras en iglesias de su natal estado– y que se percibe “encerrada” en un armazón metálico cruciforme.

La mayor innovación se presenta en la cubierta: unos “dientes de sierra” de concreto armado coronan la triple altura e inundan de luz cenital el interior, aunque el proyecto original que Pani publicó en 1943 en *Arquitectura México* contemplaba una persiana horizontal de madera que ocultaba la visibilidad desde el interior de la cubierta de concreto: “la luz es así difusa en toda la iglesia, sin verse de dónde viene”.⁵⁸ A pesar de este ocultamiento, se trató de una solución estructural bastante transgresora para la época, sobre todo si se recuerda que

58. *Idem*.

LOS INICIOS DEL MOVIMIENTO MODERNO EN LA ARQUITECTURA RELIGIOSA (1930-1950)



Iglesia de Cristo Rey y Santa Mónica (1942-47), colonia Verónica Anzures, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arq. Mario Pani Darqui. Fotografías: JPS, 2013

este tipo de cubiertas solían utilizarse principalmente en edificios fabriles y no en espacios religiosos, generalmente sometidos a las inercias tradicionalistas. De este modo, la única obra religiosa de Mario Pani incrementa su valor arquitectónico por su carácter propositivo y atrevido, acorde al resto de su obra arquitectónica y urbana.

La llegada de la modernidad arquitectónica a los templos bautistas

La llegada del protestantismo a México fue dilatada y gradual, pues su desarrollo y consolidación ocupan varias décadas de la segunda mitad del siglo XIX, propagándose tanto en ciudades como en pequeños poblados fabriles en todo el territorio de la nación. Primero solían llegar misioneros –generalmente provenientes de los Estados Unidos– que establecían los primeros contactos con las familias interesadas en participar en los primeros servicios religiosos, comúnmente en espacios prestados y no diseñados para ese fin. Más adelante, una vez que formalizaban su fundación, construían sus primeros templos, tanto en las principales capitales como en poblados cuya actividad mercantil o industrial atraía la permanencia temporal o definitiva de extranjeros no católicos.

Precisamente por este carácter paulatino de la inserción del protestantismo en México, es difícil establecer fechas precisas, pues algunas denominaciones cuantifican a partir de la fecha en que arribó su primer misionero, otras por el primer sermón celebrado, y otras más, por la construcción de su primer templo. Las primeras denominaciones en México: mantenían fuertes vínculos con las comunidades protestantes dominantes en los Estados Unidos, provenientes tanto del ala conservadora asentada

Fachada de la iglesia de Cristo Rey y Santa Mónica, (1942-1947). Fotografía: JPS, 2013



en el sur, como del pensamiento liberal del noreste estadounidense. Esta intensa labor evangelizadora y social se modificó en 1917, en virtud de la aplicación del “Plan de Cincinnati”, el cual dividió geográficamente el territorio mexicano en las acciones misioneras de las denominaciones, con el fin de no duplicar esfuerzos en un mismo lugar y, al mismo tiempo, evitar fricciones entre ellas y así lograr una labor evangelizadora más eficaz.

Este gradual y ordenado proselitismo desarrollado en diversas zonas del país, los condujo a un

incremento en el número y tamaño de sus edificaciones, con materiales más duraderos y variados estilos que reflejaban tanto la espiritualidad cristiana, como sus vínculos con sus lejanos orígenes europeos, allá donde surgió el movimiento reformista. Ha de recordarse que en los inicios misionales era usual que a un mismo servicio religioso acudiesen miembros pertenecientes a diversas denominaciones, pero una vez que aumentaba la feligresía, cada una comenzaba a realizar sus propios servicios, primero, y más tarde, a edificar sus respectivos templos con características específicas para su denominación.

70

Las cinco denominaciones o “protestantismos históricos” que llegaron inicialmente a México fueron, en orden cronológico de acuerdo con la fecha de su fundación en el país, los presbiterianos (1872), metodistas (1873), interdenominacionales (1873), bautistas (1884) y luteranos (1942). Estas cinco denominaciones protestantes –al igual que los judíos y los católicos ortodoxos y anglicanos– fueron mucho más reacias a adoptar la expresión arquitectónica proveniente de las ideas del Movimiento Moderno en México, pues mientras que hacia los años cuarenta ya encontramos iglesias católicas apostólicas plenamente “modernas”, entre los protestantes no se aceptaría sino hasta principios de la década de los sesenta.⁵⁹ Ello no quiere decir que ellos fuesen radicalmente reacios a toda modernidad arquitectó-

nica, ya que sí solían incorporar los nuevos sistemas constructivos y elementos estructurales aunque para el diseño de fachadas y en los ornamentos interiores preferían las expresiones historicistas, ya fuese por el conservadurismo del propio clero protestante o bien por el tradicionalismo de las propias feligresías.

Los bautistas fueron la primera denominación del protestantismo histórico que apostaron por construir un templo dentro de los lineamientos del Movimiento Moderno. El templo de la Prime-

Imagen de la construcción del nuevo templo bautista de la colonia Guerrero; a la izquierda se muestra el templo nuevo y a la derecha, el antiguo. Fotografía: Archivo Histórico de la Primera Iglesia Bautista, colección “Rubi Baroccio” (RB).



59. Cfr. Ivan San Martín, “De la homogeneidad formal decimonónica a la heterogeneidad urbana de las denominaciones evangélicas en México”, en *Revista Pragma, Espacio y comunicación visual*, núm. 7, 2011, pp. 59-77.

ra Iglesia Bautista (1949) fue construido en la colonia Guerrero.⁶⁰ No fue el primer templo de esta comunidad evangélica,⁶¹ pues para construirlo fue necesario demoler un primer templo neogótico que databa de 1887 y que era incapaz de aumentar considerablemente su capacidad ante el crecimiento de la feligresía. Luego de varias discusiones entre los miembros de la comunidad, con posiciones a favor de demolerlo o bien de sólo ampliarlo,⁶² se decidió por erigir un nuevo templo.⁶³

El proyecto fue encargado al ingeniero civil Alberto Barocio –junto con su hija Graciela– perteneciente a una familia bautista de varias generaciones con miembros destacados.⁶⁴ Así, el 1° de enero de 1949 se inició la destrucción del primer edificio. El proyecto de la nueva obra no incluía atrio alguno –a diferencia del anterior templo que sí poseía un espacio abierto de transición–, por lo que la jerarquía urbana debió ser compensada a través de la escala volumétrica: una cerrada mole –que recuerda la imagen de los cines de la época– con algunos ventanales en las plantas superiores, en cuyo frente se incorporó una monumental cruz de concreto armado a fin de exhibir la devoción cristiana.

En la planta baja se ubicó el vestíbulo principal, a modo de espacio de recepción y distribución hacia la sala de reunión, la oficina, el archivo y un gran salón para actividades sociales de la propia comunidad

Planta arquitectónica del nuevo templo bautista, (1949) en la colonia Guerrero, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los insg. civiles Alberto y Graciela Barocio
Dibujo realizado por ASS

Fachada (abajo) del mismo templo bautista de la colonia Guerrero. Fotografía: JPS, 2013



60. Mina núm. 123, esquina con Héroes, colonia Guerrero, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

61. Autollamados “evangélicos” a partir de una reunión celebrada en Panamá en 1916. Desde entonces, se usan indistintamente ambos términos. Por otra parte, es incorrecto emplear el apelativo de “sectas” a estos grupos, ya que los evangélicos no son entidades clandestinas que actúan como agrupaciones con fines

ocultos, sino asociaciones religiosas registradas en la Secretaría de Gobernación, en pleno uso de sus derechos jurídicos. En todo caso, el cristianismo primitivo sí actuó como “secta” durante más de tres siglos bajo el yugo de los romanos.

62. El proyecto de ampliación del primer templo neogótico fue presentado por el ingeniero Alfredo Barocio, hermano del autor del segundo templo. Sin embargo se tomó la decisión de

eliminarlo y construir un nuevo edificio en ese mismo predio. Para mayor información de aquél primer templo, se sugiere consultar: Ivan San Martín, (comp.) *Tradicón, ornamento y sacralidad. La expresión historicista del s. XX en la Ciudad de México*, México, UNAM, 2012.

63. A diferencia de las comunidades católicas, los protestantes no suelen apearse tanto a las condiciones materiales de sus templos, por



Templo de la Primera Iglesia Bautista (1949), colonia Guerrero, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los ingenieros civiles Alberto y Graciela Barocio. Fotografías: JPS, 2013

—como una extensión de las actividades religiosas—, una característica propia a todas las denominaciones. Desde este vestíbulo surge un par de escaleras que suben al espacio de culto, ubicado en el segundo y tercer niveles pues éste posee una doble altura con una galería superior que permite ampliar la capacidad de la feligresía los días domingo.

La estructura está conformada por columnas y travesaños de concreto armado, con muros divisorios de ladrillo aplanado, lo cual permite la liberación de apoyos intermedios, sobre todo en el espacio de culto, donde debía prevalecer una buena visibilidad del púlpito. Para la cubierta de la nave central se utilizaron cerchas metálicas, pues permitían cubrir sin problemas el claro de la nave y aligeraba al mismo tiempo el peso de la estructura; pues ha de recordarse que el predio se asentó en una zona de origen lacustre, muy cerca del antiguo trazo de la antigua Calzada de Tacuba.

El altar y el bautisterio se encuentran ligeramente elevados al fondo de la nave, en consonancia con la importancia que esta denominación protestante concede a los dos únicos sacramentos que reconoce: el Bautismo y la Cena del Señor, elementos de gran sacralidad, que deben ser claramente visibles dentro de la espaciosa nave, infundada de luz y carente de imágenes religiosas, lo cual convierte a este templo en una apuesta muy temprana por

la modernidad por parte de una de las religiones minoritarias de la Ciudad de México.

La llegada de la modernidad arquitectónica a las sinagogas

El judaísmo en México también fue seducido por los primeros postulados de la modernidad arquitectónica, aunque al igual que el catolicismo apostólico, se trató de un proceso gradual y titubeante que demoraría varias décadas en dar sus mejores frutos, semejante al lento proceso de inmigración de dicha comunidad al país. De hecho, se tiene registro de que las primeras reuniones judías se realizaron hacia 1862 —es decir, algunos años después de las Leyes de Reforma—, aunque discretamente, en un lugar prestado por una logia masónica en la calle de Donceles núm. 14.⁶⁵ Desde entonces, algunas familias judías se asentaron al oriente del centro de la ciudad, donde celebraban su culto en propiedades de terceros o en la casa de alguno de los miembros de edad avanzada, con conocimientos para dirigir el rezo y apegarse a la tradición. La carencia de espacios arquitectónicos —sinagogas construidas para dicho fin— no constituye un problema para los judíos, ya que a diferencia de otras religiones, no requieren de un espacio previamente “consagrado” para efectuar su servicio religioso, sino que pueden realizarlo

mucho que esto nos parezca pernicioso para la preservación del patrimonio arquitectónico.

64. A propósito de la historia del templo, se agradece a Mario Cortés, cronista de la primera iglesia bautista y a la maestra Rubí Barocio Castells, descendiente de los ingenieros Barocio y destacada historiadora especializada en los bautistas mexicanos, por la información proporcionada.

65. Para la historia del judaísmo en México, y un análisis de sus principales sinagogas, *cfr.* Mónica Unikel Fasja (Comp.) *Sinagogas de México*, México, Fundación Activa, 2002.

en cualquier espacio, con tan sólo la presencia de un “minián”, es decir, el quórum de por lo menos diez varones mayores de trece años, donde uno, el más capacitado, es el encargado de dirigir el rezo.

Hasta inicios del siglo xx, ya bajo el gobierno de Porfirio Díaz, empezó a consolidarse una comunidad judía con una permanencia estable en el país, la cual permitió el establecimiento de una primera sinagoga –en la calle Capuchinas–⁶⁶ y más tarde de una segunda –en la calle Jesús María–, con miembros mayoritariamente procedentes de Grecia, Siria, Bulgaria y del entonces todavía Imperio Otomano (parte de la actual Turquía); eran tanto judíos *jalebi* y *shamis*,⁶⁷ como judíos *sefaradim*⁶⁸ –dos de las tres principales comunidades que se asentarán en México– quienes fundaron en 1912 una organización de beneficencia denominada Monte Sinaí. Dos años después, hacia 1914 y en plenos años revolucionarios, se registran ya cuatro sinagogas en la capital,⁶⁹ aunque en muchos casos se trataba de espacios un tanto improvisados junto a la vivienda de uno de los miembros, tal y como lo narra Mónica Unikel, especialista en historia judaica en México:

[...] Todas estas sinagogas eran el lugar que habitaba algún correligionario y lo prestaba para el culto y el estudio, como el de la Santísima, donde funcionaba un Talmud Torá al que asistían los niños damasqueños en las tardes, después de asistir al colegio públi-

co en la mañana. Eran espacios pequeños, para los rezos cotidianos y de *Shabat*. Para las fiestas mayores alquilaban un templo masónico en la calle Cinco de Mayo núm. 6.⁷⁰

Para la década de los veinte, comenzaron a llegar pequeños grupos de judíos europeos, los *ashkenazim*,⁷¹ la tercera de las principales comunidades aquí asentadas, quienes se organizaron rápidamente y en 1922 fundaron Nidje Israel –cuyo nombre significa “desterrados de Israel”–, una organización de beneficencia para apoyarlos a su llegada y en su permanencia. Sus primeros rezos en *idish* –idioma usado por los *ashkenazim* desde la Edad Media– los realizaban en la sinagoga de la calle de Santísima –cedida por la agrupación Monte Sinaí–,⁷² pero cuyo local fue pronto insuficiente. Por esta razón comenzaron a mudarse sucesivamente a espacios alquilados de mayores dimensiones, hasta principios de los años cuarenta, cuando lograron finalmente construir una sinagoga específicamente para ellos pues su comunidad que se había incrementado sustancialmente en México a causa de las migraciones originadas por las hostilidades sufridas durante el periodo de entreguerras.

La sinagoga Nidje Israel (1941) tomó el nombre de su propia asociación, y ocupó un predio entre medianeras casi en frente de la plaza Loreto,⁷³ en la misma zona oriente del Centro Histórico, muy cercana a las casas, talleres y negocios de los miembros

66. Cfr. Mónica Unikel Fasja (comp.), *Sinagogas de México*, México, Fundación Activa, 2002, p. 60.

67. Son judíos sirios procedentes de Jalab, nombre hebreo de la ciudad de Alepo; mientras que los *shamis* proceden de Damasco.

68. Judíos que fueron expulsados de España (*Sefarad*) a finales del siglo xv y que migraron a Grecia, Turquía y Bulgaria.

69. Todas en el centro de la Ciudad de México: Limón núm. 21, Jardín de la Santísima núm. 11, Estanco de Mujeres y otra en Manuel Doblado, esquina con República de Guatemala. Ver Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, p. 61.

70. Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, p. 61.

71. Son aquellos judíos procedentes de Ashkenaz, nombre hebreo para Alemania., aunque el término se extiende a todo el centro europeo.

72. Monte Sinaí había ya comprado el predio en Justo Sierra, donde se edificaría en 1923 su primera sinagoga. Le seguiría una segunda, Bnei Elohim, en la colonia Vallejo (1930), y una tercera, Rodfe Sédek, en la colonia Roma (1931) en la calle Córdoba. Por su parte, los judíos *sefaradim* fundarían Rabi Yehuda Halevi, en la calle Monterrey de la colonia Roma (1942), toda vez que los protestantes metodistas les prestaban el espacio de su templo

de la comunidad, acorde a la ancestral prescripción entre la cercanía física de los domicilios y el templo. Desde el exterior, el templo judío pasaba prácticamente desapercibido desde la calle o la cercana plaza Loreto, pues su adscripción religiosa sólo podía identificarse por unos sencillos relieves de la *maguén David* –estrella de David– en las puertas de madera, en tanto que el resto de la fachada en estilo neocolonial asemejaba una casona virreinal, con sus muros recubiertos de tezontle, con jambas de puertas y marcos de ventanas en cantería, características estilísticas que al parecer fueron seleccionadas más por razones de ahorro fiscal, que por convicciones estéticas.⁷⁴

Una vez que se ingresaba al edificio neocolonial, el pasillo conducía a un pequeño patio interior, que servía de transición hacia una segunda fachada con una morfología completamente distinta hacia el exterior, con características *art déco*, aunque con algunas pervivencias historicistas. Al centro de esta fachada interior, un arco de medio punto –ligeramente abocinado– enmarcaba una portada escalonada, retraída en el segundo nivel para dar lugar a una sencilla ventana rectangular, mientras que varias triadas de ventanillas –con arcos de herradura de reminiscencias orientales– fueron colocadas en el segundo y tercer niveles. Cabe aclarar que desde sus inicios, esta obra contó con ambas fachadas –la exterior y la

Planta de la sinagoga Nidje Israel, (1945) en el Centro Histórico, de los insgs. Salomón Gerson y Miguel Jinich. Dibujo realizado por ASS

Fachada neocolonial de la misma sinagoga. Fotografías: JPS, 2013



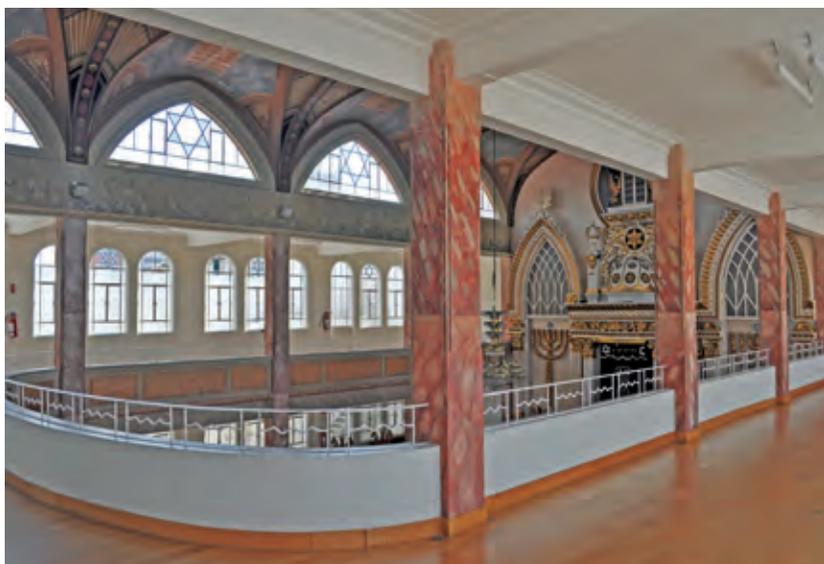
de la calle Gante, en lo que fuera el claustro del convento grande de San Francisco. Sin embargo, todas estas nuevas sinagogas se construyeron en estilo historicista, razón por la cual se alejan del interés arquitectónico del presente estudio.

Cfr. Ivan San Marín, "La gran corriente ornamental de la arquitectura religiosa en la Ciudad de México", en *Revista Arquitectónica*, 2005.

73. Justo Sierra núm. 71, colonia Centro, delegación Cuauhtémoc, Ciudad De México. En la actualidad es posible visitarla gracias a que se ha convertido en un pujante centro cultural de difusión de la cultura judía, a cargo de la socióloga Mónica Unikel, quien es además pionera en el estudio de las sinagogas mexicanas.

74. "El gobierno mexicano, a través de su dependencia de monumentos coloniales, manifestó en 1918 que todo aquél que construyera

casas o edificios con fachada de estilo neocolonial –sin importar el interior– gozaría de beneficios fiscales. Los judíos compraron por cuarenta mil pesos dos casas juntas en la calle de Justo Sierra en 1937 y la demolieron para hacer un centro comunitario". En Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, 92.



Segunda fachada e interior de la sinagoga Nidje Israel, (1941), en el Centro Histórico, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los ingenieros civiles Salomón Gerson y Miguel Jinich. Fotografías: JPS, 2013

interior–, así como con el historicismo del recinto para el rezo, inspirado en los lejanos templos lituanos. Estas tres expresiones morfológicas fueron concebidas por la misma pareja de autores, los ingenieros civiles Salomón Gerson y Miguel Jinich, una presencia profesional que va a ser recurrente en otras sinagogas diseñadas también por ingenieros que pertenecían a la misma comunidad judía.

El espacioso salón de la planta baja fue destinado a las actividades comunitarias, muy importantes en la vida judía, mientras que el espacio para el culto se ubicó en el segundo nivel, de tal manera que para ingresar al recinto era necesario subir por cualquiera de las dos escalinatas laterales, cuya ubicación ya se adivina desde la fachada, pues se delatan por tres angostas ventanas escalonadas, similares a las que solían también utilizarse en los *hall* de las residencias señoriales de aquella época. La sencillez de la fachada concuerda con los vitrales geométricos con la estrella de David, así como con la herrería zigzagueante de los barandales de las escaleras, característica del diseño integral que prevalecía en el *art déco*.

La siguiente sinagoga moderna –o *shull*, como suelen llamarlas–, fue Adat Israel (1948-1952), construida para los *ashkenazim* que se habían mudado fuera del Centro Histórico, hacia la colonia Álamos Postal, una zona tranquila y arbolada, con

viviendas de clase media. Se requería de una sinagoga que quedara a corta distancia a fin de acudir caminando al rezo, sin necesidad de utilizar ningún vehículo de transporte movido por chispa alguna, en cumplimiento con la prescripción religiosa.

El origen de la propiedad del terreno se remonta a 1942, cuando la comunidad adquirió una casa ya construida,⁷⁵ la cual fue conservada para oficinas, servicios y espacios comunitarios, razón por la cual su fachada poco revela su adscripción religiosa, tan sólo indicada por una estrella de David en una ventana de la planta alta. En el jardín trasero de la casa, el ingeniero civil Gregorio Beitman edificó el espacio para el rezo –entre 1948 y 1952– al cual dotó de una doble altura, a fin de localizar una galería superior en forma de “u” para que las mujeres participaran desde ahí en los servicios religiosos.

La expresión arquitectónica del interior posee formas y detalles ornamentales del *art déco* –molduras, escalonamientos, lámparas–, lo cual la asemeja a algunos interiores de las grandes salas de cine de aquella época –un género entonces en plena expansión–, aunque aquí la iluminación natural es predominante. El *arón hakodech* –el arca sagrada que conserva los rollos de la Torá–, se encuentra al fondo de la nave central –dirigido hacia el poniente–, mientras que la *bimá* –púlpito para la lectura– se halla centralizada, una ubicación tradicional en

75. Av. 5 de Febrero núm. 633, colonia Álamos Postal, delegación Benito Juárez, Ciudad de México

las sinagogas *ashkenazim*, por cuestiones de liturgia y tradición. No obstante, pese a la modernidad del espacio central, los elementos litúrgicos poseen aún mucha ornamentación figurativa –sobre todo en el ábside que cobija al arca sagrada–, lo cual confirma la dificultad para abandonar la inercia estética decorativa.

Finalmente, la tercera sinagoga construida con expresión moderna fue Monte Sinaí (1945-1953), en la zona sur de la colonia Roma,⁷⁶ promovida por la Sociedad de Beneficencia Alianza Monte Sinaí. Recuérdese que ésta agrupaba, primero, a judíos de diversas nacionalidades, pero que con el paso del tiempo terminó por integrar a aquéllos provenientes de Siria, tanto de la ciudad de Aleppo como de Damasco. Varias familias habían migrado a esta colonia que seguía expandiéndose hacia el sur, y aunque ya contaban con la sinagoga Rodfei Tsédek en la calle de Córdoba, era necesario disponer de un recinto más debido al crecimiento de la comunidad en aquella colonia. La nueva sinagoga fue proyectada por los ingenieros Salomón y León Gerson, quienes la comenzaron en 1942 y la terminaron hasta 1953, debido a problemas económicos de la propia comunidad, así como a la dificultad durante la Segunda Guerra Mundial para conseguir el acero que la estructura requería.

Planta de la sinagoga Adat Israel, (1948-1952) en la colonia Álamos Postal, del ingeniero civil Gregorio Beitman. Dibujo realizado por ASS

Fachada (abajo) de la antigua casa, convertida en la sinagoga Adat Israel. Fotografía: ISM, 2005



76. Querétaro núm.110, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México

Interior de la sinagoga Adat Israel, (1948-1952). Fotografía: ISM, 2005



79

El exterior consiste en un volumen macizo forrado de sillares de cantería, en un terreno entre medianeras con un amplio vano al centro de la fachada, coronado por un arco triunfal, bajo el cual se sitúa el acceso y una celosía con la estrella de David, en una composición simétrica que aún recuerda algunos rasgos de la arquitectura *art déco*. A través de una escalinata se accede al interior, de una sola nave y con doble altura, en cuya parte superior se sitúa, en tres de sus lados, la galería para las mujeres –una solución usualmente utilizada en otras sinagogas–, iluminada por unas curiosas ventanillas de remate ojival.

Al fondo, cobijado por un muro semicircular que mira al sur, se encuentra el *hejal* –como le llaman los judíos orientales al arca sagrada–, el cual está contenido bajo una columnata de mármol, con un cierto aire clasicista. Al centro y al frente, se encuentra la *tebá* –el nombre con el que los judíos orientales se refieren a la *bimá ahkenazím*– desde donde se realiza la lectura de los textos sagrados,

de frente a los feligreses cómodamente sentados, situados por debajo de una enorme “araña” de cristal que dota de cierta elegancia doméstica al recinto.

Ha de recordarse que el programa arquitectónico de una sinagoga no se limita a los recintos para el rezo, sino que sus actividades se extienden a otros espacios complementarios importantes para la vida judía, como el cumplimiento de ciertos rituales –entre otros, el baño ritual para las mujeres adultas o la circuncisión a los recién nacidos–, así como espacios para preparar comida *koscher* –es decir, ritualmente pura– o lugares de estudio de los textos venerados, además de salones para reuniones y eventos sociales.

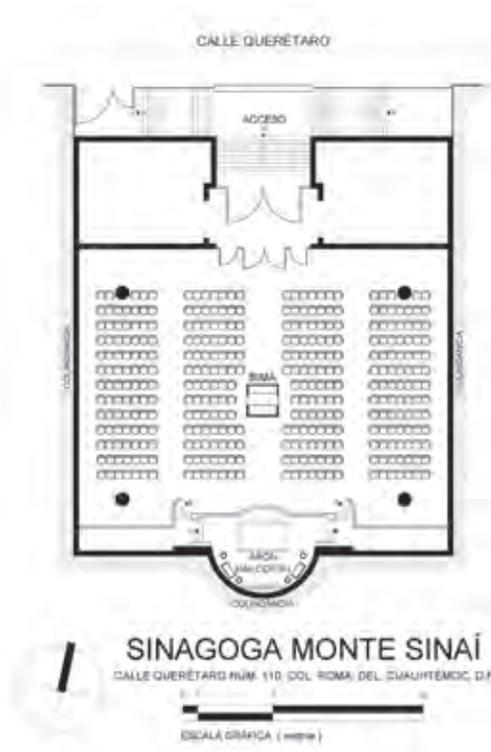
Estos tres primeros ejemplos aquí mencionados han sido considerados como sinagogas con ciertos rasgos de modernidad, ya sea por el diseño de su fachada, por la sencillez geométrica, por la amplitud de sus espacios interiores o por el uso de estructuras con claros mayores, pues aunque no se trataba de



Sinagoga Monte Sinaí (1942-1953), en la colonia Roma, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los ingenieros civiles Salomón y León Gerson. Fotografía: ISM, 2006

Planta de la sinagoga Monte Sinaí (1942- 1953), en la colonia Roma, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los insgs. Salomón y León Gerson. Dibujo realizado por ASS

Fachada de la misma sinagoga. Fotografía: ISM, 2006



obras integralmente modernas, constituyeron una transición para obras posteriores, más maduras. Asimismo, resalta que los autores de estas primeras sinagogas modernas, a diferencia de las iglesias católicas, fueron principalmente ingenieros civiles, aunque siempre pertenecientes a la misma comunidad judía.

Epílogo a la primera etapa

Estas primeras iglesias, sinagogas y templos protestantes fueron construidos en la capital durante las décadas de los años treinta y cuarenta. Constituyen los primeros ejercicios de los arquitectos por comprender las posibilidades constructivas y estructurales que brindaba el concreto armado, el cual les permitía alcanzar mayor claros interiores sin apoyos intermedios e incrementar las alturas y la iluminación natural de los espacios de culto, razón por la cual, en ocasiones, presentan cierta semejanza con aquella especialidad del gótico medieval. Por su parte, las plantas arquitectónicas siguieron siendo las mismas tipologías que tradicionalmente se habían utilizado durante los últimos cuatro siglos –basilicales y de cruz latina, usadas desde el virreinato–, debido a que las respectivas liturgias católicas, protestantes o judías no se habían modificado, y con ello, tampoco el funcionamiento de los espacios; es decir, no había un imperativo de cambio en los modelos tradicionales. En cambio, las formas de sus alzados exteriores e interiores sí delataban una búsqueda formal por encontrar una expresividad moderna, alejándose gradualmente del historicismo fuertemente dominante durante la primera mitad del siglo xx.

Bóvedas de secciones parabólicas u ojivales desplazaron a las de medio punto, mientras que marcos rígidos y arcos ochavados destituyeron

gradualmente a los arcos de medio punto. Los tradicionales recubrimientos en cantería poco a poco fueron desplazados por los aplanados de mortero y, en algunas ocasiones, por el mismo concreto aparente, en una franca apuesta por la visibilidad de los elementos constructivos. Tampoco el ornamento arquitectónico logró ser erradicado del todo, pues todavía se manifestó en vidrieras, retablos y demás ajuares litúrgicos con motivos aún figurativos, sin embargo, el interés estético comenzó paulatinamente a orientarse hacia la fruición de la sencillez geométrica de los volúmenes arquitectónicos, al mismo tiempo que se alejaba de la mera aplicación naturalista y decorativa de ecos historicistas.

Por todas estas características, estas obras pueden identificarse como las primeras que incursionaron en la modernidad arquitectónica del género religioso, algunas sin duda como obras maestras. Les faltaría aún mucho para alcanzar la madurez espacial y estructural de las obras subsecuentes, pero fue una etapa de transición que nos revela el paulatino aprendizaje de los arquitectos e ingenieros civiles para dominar los nuevos sistemas constructivos y materiales innovadores. Asimismo, indica la apertura que algunos sacerdotes promovieron hacia las nuevas formas del Movimiento Moderno, tal y como puede percibirse en el siguiente cuadro esquemático.

Principales características del período: las tres columnas de la izquierda representan características derivadas de siglos de tradición, mientras que las dos de la derecha muestran elementos arquitectónicos innovadores. Elaboración: Ivan San Martín (ISM) y Ricardo González Bugarín (RGB), 2014

Ejemplos de plantas tradicionales	Elementos estructurales tradicionales	Elementos artísticos figurativos	Sistemas constructivos y materiales modernos	Morfologías modernas

2



**La apropiación del
Movimiento Moderno
por la arquitectura
religiosa (1950-1960)**



Durante la década de los cincuenta, México gozaba de una estabilidad política que había propiciado desarrollo industrial y económico –sobre todo urbano–, una bonanza que se expresaría en el ámbito arquitectónico a través del denominado “funcionalismo mexicano”, el cual comenzaba a ganarle la batalla al historicismo, en franco declive. Por su parte, el Movimiento Moderno daba sus mejores frutos en el centro de Europa y en algunas ciudades de Estados Unidos, vanguardia que era asimilada por los arquitectos mexicanos mediante la difusión de las obras emblemáticas que se hacía en las revistas internacionales, y por el contacto directo que algunos de ellos habían tenido con sus principales exponentes, como Le Corbusier, Richard Neutra o Frank Lloyd Wright.

En México, el uso del concreto armado se había generalizado en todos los géneros arquitectónicos, ya por sus aplicaciones estructurales y constructivas, ya por la apreciación estética de su visibilidad. El género religioso no sería la excepción: iglesias, sinagogas y templos evangélicos se adhirieron abiertamente a las innovaciones morfológicas, constructivas y estructurales, con independencia de su adscripción religiosa, pues el influjo de la modernidad fue compartido por autores y sacerdotes, por encima incluso de sus diferencias teológicas, religiosas, sociales y litúrgicas.

Durante esta segunda etapa aún pervivieron algunas plantas arquitectónicas tradicionales, como la cruz griega y la basilical de tres naves –con las laterales como deambulatorios– mientras que otras plantas prácticamente quedarían en desuso, como la cruz latina, a pesar de su pervivencia durante varias centurias. También surgirían las plantas circulares y triangulares –aunque sin cambiar el acomodo ortogonal de las bancas para los feligreses. Las primeras habían sido usadas remotamente en los bautisterios paleocristianos y bizantinos, mientras que las segundas prácticamente tenían nula aplicación en los espacios de culto.

86

En contraste con la tradicionalidad de las plantas griega y basilical, se desarrollaron alzados de gran innovación espacial, a tal grado que se lograba diluir la percepción de la organización convencional mediante paramentos inclinados y curvos. Asimismo, se emplearon cubiertas ligeras, las cuales enriquecieron la espacialidad interior y posibilitaron vanos mayores para captación de iluminación natural, elemento primordial para potenciar la experiencia religiosa. En las cubiertas de los templos hicieron su aparición los llamados “cascarones” de concreto, superficies regladas que podían alcanzar mayores claros y al mismo tiempo adelgazar su espesor y cuya construcción implicaba una barata mano de obra de albañiles y carpinteros para la realización de las cimbras de madera, lo que indudablemente repercutía en el bajo costo del elemento estructural. También se utilizaron los casquetes esféricos, que si bien funcionaban como cúpulas tradicionales –pues se apoyaban de manera continua–, el uso de concreto les permitía alcanzar mayores alturas y claros sin apoyos intermedios. De igual manera, se incorporaron armaduras metálicas, las cuales, si bien habían sido ya utilizadas en otros géneros arquitectónicos, su presencia en los templos había sido relegada a unos cuantos casos singu-

lares en los que, desde luego, no eran visibles desde el interior de las naves, rasgo que ya comenzaba a ser habitual en este periodo.

Estos elementos innovadores también comenzaron a transformar el diseño de otros elementos al interior de los templos con independencia de su adscripción religiosa. Es notoria una tendencia hacia la sencillez de los muebles, enseres litúrgicos, vitrales, lámparas, herrerías, pinturas, mosaicos, relieves y esculturas de bulto, los cuales, si bien aún presentaban rasgos ornamentales y figurativos, gradualmente propendieron a la abstracción.

La apropiación de lo moderno por la iglesia Católica Apostólica

Como ya se ha revisado en el capítulo anterior, las primeras apuestas por la modernidad arquitectónica surgieron –cuantitativamente hablando– en el clero católico apostólico, durante las décadas de los años treinta y cuarenta, aunque no por ello quedaron exentas las apropiaciones arquitectónicas por parte de algunas religiones minoritarias. En consecuencia, durante la década de los cincuenta se cosecharon los mejores ejemplares de aquellas primeras incursiones, con excelentes obras que bien podrían reconocerse como “la época de oro” de la arquitectura religiosa, so pena de minimizar con tal afirmación a los también excelentes ejemplos surgidos durante las décadas subsecuentes. De este modo, es posible identificar en los templos católicos de esta década un proceso de plena innovación e integración entre las plantas arquitectónicas, la estructura, los sistemas constructivos y la expresión plástica apegada a los criterios estéticos del Movimiento Moderno.

Entre las principales obras de esta segunda etapa de modernidad se encuentran varias iglesias católicas, entre las que destacamos catorce:

Nuestra Señora de Guadalupe (1952-1954), en la colonia San Rafael; San Cayetano (1952-1959), en la colonia Lindavista; Nuestra Señora del Rosario de Fátima, en la colonia Irrigación; Nuestra Señora de Guadalupe (1957-1961), en la colonia Pensil; Virgen de la Medalla Milagrosa (1953-1957), en la colonia Narvarte; San Antonio de Padua o San Antonio de las Huertas (1955-1962), en la colonia Tlaxpana; Nuestra Señora Aparecida (1959), en la colonia Jardín Balbuena; Nuestra Señora Reina de la Paz (1949-1951), en la colonia Verónica Anzures; el Santo Cristo de la Agonía (1956), en la colonia Santa María Insurgentes; Guadalupe Emperatriz de América (1948-1957), en la colonia San José Insurgentes; Nuestra Señora de Buen Consejo y Preciosa Sangre (1955), en la colonia Chapultepec Morales; Nuestra Señora de Fátima (1958-1962), en la colonia Roma Sur; la Inmaculada Concepción (1952-1956), en la colonia Prado Churubusco; y finalmente, San Pío X (1958-1959), en la colonia Moctezuma.

Asimismo, en esta etapa se construyeron varias capillas comunitarias, las cuales constituyen un subgénero religioso en tanto que consisten en espacios complementarios a conventos y casas de ejercicios. Entre ellas destacamos cuatro obras maestras de este período: la capilla para las Madres Capuchinas Sacramentarias del Purísimo Corazón de María, en la colonia Tlalpan; la capilla del Seminario Mayor para las Misiones Extranjeras (1956-1957), también en Tlalpan; la capilla de la Soledad para los Misioneros del Espíritu Santo (1956-1958), en el antiguo rancho de El Altillo, en Coyoacán; y la capilla para las Hermanas de San Vicente de Paul, también en Coyoacán (1958-1969). Todas éstas fueron obras religiosas que por sus características específicas de aislamiento y vida comunitaria, permitieron a los arquitectos realizar innovadoras modificaciones a las plantas arquitectónicas, algunas de las cuales

se adelantaron inclusive a las reformas litúrgicas del Concilio Vaticano II de la década siguiente. En este mismo apartado se incluye una capilla hospitalaria, la del Sanatorio Español, que sin ser propiamente una capilla para una congregación religiosa, comparte con aquéllas la circunstancia de encontrarse inserta en un conjunto arquitectónico de mayores dimensiones.

Algunos de los autores de todas estas obras ya habían comenzado a colaborar desde el periodo anterior –como José Creixell–, pero la mayoría eran nuevos arquitectos que incursionaban en el género con obras señeras que impactaron en buena medida en su trayectoria profesional, como Félix Candela Outeiriño, Enrique de la Mora y Palomar, Fernando López Carmona, Antonio Francisco Torres Zapien, Ernesto Gómez Gallardo, Ricardo de Robina Rothiot, Nicolás Mariscal Barroso, Pedro Héctor Hinojosa Zozaya, Jorge Molina Montes, Honorato Carrasco Navarrete, Luis Barragán Morfín y José Villagrán García, además de algunos otros autores que aún no han podido identificarse. También hubo casos de ingenieros arquitectos, como Francisco J. Serrano y Álvarez de la Rosa, y de ingenieros civiles, como Juan Álvarez Domenzain.

En algunos casos, la autoría recaía en un equipo integrado por varios profesionales –como fue el caso de Villagrán o De la Mora–, pero generalmente las menciones historiográficas suelen recaer en el líder o proyectista principal del despacho. En otros templos, los arquitectos se apoyaron en colaboradores estructurales, tanto para la realización del mero cálculo, como para las decisiones proyectuales; tal fue el caso del arquitecto Félix Candela y de los ingenieros civiles Miguel Rebolledo, Leonardo Zeevaert y Carlos García Gómez, cuya destreza en el cálculo y la edificación fue necesaria dada la envergadura de las obras: claros, cubiertas, alturas.

Las primeras dos construcciones que reseñaran fueron sin duda plenamente modernas, tanto por la expresión formal como por el uso del concreto armado para cubrir claros audaces y elevadas alturas; sin embargo, a juicio de quien esto escribe, aún se trata de obras pertenecientes a un periodo de transición, ya que continuaron con el empleo de plantas arquitectónicas tradicionales –una sola nave y cruz griega– y elementos estructurales tradicionales –bóvedas de medio cañón, pechinas, muros de carga–, lo cual no menoscaba su importancia arquitectónica o urbana, ni mucho menos religiosa para su devota feligresía, quien las suele valorar por la calidad de su experiencia religiosa y no con base en categorías historiográficas.

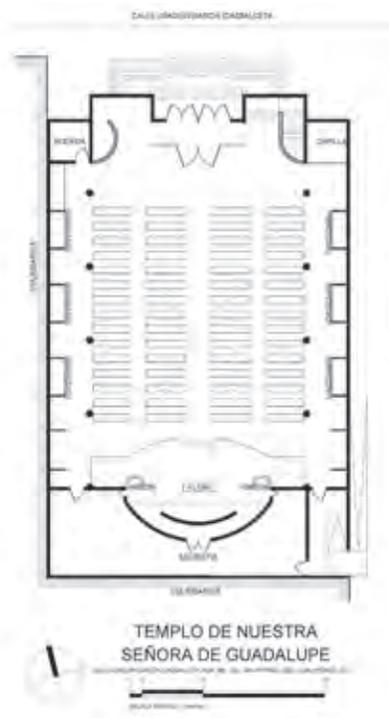
La parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe (1952-1954) –también llamada “La Guadalupe”– fue construida en la céntrica colonia San Rafael, en la esquina de dos calles con predominio habitacional y comercial.¹ El primer proyecto fue diseñado por el arquitecto Carlos Lazo, y su cálculo estructural fue realizado por el ingeniero naval Miguel Rebolledo Rivadeneira, a quien ya se ha mencionado en proyectos religiosos en el capítulo anterior, tanto modernos, como historicistas, inclusive.² Sin embargo, Lazo decidió renunciar al encargo por compromisos de trabajo, por lo que para la continuación de la obra recomendó al ingeniero y arquitecto Francisco

J. Serrano y Álvarez de la Rosa (1900-1982) con los misioneros oblatos de María Inmaculada.

Desde el inicio, el proyecto no contemplaba atrio alguno –seguramente por las escasas dimensiones del terreno–; por lo que la jerarquía parroquial

Planta baja de la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en la colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc. Dibujo realizado por alumno (a) de servicio social (ASS)

Vista (abajo) de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2013



1. Joaquín García Icazbalceta núm. 96, esquina con Velázquez de León, colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.
 2. Suya fue la parroquia con formas historicistas de San José de los Obreros, construida entre 1939-1955 en la colonia Obrera, en Fernando Ramírez núm. 75, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.



Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, (1942-1954) en la colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, del ing. civil y arquitecto Francisco J. Serrano y Álvarez de la Rosa. Fotografías: JPS, 2013

debió compensarse con el aprovechamiento de la esquina y conferirle así una mayor visibilidad a su volumetría, conformada por el equilibrio compositivo de elementos verticales y horizontales, tal y como lo refiere la especialista Lourdes Cruz de la UNAM, quien ha estudiado a fondo la obra de este ingeniero civil y arquitecto:

Al exterior, el volumen es pesado y estático, resuelto con elementos geométricos muy simples, a excepción de los muros laterales; al igual que en el interior, la selección de los materiales en las fachadas, concreto y tabique, no fue la más adecuada, aunque probablemente la falta de recursos económicos determinó los acabados.³

90

La portada exhibe una cruz sobre una sencilla celosía, con vitrales de Víctor F. Marco –artista que también colaboraría en otras obras religiosas–, mientras que, por debajo, un relieve y cuatro mosaicos venecianos señalan la importancia del acceso principal. Al interior, al fondo de la nave central, el altar dirigido hacia el sur es cobijado por la imagen de la Virgen de Guadalupe sobre un ábside semicircular, mientras que una sucesión de muros curvos y paños de block de vidrio corren lateralmente para inundar el espacio de luz natural, al tiempo que dotan de un cierto movimiento al interior. Todos estas cualidades, tanto arquitectónicas como artísticas, han hecho que la capilla se encuentre catalogada⁴ como

patrimonio artístico inmueble del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), inclusión que le asegura un primer nivel de protección institucional.

La iglesia de San Cayetano (1952-1959) fue el otro proyecto religioso del mismo Francisco J. Serrano, pero con cálculo estructural del ingeniero civil Leonardo Zeevaert (1914-2010).⁵ La obra fue construida al norte de la ciudad, en una cabecera de manzana de la colonia Lindavista.⁶ Su imponente mole, bajo la advocación del santo teatino⁷ –de hecho, el templo es la sede de su casa provincial–, llegó a convertirse en un referente urbano, pues su escala y volumetría contrastaban con el entorno habitacional y comercial circundante de niveles inferiores. Esta notoriedad se ha perdido gradualmente con la construcción de algunos edificios cercanos, además de que carece del esbelto campanario que sí aparecía en los dibujos originales del proyecto y que nunca fue realizado.

La sencilla planta arquitectónica recibió una solución estructural compleja: una sola nave cuadrada fue cubierta por muros de carga y bóvedas de medio cañón de sección parabólica, los cuales formaron cuatro monumentales arcos torales que sostienen el añillo del tambor. Abajo, cuatro pechinas invertidas cierran el espacio, produciendo la sensación de que los muros han sido sustituidos por paños inclinados,

3. Lourdes Cruz González Franco, *Francisco J. Serrano, ingeniero civil y arquitecto*, México, UNAM, 1998, p. 119.

4. Con número de registro INBA: DF-CUAU-5334-9493.

5. Leonardo Zeevaert Wiechers fue un destacado ingeniero cuyas amplias investigaciones tecnológicas contribuyeron ampliamente al comportamiento sísmico de cimentaciones y estructuras en la Ciudad de México, las cuales

aplicó en decenas de cálculos de obras, entre los cuales sin duda destaca el de la Torre Latinoamericana, cuando contaba con apenas 37 años de edad.

6. Av. Montevideo núm. 687, esquina con Matanzas y Cienfuegos, colonia Lindavista, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México.

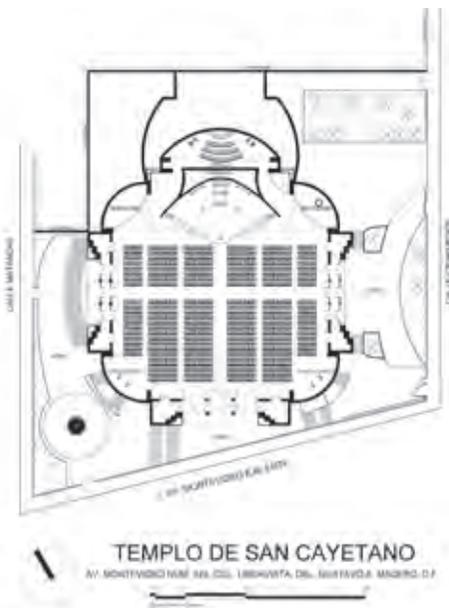
7. Gaetano Thiene –castellanizado Cayetano– fue un presbítero italiano (1480-1547), perteneciente a la noble familia de los condes de Thiene,

asentados en Vicenza. Fue el fundador de la Orden de Clérigos Regulares Teatinos, orden aprobada por Clemente VII el 24 de junio de 1524 y confirmada definitivamente en 1532. En 1671 fue proclamado santo por el papa Clemente X debido a su lucha contra la Reforma protestante. Se le conoce como patrono del pan y del trabajo.

mientras un entresuelo perimetral hace las veces de trabe de liga y evita la posible apertura de los arcos sometidos a tan grande esfuerzo.

Planta baja de la parroquia de San Cayetano, (1952-1959) en la colonia Lindavista, delegación Gustavo A. Madero, del ing. civil y arq. Francisco J. Serrano. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior (abajo) de la misma parroquia de San Cayetano. Fotografías: JPS, 2013



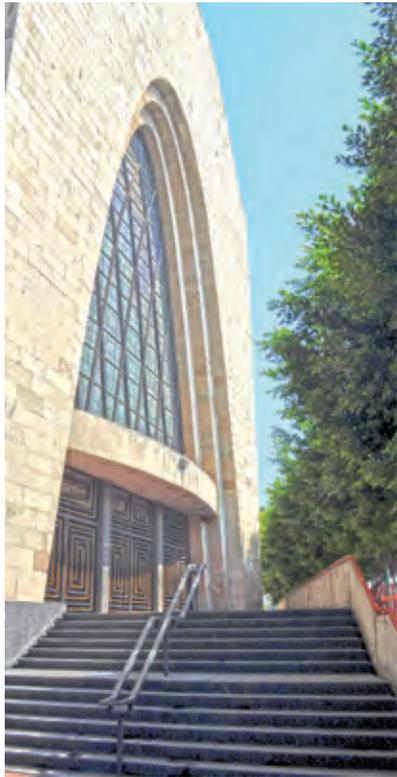
El resultado estético fue sorprendente –mucho más complejo que la Purísima de Monterrey–: una diáfana iluminación natural penetra hacia un altar dirigido al nororiente, mismo que, cobijado por un muro curvo, propicia el ambiente idóneo para la experiencia religiosa. No obstante, como muchas otras grandes iglesias católicas, la nave principal sólo suele utilizarse los días domingo o durante las festividades, pues para el servicio religioso del diario suele ocuparse una espaciosa capilla localizada en el semisótano.

Adicionalmente, otras opiniones se han vertido acerca de ambas obras religiosas de Serrano al compararlas con la calidad del resto de su obra habitacional o comercial, al menos a decir de la especialista de su obra, Lourdes Cruz, cuya crítica difiere de quien esto escribe:

Lamentablemente, estas dos iglesias son parte de las obras más deficientes de Serrano, que un estudio como éste debe incluir, pues marcan una etapa de transición en su trayectoria profesional. Desde luego es notorio que no supo solucionar éste género de edificios; en realidad, el tema religioso es complejo y ciertamente pocos arquitectos tienen la sensibilidad para realizarlo de manera adecuada.⁸

Otra iglesia que también recurrió a las bóvedas y plantas tradicionales, pero con materiales modernos, fue la parroquia de Nuestra Señora del Rosario

8. Lourdes Cruz González Franco, *op. cit.*, p. 121.



Parroquia de San Cayetano, (1952-1959) en la colonia Lindavista, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México, del ing. civil y arq. Francisco J. Serrano. Fotografías: JPS, 2013

de Fátima (1952-1957)⁹ en la colonia Irrigación¹⁰ –al norte de Polanco–, área de fértiles terrenos que habían pertenecido al rancho de Sotelo y que cedieron al empuje industrial de las primeras décadas del siglo xx –procesadoras de levaduras y harinas, entre otras–,¹¹ y posteriormente, al desarrollo inmobiliario de casas y edificios de clase media.¹²

En su origen, la fundación de la parroquia se debió a la iniciativa de un grupo de españoles –comerciantes e industriales– que requerían de un lugar cercano donde asistir a los servicios religiosos, pues ya contaban, por los mismos rumbos, con el sanatorio español y el panteón español sobre la añeja Calzada México-Tacuba. Por esos mismos vínculos geográficos, no es de extrañar que los encargados para este nuevo encargo religioso fuesen la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, la cual no es una congregación, sino una asociación de clérigos agrupados en el siglo xix en torno a la figura del beato español Manuel Domingo y Sol.¹³

El solar disponible para la parroquia se encontraba frente a un pequeño y alargado parquecillo, lo cual le confería una vista urbana hacia la colonia, aunque de espaldas a la cercana vialidad de la avenida Legaria, cuyo nombre también deriva de una población de Navarra, España. Primero se terminó, aun antes que el templo principal, una

pequeña capilla dedicada al Sagrado Corazón de Jesús (1952-53),¹⁴ ubicada en la esquina del predio y ligeramente retraída, con el fin de ofrecer pronto los servicios religiosos que la comunidad requería; esta rapidez pudo solventarse gracias a la generosa donación de la señora Francisca Gómez Flores de Reynaud,¹⁵ esposa de uno de los descendientes de los fundadores franceses de la tienda departamental Fábricas de Francia, después absorbida por el Puerto de Liverpool.

El templo parroquial tardaría más tiempo en terminarse, pues aunque no se tiene la fecha exacta de inicio y término, los archivos parroquiales consultados muestran fotos de la obra a medias en agosto de 1952, así como la fecha de la consagración del templo hasta 1957. Aunque tampoco se ha podido identificar la autoría del templo, las mismas imágenes parroquiales arrojan dos nombres en una visita de obra en 1952: el arquitecto G. Ortega y el ingeniero Pineda, sin aclarar con exactitud el papel de su participación, aunque podría suponerse que bien podrían haber sido autor y constructor, respectivamente.

Su solución arquitectónica es sencilla, con una marcada simetría enfatizada por la presencia de un único y esbelto campanario al centro de la portada –directamente sobre el arco parabólico que da acceso al interior del templo–, sostenido por dos gruesas columnas que se intersectan con el arco inferior.

9. La advocación mariana a la Virgen de Fátima (también llamada Nuestra Señora de Fátima o Nuestra Señora del Rosario de Fátima) se originó en la segunda mitad del siglo xx, a raíz de las apariciones a tres niños pastores en Fátima, Portugal, entre el 13 de mayo y el 13 de octubre de 1917. En los mensajes que los niños transmitieron, la Virgen exhortaba al arrepentimiento, a la conversión, a la práctica

de la oración y la penitencia como camino para reparar los pecados de la humanidad.

10. Presa de las Pilas núm. 63, colonia Irrigación, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

11. Entre las principales industrias que se asentaron, conviene mencionar la Cervecería Modelo, General Motors, Vidriera México, Llantera General Tire, Colgate-Palmolive, Levaduras Azteca, Automotriz Chrysler, entre otras,

muchas de las cuales dejaron de operar a fines del siglo xx y principios del xxi. Oscar Molina Palestina, *Breve historia y relación del patrimonio tangible de la delegación Miguel Hidalgo*, México, Delegación Miguel Hidalgo, 2012, p. 73.

12. Oscar Molina Palestina, *op. cit.*, p. 72.

13. Sacerdote español (1836-1909) nacido en Tortosa, Tarragona, fundador en 1886 de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos.

De hecho, esta solución de la portada con un solo vano parabólico es muy parecida a la implementada en la primera capilla, pues en ambos casos fue aprovechada para colocar por debajo sendos vitrales que iluminan sus respectivos coros –el principal, con la imagen de la aparición de Fátima–; se diferencian sólo en

la escala, en la presencia superior del campanario y en la condición del ladrillo visto de la portada principal.

Debe aclararse que este arco parabólico del templo principal no se encarga de sostener estructuralmente la cubierta, sino que sólo ayuda a reforzar el equilibrio del alto campanario; inclusive, las fotos

94



Planta baja de la parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, en la colonia Irrigación, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2013



El papa Juan Pablo II lo proclamó beato el 29 de marzo de 1987 y algunos años después, en 1995, fueron beatificados también nueve sacerdotes operarios que habían sido asesinados durante la guerra civil española. Parroquia de Fátima [sitio web oficial], consultado el 1º de agosto de 2015: <http://parroquiadefatimaoperarios.jimdo.com/>

14. La primera piedra fue colocada el 5 de diciembre de 1952 y la bendición de la capilla ocurrió

un año después, el 18 de diciembre de 1953. Información obtenida del archivo parroquial, el cual pudo ser consultado gracias a la gentil colaboración del párroco operario diocesano Jaime Eugenio Vargas Mondragón, el 31 de julio de 2015.

15. Según puede constatare en la placa conmemorativa ubicada sobre el acceso a la capilla, justo por debajo del pequeño coro.



Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, (1952-1957) en la colonia Irrigación, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arq. G. Ortega e ing. civil Pineda. Fotografías: JPS, 2013

antiguas consultadas en el archivo parroquial muestran que fue realizado después de haberse erigido los muros perimetrales del templo. De hecho, esas mismas fotos no exhiben el tosco volumen de una marquesina que desde hace años cubre el acceso, por lo que se estima que haya sido producto de una alteración posterior cuyo fin era proteger a los feligreses de la lluvia y el sol, circunstancia que incita a reflexionar que no siempre suelen cubrirse satisfactoriamente todas las demandas de funcionalidad.

El interior de la parroquia se conforma por una sola nave rectangular, con su altar orientado hacia el norte, mientras a los pies del templo se colocó el coro alto y el ingreso, por el sotocoro, una solución tradicional desde la época virreinal. La diferencia aquí estriba en los materiales y en la amplitud de los vanos debidos al concreto armado de la cubierta, la cual reproduce la solución de la primera capilla: una sucesión de cuatro bóvedas vaídas de sección rebajada, pues no llegan al medio punto, como solía acostumbrarse en el pasado. El ábside para el altar fue semicircular, con un pequeño absidiolo para la imagen, ambos también realizados en concreto armado, mientras ocho grandes óculos –cuatro sobre cada muro lateral– iluminan el interior de la nave.

Desafortunadamente la solución espacial original no puede percibirse hoy con claridad, pues una remodelación realizada a finales de la década de los noventa transformó completamente los plafones, ocultando las bóvedas y completando visualmente el casquete esférico del ábside, probablemente para enfatizar la percepción de un altar más centralizado y cercano a la feligresía, lo cual puede comprobarse también por el diseño concéntrico de las nuevas bancas –cuya curvatura también hace eco al plafón–, geometría que obedece a un interés vaticano posconciliar.

La llegada de los “cascarones de concreto”

Durante esta segunda etapa tendrá lugar el gran desarrollo estructural y constructivo de las superficies laminares de concreto armado, mejor conocidas como “cascarones”, sin duda por su asociación con la ligereza y la resistencia debida a la forma de las cáscaras de los ovoides animales. Aunque en la década anterior ya se habían construido templos con cubiertas de secciones parabólicas y superficies abovedadas –como la parroquia de la Purísima en Monterrey (1941) o la mencionada capilla de la Inmaculada y Purísima Concepción (1942-1945) en la colonia Roma–, éstas se comportaban estructuralmente como bóvedas y cúpulas tradicionales –aun y cuando fueran realizadas con concreto armado–, sin llegar a constituirse propiamente como cascarones de concreto, cuya rigidez se logra con el desarrollo de las superficies laminares, circunstancia que ocurrió precisamente durante la década de los cincuenta.

El proceso de desarrollo de los llamados cascarones fue gradual ya que, recordemos, se trata de estructuras cuya resistencia se basa en la forma misma del elemento y no sólo en la resistencia a la compresión de los componentes, por lo que los logros eran producto más del “ensayo y error” que del cálculo matemático de sus variables. Al principio comenzaron a utilizarse experimentalmente en otros géneros arquitectónicos distintos al religioso, como en edificios industriales, almacenes, gasolineras o fábricas, seguidos de espacios recreativos y de oficinas. Sus autores fueron una pléyade de brillantes profesionales, como Félix Candela Outeriño (1910-1997), Enrique de la Mora y Palomar (1907-1978) y Joaquín Álvarez Ordóñez, seguidos por sus avezados discípulos Fernando López Carmona, Juan Antonio

Tonda Magallón y Alberto González Pozo. Los primeros ejemplos en el género religioso realizados durante la década de los cincuenta demuestran que se trataba de una tecnología constructiva de bajo costo, apta para cubrir grandes claros sin necesidad de apoyos intermedios y, sobre todo, con muchas posibilidades creativas para experimentar variadas soluciones formales.

El primer caso que se reseñará pertenece todavía a una etapa de transición, pues aunque ya incorporaba una cubierta ligera de concreto, aún no alcanzaba la delgadez de los cascarones; tampoco fue propiamente una superficie reglada, sino más bien una sucesión de bóvedas de medio cañón. Se trata de la parroquia de la Virgen de Guadalupe (1956-1961) en la colonia Pensil, la cual tuvo un accidentado proceso de construcción desde el momento mismo de conseguir un solar para el futuro templo, debido principalmente a la pobreza de la feligresía de esta colonia de reciente creación, la cual contrastaba con la otrora abundancia de los huertos de las casonas y conventos virreinales que poblaban la campirana zona.¹⁶ Dos subsecuentes emplazamientos precedieron al futuro templo, los cuales fueron abandonados porque los propietarios no accedieron a enajenarlo para tal propósito, hasta que finalmente se logró disponer de un solar donado por unas piadosas vecinas,¹⁷ el cual se complementó

con la compra de un predio adyacente a fin de tener mayor holgura para el futuro edificio.¹⁸

Los padres agustinos –a quienes quedaría adscrito el templo– encargaron en 1946 el primer proyecto a los arquitectos Mariscal, García e Ituarte, quienes propusieron una iglesia monumental en estilo neorrománico, con planta de cruz griega y un gran cimborrio octagonal, características y escala que estaban fuera del alcance económico de la feligresía mayoritariamente pobre, además de ser poco pertinentes a un terreno con poca resistencia a los hundimientos, tal y como lo señalaban los estudios encargados de mecánica de suelos del ingeniero Héctor M. Calderón y el cálculo estructural del ingeniero Ricardo García Rendón. Debido a estos obstáculos, se decidió abandonar el ambicioso primer proyecto, del cual sólo se alcanzó a edificar la cripta inferior,¹⁹ aunque su geometría rectangular determinó la orientación de la futura nave –con el altar mirando hacia el norte y el acceso y coro alto hacia el sur– así como la existencia de un desnivel que debió ser librado con una escalinata en el acceso.

La construcción de los muros de la nave continuó lentamente durante los cuatro años siguientes, cuando llegó el momento de decidir por una cubierta que asegurase la eliminación de columnas intermedias que obstaculizaran la visibilidad interior. El padre Nicolás Téllez, quien fungía como

16. Como el Jardín del Pensil Mexicano, del cual se conservan algunos paredones como desfigurado recuerdo del jardín virreinal que algún día fue.

17. La señora Dorotea viuda de León, y su hija, la señorita Catalina León Segura, vecinas del lugar. Cfr. Nicolás López Aguilera, Usaí Heleodoro Romero Martínez, Dulce María Aguilar Pérez, *El pensil y su Lupita*, México, 2001, p. 22.

18. Primera cerrada de Lago Erne núm. 6, colonia Pensil, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

19. Misma que estuvo disponible para realizar los primeros servicios religiosos apenas en 1953.

encargado en ese momento, decidió pedir una opinión profesional:

[...] le planteó el problema a un arquitecto, amigo suyo, apellidado Alcocer, de la colonia Álamos. El arquitecto Alcocer determinó que para cubrir un espacio de tales dimensiones sin apoyos y sin sostenes, lo recomendable era una bóveda ondulada para que los senos de cada onda se apoyaran en los muros y así se lograra el sostenimiento de ésta.²⁰

No se trataba de la primera losa ondulada en la capital: ya en 1950 la había utilizado el arquitecto español Félix Candela en la marquesina del acceso a los Boliches Marsella,²¹ una obra realizada por Cubiertas Ala, la compañía que él fundó con

sus hermanos. Un año después, en 1951, el mismo Candela, en colaboración con el también inmigrante arquitecto español Eduardo Robles Piquer, realizaron una cubierta ondulante en una tienda de plantas y flores en el jardín de una antigua casona en Lomas de Chapultepec.²²

A pesar de los ejemplos precedentes, la bóveda ondulada que se utilizó en el templo de la colonia Pensil constituyó el primer ejercicio dentro del género religioso, al menos de que se tenga noticia. Se edificó entre 1957 y 1961, cuando se concluyó el proceso de la obra negra del templo. Para entonces éste se encontraba ya bajo la supervisión del arquitecto Antonio Francisco Torres Zapién, a quien

Vista exterior de la parroquia de la Virgen de Guadalupe (1946-1961), colonia Pensil, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, arquitectos Alcocer y Antonio Francisco Torres Zapién Fotografías: JPS, 2014



20. Nicolás López Aguilera *et al.*, *op. cit.*, p. 30.

21. En la calle de Marsella, en la colonia Juárez. Hoy subsiste como academia de danza "Emma Pulido", con algunas modificaciones menores.

22. En Paseo de la Reforma núm. 114. Ver Juan Ignacio del Cueto Ruíz-Funes, *Arquitectos españoles exiliados en México*, México, UNAM/Bonilla 2014, p. 271-273 y 291.



Parroquia de la Virgen de Guadalupe (1946-1961), colonia Pensil, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México arquitectos Alcocer y Antonio Francisco Torres Zapién. Fotografías: JPS, 2014

también se le encargaría el diseño de la fachada principal, del campanario y del resto de elementos secundarios, proceso que aún demoraría por varias décadas más. Oficialmente, el templo fue terminado tardíamente –con todos sus ajueres interiores– hasta 1985, después de lo cual ascendió al rango de parroquia en agosto de 1997.²³

Como podrá suponerse, este dilatado proceso no estuvo exento de modificaciones, las cuales se perciben al revisar la perspectiva de la fachada que se resguarda en los archivos parroquiales, como el diseño del remate del campanario –al final fue mucho más robusto– o las ventanas de la nave, que, originalmente rectangulares, pasaron a ser una serie de ventanillas de diversos tamaños, colores y formas –que recuerdan al muro lateral de Nuestra Señora en lo Alto, en Ronchamp, de Le Corbusier–, donde se sostienen los vitrales figurativos diseñados por María Eugenia Álvarez.

También se hicieron modificaciones en algunos acabados de la fachada principal. El recuadro que originalmente incorporaría un mural exterior con imágenes religiosas, terminó como un panel que alberga pequeñas piezas prefabricadas de concreto, cuya rugosa textura aún muestra las curiosas oquedades que marcó la cimbra de charolas de cartón donde se suelen transportar los huevos. No serían los únicos acabados que muestran la cercanía con

la producción popular, pues sobre el campanario se insertó una imagen estilizada de la Virgen de Guadalupe realizada con varilla corrugada pintada de color negro, materiales que en muchos casos habían sido provistos y fabricados por los mismos vecinos, quienes, acostumbrados al trabajo rudo y a los escasos medios económicos, no dudaban en donarlos para “su Lupita”, como cariñosamente se refieren a su templo, ajenos a la importancia de su cubierta ondulante de concreto.

El siguiente paso del desarrollo de estas cubiertas ligeras en el género religioso sería la realización de una obra que integrara también los apoyos, lo cual ocurrió en el siguiente ejemplo, tal y como lo señala Juan Ignacio del Cueto, especialista en la historiografía de los sistemas constructivos del siglo xx:

Los cascarones alcanzaron sus máximas cotas de expresividad cubriendo espacios religiosos. La primera iglesia que acometió Candela fue la Virgen de la Medalla Milagrosa (1953-1955) sobre la que escribió: “El material de nuestra época es el hormigón armado, y yo he intentado construir con este material una iglesia de carácter tradicional, en la que tanto la función estructural como la expresión interna dependieran exclusivamente de la forma”.²⁴

El equipo que colaboró con el arquitecto Félix Candela en la parroquia de la Virgen de la Medalla Milagrosa (1953-1957) estuvo integrado por los tam-

23. El encargado de la terminación de la casa parroquial fue el arquitecto Mateo Rafael Peña Galeano. Cfr. Nicolás López Aguilera *et al.*, *op. cit.*, p. 35.

24. Juan Ignacio del Cueto Ruíz-Funes, “La piedra del siglo xx en la arquitectura mexicana”, en Ivan San Martín y Mónica Cejudo, comps., *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar, hacer y conservar la arquitectura*, col. “Textos FA”, México, UNAM, 2012, p. 152.

bién arquitectos Arturo Sanz de la Calzada y Pedro Fernández Miret. El 19 de julio de 1953, día de San Vicente –patrono de la orden promotora del templo– fue colocada la primera piedra y bendecido el solar,²⁵ el cual se localizaba en las tranquilas calles de una sureña colonia predominantemente habitacional, en una emergente zona habitacional de clase media hacia el sur de la ciudad.²⁶

En la realización de este proyecto no debe dejarse de reconocer la apertura de los vicentinos hacia la inclusión de obras tan innovadoras –en vez de preferir un proyecto historicista, tendencia aún en boga–,²⁷ una vez que el consejero provincial padre Emilio García hiciera las debidas consultas:

[...] presentó al Consejo los planos de la iglesia, dijo que había sido revisado por dos inteligentes arquitectos y que les gustó mucho su estilo moderno y la calidad del material para la construcción; y que ya se tiene la aprobación de los planos y el permiso, tanto de la Sagrada Mitra como de los Bienes Nacionales para empezar la obra.²⁸

La planta fue en extremo tradicional: rectangular, de tres naves, que aprovechaba la proporción rectangular del solar, en donde se destacan un pequeño atrio frontal a manera de transición y un puntiagudo campanario situado en la mera esquina del predio, a fin de enfatizar la presencia urbana del templo católico en el escenario urbano.

Ha de recordarse que en el siglo xx había avanzado el laicismo en los postulados fundacionales del Movimiento Moderno, el cual se expresaba en una postura ambigua o ausente a propósito de la localización de templos modernos en la planificación urbana, tanto en Europa como en el resto de los países occidentales que se adherían a sus ideas. México no fue la excepción, pues a nivel urbanístico los planificadores de las nuevas colonias de las principales capitales mexicanas no solían definir una ubicación clara del equipamiento religioso necesario en cualquier colonia, a diferencia de otros géneros como el educativo, el habitacional o el comercial, cuya impronta era reconocible al generar ejes y zonificaciones.²⁹ Ante esta ambigüedad, las diferentes iglesias intentaban adquirir los predios esquineros cuando sus recursos económicos así lo permitían –ya que solían ser más costosos–, en un contexto jurídico complejo, pues una vez terminado el templo, pasaban a ser “propiedad de la nación”, de modo que las organizaciones religiosas sólo eran poseedoras del inmueble, pero debían absorber el costo del mantenimiento. Por ello, no fue casual que una gran mayoría de los templos modernos –no sólo católicos– ocupasen predios entre medianeras, mientras que únicamente algunos lograban solares esquineros y, ocasionalmente, frente a glorietas o parquecillos; es decir, tuvieron una presencia marginal en

25. “Historia de la construcción”, en “El templo de la Medalla Milagrosa: un nuevo estilo arquitectónico”, *Celebración*, núm. 1, 2007, p. 15.

26. Ixcateopan núm. 78 esquina con Matías Romero, colonia Vértiz Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

27. Cfr. Ivan San Martín, “La gran corriente ornamental de la arquitectura religiosa en la Ciudad de México”, en *Revista Arquitectónica*, 2005.

28. “Historia de la construcción”, en “El templo de la Medalla Milagrosa: un nuevo estilo arquitectónico”, *op.cit.* p. 15.

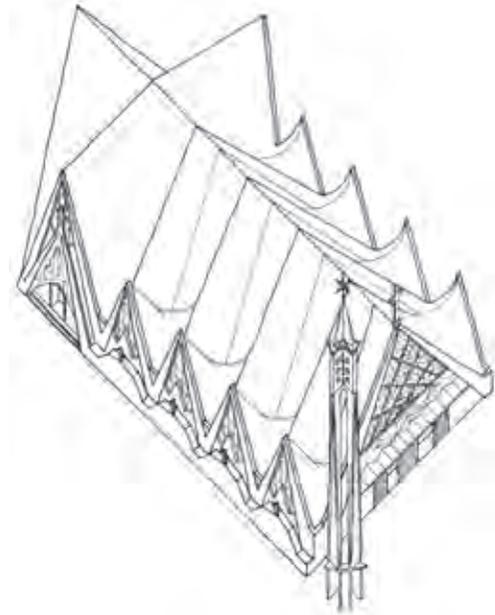
29. Para mayor profundidad en el tema de la relación de los templos y el espacio público, cfr. Ivan San Martín, “Arquitectura religiosa del Movimiento Moderno. Contribuciones al espacio público de la Ciudad de México en el siglo XX”, en *Pragma, Espacio y Comunicación Visual*, año 6, número 12 (abril de 2015), pp. 27-66.

el espacio público de los capitalinos, a pesar de que otrora los atrios constituían espacios públicos para la necesaria convivencia entre vecinos.

Otra estrategia arquitectónica para reforzar esta jerarquía urbana en los templos mexicanos fue el contraste formal, es decir, la generación de volumetrías que pudieran destacarse en silueta y altura del contexto habitacional en donde se ubicaban. En el caso de la Medalla Milagrosa, la solución estructural brindaba la posibilidad de una serie de portadas triangulares que en conjunto asemejaban la "forma de un acordeón", una peculiar volumetría que, evidentemente, lograba destacar de los paralelepípedos de casas y edificios circundantes de escasos dos o tres niveles de altura.

Isométrico del volumen principal de la misma parroquia (1953-1957). Dibujo realizado por Rafael Mancilla Walles (RMW), ya como alumno de arquitectura de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), 2015

Vista exterior (abajo) de la misma parroquia. Fotografía: ISM, 2005



Planta de la parroquia de la Virgen de la Medalla Milagrosa, (1953-1957) colonia Vértiz Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arq. Félix Candela Outeriño. Dibujo realizado por ASS



TEMPLO DE LA MEDALLA MILAGROSA
CALLE MATIAS ROMERO EN SOL VÉRTIZ NARVARTE, DEL BENITO JUÁREZ D.F.
1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50 51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69 70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93 94 95 96 97 98 99 100
ESCALA 1:1000 (APROX.)





Parroquia de la Virgen de la Medalla Milagrosa, (1953-1957) colonia Vértiz Narvarte, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, arq. Félix Candela Outeriño. Fotografías: JPS, 2013

Pero la gran innovación se presentó indudablemente en la solución estructural y constructiva de los cascarones de concreto aparente, que para entonces su autor ya dominaba, y los cuales caracterizarían durante varias décadas su desempeño profesional. En el interior, la cubierta y los apoyos alabeados de concreto armado se integraban indisolublemente en un mismo elemento, solución compleja cuya correcta explicación la encontramos en las palabras del especialista en estructuras el arquitecto Fernando Solís Ávila:

[...] El arquitecto toma como concepto estructural un paraguas que tiene su origen en un paraboloides hiperbólico (superficie anticlástica de doble curvatura), en donde tres de los vértices de un rectángulo plano se mantienen en un nivel y el punto restante se baja; el perímetro forma las directrices del paraboloides hiperbólico, cada punto de estas directrices se une en forma paralela formando las generatrices, que son líneas rectas que se desplazan formando una superficie, es por ello que a éstas se les llama superficies regladas. Estas líneas rectas generan curvas en dos direcciones: el de una parábola y una hipérbola [...]³⁰

Estas columnas-paraguas crecen gradualmente en altura a medida que se acercan al altar, localizado al fondo de la nave central y dirigido al nororiente, con la intención de enfatizar la mayor amplitud y jerar-

quía de su espacio y del retablo del muro cabecero, al cual se adosa una escultura de la Virgen de la Medalla Milagrosa, advocación francesa a la que se dedicó esta parroquia.³¹ Esta gran experimentación plástica y espacial fue confrontada con la sencillez de su planta ortogonal de tres naves, lo cual generaba una tensión –similar a otros templos de aquella misma década– entre la utilización de plantas tradicionales que se combinaron con alzados tremendamente innovadores. Dicha convivencia era justificada por el mismo Candela, pues no encontraba razones para modificar las funcionales plantas tradicionales si el culto no había sufrido cambio, a diferencia de las transformaciones de la estructura y los materiales. Así lo expresó en el siguiente texto redactado para un artículo sobre este templo, aparecido en marzo de 1956 en la revista *Arquitectura México*, antes incluso de que fuera terminada la obra:³²

[...] La iglesia de la Virgen de la Medalla Milagrosa tiene planta tradicional o, lo que es lo mismo, funcional. No considero lícito tratar de buscar originalidad a base de retorcer o forzar una planta que durante siglos de experiencia ha demostrado cumplir satisfactoriamente con las exigencias funcionales de un culto que, como el católico, no se ha modificado esencialmente al correr de los años. Lo que sí cambian son los materiales y las maneras de construir. El material de nuestra época es el

30. Luis Fernando Solís Ávila, *Principios estructurales en la arquitectura mexicana*, México, Trillas, 2010, p. 79.

31. Esta advocación de la Medalla Milagrosa surgió en Francia en 1830, a raíz de dos apariciones de la Virgen a Catalina Labouré, entonces novicia de la Compañía de las Religiosas Hijas de la Caridad, que fundaron San Vicente de Paul y Santa Luisa de Marillach en el siglo XVII. En México, esta congregación había llegado

en 1844, pero tras un periodo de tres décadas fueron expulsadas en 1875 por Sebastián Lerdo de Tejada. Sería hasta 1946 cuando regresaron a México las Hermanas de la Caridad, y desde entonces su encomioso trabajo lo dirigen a la asistencia de asilos de ancianos, hospitales de enfermos crónicos, hogares de niños y centros de rehabilitación, tanto en zonas urbanas como rurales.

32. La fecha oficial de terminación del templo fue el 27 de marzo de 1957, día de la Virgen de la Medalla Milagrosa. “Historia de la construcción”, en “El templo de la Medalla Milagrosa: un nuevo estilo arquitectónico”, *op. cit.*, p. 18.

concreto armado, y yo he intentado construir con ese material una iglesia de carácter tradicional, en la que tanto la función estructural como la expresión interna dependieran exclusivamente de la forma.³³

La propuesta plástica se complementaba con el manejo magistral de la luz a través de los vitrales diseñados por el también arquitecto madrileño José Luis Benlliure (1928-1994)³⁴ y fabricados por la casa Vitrales Escalerillas, mientras que los candiles, candelabros, enseres litúrgicos e imágenes iconográficas fueron del también español Antonio Ballester.³⁵ Asimismo, debe destacarse la pequeña capilla guadalupana anexa a las naves centrales, la cual contiene una novedosa cubierta en dientes de sierra, una escultórica escalerilla de caracol que sube al coro y un colorido mural de esmalte sobre cobre, a modo de un moderno retablo, que fue realizado por los hermanos Ritter. Tales características hacen de esta obra una de las obras maestras del género religioso en la capital mexicana.

Otro templo católico representativo de los cascarones fue la inconclusa parroquia de San Antonio de Padua o San Antonio de las Huertas (1956-1962), proyecto del arquitecto Enrique de la Mora, en colaboración con Fernando López Carmona y cálculo de Félix Candela. El templo se construyó en la colonia Tlaxpana –después Santa Julia–, sobre el borde sur de la añeja e histórica Calzada de Tacuba,³⁶ rica zona

agrícola en la Mesoamérica precolombina, pero convertida por la industrialización porfiriana del siglo XIX en barrios obreros localizados en la entonces periferia poniente de la ciudad, en razón de su cercanía con las vías férreas que comunicaban Tacuba, Azcapotzalco y Tlalnepantla. Por su parte, el doble nombre del templo se deriva de la misma advocación a San Antonio de Padua, fraile y teólogo portugués –nacido a finales del siglo XII, contemporáneo y seguidor de San Francisco de Asís, y fallecido en Padua, Italia, en el siglo XII–, mientras que el segundo término deriva de que este templo se construyó en los terrenos que ocupara el convento franciscano de San Antonio de las Huertas, abandonado desde el siglo XIX.

Al igual que el ejemplo anterior, esta parroquia destaca por el contraste entre la sencillez de la planta arquitectónica y la complejidad estructural y riqueza del espacio arquitectónico: una sola nave central, flanqueada por dos pequeños pasillos laterales utilizados como deambulatorios, los cuales la asemejan a una planta basilical.

La gran protagonista es la cubierta, compuesta por tres bóvedas sucesivas de paraboloides hiperbólicos apoyados en los cuatro vértices de los tres cuadrados de la planta, un sistema constructivo que también se utilizó en el sótano del templo, destinado a las criptas. Para la iluminación cenital se recurrió

33. Félix Candela, "Iglesia de la Medalla Milagrosa", *Arquitectura México*, núm. 53, marzo de 1956, p. 26. Edición digital en Carlos Ríos Garza, *Revista Arquitectura México 1938-1978*, colección "Raíces Digital", México, UNAM, 2008.

34. José Luis Benlliure fue madrileño de nacimiento; llegó a México con 11 años de edad, producto del exilio español acogido por el gobierno de Lázaro Cárdenas. Sus habilidades

en el dibujo hicieron que colaborara anticipadamente en los despachos de los arquitectos Enrique de la Mora y Mario Pani, aun antes de ingresar a la Escuela de Arquitectura en 1944. De aquella temprana época son los dibujos que realizó para el proyecto de la Purísima en Monterrey, los cuales fueron publicados en el núm. 14 de la revista *Arquitectura* en noviembre de 1943. Cfr. Rafael López Rangel, *José Luis Benlliure. Un clásico de la arquitectura*

contemporánea en México, México, UNAM/UAM, 2012, pp. 45-48.

35. Artista que ya se había mencionado en la primera etapa como autor de una talla en madera dentro la parroquia del Purísimo Corazón de María, en la colonia del Valle.

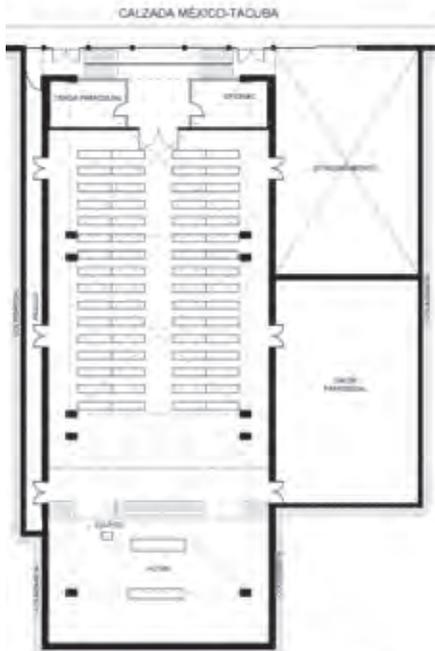
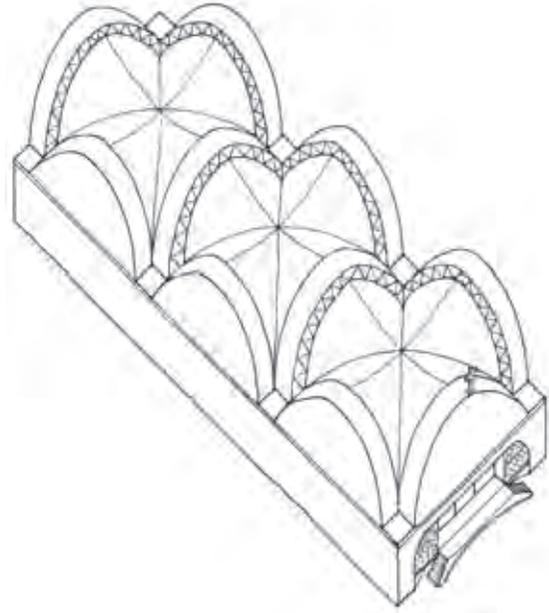
36. Calzada México-Tacuba núm. 70, colonia Tlaxpana, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

a una solución sofisticada: entre las tres bóvedas se abrió una separación, en cuyos bordes se apoyaron unas armaduras de acero, que a su vez soportan franjas de concreto armado. Son precisamente estos intersticios donde fueron colocados una serie de vitrales geométricos ambarinos, que dotan al interior de una atmósfera idónea para la experiencia religiosa.

Planta baja de la parroquia de San Antonio de Padua o San Antonio de las Huertas, (1956-1962) colonia Tlaxpana, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique de la Mora, Fernando López Carmona y Félix Candela Outerriño. Dibujo realizado por ASS

Isométrico de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMW, 2015

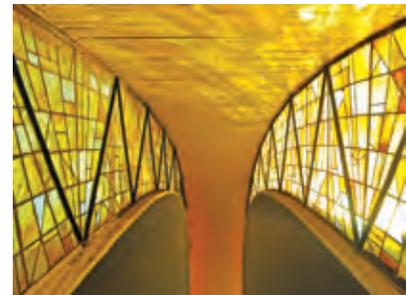
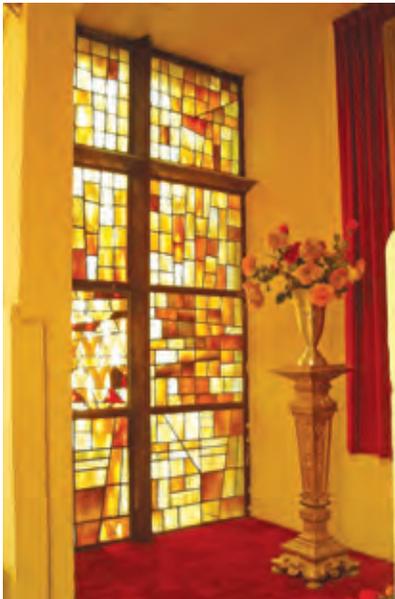
Vista exterior (abajo) de la parroquia. Fotografía: ISM, 2013



TEMPLO DE SAN ANTONIO DE PADUA

CALZADA MÉXICO-TACUBA NUM 75 COL. TLAXPANA, DEL MIGUEL HIDALGO, D.F.





Parroquia de San Antonio de Padua o de las Huertas (1956-1962), delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique de la Mora, Fernando López Carmona y Félix Candela Outeriño. Fotografías: JPS, 2013

Desafortunadamente, la construcción de la obra se realizó lentamente y su fachada exterior nunca fue concluida, así como tampoco el esbelto campanario que la dotaría de jerarquía urbana. Esto resultó en una imagen desfavorable y confusa –por la manera forzada en que se realiza el acceso al templo–, a la que se suma un entorno urbano caótico, desordenado y degradado, todo lo cual contrasta con la gran calidad arquitectónica del interior.³⁷

No todos los templos con cubiertas de cascarones –como a veces se suele afirmar– fueron diseñados por Enrique de la Mora o Félix Candela, sin ánimo de menoscabar sus aportaciones. Hubo proyectos que involucraron a arquitectos o ingenieros civiles menos conocidos historiográficamente, pero que de algún modo se relacionaron laboralmente entre sí. Fue el caso del arquitecto yucateco Jorge Molina Montes (n.1927) un colaborador de Candela durante los años cincuenta, quien en ocasiones fungía como supervisor de las obras de Cubiertas Ala,³⁸ pero que también realizaba sus propias obras, tanto en la Ciudad de México como en provincia, especialmente en Sinaloa. Había estudiado en el Instituto Politécnico de Rensselaer, al norte de Nueva York, (de 1944 a 1948) y a su regreso al país se dirigió a Sinaloa, por invitación del empresario español Manuel Suárez, para encargarse del departamento de arquitectura de su ingenio que poseía en

Navolato y que finalmente quebró años después.³⁹ No obstante, el arquitecto Molina aprovechó para asociarse con el ingeniero español Gonzalo Ortiz de Zárate, con quien fundó la empresa Constructora Casas y Obras, a fin de atender la gran cantidad de proyectos residenciales que surgían en las colonias residenciales Chapultepec y Guadalupe, o proyectos como el Banco del Noreste o el santuario La Lomita (1957-1967), el cual fue realizado con grandes mantos de cascarones de concreto como ahora se expone.

108

Santuario La Lomita, (1957-1967) Culiacán, Sinaloa, del arq. Jorge Molina Montes e ing. civil Gonzalo Ortíz de Zárate Fotografía: ISM, 2015



37. Alberto González, Pozo, *Enrique de la Mora, vida y obra*, colección "Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico", núm. 14, México, INBA, 1981, p. 69.

38. Información proporcionada por Alberto González Pozo, julio de 2015.

39. Alejandro Ochoa Vega, *Modernidad arquitectónica en Sinaloa*, México, UAM, 2004, pp. 51-52.

40. En el proyecto del santuario, Molina y Ortiz de Zárate tuvieron como colaboradores a los arquitectos Rafael Escalante, Ernesto Ávila y Jorge Segura, quienes desarrollaron el proyecto ejecutivo en la Ciudad de México, mientras que la dirección de la obra corrió a cargo del arquitecto José Tena y del mismo Ortiz de Zárate. Ver Alejandro Ochoa Vega, *Modernidad arquitectónica en Sinaloa*, México, UAM, 2004, p. 51.

41. Información proporcionada por Alberto González Pozo, julio de 2015.

42. Cfr. "Región Centro", en *Arquitectura de la Revolución y Revolución de la Arquitectura*, colección "HAYUM", v. IV, t. I, México, UNAM/FCE, p. 201 y ss.

43. Estos llanos correspondían a dos antiguas haciendas, la de Santa Lucía y la de La Magdalena, ambas pertenecientes a la familia Braniff. Cuando el gobierno adquirió dichos predios

El templo anterior se encontraba sobre un promontorio fuera de Culiacán –hoy completamente conurbado– y había sido realizado por Luis F. Molina (1864-1964) durante el Porfiriato, pero se decidió demolerlo para construir un nuevo santuario con mayor capacidad, acorde con la demanda religiosa y la modernidad del eje urbano Álvaro Obregón, el cual se prolongaba hacia los nuevos barrios residenciales del sur de la capital sinaloense.⁴⁰

Esta primera obra religiosa en Sinaloa le sirvió a Molina Montes como antecedente para afrontar el proyecto de templo que realizó poco después en la Ciudad de México: Nuestra Señora Aparecida (1958-1959), en la colonia Jardín Balbuena.⁴¹ En la zona oriente de la capital se había experimentado un crecimiento urbano desde los años treinta, primero con casas populares –las viviendas obreras de Juan Legarreta en 1933–⁴² y luego, a fines de los cincuenta, para la clase media –la Unidad John F. Kennedy, de Mario Pani y Luis Ramos en 1964–, algunas de las cuales aún permanecen, mientras que las casas populares se convirtieron en residenciales. El crecimiento habitacional urbano aprovechaba los terrenos planos ganados al antiguo suelo lacustre, así como la cercanía del aeropuerto, tanto en el primer puerto aéreo en los llanos de Balbuena,⁴³ como en el segundo, junto al Peñón de los Baños; razón

por la cual eran zonas que requerían de equipamiento urbano, como mercados y templos.

La advocación de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida era sin duda un tanto ajena para el feligrés mexicano, mas no así para otros países como Brasil, donde es su patrona nacional desde 1929 Su origen se remonta a 1717, cuando en la costa de Guaratingueta –cerca de São Paulo–, unos pescadores

Vista exterior del templo de Nuestra Señora Aparecida (1958-1959), en la colonia Jardín Balbuena, delegación Venustiano Carranza, Ciudad de México, del arq. Jorge Molina Montes. Fotografía: ISM, 2015



en 1905, quedaron temporalmente en descuido, y tiempo después se ocuparon para operaciones de carácter aeronáutico. Desde la década de los treinta comenzó su urbanización y lotificación, lenta y paulatina; hasta que en 1953, Ernesto P. Uruchurtu, jefe del Departamento del Distrito Federal, fraccionó toda la zona para uso habitacional y construir casas y departamentos de carácter popular financiados por el entonces Banco Nacional

Hipotecario. La cercanía al mercado de La Merced llevó a bodegueros y comerciantes a comprar predios donde construirse residencias, lo cual embelleció posteriormente la zona; las viviendas de carácter popular fueron repartidas entre funcionarios gubernamentales, así como a la iniciativa privada. La estructura urbana, conformada por retornos y supermanzanas, se debió a Mario Pani y Agustín Landa Verdugo.

encontraron una pequeña imagen de terracota oscura entre sus redes que representaba a María como la Inmaculada Concepción. El hallazgo dio origen a una capilla, cuya devoción se fue extendiendo geográfica y cronológicamente, hasta que, a mediados del siglo XIX, se le construyó un santuario, que en la actualidad es visitado por unos setenta y cinco mil peregrinos anualmente.

Se desconoce con exactitud los años de construcción del templo de la Aparecida en Balbuena. No obstante, el documento legal para su nacionalización como bien federal ante la Secretaría de Gobernación informa que estaba “abierto al público desde 1959”,⁴⁴ por lo que pudo haberse edificado muy poco tiempo antes, justo con la expansión de los cascarones de concreto.

El templo en Balbuena se construyó en un predio esquinero,⁴⁵ en la confluencia de dos avenidas de cierta importancia. Se trata de un emplazamiento que si bien parecía asegurarle una adecuada visibilidad urbana –reforzada con el contraste formal hacia las casas y edificios predominantemente bajos–, el paso de las décadas lo convertiría en una circunstancia negativa, pues las vialidades crecieron hasta bordearla con pasos elevados para automóviles, a tal punto de dificultar el acceso peatonal de los feligreses y obstaculizar la percepción de su característica volumetría de cascarones de concreto.

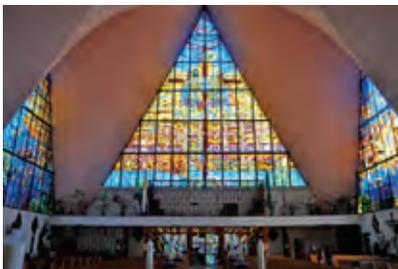
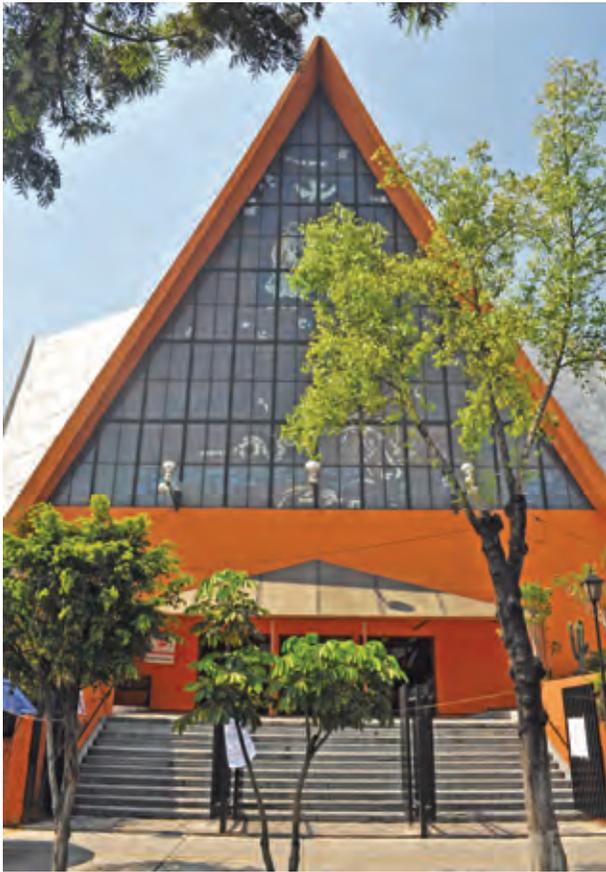
lizar la percepción de su característica volumetría de cascarones de concreto.

La planta principal del templo se encuentra elevada del nivel de la calle, a fin de situar un sotanillo para una capilla secundaria y demás servicios complementarios, razón por la cual es necesario ascender por una escalinata que conduce a una plataforma vestibular, hoy cubierta por una improvisada estructura protectora del sol y de la lluvia, y que sin duda obstaculiza la percepción de su tímpano triangular monumental. En el interior, la nave es en extremo sencilla: una sola nave rectangular, con el altar orientado hacia el poniente y los pies del templo al oriente, con su acceso principal justo por debajo de un reducido coro longitudinal.

Su cubierta de cascarones de concreto es muy similar al santuario en Culiacán: grandes mantos de paraboloides hiperbólicos, soportados en apoyos laterales, bajo cuya silueta se deja espacio para cinco tímpanos triangulares ocupados por vitrales azulosos y ambarinos –cuatro laterales de menor tamaño y el principal, sobre el acceso– mientras en el muro cabecero del altar se insertó una poderosa cruz de cinco puntas, en cuyo centro se exhibe la venerada imagen de la Aparecida, vitrales diseñados por fray Gabriel Chávez de la Mora, arquitecto y fraile benedictino que tanto ha contribuido al desarrollo de la arquitectura eclesial católica.

44. Segob, Declaratoria por la que se formaliza la nacionalización del inmueble denominado Nuestra Señora Aparecida del Brasil, *Diario Oficial de la Federación*, 4 de agosto de 2008, consultado en línea en http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5203505&fecha=04/08/2011, el 29 de agosto de 2015.

45. Francisco del Paso y Troncoso núm. 307, colonia Jardín Balbuena, delegación Venustiano Carranza, Ciudad de México.



Templo de Nuestra Señora Aparecida (1958-1959), en la colonia Jardín Balbuena, delegación Venustiano Carranza, Ciudad de México, del arq. Jorge Molina Montes. Fotografías: JPS, 2014

La llegada de los círculos a las plantas

Hacia finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta, los arquitectos que diseñaban templos comenzaron a experimentar con plantas circulares. Renunciaban así a las tradicionales soluciones de cruz latina y basilical, mientras que se emparentaban remotamente con las plantas de los bautisterios bizantinos y con alguna circular romana o renacentista. Esta nueva solución implicaba un mayor esfuerzo en el diseño estructural de las cubiertas, un reto constructivo que el concreto armado parecería resolver fácilmente, a diferencia de ejemplos anteriores que habían experimentado casquetes esféricos con armazón de estructura metálica, como la catedral de Nuestra Señora de la Soledad de Acapulco, Guerrero, realizada entre 1940-1956 por el arquitecto Federico Ernesto Mariscal y Piña (1881-1971), con una peculiar expresión morfológica mitad moderna, mitad historicista.

Pese a la novedad que implicaban estas cubiertas circulares sin apoyos intermedios, en el interior no se propició una disposición concéntrica de la feligresía, lo que hubiera significado un adelanto preconciliar. Las bancas continuaron acomodándose de manera ortogonal y tradicional, con el altar y retablo al fondo de uno de los perímetros del círculo –acorde a las directrices litúrgicas vigentes– mientras que

en el extremo opuesto, se solían localizar los accesos principales. Tres fueron los interesantes ejemplos que aquí mencionaremos:

La parroquia de Nuestra Señora Reina de la Paz (1949-1952), en los límites entre las colonias Anzures y Polanco,⁴⁶ fue diseñada por los arquitectos Ernesto Gómez Gallardo (1917-2012)⁴⁷ y Ricardo de Robina Rothiot (1919-?)⁴⁸, quienes ganaron el concurso convocado por los maristas para tal fin en 1949. Ambos eran amigos desde su época de estudiantes en la Academia de San Carlos,⁴⁹ vínculo que después prolongarían durante su desempeño profesional con la fundación de su primer despacho en Madero 69, junto con Roberto Monter,⁵⁰ desde donde armaron su propuesta para el concurso.

El predio estaba en una cabecera de manzana, en una tranquila colonia habitacional sobre la avenida Ejército Nacional, la cual desafortunadamente fue mermada con su conversión en vía rápida durante los años setenta. Desde el inicio, el solar disponible fue dividido en dos secciones; en su lado oriente –en su esquina con Bahía de Mangueira–, se asignó el espacio para esta parroquia,⁵¹ la cual fue realizada de manera inmediata en los siguientes dos años.

Su volumen cilíndrico de concreto y ladrillo contrasta con el entorno habitacional circundante, lo cual se enfatiza con la presencia de un pequeño atrio que antecede a la entrada y que en la

46. Av. Ejército Nacional, esquina con Bahía de Mangueira, colonia Verónica Anzures, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

47. Cfr. Louise Noelle, "Ernesto Gómez Gallardo, arquitecto y diseñador industrial", en Ivan San Martín, comp., *Reflexiones, esperanzas y lamentos en torno al patrimonio arquitectónico del Movimiento Moderno en México*, México, Docomomo, 2013, p. 84.

48. Nació en la Ciudad de México en 1919.

49. De Robina, además, realizó también la licenciatura en Antropología, con especialidad en arqueología, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

50. Luis Ortiz Macedo, "Ricardo de Robina, arquitecto, antropólogo, maestro y explorador", en Ivan San Martín y Mónica Cejudo, comps., *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar,*

hacer y conservar la arquitectura, colección "Textos FA", México, UNAM, 2012, p. 225.

51. En cambio, la sección izquierda del predio –en su esquina con Bahía de Guantánamo– se destinó para "el templo grande", una construcción de mayores dimensiones, cuya envolvente tenía la peculiaridad de poseer las mismas dimensiones del Partenón, obra que también fue encargada al mismo Ricardo de Robina, pero que quedó inconclusa hasta que

actualidad posee un soso enrejado metálico que lo delimita, además de estropear su adecuada percepción estética. Una amplia escalinata convexa dirige al feligrés a un sencillo acceso y portada –sin ornamentación o iconografía alguna–, flanqueada por dos muretes verticales forrados de cantería y que contrastan con el ladrillo visto de los muros circulares que conforman el robusto cilindro.

En la parte superior, se adivina la interesante solución de la cubierta: cuatro grandes cerchas de concreto se cruzan radialmente para suspender por debajo una ligera bóveda de ladrillo de peralte muy rebajado, la cual no llega a tocar los muros del envolvente cilindro, lo cual permite una entrada perimetral de luz natural cenital. Esta solución lumínica dota al reducido interior de un ambiente de recogimiento idóneo para la experiencia religiosa, pues al no existir ventanas laterales que distraigan al feligrés la atención se dirige hacia el altar localizado al fondo, sobre un pequeño espacio producto de la prolongación geométrica de uno de los gajos. En contraste, el disfrute estético del lecho bajo de la bóveda es notable, pues cada uno de los ocho gajos se subdivide en pequeñas trabes –plementos, se llamaría en la construcción gótica–, las cuales forman rombos de concreto que contrastan con el rojo del ladrillo visto aparejado en “petatillo” y que nos

fue retomada en 1965 por los arquitectos Antonio García Corona y Leonardo Favela, ya acorde a las nuevas instrucciones posconciliares. Desafortunadamente, este segundo templo fue recientemente desmantelado en 2013 y hoy se encuentra desocupado.

Al lado derecho, planta de la parroquia de Nuestra Señora Reina de la Paz, (1949-1952) colonia Anzures, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Ernesto Gómez Gallardo y Ricardo de Robina Rothiot. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2013





Parroquia de Nuestra Señora Reina de la Paz (1949-1952), colonia Verónica Anzures, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Ernesto Gómez Gallardo y Ricardo de Robina Rothiot. Fotografías: JPS, 2013

enlaza simbólicamente con una larga tradición de construcción en este material regional.

No sería el único templo católico en el que De Robina participaría por aquel tiempo, pues en 1950 se encargó también del proyecto de la parroquia universitaria por construirse en la Ciudad Universitaria –proyecto que fue publicado en *Arquitectura México* en 1951–,⁵² y que pretendía emplazarse en el centro cívico del campus, junto con algunos otros equipamientos culturales que tampoco fueron construidos. Se trataba de una interesante capilla abierta frente a un espacio público, donde se aprovechaba una oquedad en la roca volcánica, y techado con una gran cubierta de cascarón de concreto de doble curvatura. Este edificio no se construyó por cuestiones políticas, al reconocer la dificultad moral y jurídica que entrañaba la utilización de recursos económicos provenientes de entidades privadas en una obra religiosa sobre terrenos públicos universitarios.

Los siguientes dos ejemplos de templo con planta circular comparten una similar solución de casquete esférico en sus cubiertas; uno se localiza en el sur arbolado de la ciudad, y el otro en el extremo opuesto, el norte industrial.

La parroquia de Guadalupe Emperatriz de América (1948-1957) fue obra del ingeniero civil Juan Álvarez Domenzain, con la colaboración de los arquitectos Jorge Bravo y José Bordes Vértiz, ade-

más de un extenso equipo de ingenieros civiles: José Castelló, José Gómez García, Pablo Quilez, Ernesto Velasco Lafargue y Salvador Sánchez.

El proyecto de esta parroquia fue concebido a fines de los cuarenta por los agustinos de la Asunción, aunque fue construido durante la década de los cincuenta y terminado hacia noviembre de 1957. Desde el punto de vista paisajístico, un esbelto campanario retraído detrás de una gran esfera terráquea⁵³ logra un conjunto que permite afirmar su presencia urbana, a pesar de la saturación de altos edificios habitacionales y de oficinas que han ido poblando la zona. Indudablemente, contribuye en gran medida a su vistosidad la excelente ubicación urbana, en un predio cabecero de manzana y frente a una arbolada glorieta en la residencial colonia San José Insurgentes.⁵⁴ El acceso principal al templo se orientó hacia la glorieta, mientras que las dos entradas laterales se dirigieron a las calles que allí convergen, sin embargo, el creciente flujo vehicular de la zona llevó a proteger a aquél con un alto muro, a fin de resguardar la seguridad de la feligresía antes y después de los servicios religiosos, sobre todo los domingos que son de uso intensivo.

La composición volumétrica se completa con el empotre equidistante de cuatro secciones de bóvedas de cañón corrido de silueta parabólica, a modo de peraltados lunetos; los dos mayores sirven para

52. El proyecto de conjunto fue publicado en 1951 y 1952, respectivamente en los números 36 y 39 de *Arquitectura México*, dedicados al proyecto y construcción de la Ciudad Universitaria. Ricardo de Robina, "La iglesia", *Arquitectura México*, núm. 36, 1951, pp. 29-32; y núm. 39, 1952, pp. 333-336.

53. Pues originalmente, el exterior de la esfera se encontraba pintado con un mapa de Latinoamérica para reforzar la idea de que la devoción por la Virgen de Guadalupe se extiende a toda América.

54. Mercaderes núm. 99, esquina con Plateros y Cordobanes, frente a la glorieta de "La bola", colonia San José Insurgentes, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

conformar el espacio interior para el altar y para co-
biliar el acceso principal que mira a la glorieta, mien-
tras que los dos menores marcan el umbral de los
dos accesos laterales. Al igual que los lunetos utili-
zados en los templos de la antigüedad novohispana,
aquí también sirven como hábil recurso para la in-
troducción lumínica a través de cancelas de vitrales
multicolores, tanto arriba de los tres accesos, como
en otros doce angostos lunetos que, en grupos de

tres, también se empotran sobre la cúpula, con lo
cual se inunda el interior de un cromatismo de in-
tensos colores entre azul y naranja.

Al extremo opuesto del acceso se localiza el al-
tar, dirigido hacia el poniente y ligeramente elevado
sobre una escalinata que acentúa su jerarquía para la
ceremonia sagrada, bajo una imagen de Cristo cru-
cificado, mientras que un lienzo de la Emperatriz de
las Américas⁵⁵ se sitúa lateralmente por encima del

116



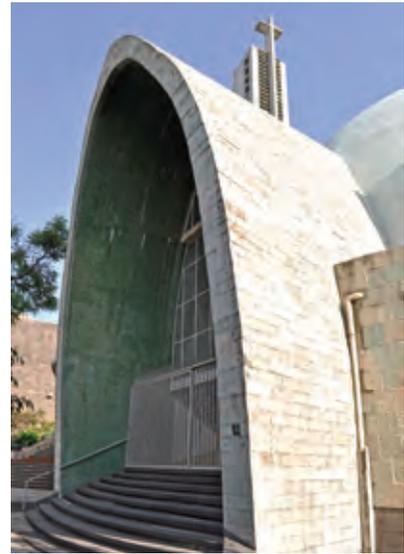
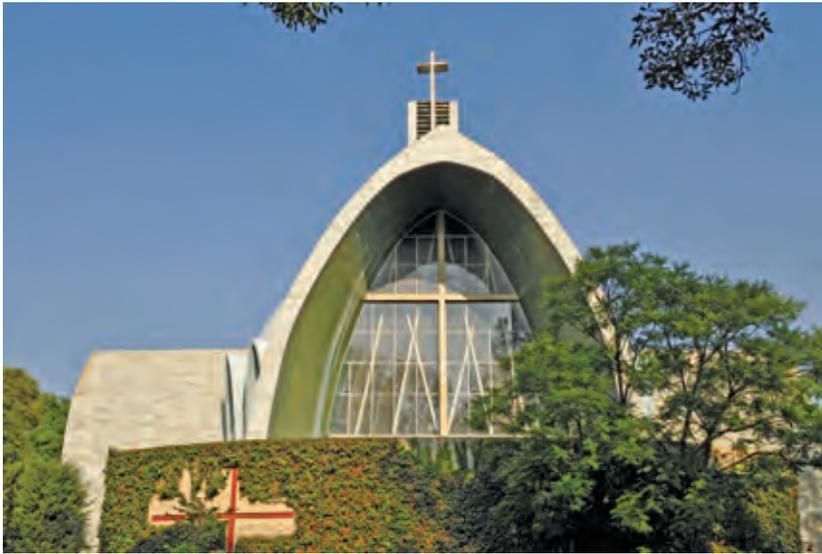
Planta de la parroquia (izquierda) de Guadalupe Empe-
ratriz de América (ca. 1957), colonia San José Insurgen-
tes, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del ing.
civil Juan Álvarez Domenzain. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2013



55. Si bien el culto de la Virgen de Guadalupe se fue extendiendo a lo largo de los siglos, sería hasta el pontificado de Pío X (1903-1914) cuando éste la proclamó como "Patrona de toda la América Latina", mientras que bajo el mandato de Pío XI (1922-1939) se le nombró "Patrona de todas las Américas". Hasta el

pontificado de Pío XII (1939-1958) se la llamó "Emperatriz de las Américas", justo en la misma época cuando fue construido el templo que aquí se analiza.



Parroquia de Guadalupe Emperatriz de América (ca. 1957), colonia San José Insurgentes, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del ing. civil Juan Álvarez Domenzain y los arquitectos Jorge Bravo y José Bordes Vertiz. Fotografías: JPS, 2013

ambón. Por su parte, la feligresía se ubicó en bancas situadas ortogonalmente pues, al igual que en el ejemplo anterior, aquí no se propuso un acomodo concéntrico, ni entonces ni después del Concilio Vaticano II. No obstante, en las décadas siguientes sí se modificó la inserción de dos plafones de madera que penden al interior de la nave, uno circular sobre la zona de las bancas y otro rectangular más bajo sobre el altar, ambos para mejorar las condiciones acústicas del templo, ya que el casquete esférico no favorecía la adecuada transmisión de la voz.

El tercer ejemplo de templo católico con planta circular en aquella década de los cincuenta fue la parroquia del Santo Cristo de la Agonía (1956), obra del arquitecto Nicolás Mariscal Barroso y del ingeniero Carlos García Gómez. Fue construido por la empresa familiar Marhnos, acrónimo de Mariscal Hermanos, de la cual ha de recordarse la contribución profesional de varios de sus connotados miembros, como sus tíos Federico y Nicolás, quienes habían ya realizado varias obras del género religioso, tanto en expresión moderna, como historicista.

Esta parroquia fue construida en los límites de la norteña colonia Santa María Insurgentes,⁵⁶ frente a una antigua glorieta que fuera eliminada con las obras viales del Circuito Interior en los años setenta, circunstancia que sin duda afectó la calidad de su

imagen urbana primigenia, despojándola del tranquilo entorno original. A pesar de estas transformaciones urbanas y del poco agraciado volumen de las oficinas parroquiales adyacentes, aún sobresale su gran cubierta esférica color rojizo, rematada por una singular corona de concreto de connotaciones cristológicas.

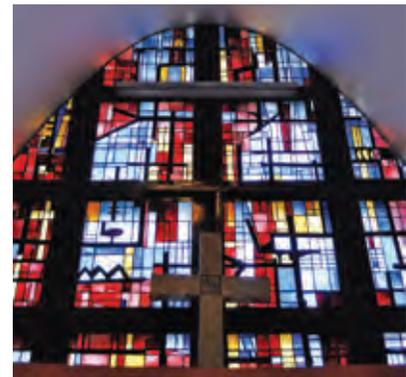
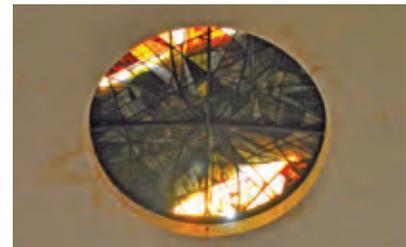
Planta de la parroquia de Santo Cristo de la Agonía (1956), colonia Santa María Insurgentes, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, del arq. Nicolás Mariscal Barroso e ing. civil Carlos García Gómez. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior (abajo) de la misma parroquia. Fotografía: ISM, abril de 2007

118



56. Sándalo núm. 122, colonia Santa María Insurgentes, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.



Parroquia de Santo Cristo de la Agonía (1956), colonia Santa María Insurgentes, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, del arq. Nicolás Mariscal Barroso e ing. Carlos García Gómez. Fotografías: JPS, 2013

El diseño de la portada fue mediante una gran celo-sía de parabólica silueta, la cual le otorga una gran ligereza, así como jerarquía y claridad al único acceso principal, una solución muy semejante a la referida parroquia de la Emperatriz de América, con la salvedad de que aquí los cuerpos empotrados son de menor escala. La misma figura de parábola, pero con escasa altura, se repite en tres lunetos repartidos de manera radial en la planta circular: dos pequeños, a manera de ventanas laterales que iluminan el interior de colores ambarinos, y uno más, el luneto principal, para enmarcar el altar que se encuentra dirigido al suroriente, producto sin duda de las limitaciones que imponía el reducido solar. Por último, en la parte superior del casquete se abre un óculo –como aquél del panteón romano– que dota de luz cenital al interior de la única nave, justo por encima de las bancas de la feligresía, las cuales nuevamente se acomodan de manera ortogonal.

La llegada de los triángulos a las plantas

A partir de la década de los cincuenta, y probablemente en correspondencia con las composiciones geométricas de otros géneros arquitectónicos, los diseñadores de templos comenzaron a explorar con formas y espacios derivados de la aplicación de la

figura del triángulo, tanto en la planta como en los alzados. Esto constituía no sólo un reto compositivo por la dificultad de solucionar los espacios residuales de una planta triangular, sino también porque significaba una modificación de las plantas tradicionalmente ortogonales, como la cruz latina o la basilical, empleadas durante siglos.

En el primer templo que aquí se expone se aplicó el triángulo en planta y en el alzado, por lo que constituye el ejemplo de mayor integración de esta figura geométrica, a diferencia de los siguientes, que sólo incorporaron triángulos truncados en alzado, pero sobre plantas ortogonales tradicionales.

La iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo⁵⁷ y Preciosa Sangre (1955-1962) fue construida por encargo de los agustinos de la Provincia de San Nicolás Tolentino –cuyas autoridades ya habían demostrado con anterioridad una gran apertura hacia los templos modernos–, así como con el apoyo económico de los fieles de la colonia Chapultepec Morales, nombre de esta sección al norte de la colonia Polanco. El autor del proyecto fue el arquitecto Pedro Hinojosa Zozaya, con la colaboración de los también arquitectos F. Fierro y R. Fernández del Cuento para el cálculo y la construcción, mientras que, por parte de la orden agustina, fue designado el padre Fidencio Martínez.⁵⁸

57. Nuestra Señora del Buen Consejo es una advocación mariana cuyos orígenes se remontan a los primeros siglos del cristianismo. Según la tradición, fue en 1467 cuando, en la fiesta de la Virgen del Buen Consejo, en el pueblo italiano de Genazzano, se escuchó una música angelical que provenía del cielo, mientras un rayo de luz bajaba y todos los campanarios del pueblo repicaban sus campanas al unísono. La nube se disipó poco a poco, descu-

briendo la pintura que representa a la Virgen del Buen Consejo con su hijo en brazos, iconografía con la que suele representarsele.

58. Anónimo, *Los agustinos ayer y hoy*, op. cit., p. 161.

El proyecto aprovechó la forma triangular del predio, producto del trazado de las tres calles que lo limitan,⁵⁹ de tal forma que ocupa la totalidad de la pequeña manzana. Esta circunstancia le brindaba una autonomía formal –pues no hay colindancias que obstaculicen su percepción– que fue aprovechada para reforzar su jerarquía sobre el entorno urbano. En el vértice más importante del solar –Homero y Newton– se dispuso un esbelto y muy alto campanario, así como un vestíbulo exterior para la monumental escalinata de acceso, espacio que se encuentra perfectamente rodeado por una columnata que le separa del resto del espacio público de la acera. Esta transición anticipa el ingreso a la nave, la cual se halla medio nivel arriba de la calle, desnivel provocado por la ubicación inferior de una cripta, un salón de usos múltiples y una oficina.

El interior de la única nave está conformado geoméricamente por dos triángulos: un equilátero, el de mayor superficie, donde se sitúa el altar y las bancas de los fieles, y el menor, un escaleno, como sotocoro, pues arriba existe un pequeño entresuelo que también mira hacia la nave. El elemento estructural seleccionado para la cubierta –que evitase los molestos apoyos intermedios– fue una sucesión de cerchas metálicas colocadas a dos aguas, que se apoyan en los dos muros convergentes –recubiertos de mármol blanco–, y cuya cumbrera baja a medida

Planta de la iglesia del Buen Consejo y Preciosa Sangre, (1955-1962) colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arqs. Pedro Hinojosa Zozaya, F. Fierro y R. Fernández del Cueto. Dibujo realizado por ASS

Volumetría de la misma iglesia. Dibujo realizado por RMW, UAM, 2013



59. Newton núm. 210, colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

que se aproxima hacia el altar, a fin de reforzarlo como remate visual.

La penetración lumínica se resuelve por dos lugares: cenitalmente, pues la propia armadura incorpora franjas de vitrales multicolores de abstractos diseños –ya no figurativos–, y por el extenso tímpano que queda bajo la armadura, el cual inunda a la nave de una diáfana luz, pues esta ventana mira hacia el nororiente. Tales elementos, tanto arquitectónicos como artísticos, han hecho que la capilla se encuentre catalogada⁶⁰ como patrimonio artístico inmueble del INBA, lo cual le asegura un primer nivel de protección institucional.

En los siguientes tres ejemplos también se utilizó el triángulo, pero no en sus plantas arquitectó-

nicas, sino sólo en sus alzados, ocasionados por la incorporación de marcos rígidos y muros laterales inclinados –comúnmente llamados “esviajados”–, los cuales rompen con una larga tradición de cubiertas curvas como bóvedas o cúpulas de herencia virreinal, además de modificar el perfil urbano de la ciudad, pues la altura y silueta triangular contrastaban con el entorno habitacional predominantemente cúbico.

La parroquia de la Inmaculada Concepción (1952-1956) fue una obra del arquitecto José Creixell quien se recordará, ya había realizado una capilla a la misma advocación en la Sagrada Familia de la colonia Roma.⁶¹ El predio se situaba en una esquina, una circunstancia que le confirió una

122

Exterior de la iglesia del Buen Consejo y Preciosa Sangre (1955-1962). Fotografía: ISM, 2005



60. Con número de registro DF-MH-157-11083.

61. Arias 14, esquina Calzada Ermita Iztapalapa, colonia Prado Churubusco, delegación Iztapalapa, Ciudad de México.



Iglesia del Buen Consejo y Preciosa Sangre (1955-1962), colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Pedro Hinojosa Zozaya, F. Fierro y R. Fernández del Cueto. Fotografías: JPS, 2013

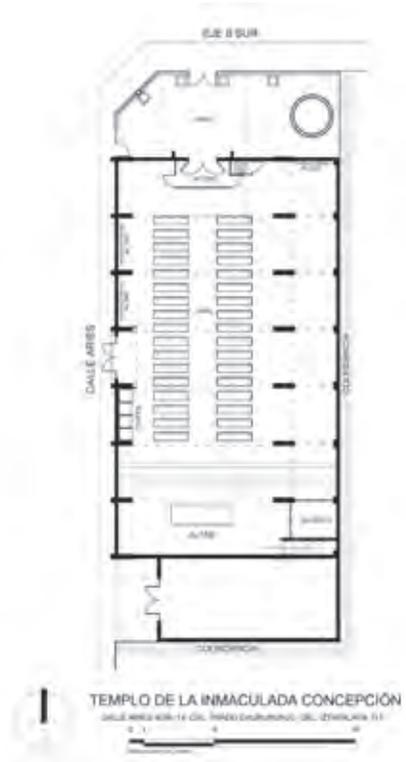
poderosa jerarquía urbana, a pesar de lo heterogéneo del contexto comercial y habitacional, que en esta zona ha crecido mucho. El volumen piramidal del templo fue remetido ligeramente del paño de la calle, a fin de permitir un pequeño atrio al frente, un espacio público de transición que no muchos templos católicos lograban tener, pues ha de recordarse que faltarían aún varias décadas para los cambios jurídicos que beneficiarían a las asociaciones religiosas a inicios de los noventa. Bajo la silueta triangular se desarrolló la sencilla portada del templo, un ventanal de cristal sobre el que se superpone una esbelta cruz de concreto. Lamentablemente, el proyecto no previó la necesidad de una pequeña marquesina sobre el acceso, a fin de proteger de la lluvia o del sol a la feligresía, razón por la cual algún sacerdote ordenó la habilitación de una torpe e improvisada cubierta metálica que impide la adecuada percepción estética de la fachada.

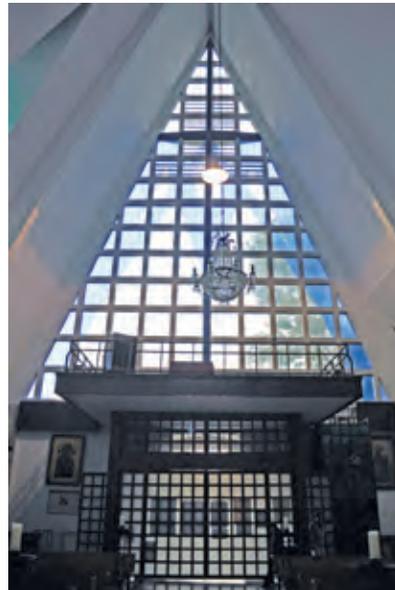
En el interior, la planta arquitectónica es atípica: rectangular de dos naves, la mayor para la colocación de las bancas de los feligreses, y una más angosta que sólo sirve como deambulatorio para la circulación izquierda. Al fondo, el altar se encuentra dirigido hacia el sur, con el espacio sagrado de la celebración litúrgica elevado para la mejor visibilidad de la feligresía, enfatizado por la penetración lumínica a través de un vitral superior en forma de "v". Por su parte, el espacio de la nave central recibe una peraltada cubierta a dos aguas, desarrollada a través de la sucesión de ocho marcos triangulares de concreto que sostienen la losa plana inclinada. Al lado derecho –sobre el muro de piedra que lo separa con la calle– se insertan tres lunetos también triangulares que dotan de luz lateral al interior, mientras que en el extremo opuesto, sobre el único deambulatorio, surge una pequeña losa inclinada, a fin de cubrir este espacio para la circulación.

Planta de la parroquia de la Inmaculada Concepción, (1952-1956) colonia Prado Churubusco, delegación Izta-palapa, Ciudad de México, del arq. José Creixell del Moral. Dibujo realizado por Andrea Guzmán Ibáñez (AGI), 2014

Exterior de la misma parroquia. Fotografía: JPS, diciembre de 2013

124





Parroquia de la Inmaculada Concepción (1952-1956), colonia Prado Churubusco, delegación Iztapalapa, Ciudad de México, del arquitecto José Creixell del Moral. Fotografías: JPS, 2013

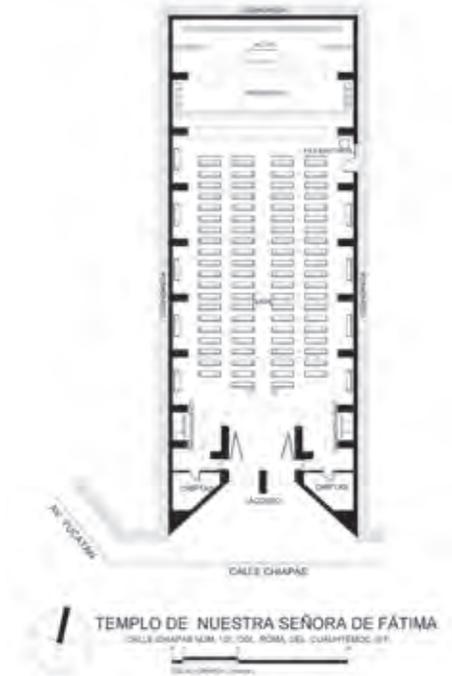
Otro templo que también utilizó figuras triangulares fue la iglesia de Nuestra Señora de Fátima (1958-1962) en la colonia Roma, realizada para los sacerdotes teatinos⁶² y cuya autoría en las fuentes bibliográficas suele atribuirse al arquitecto Nicolás Mariscal, sin precisar si se trata del padre o del hijo, ambos arquitectos. Se encuentra cerca de la confluencia de dos avenidas de esta añeja pero revitalizada colonia,⁶³ lo que le confiere una posición urbana privilegiada que es aprovechada con su altura y su silueta triangular, de modo que destaca del entorno urbano circundante, mayoritariamente habitacional y comercial.

126

El templo no posee atrio alguno, pues se hubiera tenido que sacrificar superficie del interior, ya que el solar es angosto y entre medianeras. Para compensarlo, el acceso se encuentra ligeramente remetido, enfatizado por la posición de dos grandes muros que convergen hacia el ingreso y que probablemente tengan una función de contrapeso, pues la iglesia tuvo fuertes daños a causa del terremoto de 1985; de hecho, pudo rescatarse gracias a la oportuna intervención estructural de los arquitectos José Creixell y José Hanhausen Albert (1918-2003), ambos destacados arquitectos en múltiples géneros arquitectónicos además de estar vinculados por fuertes lazos de entrañable amistad.

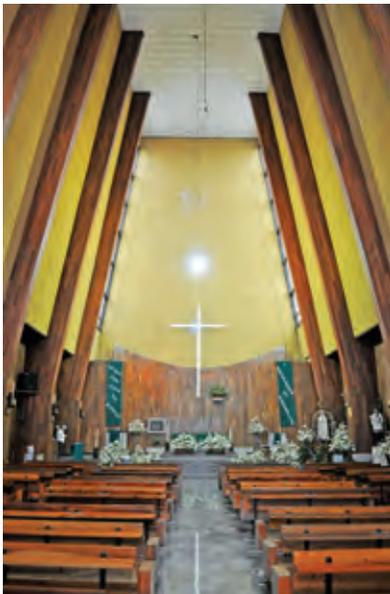
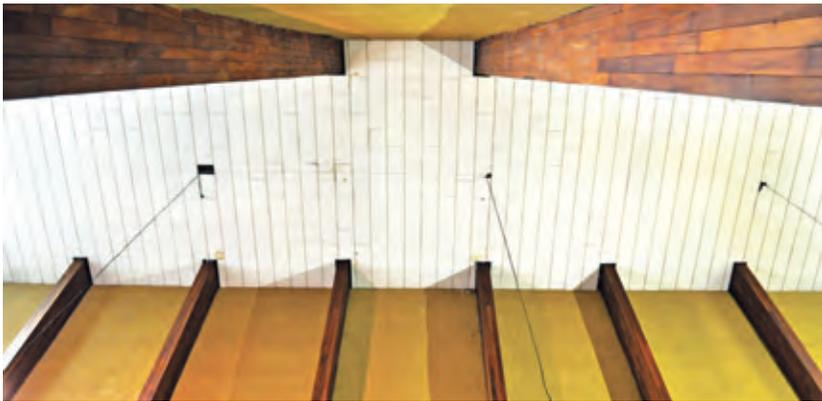
Planta de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima (1958-1962), colonia Roma, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la misma iglesia. Fotografías: JPS, 2013



62. La Orden de Clérigos Regulares, comúnmente conocidos como teatinos, es una orden religiosa masculina de la iglesia católica, formada por clérigos que profesan los votos de la vida religiosa. La orden fue fundada en Roma en 1524 para restaurar entre los eclesiásticos la forma de vida apostólica y promover la santidad del estado sacerdotal mediante la profesión de los tres votos religiosos.

63. Chiapas núm. 107, esquina Yucatán, colonia Roma, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.



Iglesia de Nuestra Señora de Fátima (1958-1962), colonia Roma sur, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México. Fotografías: JPS, 2013

Estas dos placas monumentales de silueta triangular se intersectan en lo alto con una trabe de liga, la cual, compositivamente, toma el papel del travesaño horizontal de una imponente cruz que nace desde el acceso inferior, dividiendo así en dos la portada y el ingreso mismo del templo. En el interior, la planta es muy sencilla: rectangular de una sola nave y dividida en ocho entre ejes, los cuales responden a cada uno de los ocho marcos inclinados que sostienen la cubierta plana, con lo cual se consigue una espacialidad interior de considerable altura. Sólo en el último entre eje, los muros esviados se interrumpen para permitir la entrada lateral de luz natural, directamente sobre el sencillo altar, lo que acentúa su jerarquía al fondo de la nave y le dota de un ambiente propicio para la experiencia religiosa.

Un último ejemplo de utilización de formas triangulares en el alzado fue la parroquia de la Santa Cruz de Jardines del Pedregal de San Ángel (1956-58), cuyo proyecto original fue del arquitecto José Villagrán García (1901-1982), en el que también participaron sus colaboradores habituales José Antonio Mendizábal y Raúl F. Gutiérrez⁶⁴ —arquitectos que por varios años laboraron en su despacho. No obstante, su construcción se detuvo al alcanzar la erección de la estructura, hasta que fué retomada varios años después.

El proyecto original contemplaba un conjunto arquitectónico donde el templo para 800 feligreses sentados cómodamente ocupaba el lugar preponderante. Se contemplaba además una pequeña capilla para 125 personas, sacristía y bautisterio, así como un auditorio para 350 asistentes, dos aulas para conferencias, salas de juntas y una pequeña guardería infantil; adicionalmente, el programa incluía una biblioteca y la casa parroquial con las celdas para los sacerdotes y sus servicios comunes, así como una pequeña huerta localizada en la parte posterior del predio.⁶⁵

El terreno seleccionado ofrecía la ventaja de ubicarse en la confluencia de una avenida importante dentro de aquel pujante fraccionamiento y dos calles secundarias,⁶⁶ formando así un vértice que se aprovechó para localizar una gran explanada atrial, que además de servir como espacio vestibular, se pensaba utilizar como una extensión al aire libre de la nave principal. Así lo explicaba el propio Villagrán en 1956, cuando se publicó el proyecto en la revista *Arquitectura México*: “El acceso a la iglesia se hace a través de una gran explanada que también puede servir como ampliación de la iglesia, en caso de concentración de fieles”,⁶⁷ logrando con ello, un digno ejemplo de atrio propio para un templo católico.

A pesar de los deseos de su autor, este espacio atrial no logró nunca la vocación religiosa a

64. Insuperable maestro de teoría de la arquitectura de quien esto escribe, allá por la década de los ochenta en la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

65. José Villagrán García, “Iglesia en El Pedregal de San Ángel” en *Arquitectura México*, núm. 55, septiembre de 1956, p. 188, edición digital en Carlos Ríos Garza, ed., *op. cit.*

66. Boulevard de la Luz, Las Fuentes y Cráter, colonia Jardines del Pedregal de San Ángel, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México.

67. José Villagrán García, “Iglesia en El Pedregal de San Ángel”, *op. cit.*, pp. 188-189.

cielo abierto; por el contrario, terminó rodeado de estacionamientos para los automóviles de los fieles y personal de servicio, como enfermeras, nanas, choferes y escoltas. De hecho, ya en la época de la construcción era previsible la intensa utilización de vehículos para el arribo de la feligresía, debido al alto nivel socioeconómico de la zona y el extenso tamaño de los predios residenciales que dificultaba a los vecinos caminar cómodamente desde su casa.

Vista de la maqueta volumétrica (arriba derecha) del proyecto de la parroquia de la Santa Cruz, tal y como apareció el proyecto publicado en el número dedicado a Villagrán en la revista "Arquitectura México" en 1956. Fuente: José Villagrán García, "Iglesia en El Pedregal de San Ángel", *op. cit.*



Planta original (abajo) de la parroquia de la Santa Cruz, (1956-1958) colonia Jardines del Pedregal de San Ángel, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, diseñada por José Villagrán García. Dibujo: Andrea Guzmán Ibañez (AGI), 2014

Vista contemporánea (abajo derecha) de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2013



Los primeros bocetos del proyecto advertían la incorporación de un esbelto campanario exento –al modo de un *campanile* italiano– sobre esta explanada, una solución que ya no estuvo presente en las maquetas ni durante la erección de la estructura. En cambio, permaneció una monumental cruz cristiana que dominaba la composición del tímpano de la fachada, y que sin duda serviría también de apoyo para la cubierta superior, pues no es casual que sólo en ese entre eje de la fachada se haya eliminado la sección de la armadura interior.

La estructura de la cubierta se resolvió con la sucesión de una serie de armaduras metálicas triangulares, que se elevan gradualmente en altura, en tanto que sus respectivos apoyos parecen acercarse, pues la planta del templo es trapezoidal, de tal suerte que la estructura converge hacia atrás y hacia arriba, solución que permitía la posibilidad de insertar vitrales en las entrecalles que deja el desfase de la estructura. En el interior, la planta fue basilical de tres naves, con el altar dirigido al nororiente y dos angostas naves laterales usadas como deambulatorios, mientras la nave central convergía hacia el ábside circular y cerraría el espacio trapezoidal.

No se conocen los detalles de porqué se detuvo la construcción de este importante templo y se dejó erguida solamente la estructura de la cubierta hasta 1966, cuando el proyecto fue retomado por el arquitecto Antonio Attolini Lack (1931-2012), quien se encargaría de transformar el funcionamiento interior del templo –no así la estructura–, a fin de adecuarlo a los nuevos lineamientos litúrgicos, como se analizará más adelante en la etapa correspondiente.

La llegada de las cubiertas con plegaduras

Las llamadas cubiertas en plegadura –también llamadas plegadas– logran su estabilidad a través de la

rigidez que le otorgan los “doblecetes” del elemento estructural, en vez de generarse por medio de una sucesión de superficies regladas, como sucede con los llamados cascarones, cuya sección además era siempre más delgada. Fueron muchos los géneros arquitectónicos que utilizaron las plegaduras, sobre todo aquéllos donde se requerían grandes espacios sin apoyos intermedios, como auditorios, edificios deportivos y, desde luego, templos, ya que, adicionalmente, la morfología que arrojaba la estructura contrastaba estéticamente con los contextos existentes, además de proporcionar una capacidad expresiva susceptible de ser interpretada simbólicamente.

El primero que realizó de manera integral –estructuralmente hablando– una cubierta para un templo con plegaduras, fue el arquitecto Honorato Carrasco Navarrete (1926-1992), figura que ha comenzado a ser abordada historiográficamente, pero que sin duda merecería una publicación monográfica. Su vida profesional la acompañó siempre con la actividad docente, pues fue profesor durante más de cuarenta años en la Facultad de Arquitectura de la UNAM, institución que le distinguió como profesor emérito en 1989, tres años antes de su muerte. Había llegado a su *alma mater* en 1945 –al vetusto edificio de la Academia de San Carlos–, para después recibirse en 1952 con una tesis de planificación urbana e iniciar así una exitosa carrera profesional que lo llevó a cultivar variados géneros arquitectónicos, entre los que se destacó prolíficamente el religioso, con una primera capilla en Popo Park (1950-1952) cuando aún era estudiante.⁶⁸

Pocos años después emprendería la parroquia de Pío x (1958-1959) en la colonia Moctezuma 2ª sección, cerca de la actual Terminal 1 del aeropuerto de la Ciudad de México, al oriente de la capital. La devoción a este papa era relativamente reciente, pues había sido beatificado en 1951 y canonizado

en 1954, aunque gobernó la iglesia católica varias décadas atrás, entre 1903 y 1914, cuando falleció a los setenta y nueve años, poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial.

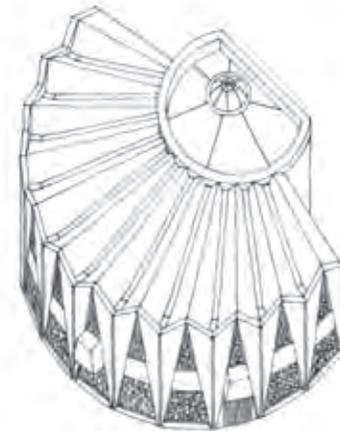
El predio disponible era esquinero y no muy extenso en sus dimensiones, ubicado en una colonia mayoritariamente popular y con buenos servicios urbanos como parques e infraestructura urbana.⁶⁹ El partido seleccionado fue una planta en forma de abanico, con el altar al centro y sin apoyos intermedios que interfiriesen visualmente con la celebración, lo cual se anticipaba a las directrices del Concilio Vaticano II de inicios de los años sesenta. Como podría esperarse, la rigidez geométrica del círculo hizo necesario que la sacristía, criptas y oficinas se alojaran en un volumen adosado, en el poco espacio que queda entre el templo y las colindancias.

Se deseaba que el templo tuviese una buena capacidad de fieles, dado que se trataba de una colonia densamente poblada; sin embargo, el predio no ofrecía posibilidades de incorporar una gran nave en una sola planta, sobre todo porque también se deseaba contar con un atrio público y jardines que le diera dignidad al templo. Estas condicionantes del programa llevaron al arquitecto Carrasco a optar por incorporar dos niveles en el interior del templo: una planta baja amplia y en abanico, y una segunda galería elevada pero también concéntrica, desde donde

Planta del templo San Pío X, (1958-1961) colonia Moctezuma 2ª sección, delegación Venustiano Carranza, Ciudad de México, del arq. Honorato Carrasco Navarrete. Dibujo: JSP, 2015

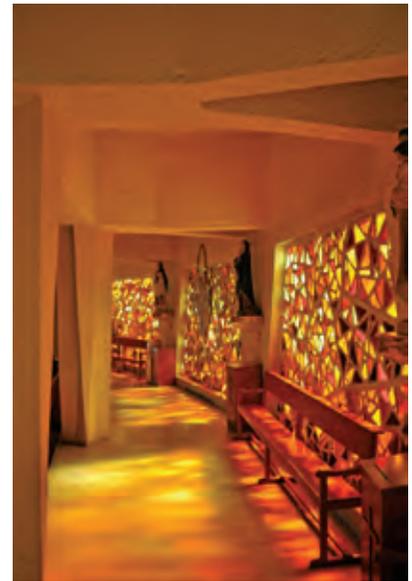
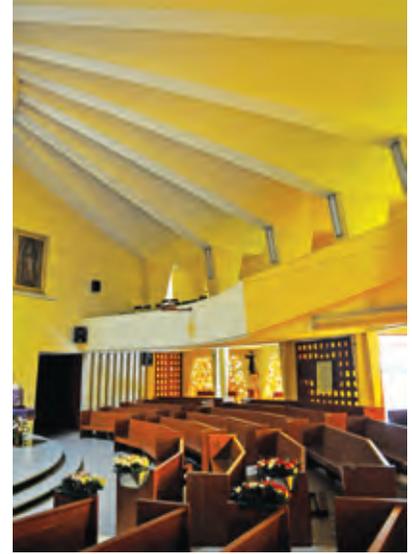
Volumetría (en medio) del mismo templo. Dibujo realizado por RMW/UAM, 2015

Vista exterior (abajo) del mismo templo. Fotografía: ISM, 2015



68. Lourdes Cruz, "Semblanza de un gran maestro: Honorato Carrasco Navarrete", en *Revista Bitácora*, núm. 6, 2001, p. 41. Disponible digitalmente en <http://revistas.unam.mx/index.php/bitacora>

69. Avenida Oriente 172, núm. 250, colonia Moctezuma 2ª sección, delegación Venustiano Carranza, Ciudad de México.



Templo San Pío X, (1958-1961) colonia Moctezuma 2ª sección, delegación Venustiano Carranza, Ciudad de México, del arquitecto Honorato Carrasco Navarrete. Fotografías: JPS, 2014

se pudiera observar sin obstáculos el desarrollo de las celebraciones. Los accesos a esta galería se realizan por unas escalinatas localizadas fuera de la circunferencia, para que los flujos de ascenso y descenso no perturben la actividad dentro del templo.

La planta de abanico ocupó así la mayor parte de todo el terreno y dejó tan sólo dos porciones a ambos lados para los respectivos vestíbulos exteriores con sendos accesos, sin llegar a conformar un solo atrio ni lograr integrarse al resto del espacio público. En el interior, un anillo conforma un deambulatorio semicircular, tanto para vestibular el acceso a la nave, como para distribuir la circulación interior de la planta baja, el cual se reproduce en la galería superior para el movimiento de los fieles y para acceder a la tribuna central destinada para un coro alto. Las bancas en ambos niveles se acomodan concéntricamente y con un ligero desnivel que permite una perfecta visibilidad del altar asentado en el centro geométrico del círculo, ligeramente elevado por unas escalinatas que indican la alta sacralidad del presbiterio, donde se encuentran el altar, el púlpito, el ambón y las sedes. Para acentuar su jerarquía, se incorporaron al fondo dos muros curvos laminares que disminuyen gradualmente conforme se aproximan a la cubierta, con el fin de incrementar la presencia de la luz cenital –que simboliza la presencia divina en este espacio sagrado.

La decisión de construir la galería del segundo nivel provocó que la techumbre se elevara sobre gruesas columnas aisladas, a fin de sostenerla y permitir además el entresuelo del interior, una solución que Carrasco no repetirá en sus templos posteriores de la década siguiente, donde experimentará con cubiertas que nacen directamente desde el suelo. En esta parroquia, la estructura de la cubierta se realizó completamente con losas plegadas, una innovación que incorporó este arqui-

tecto en el género religioso y que tendrá muchos seguidores en las décadas subsecuentes. Las losas concéntricas se dirigen así a un anillo superior, justo por encima del presbiterio, recurso que permitió la incorporación de una pequeña cúpula rebajada, con un óculo en el centro para la adecuada iluminación cenital del espacio sagrado, solución que el autor perfeccionará en obras posteriores.

Capillas comunitarias: laboratorios preconciiales

Muchas de las innovaciones arquitectónicas de los templos –funcionales, estructurales y plásticas– se manifestaron primeramente en los pequeños ámbitos eclesiales del catolicismo apostólico, esto es, en capillas comunitarias diseñadas para uso exclusivo de las órdenes religiosas o de las congregaciones, quienes desarrollaban sus prácticas religiosas en el interior de su comunidad. En vez de destinarse para una feligresía pública, estas capillas solían insertarse en el seno de conjuntos religiosos como conventos, colegios o asilos, donde ahí mismo vivían.

Su particular programa arquitectónico demandaba requerimientos específicos distintos a aquellos de los templos públicos, donde suele utilizarse amplios atrios y usos diferenciados para feligreses y cuerpos eclesiales. En contraste, en las capillas comunitarias los asistentes se conforman precisamente por los propios miembros de la iglesia –usualmente sacerdotes y seminaristas, o bien monjas y novicias– unidos por una vocación y objetivo común: dedicarse en colectivo al servicio de la vida religiosa, independientemente de su sexo o su pertenencia al clero regular o secular, por lo que el sentido de colectividad debe reflejarse en el acomodo y visibilidad mutua de los asistentes. Una segunda característica fue la cercanía de los asistentes al

altar, sobre todo cuando se trata de capillas a las que acuden miembros varones, ya que usualmente la misa la oficia alguno de los sacerdotes presentes.⁷⁰ Una última peculiaridad de estas capillas fue su localización dentro de un conjunto arquitectónico –no hacia la calle–, donde suelen estar integrados a dependencias aledañas, tanto administrativas como habitacionales. Por ejemplo, si se trataba de un convento de monjas, la capilla estaba cercana a sus espacios domésticos, lo mismo que a sus espacios de trabajo y descanso; o bien, si era un seminario, la capilla servía para sacerdotes y novicios, próxima a sus aulas y celdas habitacionales; y si se trataba de un edificio asistencial atendido por religiosos – como sería el caso de asilos u hospicios–, las capillas solían encontrarse siempre entre las habitaciones de los religiosos y las habitaciones de los ancianos. No obstante, en todos los casos los miembros de la comunidad religiosa constituían siempre el usuario principal; de ahí que, cuando se llegase a permitir visitantes externos en la misa, éstos debían ocupar un lugar secundario, circunstancia que se refleja en su posición en el espacio.

Ya se ha mostrado en la etapa anterior aquella capilla de la Inmaculada Concepción que diseñara José Creixell en 1942, con una bóveda de medio cañón parabólico que emergía directamente desde el piso, construida apenas un año después de

la Purísima de Enrique de la Mora en Monterrey. Por ello, no ha de extrañar que en esta segunda etapa surjan innovadoras capillas comunitarias de arquitectos como Luis Barragán, José Villagrán y del ya mencionado Enrique de la Mora, quienes se apoyaron en brillantes colaboradores como Félix Candela y Fernando López Carmona.

Asimismo, se puede rastrear en estas capillas las dos variables hasta aquí empleadas para determinar el grado de modernidad de los templos: el esquema adoptado en su planta arquitectónica y la estructura de la cubierta. La primera variable se presentó en cinco modalidades geométricas: rectangular, romboidal, triangular, circular y cuadrada, mientras que la variable de la estructura de las cubiertas abarcó un abanico de elementos estructurales, desde la tradicional losa plana, hasta bóvedas de medio cañón, cubiertas inclinadas y trabe-losas de plegaduras. Evidentemente, las combinaciones entre ambas variables abrieron muchas posibilidades espaciales que enriquecieron la calidad de los interiores de los espacios de culto, acentuados por el tratamiento lumínico. Todo lo cual propició, en cada uno de los siguientes casos ordenados cronológicamente, el ambiente idóneo para la experiencia de la sacralidad religiosa.

La capilla para las Madres Capuchinas Sacramentarias del Purísimo Corazón de María⁷¹ (1952-1955) fue realizada por Luis Ramiro Barragán Morfín

70. Esto no ocurre con las capillas de monjas y novicias, a quienes, sabemos, por siglos la iglesia católica les ha vedado inequitativamente la posibilidad de este ministerio

71. Monjas mendicantes de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos, rama surgida de los franciscanos mendicantes en el siglo XIII, con versión femenina y masculina. Obtuvieron su reconocimiento papal en 1528.

(1902-1988) a partir de una casona existente en el antiguo pueblo de Tlalpan, al sur de la Ciudad de México,⁷² donde intervino también el portal de ingreso, el patio de distribución y los locutorios del convento. Recuérdese que para aquel entonces, el maestro jalisciense ya poseía una sólida trayectoria profesional, iniciada en su natal Guadalajara y seguida en la Ciudad de México, donde ya había realizado varias casas unifamiliares, edificios de apartamentos, casas dúplex e inclusive su propia casa en las afueras del pueblo de Tacubaya, además de incursionar en el ámbito inmobiliario en el fraccionamiento de Jardines del Pedregal de San Ángel.

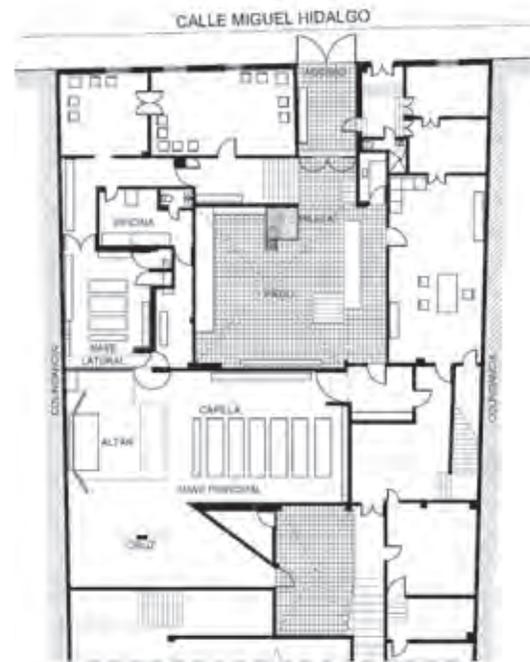
La estructura que utilizó Barragán en la capilla de las capuchinas sacramentarias fue de lo más tradicional: muros de carga y losas planas, ya que ha de recordarse que el tapatío nunca se decantó por una arquitectura innovadora en términos estructurales. No obstante, el resultado demuestra no haber necesitado ningún alarde tecnológico, pues con elementos tradicionales diseñó una obra tremendamente innovadora.

El programa arquitectónico requería la posibilidad de ser utilizado simultáneamente por dos grupos de usuarios: las monjas, que deberían tener el espacio de mayor jerarquía, y los visitantes dominicales, que debían quedar relegados a un segundo plano, aunque ambos compartieran la misma cere-

monia litúrgica. Para lograrlo, recurrió a una planta ortogonal, una escuadra con dos brazos: el mayor de frente al altar, para uso de las capuchinas, y el lateral, menor, para acomodo de los visitantes los días domingos. La nave principal se ilumina por una ventana lateral, tamizada por un vitral de Mathías Göeritz (1915-1990), el cual a su vez enfatiza un retablo dorado elaborado por el mismo amigo y colaborador de Barragán.

Planta del convento de las capuchinas sacramentarias del Purísimo Corazón de María (1952-1955), colonia Centro de Tlalpan, delegación Tlalpan, Ciudad de México, de Luis R. Barragán M. Dibujo: AGI, 2014

135



CAPILLA DE LAS MADRES CAPUCHINAS
SACRAMENTARIAS DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
CALLE MIGUEL HIDALGO 43 COL. Tlalpan Centro del Tlalpan D.F.

72. Miguel Hidalgo 43, colonia Centro de Tlalpan, delegación Tlalpan, Ciudad de México.

Los visitantes podían seguir lateralmente el desarrollo de la misa a través de una celosía que los separaba de las monjas y preservaba discretamente su celosa devoción. La solución arquitectónica recuerda sin duda las celosías de los coros de monjas virreinales; sin embargo, aquí se hallan en una posición invertida: los espacios de mayor cercanía al presbiterio fueron destinados a ellas, mientras que tras las celosías se acomodaban los visitantes externos, justo al revés de la disposición en los conventos virreinales; (esta estrategia demuestra el conocimiento de la historia de la arquitectura del maestro jalisciense). Aunque esta capilla no sería su única obra religiosa,⁷³ fue indudablemente su mejor producción en el género, a pesar de las cualidades estéticas y urbanas que se pueden encontrar en el templo del Calvario, en Jardines del Bosque, en Guadalajara, Jalisco, realizado en 1955.

El segundo ejemplo innovador fue la capilla del Seminario Mayor (1956-1957), diseñada por el arquitecto José Villagrán García y algunos de los colaboradores de su despacho, como José Antonio Mendizábal, Raúl F. Gutiérrez⁷⁴ y Gabriel García del Valle, de quien ya se han abordado algunas obras suyas independientes a su trabajo con su tío y jefe. Esta capilla congregacional formaba parte del conjunto religioso del Seminario Mexicano para la Misiones Extranjeras (1953), cuya edificación comenzó

tres años antes dentro de un arbolado y extenso predio en el sur de la Ciudad de México,⁷⁵ pues ha de recordarse que el Instituto para los Misioneros de Guadalupe había sido fundado por el arzobispado mexicano apenas en 1949. El obispo Alonso Manuel Escalante era el principal impulsor de la construcción de la obra, pues su objetivo era servir como centro de preparación para los misioneros de Guadalupe encargados de la difusión del evangelio en lugares como Corea, Japón, Madagascar, Angola y demás países con minoría católica.

No era esta capilla el primer acercamiento profesional de Villagrán al género religioso, ni práctica ni teóricamente,⁷⁶ pues desde la década anterior estaba convencido de la incorporación de la modernidad en este género y encomiaba la apertura de aquellos sacerdotes que la promovían:

[...] cuán clara y nítida aparece a su lado la conducta de los prelados mexicanos cuya consciente actitud –ejemplar para todo, inexplicable para los mal informados y tradicional para la Iglesia– permite y auspicia la construcción de nuevos templos por arquitectos jóvenes cuyo camino está limpio de obstáculos y cuyos resultados les pertenecerán a ellos, los arquitectos, como arte, y a la Iglesia, como nueva y actual demostración de su invariable actitud ante la arquitectura de cada época y las avanzadas de la cultura.⁷⁷

73. Louise Noelle, *Luis Barragán. Búsqueda y creatividad*, México, UNAM, 2004, p. 130.

74. José Villagrán García, México, INBA, 1986, p. 322.

75. Con el tiempo se convertiría en el actual *campus* de la Universidad Intercontinental, en Insurgentes Sur núm. 4125-4135, Tlalpan, Ciudad de México.

76. En varios textos Villagrán abordó el tema de la arquitectura religiosa. Se sugiere consultar: "La iglesia católica ante la arquitectura de época", *Arquitectura, selección de arquitectura, urbanismo y decoración*, núm. 14, noviembre de 1943, y "La arquitectura religiosa. El templo pagano y el templo cristiano", *Revista Mexicana de la Construcción*, núm. 91, abril de 1962. Ambos textos están incluidos en Ramón Vargas Salguero (comp.), *Obras*,

José Villagrán García, *Doctrina de la arquitectura*, México, El Colegio Nacional, 2007, pp. 137 y 441.

77. José Villagrán García, "La iglesia católica ante la arquitectura de época", *op. cit.*, p. 170.

Desde 1938 Villagrán había comenzado a diseñar la parroquia de San Antonio de Padua, en la población de Huatusco –cerca de Xalapa, Veracruz–, imponente obra en ladrillo visto y columnas y celosías de concreto armado, con planta basilical de tres naves y transepto en el crucero.⁷⁸ Su primera piedra había sido colocada el 13 de junio de 1940 y su tardía terminación sería hasta 1964, debido a las dificultades económicas del pueblo para la consecución de los recursos materiales.⁷⁹

Este precedente veracruzano fue esencial en el desarrollo del diseño de los espacios religiosos de Villagrán, pues en la capilla del Seminario Mayor también utilizó una planta basilical de tres naves –las laterales sólo son deambulatorios– y dos brazos laterales para capillas secundarias –aunque no se llega a provocar la percepción espacial de un transepto– con la nave central mucho más ancha y de doble altura –probablemente en evocación de la espacialidad de aquellas antiguas basílicas paleocristianas, cuna del cristianismo.

Esta capilla no se encuentra como un volumen aislado, sino inmersa dentro del edificio del seminario, el cual alberga tanto las aulas como las celdas de los seminaristas, dos partes del conjunto que se manifestarán también en el diseño de esta capilla, pues la nave central se dividió en dos secciones: los pies del templo, para los alumnos, y la nave cabecera, que se

Exterior e interior de la parroquia de Huatusco, Veracruz, (1938-1964), de José Villagrán García. Fotografía: ISM, 2012



78. En la parroquia de Huatusco coincidieron dos mentalidades progresistas: la de José Villagrán García, un arquitecto convencido de las teorías y expresión de la modernidad del siglo XX y la del sacerdote Enrique S. Trejo y Domínguez (1906-1974) abierto a las nuevas propuestas progresistas en torno a la creación de los espacios sagrados. Cfr. Maribel Ortiz Moreno, *Un pregonero del amor llamado Enrique S. Trejo y Domínguez, Veracruz*, s.e., 2003. pp. 15 y 87.

79. Se agradece a mi estimado colega, el doctor Fernando N. Winfield Reyes, haberme llevado a Huatusco el 22 de septiembre de 2012 a conocer esta obra monumental.

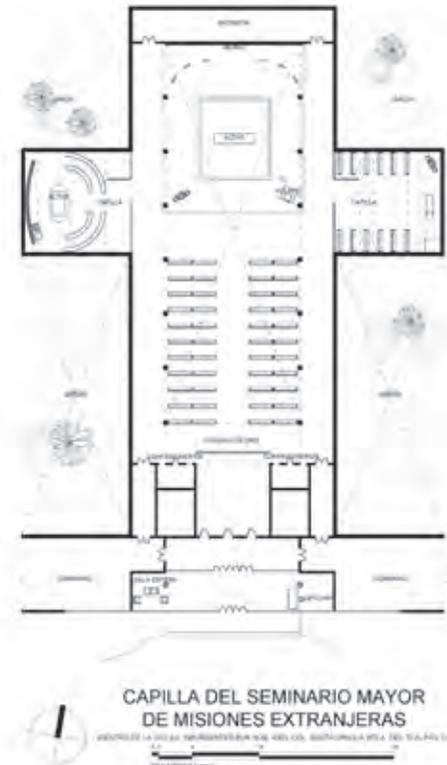
extiende hacia atrás, para albergar a los sacerdotes profesores durante las solemnidades litúrgicas; entre ambas secciones, se encuentra el altar ligeramente elevado por tres escalones. Esta innovadora solución provocó una posición parcialmente centralizada del altar –aun antes del Concilio Vaticano II celebrado en los años sesenta–, intensificando con ello el sentido de colectividad entre ambos usuarios, espíritu que debe prevalecer en una congregación religiosa.

La cubierta de la capilla fue casi plana, con una pequeña inclinación a dos aguas, aunque en los dibujos preliminares la mostraban más pronunciada. Por otra parte, al fondo de la nave, el lugar del tradicional retablo lo ocupa un enorme mural de Federico Cantú⁸⁰ “La Misión de Cristo” (1958-59), cuyo colorido y rotundidad en el trazo añaden al espacio una sensación de dramatismo. Lo enmarcan, dos hileras de columnas cónicas invertidas que corren paralelas a la nave mayor –cuya forma aislada recuerda los *pilotis* “lecorbusianos”– las cuales fueron modificadas durante el proceso de la construcción, pues los esbozos iniciales mostraban columnas de sección rectangular.

La penetración lumínica se resuelve principalmente a través de las secciones cuadradas localizadas a ambos lados de la nave central –justo por encima de la hilera de columnas–, con celosías de blocks de concreto, en cuyos intersticios fueron colocados

Planta de la capilla del Seminario Mexicano para la Misiones Extranjeras, (1956-1957) del arq. José Villagrán García Dibujo realizado por (AGI), 2014

Exterior del edificio del Seminario Mexicano para la Misiones Extranjeras (1953), delegación Tlalpan. Fotografía: ISM, 2014



80. Federico Cantú Garza fue pintor, escultor, grabador y muralista mexicano, nacido en 1907 y fallecido en 1989.



Capilla del Seminario Mexicano para la Misiones Extranjeras (1956-1957), delegación Tlalpan, de los arqs. José Villagrán García, José Antonio Mendizábal, Raúl F. Gutiérrez y Gabriel García del Valle. Fotografías: JPS, 2013

vidrios multicolores, que a manera de grandes mosaicos, esbozan sencillas figuras de simbolismos religiosos.⁸¹ Estos paneles lumínicos sólo son interrumpidos cerca de la zona del altar, donde nacen las dos capillas laterales –cuya calidad arquitectónica es igualmente notable–, con el fin de permitir su plena integración a la nave central en ciertas celebraciones, para lo cual basta correr los cancelos de ingreso en la planta baja y abrir los parteluces superiores de estos modernos triforios.

Más arriba y casi por debajo de la cubierta, se incorporó una hilera de ventanas con persianas para permitir la salida superior del aire caliente de la nave, al mismo tiempo que sirve para bañar de luz el lecho bajo de la losa. No son las únicas entradas de luz, pues también los deambulatorios poseen una hilera de ventanillas translúcidas de variados colores, que estimulan la concentración que debe privar entre los asistentes.

No sería el último templo católico proyectado por el maestro Villagrán, pues ya se ha mencionado el proyecto original que había realizado en 1958 para la parroquia de la Santa Cruz del Pedregal de San Ángel, y los altares para la parroquia de Huixtla, Chiapas (1965), así como también otros proyectos para la educación religiosa, como los seminarios de Veracruz (1961) y de Tapachula (1962).

La siguiente innovadora capilla comunitaria edificada en la década de los cincuenta fue la capilla de la Soledad para los Misioneros del Espíritu Santo (1956-1958), realizada por el arquitecto Enrique de la Mora y Palomar, con el cálculo estructural de Félix Candela y la colaboración de Fernando López Carmona. No se trataba de la primera obra religiosa de este importante arquitecto jalisciense, pues De la Mora había ya emprendido entre 1940-1946 el diseño y construcción de la emblemática parroquia de la Purísima Concepción en

Monterrey, cuya novedosa cubierta formada por la intersección de dos bóvedas de cañón corrido de sección parabólica de concreto armado –que no cascarones–, parecían nacer desde el suelo, eliminando con ello la secular tradición de los muros verticales de carga. Tampoco sería la primera y última obra religiosa donde “el Pelón” de la Mora formaría equipo con López Carmona y Félix Candela, pues ya se ha mencionado la inconclusa parroquia de San Antonio de Padua o de las Huertas (1956-1962) en la colonia Tlaxpana, misma que por los mismos años se encontraba realizando este mismo grupo de arquitectos.

Los usuarios de esta capilla pertenecían a una congregación mexicana relativamente nueva dentro del panorama religioso, pues había sido fundada en 1914 por iniciativa de Concepción Cabrera de Armida, el padre Félix de Jesús Rougier y el primer novicio Moisés Lira Serafín –los tres actualmente en proceso de posible veneración y/o beatificación– cuyo intenso trabajo pastoral terminaría por hacer crecer la congregación con nuevos novicios, lo cual generaría inclusive sus propias ramas femeninas.⁸² La capilla para estos misioneros debía ser construida dentro de un jardín inclinado, junto a la construcción virreinal que otrora fuera el casco de la hacienda de San José del Altillio, a raíz de la donación que su última propietaria, la señora Elena Piña Aguayo, había hecho

81. Solución que había ya utilizado Gabriel García del Valle en sus obras anteriores.

82. En 1934 se fundaron las Misioneras de la Caridad de María Inmaculada, y más tarde, en 1938, se fundaron las Misioneras de Jesús Sacerdote y las Hermanas de la Vera Cruz Hijas de la Iglesia.

a la congregación mexicana para el establecimiento de un convento, aulas y oficinas.⁸³ Al igual que los otros ejemplos abordados, esta capilla sólo debía comunicarse directamente con el interior del conjunto arquitectónico, razón por la cual su volumen sólo se percibiría desde el interior del conjunto arquitectónico, por tanto, no poseería atrio público, ni tampoco un alto campanario que llamara a los vecinos al servicio religioso.

El ingreso a la capilla lo antecede un pequeño patio, un espacio de transición entre el conjunto vireinal y la obra moderna. Al centro de la portada, una serie de vanos permiten el ingreso a la nave, tanto al espacio principal en su planta baja, como al coro superior a través de un par de escaleras exteriores de concreto armado empotradas en los muros de piedra. La planta y la solución estructural son muy sencillas, aunque no por ello menos innovadoras, tanto arquitectónica como litúrgicamente, tal y como lo explica el arquitecto Alberto González Pozo, uno de los más brillantes discípulos de De la Mora, en un libro dedicado a su maestro:

[...] En planta es un rombo que se alarga asimétricamente sobre uno de sus ejes. La parte mayor del romboide aloja el altar y el coro para los Misioneros del Espíritu Santo (que intentaban por aquellos años, el retorno a una liturgia más sencilla en la que la

arquitectura, el buen diseño de objetos de culto y el canto gregoriano habrían de formar una atmósfera más propicia al misticismo). La parte menor del romboide es ocupada por los fieles.⁸⁴

En el interior de la única nave romboidal se encuentra la imagen de la Virgen de la Soledad, esquinada hacia el norte, y el altar con el presbiterio casi centralizados, de tal suerte que los asistentes misioneros prácticamente lo rodean.⁸⁵ De este modo se adelantaba al espíritu comunitario que recomendaría el Concilio Vaticano II a inicios de la década siguiente. La cubierta también fue innovadora, tal y como lo destaca el arquitecto Luis Fernando Solís:

Los muros perimetrales son de carga y, por la forma de la cubierta, el interior del edificio se encuentra libre de columnas [...] La cubierta responde a la forma de la planta, siendo así un plano de forma romboidal alabeado, en donde uno de sus lados, el más bajo, es sostenido por la cruz del acceso y que, además de servir como tensor de la cubierta, enmarca la entrada a la iglesia.⁸⁶

De hecho, los primeros bocetos de la fachada muestran a esa cruz monumental sin la función estructural, pero seguramente el análisis de la fuerza del volteo que la cubierta asimétrica imprimiría exigió su utilización como tensor para contrarrestarlo. Esta audaz solución estructural permitió liberar los dos grandes

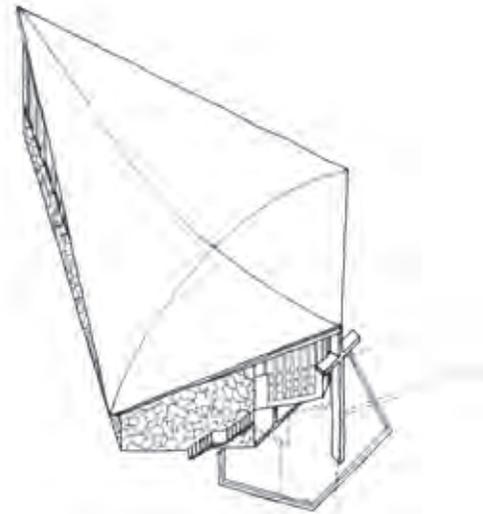
83. Los Espiritanos o Misioneros del Espíritu Santo es una congregación fundada en París en 1703 por Claude-François Poullart des Places, cuyo objetivo es la formación de sacerdotes y misioneros. Kristina Krüger y Rainer Warland, *Órdenes religiosas y monasterios. 2000 años de arte y cultura cristianos*, España, H.F. Ulmann, 2008.

84. Alberto González Pozo, *Enrique de la Mora, vida y obra*, colección "Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico", núm. 14, México, INBA, 1981, p. 12.

85. Originalmente sólo asistían los miembros de la orden, pero años después se abrió al culto público. Su ubicación es avenida Universidad núm. 1700, casi esquina con Francisco Sosa, colonia Coyoacán, delegación Coyoacán, Ciudad de México.

86. Luis Fernando Solís, *op. cit.*, p. 83.

vanos de las ventanas que quedaban bajo las puntas del manto de cascarón, cuya delgadez en algunos puntos presenta sólo cuatro centímetros de espesor; estos ventanales en un principio poseyeron cancelería y vidrios transparentes para visualizar el entorno arbolado circundante, lo cual dotaba al interior de una vista inmejorable de la naturaleza, como lo muestran las fotografías que se hicieron en 1957 una vez terminada la obra civil.



Volumetría (arriba derecha) de la capilla de la Soledad para los Misioneros del Espíritu Santo. Dibujo realizado por RMWUAM, 2013

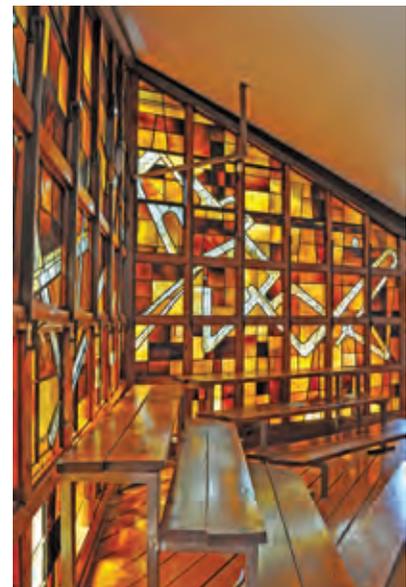
142

Planta de la capilla de la Soledad para los Misioneros del Espíritu Santo, (1956-1958) dentro del Centro de Espiritualidad “El Altillo”, en la colonia Coyoacán, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arqs. Enrique de la Mora, Félix Candela y Fernando López Carmona. Dibujo realizado por ASS

Imagen de 1957, (en medio) cuando la capilla aún tenía cancelería transparente, sin los vitrales posteriores. Fuente: Alberto González Pozo, *op. cit.*, p. 30.

Vista de la capilla (abajo derecha) desde el ingreso al conjunto arquitectónico, donde se aprecia la cubierta y el jardín donde se encuentra. Fotografía: JPS, 2013





Capilla de la Soledad para los Misioneros del Espíritu Santo, (1956-1958) dentro del Centro de Espiritualidad “El Altillo”, en la colonia Coyoacán, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique de la Mora, Félix Candela y Fernando López Carmona. Fotografías: JPS, 2013

Pero los misioneros no estaban conformes con la vista hacia el jardín, pues temían que eso distrajera sus ejercicios espirituales, objetivo principal de la capilla. La disyuntiva creció a tal punto que el debate se ventiló profesionalmente, con posiciones gremiales que apoyaban la decisión de De la Mora con la ventaría transparente. Finalmente, la decisión recayó en los futuros usuarios del templo, quienes invitaron a Kitzia Hofmann a que diseñara el vitral⁸⁷ de intensos colores azules, dorados y rojos, que esboza una figura de una paloma que extiende sus brazos sobre todo el espacio, como expresión iconológica del Espíritu Santo. El ajuar iconográfico se completó con una hermosa escultura de Nuestra Señora de la Soledad –patrona de la congregación–,⁸⁸ obra de su esposo, el artista alemán Herbert Hofmann –a quien ya se había mencionado a propósito de una obra suya en el anterior capítulo.⁸⁹ Todos estos elementos, tanto arquitectónicos como artísticos, han hecho que la capilla se encuentre catalogada⁹⁰ como patrimonio artístico inmueble del INBA, lo cual le asegura un primer nivel de protección institucional.

Estas tres capillas fueron construidas en la ciudad capital, lugar al que se restringe el universo del presente estudio. Sin embargo, por la importancia que tiene dentro del desarrollo arquitectónico de las capillas comunitarias, es menester mencionar un quinto ejemplo más, a manera de excepción, aunque

no haya sido construido en la Ciudad de México, sino en el estado de Morelos. La capilla del Monasterio de Santa María de la Resurrección (1957), en Cuernavaca, fue realizada por fray Gabriel Chávez de la Mora cuando se encontraba ya integrado a la orden benedictina,⁹¹ apenas dos años después de haber obtenido su título de arquitecto de la Escuela de Arquitectura de Guadalajara ⁹² con una tesis también sobre el género religioso.

Al igual que los anteriores ejemplos, la capilla formaba parte de un conjunto arquitectónico habitacional preexistente, por lo que adoptó una planta circular a la que se le empotraron cuatro espacios ortogonales para integrarla con los volúmenes y circulaciones del claustro existente en el lado sur. Los monjes accedían desde el poniente, a través del espacio para la pila de agua bendita, justo por debajo del campanario que los llamaba a la ceremonia comunitaria. En el extremo opuesto, al oriente ingresaban los miembros ajenos a la orden, es decir, la Iglesia Militante que se acomodaba en un espacio cuadrado desde donde sigue a la distancia el desarrollo del sacrificio. Al norte, un pequeño rincón resguardaba el tabernáculo eucarístico, mientras que al sur, un pequeño vano simboliza a los hermanos ausentes.

Destaca la cubierta cónica de la capilla, sostenida por un haz de vigas metálicas y losa de ladrillo aparente, que no llega a tocar la cúspide ni

87. La ejecución corrió a cargo de Víctor F. Marco (1912-1991).

88. Se trata de una variante de advocación de la Virgen María.

89. Nos referimos a la escultura de la iglesia de Nuestra Señora del Socorro, en Lomas de Chapultepec.

90. Con número de registro INBA: DF-COY-139-4157.

91. Fundada por Benito de Nursia en Italia en el siglo VI. Poseen versión masculina y femenina. Kristina Krüger y Rainer Warland, *op. cit.*

92. Se tituló el 20 febrero 1955 con el proyecto de un centro parroquial de San José Analco, Guadalajara. Fue el primer egresado como arquitecto de la Universidad de Guadalajara. Tres meses después, ingresó a la Orden de San Benito y alcanzó su profesión monástica el 15 de agosto de 1956.

a unirse con el muro circular de piedra perimetral; esto provoca dos entradas de luz: al centro, sobre el altar, y alrededor de los congregantes, reforzando con ello los significados de fraternal unión y aislamiento del mundo. La decisión de optar por esta planta concéntrica, con el altar central rodeado por los asistentes –en este caso, los propios Hermanos de la Orden–, la convierte en pionera de la arquitectura eclesial, tal y como lo señala Guillermo Plazola, estudioso de la obra del fraile arquitecto y conocedor del trascendental impacto de esta capilla:

Esta obra data de 1957, pero empezó a funcionar hasta 1959. Se adelantó litúrgicamente al Concilio Vaticano II (1962-1964), que comenzó el Papa Juan XXIII y concluyó el Papa Paulo VI. Es la primera capilla en Latinoamérica que se diseña expresamente con el altar de frente a los fieles.⁹³

Capillas asistenciales y hospitalarias

Además de estas capillas comunitarias dirigidas exclusivamente a los servicios religiosos de órdenes y congregaciones, también ha existido el subgénero de las capillas asistenciales –en asilos y hospitales–, las cuales tienen sus propias particularidades arquitectónicas, pues a diferencia de aquéllas donde el usuario principal es un religioso reunido en colectividad, en éstas el objetivo es brindar consuelo y

esperanza a una feligresía pública que padece por algún problema de salud –suya o de algún tercero–, mediante el rezo individual a cualquier hora o a través de la ceremonia de una misa, en el caso del catolicismo apostólico. Comparten con aquéllas encontrarse inscritas en un conjunto arquitectónico mayor –un convento y un hospital, respectivamente–, sin embargo, en el interior, la solución de su planta arquitectónica cubre necesidades arquitectónicas distintas.

Desde el punto de vista de su historicidad, las capillas asistenciales presentan un origen muy remoto, desde finales de la Edad Media, cuando los enfermos requerían para curarse, de la fe, las medicinas y los cuidados, en ése orden de jerarquía. Por ello, las plantas arquitectónicas de los hospitales solían girar en torno a la presencia central de la capilla, para que el enfermo, desde su cama inclusive, pudiera implorar la curación o encomendarse a bien morir, como puede comprobarse en las soluciones arquitectónicas de hospitales españoles y novohispanos, cuyas crujías para la hospitalización se orientaban hacia las capillas. Sería hasta el siglo XIX cuando los nuevos conceptos sanitarios, los adelantos quirúrgicos y la especialización de los padecimientos transformarían radicalmente los esquemas de composición de los grandes conjuntos hospitalarios; se abandonaron los patios y crujías y se sustituyeron

93. Guillermo Plazola Anguiano, *Fray Gabriel Chávez de la Mora*, México, Plazola Editores, 2006, p. 23.

94. Cfr. María Lilia González Servín, "Ordenes del espacio habitable en el hospital de Jesús, Ciudad de México, en *Academia XXII*, núm. 10, febrero de 2015, México, UNAM, pp. 65-85.

95. Como lo demuestran un análisis de los muchos templos que De la Mora realizó en su vida profesional, de los cuales sólo en siete Félix Candela participó en el ámbito estructural, mientras que en los restantes se tuvo otros colaboradores, o bien se emprendió el encargo en solitario. Las colaboraciones de Candela fueron, en el Distrito Federal, las capillas del Altillo (1956-1958), de San Vicente de Paul (1958-1960), la iglesia de San Antonio

de las Huertas (1956-1962) y la iglesia de la Divina Providencia, en Lindavista (1962); en provincia, la iglesia de San José Obrero (1957-1962) en Monterrey (donde también participó López Carmona), la iglesia de la Santa Cruz en San Luis Potosí (1967), y en el extranjero, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe (1963), en Madrid, España (donde también participaron José Aspiazú y Salvador López Peimbert). En contraste, los restantes templos

por el sistema de pabellones con andadores,⁹⁴ en donde la capilla –cuando existía, pues hubo hospitales laicos y militares– ocupaba un lugar secundario dentro del conjunto. Dos ejemplos se mencionarán aquí: una capilla dentro de un asilo de ancianos y otra en un hospital.

La capilla de las Hermanas de San Vicente de Paul (1958-1962) fue también realizada por Enrique de la Mora y Palomar y Fernando López Carmona, con el cálculo estructural de Félix Candela, participación indudablemente valiosa, pero que ha llevado a errores historiográficos posteriores, al asignar la autoría preminentemente al español, cuando en realidad el liderazgo se debió al maestro De la Mora.⁹⁵ Inclusive esto se reconocía cuando ambos autores vivían, como lo muestra el número de julio de 1961 de *Cuadernos de Arquitectura* del INBA, dedicado a Félix Candela, cuyo nombre aparece en tercer término y bajo la palabra “estructura” en la capilla que nos ocupa.⁹⁶

Se trataba de una capilla para un hospital y asilo de ancianos,⁹⁷ uno de los sectores vulnerables que tradicionalmente ha atendido esta congregación, cuyo nombre completo es Compañía de las Hijas de la Caridad, fundada en Francia en 1633 por San Vicente de Paul y Luisa de Marillac. Llegaron a México en 1844 y, después de la Reforma, fue de las pocas comunidades a las que se les permitió conti-

nuar bajo la figura de asociación laica dedicada a la atención de enfermos. Sin embargo, las presiones de los liberales forzaron su partida en 1875, hasta que décadas después, en 1946, regresaron a México –una vez superada la guerra cristera– donde han continuado con su encomiable labor asistencial.

La capilla se encuentra bajo la advocación de la Medalla Milagrosa⁹⁸ y está integrada a un conjunto arquitectónico mayor, en lo que fueran los alrededores del antiguo pueblo de Coyoacán,⁹⁹ el cual incluye el convento y el asilo para los ancianos, visitado los días domingo por los familiares de los internos. Ello conllevó a que el programa arquitectónico debiera atender a los tres grupos de usuarios de manera simultánea: las hermanas, los ancianos y los visitantes externos; por tanto, se eligió una planta triangular, dividida a su vez en tres triángulos más pequeños, uno para cada grupo de usuarios.

El altar quedó así localizado exactamente al centro de los tres triángulos –mucho más que en la capilla del Altillo–, lo cual brinda una estrecha comunicación entre los asistentes y el oficiante, pues ha de recordarse que en aquel entonces la misa católica apostólica aún se celebraba de espaldas a los fieles y con la cara del sacerdote dirigida hacia el altar. Cada uno de los tres grupos de usuarios ingresa por lugares distintos, aunque la sección de las monjas posee la mayor jerarquía, señalada por la vista de

de De la Mora restantes fueron: en el Distrito Federal, la iglesia del Perpetuo Socorro (1969) en la colonia Cuauhtémoc, con Juan Antonio Tonda Magallón; en provincia, el innovador templo de la Purísima Concepción (1940-1946) en Monterrey, Nuevo León; el templo de San Luis Gonzaga (1957-1967) en Guadalupe, Jalisco, con Fernando López Carmona; la catedral de Tapachula (1958-1980), Chiapas, con López Carmona, Juan Antonio Tonda

Magallón y Jorge Sánchez Ochoa; el Seminario Menor (1963) en Uruapan, Michoacán, con Alberto Arouesty; la capilla para peregrinos (1963) en San Juan de los Lagos, Jalisco, con Alberto Arouesty, y el Santuario de San Felipe de Jesús (1976) en Ciudad Satélite, en el Estado de México. Cfr. Alberto González Pozo, *op. cit.*, pp. 102-103.

96. *Cuadernos de Arquitectura*, número 2, julio de 1961, p. 47, edición digital en Carlos Ríos Garza, ed., *op. cit.*

97. El Hospital Mexicano de San Vicente no fue realizado como se planeaba originalmente; en su lugar, se edificó hacia 1960-1962 la Casa Hogar para Estudiantes, proyecto en el que colaboró el arquitecto Alberto González Pozo. Cfr. Alberto González Pozo, *op. cit.*, pp. 77 y 103.

Planta de la capilla de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, (1958-1962) en la colonia Coyoacán, delegación Coyoacán, Ciudad de México. Dibujo realizado por AGI, 2014

Exterior de la misma capilla de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. Fotografía: JPS, 2013



frente al altar; también son las únicas que acceden por debajo del pequeño coro superior, insertado en uno de los vértices del triángulo.

Como podrá suponerse, una planta tan atípica no podía techarse con una cubierta tradicional, por lo que se recurrió a las posibilidades geométricas y estructurales que brindaban los cascarones de concreto, tal y como lo refiere Louise Noelle, pionera en el estudio de la arquitectura religiosa mexicana: “El rasgo distintivo de esta capilla se encuentra en su techumbre, con tres paraboloides hiperbólicos de tan sólo cuatro centímetros, aparentemente inspirada en la toga de las religiosas de San Vicente de Paul.”¹⁰⁰

Cada uno de los tres paraboloides de la cubierta funciona estructuralmente de manera independiente, por lo cual no se tocan entre sí. Tal circunstancia se aprovechó para insertar tres vitrales multicolores en estas juntas constructivas, cuyo diseño abstracto en intensos colores azul y dorado fue realizado por Kitzi Hofmann, artista ya mencionada. En contraste, los cancelos de las ventanas del rededor sólo llevan vidrios transparentes que permiten la visibilidad de los jardines, pasillos y edificios adyacentes, aunque con el paso de los años debieron ser modificados mediante la inserción de pequeñas ventilas, pues, a decir de las propias monjas, el calor

98. La advocación a la Medalla Milagrosa se deriva de la aparición de la Virgen con una medalla a Santa Catalina Labouré, monja francesa que ingresó a la Compañía de las Hijas de María en 1830, luego de soñar con San Vicente de Paul.

99. Francisco Sosa núm. 320, colonia Santa Catalina, delegación Coyoacán, Ciudad de México.

100. Louise Noelle, “Obras del siglo xx”, en *Guía de Arquitectura religiosa de la ciudad de México*, México, Asociación del Patrimonio Artístico, 2004, p. 330.



Capilla de las Hermanas de San Vicente de Paul, (1958-1962) en la colonia Coyoacán, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique de la Mora, Félix Candela y Fernando López Carmona. Fotografías: JPS, 2013

solía ser muy intenso en ciertos meses del año, lo cual se incrementaba por el uso del hábito.

La otra capilla fue hospitalaria y no pertenecía a orden o congregación alguna, sino que se encontraba dentro del entonces llamado Sanatorio de la Sociedad de Beneficencia Española,¹⁰¹ hoy Hospital Español, desde 1942. Dicha magna obra fue construida a partir de un concurso público convocado en 1924 –con José Luis Cuevas, Federico Mariscal y Manuel Ortiz Monasterio entre el jurado–,¹⁰² el cual ganó el proyecto de los arquitectos españoles José Arnal, Reixa y Sánchez Arcas, mismo que en años subsecuentes se completaría con nuevos pabellones, como el de Asilados, el de Covadonga y la Maternidad Mundet, los tres del arquitecto Miguel Bertran de Quintana¹⁰³, inaugurados formalmente en 1932.

Para este conjunto hospitalario, le serían encargados varios edificios al arquitecto mexicano Juan Sordo Madaleno (1916-1985), pues sus padres eran de origen español y él mismo había cursado en Madrid sus estudios de educación básica, hasta que retornó al país en 1927,¹⁰⁴ donde se recibiría de arquitecto en 1939 en la UNAM. Desde 1940 era socio del despacho del arquitecto Augusto H. Álvarez, donde diseñó muchos edificios de oficinas, de viviendas y comerciales¹⁰⁵ hasta 1950, cuando continuó de manera independiente. En este perio-

do diseñó y construyó dentro del Hospital Español los pabellones de tuberculosos e infecciosos (1953-1955), y en 1955, la capilla del hospital, tal y como reza una placa colocada en el ingreso:

Pabellón oratorio privado, fue construido totalmente con las recaudaciones del comité de damas y las donaciones de otros benefactores, presidiendo don Pablo Diez, se inauguró el 8 de diciembre de 1955.

Proyecto arquitecto Juan Sordo Madaleno.

La capilla se encuentra ubicada en la parte posterior del conjunto hospitalario, entre jardines y

Fachada de la capilla del Sanatorio Español, Ciudad de México. Fotografías: ISM, 2014

149



101. Avenida Ejercito Nacional núm. 613, colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

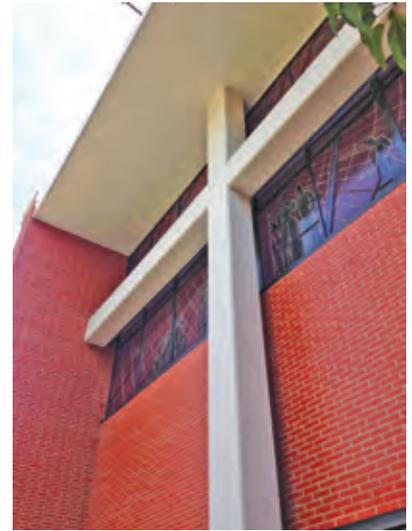
102. Israel Katzman, *Arquitectura contemporánea mexicana, precedentes y desarrollo*, México, INAH/SEP, 1964, p.110.

103. *Ibid.*, pp. 161, 165 y 171.

104. Lucía Santa Ana Lozada y Perla Santa Ana Lozada, "Del espacio privado al público. La obra

de Juan Sordo Madaleno", en Ivan San Martín y Mónica Cejudo, comps., *op. cit.*, p. 215.

105. Louise Noelle, *Arquitectos contemporáneos de México*, México, Trillas, 1999, pp. 142-143.



Capilla del Sanatorio Español (1955), colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México del arq. Juan Sordo Madaleno. Fotografías: ISM, 2015

andadores a cubierto que comunican los diferentes pabellones. Posee en su frente una pequeña plazoleta a manera de vestíbulo exterior, la cual exhibe su sencilla portada: dos muretes de ladrillo visto –material utilizado en los pabellones de la época– que flanquean una cruz monumental que, remetida, muestra su adscripción cristiana, mientras arriba un vitral con temas figurativos ilumina el coro alto y el interior de la nave. No obstante, esta fachada ya sufrió algunas alteraciones, pues “fue totalmente remodelada” en el año 2000, como se anuncia en otra de las placas conmemorativas de la entrada. La consulta en las imágenes publicadas en los años subsecuentes –como en el ineludible libro de Katzman¹⁰⁶ permite constatar que, efectivamente, le fue retirado un hermoso cancel de madera que se encontraba justo detrás de la cruz de la portada, el cual, compositivamente hablando, generaba un contraste que la realzaba.

En el interior, la planta fue muy sencilla, de una sola nave rectangular, sin apoyos intermedios, con su altar dirigido hacia el oriente –iluminado por un vitral lateral–, mientras que un pequeño sotocoro a los pies del templo –separado por un cancel de madera– servía como vestíbulo para los dos ingresos públicos que tiene: el principal, desde la plazoleta –que sólo se abre durante los diarios servicios religiosos–, y el secundario, que funciona todo el día,

pues este tipo de capillas deben ofrecer consuelo y esperanza a los feligreses a cualquier hora del día.

Aunque esta capilla hospitalaria no posea los alardes tecnológicos ni las plantas innovadoras como las otras capillas anteriormente mostradas, se destaca por la extremada sencillez para cubrir las necesidades religiosas: una portada y un volumen cúbico de ladrillo visto que se integraban plenamente al proyecto de conjunto, resultado que indudablemente recuerda la capilla universitaria de St. Savoir que Mies van der Rohe construyó en 1956 dentro del campus del Instituto Tecnológico de Illinois (IIT) en Chicago.

No sería esta capilla hospitalaria la única obra religiosa de Sordo Madaleno. En 1957 realizó una capilla en el rancho La Herradura, en el Estado de México,¹⁰⁷ y en la siguiente década, la iglesia de San Ignacio en Polanco, como se tendrá oportunidad de analizar en el próximo capítulo.

La apropiación de lo moderno por los templos luteranos

Esta denominación protestante –que muchos confunden y adscriben al catolicismo– fue de las últimas que llegaron a México, apenas a mediados del siglo xx, a diferencia de los otros protestantismos históricos que se incorporaron durante el último

106. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 192.

107. Israel Katzman, *op. cit.*, p. 194.

tercio del siglo XIX: los presbiterianos (1872), los metodistas (1873), los interdenominacionales (1873) y los bautistas (1884).¹⁰⁸ Y aunque los luteranos comparten algunas creencias con ellos, su origen se remonta al epicentro del movimiento reformista. Fue el sacerdote alemán Martín Lutero (1483-1546) el punto de escisión para la ruptura con el clero católico apostólico asentado en Roma, a partir de

que en 1517 clavara sus 95 tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittemberg; este acto motivó su excomunión tres años después y la fundación, en 1530, de la fe protestante a través del documento conocido como “Confesión de Augsburgo”, fundamento doctrinal de los luteranos en todo el mundo.

Desde aquel siglo, esta confesión se expandió gradualmente por el norte europeo, generalmente vinculada al poder político, circunstancia que ha prevalecido aún en algunos países: en Alemania hasta 1919 y en Noruega hasta la actualidad, donde el rey ostenta la autoridad suprema de la iglesia luterana. En América, el luteranismo pasó a través de las colonias europeas de holandeses y belgas durante el siglo XVII, así como de alemanes en el siguiente siglo. Aún después de la independencia de Estados Unidos continuó la expansión de su fe, misma que se incrementaría con la llegada de suecos y noruegos en el siglo XIX. Durante la Guerra Civil, las posturas luteranas se dividieron entre las facciones esclavista de los sureños y liberal del norte,¹⁰⁹ una ruptura que tardaría mucho en sanar aún bien entrado el siglo XX,¹¹⁰ hasta conformar actualmente la cuarta comunidad religiosa en importancia en los Estados Unidos.¹¹¹

La organización religiosa luterana se basa en la congregación, la cual es administrada por un consejo eclesástico, compuesto por un grupo de

Fachada de la capilla universitaria de St. Savoir (1956) en el Instituto Tecnológico de Illinois, Chicago, de Ludwig Mies van der Rohe. Fotografía: ISM, 2012

152



108. Cfr. Ivan San Martín, comp., *Tradición, ornamento y sacralidad. La expresión historicista del siglo XX en la Ciudad de México*, México, UNAM, 2012, pp. 107-113.

109. Su consolidación norteamericana no estuvo exenta de cismas y confrontaciones internas entre liberales y conservadores dentro de su mismo seno, por lo que fue necesario celebrar en 1820 un Sínodo General que intentó unificar a todos los luteranos estadounidenses. Ver John

A. Hardon, *Las iglesias protestantes de América*, traducción de Pedro Rivera Ramírez, México, Buena Prensa, 1959, pp. 219-221.

110. Varias son las agrupaciones luteranas en Estados Unidos. La mayor es la Iglesia Luterana Unida de América, vigente desde 1918, el organismo luterano más grande de los Estados Unidos. También existen la Confederación Sinodal Luterana de Norteamérica y la Iglesia Luterana Americana, ambas en el centro norte

estadounidense, así como la Iglesia Luterana Evangélica en los estados centrales. John A. Hardon, *op. cit.*, pp. 219-221.

111. Jostein Gaarder y Victor Hellern, Henry Nottaker, *El libro de las religiones*, traducción de K. B. Lorenzo España, Siruela, 2009, p. 243.

ciudadanos laicos –llamados indistintamente diáconos, síndicos o ancianos– y por un pastor que actúa como jefe de la comunidad, quien es elegido por ella misma aunque ésta no puede deponerlo de su ministerio. Sobre esta autoridad local se encuentran los sínodos, que se agrupan para integrar una confederación o conferencia –generalmente de alcances nacionales–, las cuales se reúnen internacionalmente en las “convenciones mundiales”, cuyo fin principal es cultivar la unidad de la fe y la confesión entre las variadas iglesias luteranas repartidas por todo el orbe.¹¹² Y es que las principales diferencias entre los propios luteranos no son de orden geográfico o político, sino teológicas, derivadas de interpretaciones doctrinales muy específicas, como por ejemplo, la salvación del hombre.¹¹³

De manera similar, también existen diferencias luteranas en torno al papel del sacerdocio, en la disyuntiva de si su autoridad es de naturaleza divina o humana. El mismo Lutero sostenía la idea de un “sacerdocio universal”, entendido en el sentido de que todos los creyentes son sacerdotes de sí mismos –siempre y cuando hayan sido bautizados–, una noción que evidentemente se contrapone al papel divino de los eclesiásticos luteranos, concebidos como autoridades superiores que han sido investidas para celebrar la Eucaristía, absolver, exigir obediencia y censurar a los pecadores.¹¹⁴ Estas diferencias tam-

bién han involucrado el papel de la mujer en el sacerdocio luterano. Como cada sínodo y congregación son autónomos, pueden decidir el grado de participación de género, rasgo que evidentemente ha provocado diferencias eclesiales entre las comunidades luteranas de todo el mundo; por ejemplo, en los Estados Unidos, desde 1920 existen sínodos que incluyen pastoras con todas las facultades y potestades de sus homólogos varones. De manera semejante, en Suecia ya no existen obstáculos para el sacerdocio femenino desde 1945; en Dinamarca, desde 1947, y en Noruega, desde 1956, lo cual reconoce el importante papel que ha tenido la mujer en la propagación y continuación de la fe cristiana.¹¹⁵ En contraste, en los países latinoamericanos como México aún prevalece un intenso machismo y una velada misoginia que impide cualquier participación institucional de mujeres oficientes,¹¹⁶ esgrimiendo argumentos vigentes hace dos mil años.

A su llegada al país, los luteranos se establecieron en la ciudad capital, a principios de los años cuarenta, y más tarde en Guadalajara,¹¹⁷ para después extenderse a Monterrey, Rio Bravo, Mexicali, San Luis Río Colorado, Guasave y Matamoros.¹¹⁸ En 1942 la Junta de Misiones del Distrito de Texas decidió enviar al reverendo Cesar Lazos, un pastor luterano mexicano, a reunir una primera congregación en México, la cual comenzó a reunirse en una casona en la colonia

112. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 243.

113. Para los conservadores luteranos, el perdón de sus pecados solamente es posible a través de la intercesión de Cristo por medio de la fe, por encima de los méritos y obras de las personas, pues consideran que Dios es el único que puede hacer el bien debido a que los hombres se hallan naturalmente inclinados al mal por su origen corrupto del pecado original. En cambio, los luteranos liberales aducen

que esta posición elimina la importancia de la realización de las buenas acciones por los hombres en aras de su salvación.

114. Para intentar resolver esta contradicción, un tronco del luteranismo ha sostenido que el ministerio sacerdotal es dado por disposición divina, pues es expresión de sabiduría y moralidad, mientras que otra rama basa su autoridad divina en los Apóstoles, quienes la perpetúan a través de la ordenación. No obs-

tante, ninguna de estas interpretaciones ha logrado resolver el dilema ministerial, pues: “si no es de institución divina, no tiene ningún título de autoridad, y si es de institución divina, derrumba irresistiblemente un principio cardinal [el sacerdocio universal] de la teología luterana”. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 234.

115. Jostein Gaarder, Victor Hellern y Henry Nottaker, *op. cit.* pp. 244-245.

Santa María la Rivera —en la entonces calle Chopo,¹¹⁹ lugar donde se ofrecieron los primeros servicios religiosos en inglés, aunque no se trataba de un templo formalmente hecho para tal fin.

Dos años después, bajo la guía de un segundo pastor —el reverendo estadounidense Bernard J. Pankow—,¹²⁰ con el apoyo del Sínodo Evangélico Luterano de Missouri, decidieron construir formalmente su primera iglesia.¹²¹ Querían que se ubicara en una zona de la ciudad donde hubiera feligreses angloparlantes, como Lomas de Chapultepec.¹²² Ahí construyeron la iglesia del Buen Pastor (1946-52)¹²³ en un estilo arquitectónico neocolonial —un barroco sobrio, semejante al que usaron los misioneros franciscanos y jesuitas en la Alta California durante los siglos XVII y XVIII—, es decir, ajena a los postulados teóricos y formales del Movimiento Moderno.

En contraste, su segunda iglesia en la capital sí presentó una expresión moderna, aunque ciertamente un poco conservadora en términos arquitectónicos, sobre todo en comparación con los templos católicos que para esos mismos años se estaban realizando. Así se construyó la Iglesia Evangélica Luterana de Habla Alemana en México (1958), dirigida a una pequeña comunidad germana asentada en el antiguo pueblo de Mixcoac,¹²⁴ la cual desde entonces ofrece servicios religiosos para mexicanos fa-

miliarizados con dicha lengua, así como para inmigrantes austriacos, suizos y, desde luego, alemanes.

Esta iglesia se edificó en un predio esquinero, antecedido por un pequeñísimo atrio con jardín y una robusta y asimétrica torre campanario con un reloj exterior, lo cual le dotaba de cierta preeminencia urbana sobre el tranquilo barrio, hoy poco perceptible desde la agitada circulación de la avenida Patriotismo.

La portada es en extremo sencilla, dominada tan sólo por una cruz que se inserta sobre la ventana del coro, mientras una sencilla cubierta a dos aguas cubre la única nave rectangular, sostenida por marcos de concreto armado. El ingreso a la iglesia se ubica al centro de la portada, justo por debajo del coro que nos comunica al espacio celebrativo, dividido en dos grupos de bancas, a las que se accede por un pasillo central.

Ha de advertirse que las iglesias luteranas no suelen consagrarse, sino que sólo son bendecidas y dedicadas a través de una celebración especial —esta iglesia de Mixcoac está dedicada al Espíritu Santo—, un ritual fundacional que las convierte simbólicamente en un lugar destinado a la adoración. En este sentido, y al igual que las otras denominaciones, el valor sagrado del espacio no radica en la dimensión física del mismo, sino sobre todo en la presencia de la congregación reunida,¹²⁵ razón por la cual no

116. En México ya se han celebrado misas con pastores, aunque todas ellas han sido ordenadas en otros países.

117. La iglesia luterana de Todos los Santos, antes llamada San Marcos, en Guadalajara, Jalisco.

118. El sitio *web* del Seminario Luterano de Augsburgo en México, registra 11 templos en el país: cuatro en la Ciudad de México y siete templos en los estados de Jalisco, Nuevo León, Tamaulipas, Baja California Norte y Sinaloa.

Consultado el 16 de septiembre de 2012 en http://www.semla.org/portal/?page_id=660

119. En el número 154 de la calle Chopo, hoy Enrique González Martínez.

120. Robert Hoferkamp, *History of the Lutheran Church of the Good Shepherd 1948-1988*, documento inédito, p. 1. Archivo del Buen Pastor, Lomas de Chapultepec, Ciudad de México.

121. A diferencia de otras denominaciones protestantes, los luteranos sí suelen llamarlos "iglesias".

122. Desde su fundación, esta congregación ha estado constituida principalmente por estadounidenses, aunque también se han integrado alemanes y escandinavos familiarizados con el idioma inglés. El idioma español llegaría tiempo después, a mediados de los años sesenta, cuando comenzaron a incorporarse miembros

necesitan dirigir el templo hacia alguna orientación determinada.

Al fondo, en el muro cabecero, se encuentra una esbelta cruz sin representación antropomórfica alguna, mientras que a sus pies hay un sencillo presbiterio de madera orientado hacia el norte, flanqueado por el ambón a la derecha y el púlpito a la izquierda, desde donde el pastor realiza su prédica, pues los servicios religiosos luteranos deben centrarse en la divulgación del evangelio –es decir, el sermón–, y no sólo en la celebración de la sagrada



Planta (abajo izquierda) de la Iglesia Evangélica Luterana de Habla Alemana, (1958) colonia Mixcoac, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de autor sin precisar. Dibujo realizado por ASS

Exterior de la misma iglesia. Fotografía: JPS, 2013



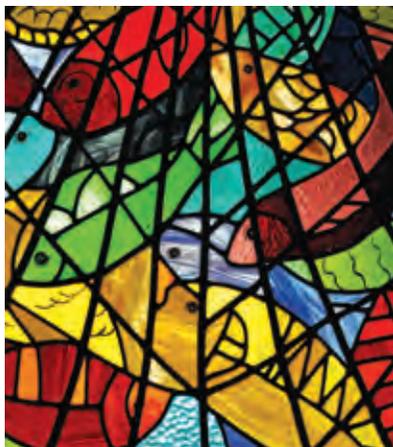
que se sentían atraídos por la iglesia, ya fuera que laboraban como personal doméstico en las casas de sus patrones o que provinieran de las zonas populares aledañas a esta exclusiva urbanización. Fue durante los años setenta cuando esta congregación –ya bilingüe– contó con el mayor número de miembros, en buena medida por el establecimiento de muchas empresas extranjeras vecindadas en México, atraídas por las facilidades legales de aquellos

años; por su parte, en los años ochenta decreció, dadas las sucesivas crisis políticas, devaluaciones económicas y el terremoto del 1985.

123. La Lutheran Church of the Good Shepherd, en Paseo de las Palmas núm. 1910, esquina con Montañas Rocallosas, colonia Lomas de Chapultepec, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

124. Boticelli núm. 74, colonia Mixcoac, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

125. Entrevista con el pastor luterano Luke Roske-Metcalf, jefe de la congregación de El Buen Pastor, en Lomas de Chapultepec, realizada el 15 de septiembre de 2012.



Iglesia Evangélica Luterana de Habla Alemana (1958), colonia Mixcoac, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de autor sin precisar. Fotografías: JPS, 2013

comunión, como ocurre con otras iglesias cristianas. El servicio religioso inicia con la absolución colectiva de los pecados de la feligresía, para luego pasar a las recitaciones, tanto por parte del pastor, como del resto de la comunidad; éstas pueden ser habladas o cantadas, pues disponen de cientos de himnos –con música de compositores mayoritariamente protestantes y con letras de hombres respetados–, que han sido elegidos según un protocolo litúrgico y doctrinal. Por ello, la iglesia de Mixcoac cuenta con un potente órgano en la galería superior, así como grandes ventanales que iluminan diáfano el interior –más pequeños hacia el lado izquierdo, sobre las azoteas de las dependencias– a fin de que los fieles puedan leer y cantar con claridad la letra de los himnarios. Así, la penetración lumínica irrumpe a través de una sucesión de vitrales multicolores que exhiben escenas figurativas de Cristo, con sus apóstoles y traviesos peces de colores como símbolo de los fieles capturados espiritualmente por las redes de la fe luterana.

En contraste con la mayoría de los protestantes, en las iglesias luteranas sí se permiten las imágenes religiosas, aunque solamente esculturas y vitrales con la imagen de Dios –jamás de la Virgen María o de algún santo– pues los consideran meros elementos artísticos y didácticos que facilitan la comunicación religiosa, y no elementos de adoración, ya que esto sería iconolatría; por tanto,

recomiendan su uso moderado y evitar los excesos ornamentales.

Los servicios religiosos luteranos concluyen con la ingesta colectiva de la comunión, pues a través de ella se redimen los pecados, para después despedirse mediante la bendición a la congregación. Ha de recordarse que Lutero sólo reconocía dos sacramentos: el bautismo y la cena del Señor –entendidos como actos instituidos por Dios, por medio de los cuales se concedía la gracia invisible y se introducía a la comunidad divina–,¹²⁶ aunque en algunos documentos doctrinarios luteranos se hace mención de otros tres posibles sacramentos.¹²⁷ El sacramento luterano de la eucaristía o cena del Señor permite a los fieles la absolución de los pecados, según la creencia de que el pan y el vino¹²⁸ son la presencia de Dios durante la consagración de la misa.¹²⁹ Por este simbolismo, al término de la ceremonia eucarística, los sobrantes del vino o del pan que hubiesen quedado deben ser vertidos sobre alguna planta del jardín –nunca a la basura– para simbolizar su regreso a la tierra.¹³⁰ El otro sacramento reconocido es el del bautismo, que los luteranos pueden administrarlo tanto en la infancia como en la edad adulta –es un regalo de Dios, aun sin merecerlo–, por lo que su ausencia no determina la eventual condenación de un creyente, pues la fe es lo más importante ante la muerte, como manifestación de su gracia.¹³¹

126. Jostein Gaarder, Victor Hellern y Henry Nottaker, *op. cit.*, p. 247.

127. Se hace referencia a otros tres sacramentos: a) la ordenación sacerdotal a través de la imposición de manos, b) el matrimonio, se entiende obviamente, heterosexual, y c) la absolución o penitencia como sacramento de arrepentimiento, el cual conduce a la absolución, pues representa un retorno personal a la gracia del bautismo. Para ello, es recomendable

efectuar la confesión privada de los pecados del creyente ante el ministro de culto, quien luego de aconsejarlo y constatar que se halla verdaderamente arrepentido, lo absuelve.

128. Aunque también se permite usar vino de uva, en previsión de alguna prescripción médica de los feligreses o cuando hay niños presentes.

129. La posición luterana sobre el vino de consagración conlleva matices que los diferencian de otras confesiones cristianas. Por ejemplo,

disienten de los católicos apostólicos acerca de la plena transubstanciación, o bien, de los calvinistas, quienes consideran que sólo es una mera representación simbólica del lejano cuerpo de Cristo. En contraste, los luteranos sostienen una posición intermedia: el pan y el vino no sufren proceso físico alguno, pero Dios está presente en ellos de manera espiritual, del mismo modo que se encuentra presente en cada uno de feligreses reunidos en la celebración.

En contraste, los luteranos no reconocen como sacramentos la extremaunción ni la confirmación, los cuales consideran ritos heredados de los padres de la Iglesia y no establecidos por mandato divino, ni necesarios para la salvación. No obstante, a la confirmación le confieren un valor simbólico, pues marca el final de un largo período de instrucción infantil, y aunque generalmente suelen realizarla a los 14 años, es posible adelantarla o atrasarla hasta dos años, cuando ya son jóvenes adolescentes capaces de manifestar su fe pública a través de una serie de promesas, a las que el ministro responde mediante la imposición de sus manos. Al matrimonio religioso tampoco los luteranos lo consideran como un sacramento, aunque lo respetan como un importante vínculo humano; sin embargo, sí puede disolverse cuando el origen sea la infidelidad, el abandono voluntario o si el matrimonio civil ya ha sido disuelto –lo que les permitiría contraer después segundas nupcias–, aunque siempre intentan que el pastor explore la posibilidad de un perdón entre las partes antes de la completa disolución. Esta flexibilidad luterana ante las problemáticas sociales deriva de considerar la vida como un regalo de Dios, por ende, los goces propios del mundo son también creados por Él: “Por esta razón Lutero rechazó la idea de una vida ascética. Lo que debe caracterizar al Cristianismo es la gratitud por la vida y la alegría de vivir. En particu-

lar, una caracterización esencial del luteranismo es su alta valoración del matrimonio y del hogar”.¹³²

La apropiación de lo moderno por las sinagogas

En la etapa anterior se ha mencionado cómo a mediados del siglo pasado muchos judíos comenzaron a abandonar gradualmente el centro y se mudaron a colonias periféricas –e inclusive a otras ciudades en la provincia mexicana–,¹³³ pues requerían de sinagogas cercanas a sus domicilios donde pudieran acceder peatonalmente, en atención al apego estricto a la norma religiosa que les prohibía transportarse los días de rezo en algún vehículo que incorporase cualquier combustión. Por ello, nuevas sinagogas se edificaron en las colonias Roma, Condesa, Hipódromo y Polanco, pero no todas ellas se construyeron con expresión moderna, pues la inercia del historicismo y el gusto por la ornamentación se prolongó un buen tiempo más.¹³⁴ Para entonces cada sinagoga se encontraba dirigida específicamente a cada una de las tres principales comunidades judías asentadas en la capital, las cuales, si bien ya se habían consolidado, no por ello estarían exentas de subdivisiones internas.¹³⁵

Tal había sido el origen de la comunidad que edificó la sinagoga Agudat Ajim¹³⁶ (1959-1960) en la colonia Condesa,¹³⁷ judíos *ashkenazim* pro-

130. Entrevista Luke Roske-Metcalf el 15 de septiembre de 2012.

131. El bautismo debe hacerse en el nombre de Jesucristo, por medio de un sacerdote trinitario, es decir, aquél que ha confesado plenamente su fe en la Santísima Trinidad. John A. Hardon, *op. cit.*, pp. 227-228.

132. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 248.

133. Como en Cuernavaca, Morelos, donde se erigió una sinagoga realizada por Salomón Ger-

son en 1949; o bien, en la siguiente década de los cincuenta, en Monterrey, Nuevo León, con una sinagoga realizada por Fernando Corenstein Budnik en 1953.

134. Raquel Franklin Unkind, “El eclecticismo en las sinagogas de la Ciudad de México” *apud* Ivan San Martín, “La gran corriente ornamental de la arquitectura religiosa en la Ciudad de México”, *op. cit.*, pp. 27-49.

135. Por ejemplo, desde 1943 existía una sinagoga en la calle Ámsterdam de la colonia Hipódromo Condesa, la Etz Jaim (árbol de la vida). Sus miembros eran judíos jasídicos ortodoxos, que no se sentían completamente satisfechos con el rito en Nidje Israel, por lo que prefirieron fundar su propia sinagoga. Sin embargo, se trataba de una casa adaptada, razón por la cual no podría incorporarse a esta investigación.

venientes de Galitzia, provincia de Polonia desde 1918. Al llegar a México, sus miembros comenzaron a integrarse al resto de judíos provenientes de Europa oriental, sin embargo, desde 1927 decidieron separarse de la sinagoga Nidje Israel –mencionada en la etapa anterior– pues diferían en la forma de llevar el rito.¹³⁶ Así pues, primero establecieron su propia sinagoga en un local de la calle República de Guatemala, luego otra en Moneda, más tarde en la calle Academia, hasta que finalmente decidieron construir un nuevo templo. Para entonces, muchos de los miembros se habían ya mudado a la colonia Condesa, donde se juntaban para el rezo sucesivamente en varias casas, hasta que decidieron comprar un predio en dónde edificar un templo.

La sinagoga comenzó a construirse en 1959 en un predio esquinero; un año después pudo ser inaugurada. Su solución fue sencilla y funcional, sin querer imitar alguna sinagoga europea, lo cual habla de una actitud que los alejaba del historicismo arquitectónico. Además, se trataba de una pequeña comunidad que no disponía de muchos recursos económicos, por lo que se utilizaron materiales fáciles de conseguir y estructuras que no implicaran mano de obra extremadamente especializada. Su autor fue el ingeniero civil Abraham M. Chelminsky, miembro de la comunidad judía, quien donó su trabajo a la futura

sinagoga. Se trataba de un constructor experimentado en cubrir espacios a doble altura, sin columnas intermedias, buena acústica y con galería superior, pues había realizado varios edificios de apartamentos y cines en la capital,¹³⁹ cuyos aspectos funcionales eran muy similares a los de una sinagoga.

La sinagoga posee un cerrado volumen cúbico, con tan sólo una estrella de David en el frontispicio superior y, en la fachada lateral, un candelabro de siete brazos –*menorá*–, únicos signos visibles de su adscripción judaica. Se trata de una discreción urbana comprensible para aquella época de la posguerra, pues México era un país que aún tenía muchos prejuicios con la otredad religiosa. En el interior, el espacio para el rezo fue de una sola nave y sin columnas intermedias, con una única cubierta de una sencilla bóveda de medio cañón, la cual no es perceptible desde la calle, pues la oculta el alto pretil. Al fondo de la nave se encuentra el púlpito –o *bimá*– y el *arón hakodesh* –recordemos, el armario sagrado que resguarda los rollos venerados–, coronado por una representación de las tablas de Moisés; éstas son custodiadas por dos leones y flanqueadas por dos *menorá* sobre los muros laterales, realizados por el escultor Adir Ascalón, elementos simbólicos que rememoran aquéllos del templo de Salomón, símbolo del pueblo judío y del actual estado de Israel.

136. Cuyo significado es “sociedad de hermanos”.

137. Francisco Montes de Oca núm. 32, esquina con Parral, colonia Condesa, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

138. Cfr. Mónica Unikel Fasja, comp., *Sinagogas de México*, México, Fundación Activa, 2002, pp. 63-64.

139. Como el edificio de apartamentos en Ámsterdam núm. 199, colonia Hipódromo Condesa, o bien, suyos también fueron los cines Polanco, el Ariel y el Maravillas. Cfr. Mónica Unikel Fasja *op. cit.* p. 144.

Finalmente, el programa arquitectónico se completa con una galería superior en forma de “u” para la ubicación de las mujeres –pues ha de recordarse el tradicional apego a la división de géneros durante el rezo– y con una pequeña cocineta ubicada en una de las esquinas de la nave, un lugar para la preparación de la comida *kosher*; pues debe recordarse que el concepto de sinagoga se extiende a muchas actividades, tal y como lo refiere la especialista Mónica Unikel:

Recordemos que la sinagoga es mucho más que un lugar de rezo: es un hogar para los judíos de la diáspora, es un lugar de encuentro y comunión, y ésta en especial [se refiere a ésta sinagoga] forma parte de los recuerdos cotidianos de un sector que se siente apegado a su historia.¹⁴⁰

Planta de la sinagoga Agudat Ajim, (1959) colonia Condesa, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del ing. civil Abraham M. Chelminsky. Dibujo realizado por ASS

Exterior de la misma sinagoga (abajo). Fotografía: ISM, 2006

160



140. *Ibid.*, p. 145.



Sinagoga Agudat Ajim, (1959) colonia Condesa, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del ing. civil Abraham M. Chelminsky. Fotografía: ISM, 2006

Epílogo a la segunda etapa

Las iglesias, sinagogas y templos protestantes que fueron construidos en la capital durante la década de los cincuenta constituyen la apropiación plena por parte de los arquitectos e ingenieros civiles por aprovechar las posibilidades constructivas y estructurales que brindaba el concreto armado, el cual ya mayoritariamente se mostraba aparente, con lo cual se explotaban sus posibilidades plásticas. Aún pervivían plantas arquitectónicas tradicionales, como la cruz griega y la basilical de tres naves –con las laterales como deambulatorios–, pero se había dejado atrás la cruz latina, que tantos siglos de permanencia había tenido. En contraste, se habían incorporado a las plantas figuras geométricas como el círculo y el triángulo, así como alzados en casquetes esféricos o marcos con formas de triángulos trancos; no obstante el empleo del espacio seguía siendo prácticamente el mismo, pues las liturgias católica, judía y protestante no habían sufrido modificación alguna.

Igualmente, en esta misma década aparecieron una serie de ejemplos innovadores en un subgénero religioso del catolicismo apostólico: las capillas comunitarias, tanto para el uso privado de las órdenes como para las congregaciones –desde el ámbito histórico y jurídico, constituyen cuerpos colectivos distintos–, en las que los arquitectos, en complicidad con sacerdotes progresistas, apostaron por soluciones espaciales donde el altar se encontraba centralizado y los asistentes lo rodeaban perimetralmente; esto propició una cercanía de los religiosos asistentes hacia el espacio celebrativo, característica que

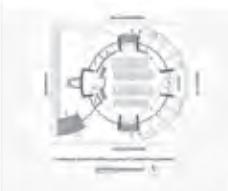
será más común encontrar en la siguiente década, después del Concilio Vaticano II.

Durante esta etapa, la cubierta de los templos comenzó a adquirir un gran protagonismo en la composición formal, lo cual, evidentemente, repercutía en la escala y calidad de los espacios interiores: cada vez más altos y espaciosos, con entradas lumínicas planeadas para reforzar las percepciones sensibles y así propiciar el estado fenomenológico de la experiencia religiosa. Dentro de esta experimentación de las cubiertas surgirá la “época de oro” de los cascarones en edificios religiosos, con ejemplos magistrales diseñados por Enrique de la Mora y Félix Candela, cuya producción no se limitará a esta década, sino que se prolongará aún en la década de los sesenta, con excelentes ejemplos, como habrá oportunidad de revisar.

El ornamento arquitectónico comenzó gradualmente a alejarse de las representaciones realistas, sobre todo en los templos católicos, acercándose así a la sencillez y síntesis geométricas, en un esfuerzo de los artistas para alejarse de la figuración, si bien no siempre llegaron a la abstracción plena. Vidrieras, retablos, mosaicos, mobiliario y enseres litúrgicos se distanciaban de la decoración historicista, a la que tan afectos eran los fieles y los propios sacerdotes. En suma, el Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa parecía ganarle la batalla a la corriente historicista, todavía en boga a mediados de siglo y con muchos templos en construcción. De hecho, aún dentro de la producción moderna se sigue presentando una tensión entre soluciones innovadoras y reminiscencias tradicionalistas, tal y como puede percibirse en el siguiente cuadro esquemático.

Principales características del segundo periodo:

Las dos columnas de la izquierda representan características derivadas de siglos de tradición, mientras que las tres de la derecha muestran elementos arquitectónicos innovadores. Elaboración: ISM y RGB, 2014

Pervivencia de plantas tradicionales	Predominio de la simetría	Nuevas figuras en plantas	Nuevas estructuras	Tendencia a la abstracción y sencillez ornamental
<p>Cruc de axes</p>  <p>Proyección de una nave</p>	<p>Cruc simétrica</p> 	<p>Circulares</p> 	<p>Mixta regular</p>  <p>Geometrías de concreto</p>	<p>Vitrada</p>  <p>Luminosidad</p>
 <p>Cruc de ejes</p>	 <p>Cruc asimétrica</p>	 <p>Triangulares</p>	 <p>Órdenes mixtos</p>	 <p>Elementos plásticos</p>
 <p>Cruc de ejes mixtos</p>	 <p>Forma libre</p>	 <p>Irregulares</p>	 <p>Crucifixión estructural</p>	
 <p>Cruc de ejes mixtos</p>		 <p>Irregulares</p>		

3



La expansión del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (1960-1975)



Durante la segunda mitad del siglo xx, México intentó consolidar su imagen internacional respecto a su desarrollo industrial y económico, tanto mediante los Juegos Olímpicos celebrados en 1968 –primera sede olímpica en un país latinoamericano–, como a través del auge petrolero de los años setenta, cuyo mal manejo institucional y económico derivó en un periodo de recurrentes devaluaciones que se extendieron hasta los años ochenta. Pese a estos elementos adversos, la arquitectura de entonces trató de expresar una estabilidad y fortaleza nacionales por medio de una masividad formal, estructuras audaces y uso de concreto armado aparente, características que se extendieron a todo tipo de géneros arquitectónicos.

Los templos no fueron la excepción de estas tendencias, a pesar de lo vulnerable de su estatus jurídico, pues conforme a la legislación vigente, las nuevas construcciones pasaban inmediatamente a ser propiedad de la nación; por ello, en muchas ocasiones –sobre todo al tratarse de iglesias minoritarias– se solía recurrir a testaferros individuales o asociaciones civiles, los cuales permitían no sólo tener la posesión o el usufructo, sino también la propiedad de los bienes que ellas mismas costeaban. Sería hasta la reforma salinista de 1991 cuando a las asociaciones religiosas se les concedió personalidad jurídica susceptible de registrar sus propios bienes, aunque sin retroactividad, por lo que todos los templos anteriores siguieron siendo propiedad federal.

Durante los años sesenta y mediados de la década siguiente pervivieron las plantas ortogonales de una y tres naves –con las laterales usadas como deambulatorios–, así como la continuación de esquemas circulares y triangulares en planta y alzado. Fue en este período cuando aparecieron las plantas en forma de abanico –mismas que propician mayor visibilidad y cercanía–, usadas tanto por los católicos apostólicos –que acababan de renovarse en el Concilio Vaticano II (1961-1963)– como por el resto de las iglesias minoritarias. Se propugnaba así por una mayor comunicación religiosa entre el fiel y el espacio celebrativo, con lo cual utilizaron una solución arquitectónica compartida que indica que las inercias profesionales en el diseño arquitectónico de los templos estaban por encima de las diferencias teológicas o litúrgicas de cada credo.

Durante estos años, las cubiertas fueron también muy variadas, pues al igual que se cosechaban los últimos frutos de los paraboloides de concreto –los cascarones ya comenzaban a encarecerse debido al aumento del costo de la mano de obra–, también se recuperaron nuevas interpretaciones de las bóvedas tradicionales, aunque ya con materiales y expresión modernos. También se desarrollaron al máximo las estructuras metálicas –en cerchas y tridimensionales– que permitían eliminar apoyos intermedios y alcanzar una mayor altura; además se incorporaron dos novedosas soluciones estructurales: las cubiertas colgantes, a base de tensores o mallas, y las plegaduras de concreto, pues una de las características del período fue la necesidad de ofrecer templos con gran capacidad de fieles, lo que requería de la incorporación de sistemas estructurales innovadores bajo la mano experimentada de arquitectos o ingenieros civiles.

Lo moderno en los templos católicos apostólicos

LA PERVIVENCIA DE LAS BÓVEDAS Y CÚPULAS

Aunque en la década anterior las cubiertas de cascarón habían ya mostrados sus posibilidades estructurales y plásticas, varios fueron los arquitectos que prefirieron continuar con las tradicionales bóvedas de medio cañón para cubrir sus espacios de culto. No obstante, a diferencia del pasado, decidieron entonces explorar con peraltes atrevidos, que combinaban con materiales tradicionales y elementos artísticos innovadores; esto sin duda, les otorgaba una lectura de equilibrio entre la modernidad y la tradición. Parecía así que las milenarias bóvedas se resistían a morir y se adaptaban a las nuevas demandas espaciales. Además se transformaban plásticamente en expresiones modernas valorando la tradición local a través de un diseño innovador, una estrategia del llamado “regionalismo crítico” que imperó en Latinoamérica durante las décadas de los sesenta y setenta, término no exento de críticas y acalorados debates en la historiografía reciente.

Cinco ejemplos se presentan a continuación, cuatro basados en bóvedas de medio cañón y uno más con cúpula rebajada –los cuales demuestran que estos elementos milenarios en manos de sus talentosos autores eran capaces de adaptarse a una expresión moderna–: la Sagrada Familia o “Los josefinos” (1960-1967) en la colonia Portales, San Antonio de Padua (1948/60-1972) en la colonia Nápoles, el Santísimo Redentor (1962-1963) en la colonia Cuauhtémoc, el Divino Redentor (1967) en la colonia Roma Sur y Nuestra Señora de Guadalupe de los Hospitales (1961-1964) en la colonia Doctores. En ninguno de

estos casos se reflejan a cabalidad las directrices litúrgicas del Concilio Vaticano II (1962-1965),¹ pues la rigidez de la geometría de sus plantas impidió su inserción, a pesar de que algunos de ellos fueron terminados bien entrada la década de los sesenta.

Abre la década la parroquia de la Sagrada Familia o “Los josefinos” (1960-1967), la cual se encuentra ubicada² en la zona oriente de la colonia Portales,³ para los misioneros josefinos,⁴ quienes finalmente pudieron consagrarla hasta enero de 1967. Su autor fue el arquitecto Enrique Carralcaza (1914-1976), cuya obra en variados géneros se caracterizó precisamente por sintetizar la modernidad internacional y la aproximación regionalista. Para entonces, ya poseía una sólida experiencia profesional, adquirida a partir de que se graduó en la entonces Escuela de Arquitectura de la UNAM, como la gran mayoría de sus contemporáneos. Durante muchos años, fue socio de Augusto H. Álvarez, con quien elaboró proyectos de gran envergadura en géneros comerciales, educativos, habitacionales y recreativos, cuya paternidad es sin duda compartida por ambos y difícil de adjudicar individualmente.⁵

El templo de los josefinos se construyó en un generoso predio, un tanto atípico dado que atraviesa completamente la manzana en donde se encuentra, de tal manera que posee dos fachadas hacia calles paralelas. Esta circunstancia fue aprovechada

para situar en una, las entradas de servicio, y en la otra, la del sur, el atrio y el campanario exento de concreto que preceden al ingreso al templo, un espacio abierto que no siempre logra estar presente en muchas iglesias. La portada del templo se resuelve compositivamente en tres partes: la sección inferior para el acceso centralizado, la superior para el alto pretil de ladrillo visto que remata el volumen, mientras que la sección central es ocupada por un extendido vitral que recubre horizontalmente toda la portada y que al interior corresponde con el espacio del coro alto. Desde el punto de vista estético, este monumental vitral –que exhibe a las tres figuras que integran la Sagrada Familia– constituye uno de los principales protagonistas, pues durante el día, sus mejores vistas son percibidas desde el interior –gracias a la penetración de la luz solar–, mientras que por la noche, cuando están prendidas las luces del interior, la fachada luce como un gran farol que inunda con su luz la tranquila calle.

En el interior del templo, el espacio se extiende longitudinalmente en una sola nave rectangular, con el altar al fondo y dirigido hacia el norte, mientras una sucesión de ocho bóvedas de medio cañón corren transversalmente a la nave –para responder a la lógica de cubrirla en el claro corto–, cuya parte baja fue aprovechada para colocar una serie de ventanas que inundan de luz superior a manera de

1. Se recordará que el Concilio Vaticano II fue un concilio ecuménico de la Iglesia católica convocado por el papa Juan XXIII el 25 de enero de 1959. El Concilio constó de cuatro sesiones: la primera de ellas fue presidida por el mismo papa en el otoño de 1962, quien no pudo concluirlo, pues falleció al siguiente año. Las otras tres etapas fueron convocadas y presididas por su sucesor, el papa Pablo VI, hasta su clausura en 1965.

2. Calle Presidentes núm. 21, colonia Portales Oriente, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

3. El nombre de la colonia se origina por la antigua hacienda de Nuestra Señora de la Soledad de los Portales, que databa desde el periodo virreinal y que se encontraba establecida entre los poblados de Churubusco y Santa Cruz Atoyac. A comienzos del siglo XX aún se conservaba el carácter rural de la hacienda, hasta

la década de los treinta, cuando sus terrenos comenzaron a fraccionarse y empezó a surgir así la colonia Portales.

4. Congregación misionera mexicana fundada por el padre José María Vilaseca en 1872, cuyo trabajo apostólico se ha centrado en la evangelización misionera, especialmente entre los indígenas, pobres, abandonados y marginados, así como en la educación de la juventud por medio de la formación en sus colegios.

modernos lunetos. No obstante, estas bóvedas de concreto armado aparente no se apoyan en los muros laterales de ladrillo visto –los cuales sólo cumplen un papel divisorio–, sino en las dos hileras de columnas de concreto que corren paralelas al eje principal.

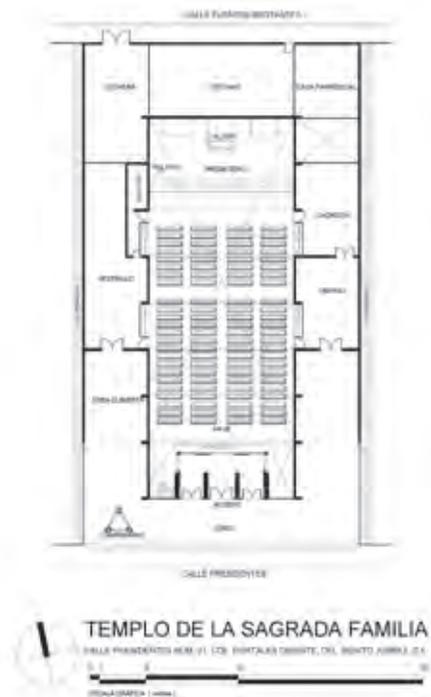
Al fondo de la nave, se percibe que el último entre eje se encuentra más iluminado que el resto de los otros, pues en vez de los muros laterales de ladrillo aparecen dos lienzos de vitrales que inundan de luz multicolor a todo el presbiterio, ensalzándolo lumínicamente, como corresponde con la parte más sagrada de un templo católico. A su vez, el diseño del espacio se completa con el muro cabecero que soporta al altar, el cual fue recubierto por pequeñas piezas de mármol color champán, que indudablemente contrasta con la calidez de los muros laterales de ladrillo, mientras que al centro se sobrepone un modernísimos retablo con las tres imágenes escultóricas de José, María y el Niño, en alusión a la Sagrada Familia.

Otro ejemplo donde se continuó experimentando con las centenarias bóvedas, pero con expresión moderna, fue la iglesia de San Antonio de Padua (1948/60-1972), en la colonia Nápoles,⁶ colonia en plena expansión urbana hacia el sur de la capital. Se trataba de una parroquia a cargo de la Orden de los Hermanos Menores Franciscanos dependientes de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, razón por la cual, en el interior se encuentran

168

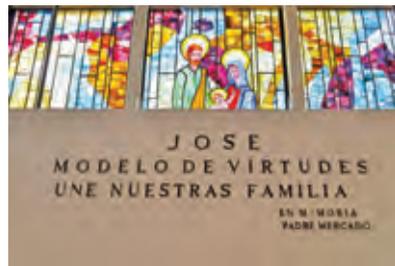
Planta baja del templo de la Sagrada Familia “los josefinos” (1960-1967) colonia Portales Oriente, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arq. Enrique Carral Icaza. Dibujo realizado por alumno(a) de servicio social (ASS)

Detalle de la fachada del mismo templo “Los josefinos”.
Fotografías: JPS, 2013



5. Mariano Del Cueto, "Enrique Carral Icaza: la coherencia de un profesional", en Ivan San Martín y Mónica Cejudo, comps., *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar, hacer y conservar la arquitectura*, col. "Textos FA", México, UNAM, 2012, pp. 193-201.

6. Pennsylvania núm. 228, colonia Ampliación Nápoles, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.



JOSE
MODELO DE VIRTUDES
UNE NUESTRAS FAMILIA
EN N. M. W. S. I. A.
PADRE MERCADO.



Templo de la Sagrada Familia "los josefinos", (1960-1967) colonia Portales Oriente, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arq. Enrique Carral Icaza. Fotografías: JPS, 2013

diversos elementos iconográficos alusivos a la vida del santo italiano de Asís, así como al franciscano portugués a quien se encuentra dedicado el templo.⁷

Los franciscanos habían arribado al predio desde 1941, cuando comenzaba la edificación residencial de los terrenos que habían pertenecido al rancho Nápoles, y en donde también se encontraban algunas ladrilleras, como aquella que diera origen al “Parque Hundido”, desnivel producido precisamente por la extracción de las tierras. Su primera capilla provisional fue hecha de madera, a fin de poder ofrecer los servicios religiosos durante los primeros años; hasta 1948 se aprobó el proyecto para el futuro templo, diseñado por el arquitecto Raúl Fernández y el ingeniero Carlos Medina, colocándose la primera piedra el 13 de junio del mismo año.⁸ Sin embargo, las primeras obras avanzaron muy lentamente –algo común en muchos otros templos–, de modo que en 1956 apenas se había logrado terminar y bendecir la cripta de San Antonio, ubicada en un pequeño semisótano. Fue en 1960 cuando se inició la construcción de la nave principal del templo,⁹ proceso que duró toda la década, hasta su culminación en 1972, bajo el liderazgo del padre franciscano Humberto Maldonado.¹⁰ Evidentemente, la dilatada construcción y la rígida geometría de la nave ortogonal con el altar al fondo, hicieron poco probable la integración de las ideas provenientes de

la renovación litúrgica del Concilio Vaticano a inicios de los años sesenta.

Exteriormente, el volumen del templo es apenas perceptible desde la calle, pues se encuentra en un predio entre medianeras, apañado sobre la calle y sin atrio alguno que le anteceda y que le otorgue una cierta jerarquía urbana. Adicionalmente, tampoco el diseño vítreo de la fachada refuerza su presencia, pues el paramento de cancelería y cristal se identifican más con un edificio de oficinas que con una iglesia. Tan sólo la percepción lejana permite descubrir la silueta de la bóveda parabólica que cubre la nave central, o por el contrario, a través de la visión cercana de los transeúntes que pasan frente al acceso y descubren en el interior la imagen sagrada de un Cristo tallado por el escultor regiomontano Fidias Elizondo.¹¹

La planta arquitectónica es ortogonal, de tres naves, aunque las laterales son tan angostas que sólo sirven como deambulatorios para acceder a las bancas de los feligreses. La nave central recibe una cubierta apabullante: una peraltada bóveda de medio cañón de sección parabólica es sostenida por una trama de nervaduras que, al entrecruzarse, produce una trama romboidal. Al fondo de la nave y dirigido hacia el oriente, se sitúa el altar cobijado por un ábside dorado, cóncavo y de silueta hiperbólica, mientras la luz penetra por arriba a través

7. San Antonio de Padua (ca. 1191 a 1195-1231) fue un fraile, predicador y teólogo portugués, venerado como santo y doctor de la Iglesia católica. Originalmente se educó dentro de los agustinos, pero a raíz de su encuentro con san Francisco de Asís, decidió adherirse a los franciscanos. Murió en 1231 en las proximidades de Padua, en el convento de las clarisas pobres en Arcella, prematuramente, a la edad aproximada de 35 o 36 años. La multiplicidad

de milagros que se le atribuyeron después de su muerte promovieron su rápida canonización en 1232, bajo el pontificado de Gregorio IX, siendo uno de los santos más rápidamente canonizados por la Iglesia, apenas 352 días después de su fallecimiento.

8. Parroquia de San Antonio de Padua [web]. Consultado en marzo de 2016 en <http://www.parroquiasanantoniodepadua.org>

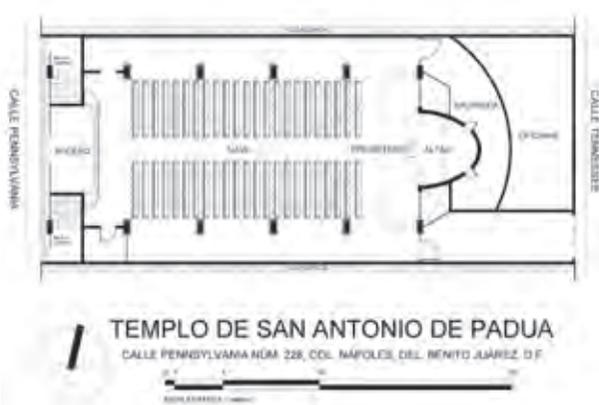
9. Fue elevado a parroquia en 1966 –estatus administrativo relacionado con la atención a la feligresía– aun cuando todavía no estaba concluida la construcción.

10. Parroquia de San Antonio de Padua, *loc. cit.*

11. Nació en 1891 en la capital de Nuevo León, se trasladó a la Ciudad de México a estudiar en la Academia de San Carlos, para después continuar su formación en Francia, donde le sorprendió la Primera Guerra Mundial. Cuan-

Planta baja de la parroquia de San Antonio de Padua, (1948/60-1972), Nápoles, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arq. Raúl Fernández y el ing. civil Carlos Medina. Dibujo realizado por ASS

Detalle de la fachada de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2013

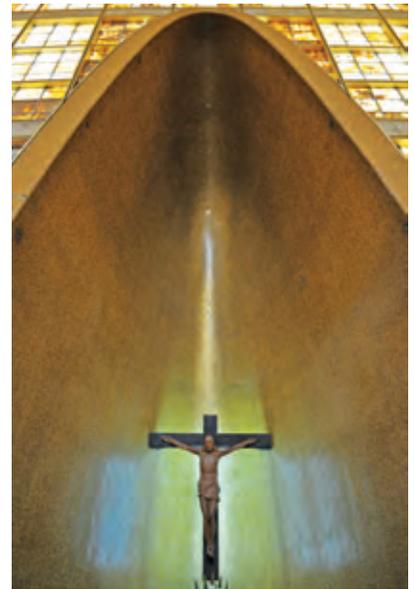
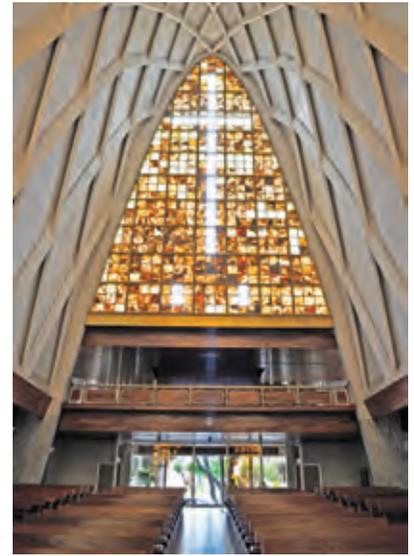
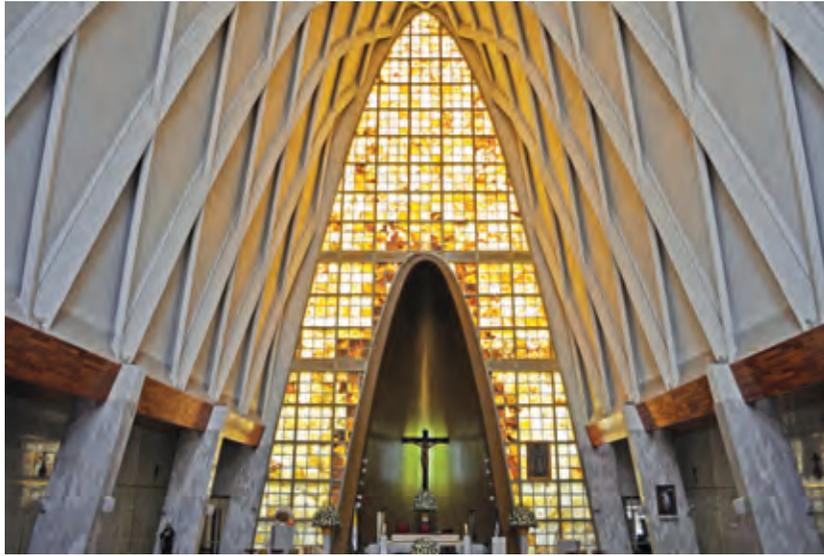


de una cancelería monumental que sostiene placas cuadradas de ónix mexicano, material que ya había comenzado a utilizarse por otros arquitectos, como Juan O'Gorman, en la casa-estudio para Diego Rivera (1931-1932) o en la sala de lectura de la Biblioteca Central (1948-1950) de Ciudad Universitaria.

Este ónix no sólo se encontraba sobre el altar, sino también bajo el peraltado vano en los pies del templo, entre el coro alto y la bóveda parabólica, donde otro enorme cancel con piezas de ónix ilumina la zona de las bancas, aunque aquí se interrumpe en algunos recuadros para dejar paso a la figura de una cruz, la cual puede ser percibida con claridad desde la fachada exterior. No cabe duda que la delgadez de las piezas del ónix y la hermosura de sus vetas sustituyeron de un modo notable a los tradicionales vitrales figurativos que solían utilizarse en los templos anteriores, con lo cual se inundó además de una luz ambarina a la nave central, y de manera rasante, al lecho bajo de la apabullante cubierta.

De hecho, esta obra muestra que no siempre coinciden las calidades arquitectónicas del interior con el exterior, pues no todos los transeúntes que pasan diariamente frente a la vítrea fachada de esta parroquia conocen la experiencia estética reservada a quienes se atreven a cruzar el umbral en busca de la conexión personal con lo sagrado. No obstante,

do regresó a México en 1921, se reintegró como profesor de la Academia y comenzó a realizar muchas esculturas religiosas que le dieron renombre, entre las que destaca la escultura de quince metros de altura a Cristo Rey, en el santuario ubicado en el cerro del Cubilete, en Guanajuato. Falleció en 1979, varios años después de haberse jubilado como profesor de la UNAM en 1954.



Parroquia de San Antonio de Padua, (1948/60-1972) colonia Nápoles, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arq. Raúl Fernández y el ing. civil Carlos Medina. Fotografías: JPS, 2013

todos estos elementos, tanto arquitectónicos como artísticos, han hecho que este templo se encuentre catalogado¹² como patrimonio artístico inmueble del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), lo cual asegura un primer nivel de protección institucional.

Un tercer ejemplo que utilizó cubierta con bóvedas fue la parroquia del Santísimo Redentor (1962-1964) en la colonia Cuauhtémoc,¹³ una zona de antiguas casonas porfirianas y posrevolucionarias¹⁴ que gradualmente se fue poblando de casas y edificios para la clase media, y posteriormente de oficinas, ya durante la segunda mitad del siglo. Sorprendentemente, y a diferencia de las cercanas colonias San Rafael, Santa María la Ribera y la Juárez, la colonia Cuauhtémoc, desde su fundación, carecía de una iglesia dentro de sus límites, por lo que su erección fue bienvenida por los feligreses católicos.¹⁵

La parroquia fue gestionada por los misioneros redentoristas, una congregación masculina fundada por san Alfonso en 1732¹⁶ y con presencia en más de 82 países, aunque en México apenas data desde 1908.¹⁷ El autor encargado del proyecto fue el ingeniero civil José Fernández Cangas (1927-2012) veracruzano de origen y egresado de la Escuela de Ingeniería del Colegio Cristóbal Colón de los hermanos lasallistas, institución a la que después ayudó a fundar la Universidad Lasalle y en donde impartió clases –al igual que en la UNAM– por más de medio

siglo. Su inscripción autoral aparece en una esquina superior de la portada principal, una incorporación singular, pues son pocos los casos de templos que incluyen el nombre del autor, probablemente por una cuestión de medir el individualismo.

El templo se ubicó en una cabecera de manzana, justo al lado de un pequeño parquecillo que le otorga cierta jerarquía urbana. Esta privilegiada ubicación –no tan común, pues los solares cabeceros suelen ser más costosos– permitió que su volumetría pudiera ser apreciada por tres de sus lados; a su vez, tal situación fue aprovechada para insertar en la esquina más transitada un esbelto y puntiagudo campanario, que parece nacer de un sólido basamento que lo integra al conjunto. Por su parte, el diseño de la portada fue producto de la figura parabólica que arrojó la gran cubierta, bajo la cual se insertó un vitral monumental con la imagen de la Virgen María para iluminar el coro alto.

La planta del templo es rectangular y de una sola nave, con el eje longitudinal paralelo al parque –hacia donde se abre un par de accesos laterales, hoy lamentablemente enrejados–, de manera que el acceso principal fue situado hacia la calle secundaria mediante unas escalinatas –hoy también cuenta con rampas–, pues el edificio posee un pequeño semisótano para una capilla secundaria y demás dependencias parroquiales y de asistencia social, toda

12. Con número de registro DF-BJ-3-1396.

13. Río Po núm. 2, esquina con Río Grijalva, colonia Cuauhtémoc, delegación Cuauhtémoc, México, Ciudad de México.

14. Si bien el Paseo de la Reforma se había comenzado a poblar desde fines del siglo XIX, los terrenos de la colonia Cuauhtémoc comenzaron a fraccionarse y comercializarse hacia 1902, aunque bajo el nombre de colonia Stilwell –por el apellido del promotor norteamericano,

entonces presidente del Ferrocarril de Kansas City, México y Oriente–; y a partir de 1904 mudaría de nombre por colonia Cuauhtémoc.

15. Un par de años después se edificaría un segundo templo en la colonia Cuauhtémoc, la parroquia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San José (1965-1969) en la calle de Manuel Villalongin, frente al parque del Monumento a la Madre.

16. La Congregación del Santísimo Redentor es una congregación religiosa masculina fundada el 9 de noviembre de 1732 por el religioso y abogado italiano san Alfonso María de Liguorio (1696-1787), cerca de Nápoles, Italia, la cual fue aprobada por la Santa Sede en 1749. Fue canonizado en 1839 y proclamado doctor de la Iglesia en 1871. Es considerado patrono de los abogados católicos y de los confesores.

vez que los misioneros redentoristas tienen entre sus preceptos el acercamiento a las necesidades de la comunidad de fieles.

Al igual que algunos ejemplos anteriores, la gran cubierta del templo fue la protagonista en la composición, resuelta por medio de doce grandes arcos parabólicos que nacen desde el nivel del suelo y que sostienen una bóveda de concreto armado –cuyas marcas del cimbrado se aprecian desde el interior–, la cual elimina los tradicionales muros, una solución que ya se había experimentado en varios templos aquí descritos. En el interior, la única nave remata con el altar dirigido hacia el nororiente, cobijado por un ábside de sección parabólica, una solución muy similar al templo de la colonia Nápoles, aunque aquí la franja de vitrales que cierra el vano tiene menor superficie y es de cristales con imágenes figurativas, en vez de las vetas que arroja el ónix. Además de esta entrada de luz, posee doce bóvedas de lunetos que intersectan a la nave central –tal vez en connotación de los doce apóstoles–, los cuales no arrancan en el nivel del suelo, sino que se encuentran en la parte superior, con igual número de ventanas de vitrales figurativos con elementos hagiográficos –realizados en 1964 por Estudios Marco–,¹⁸ a través de los cuales se inunda de luz multicolor el interior del templo.

Vista panorámica de la colonia Cuauhtémoc, donde se aprecia cómo, a pesar del crecimiento y la densidad de la colonia, aún sobresale la volumetría del templo. Fotografía: ISM, 2005

Planta de la parroquia del Santísimo Redentor, (1962-64) colonia Cuauhtémoc, delegación Cuauhtémoc, del ing. civil José Fernández Cangas. Dibujo realizado por ASS

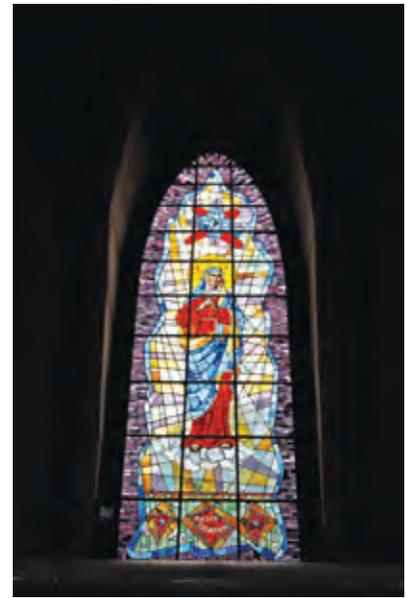
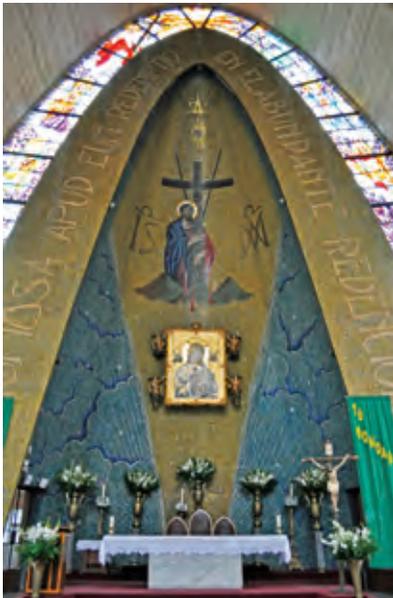
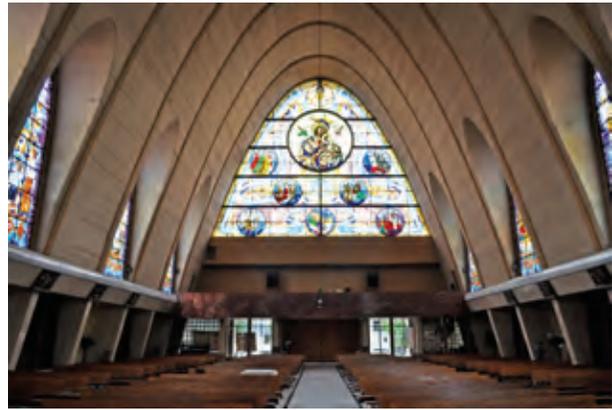
Vistas frontal de la misma parroquia. Fotografías: ISM, 2006



Además de san Alfonso, la congregación ha acumulado tres santos y quince beatos.

17. Misioneros redentoristas [web]. Consultado el 2 de agosto de 2015 en <http://www.misionerosredentoristas.com>

18. Según se anota en la inscripción inferior del vitral del extremo poniente, a los pies del templo.



Parroquia del Santísimo Redentor, (1962-64) colonia Cuauhtémoc, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, del ing. civil José Fernández Cangas. Fotografías: JPS, 2013

En el siguiente ejemplo, el templo del Divino Redentor (1967), se utilizó una bóveda de medio cañón de concreto armado en la cubierta. Localizado en un angosto predio entre medianeras de una tranquila calle al sur de la colonia Roma,¹⁹ su discreta presencia, sin atrio alguno que le preceda, sólo se destaca por el perfil semicircular de su cubierta y por una escalinata ligeramente remetida en el acceso, a la cual sin embargo le fue incorporada una verja metálica, seguramente para protegerlo durante la noche.

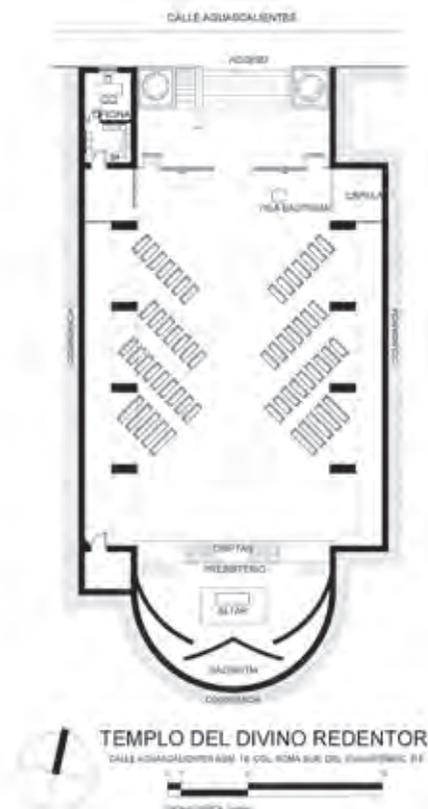
A los extremos de la portada, aparecen sendos muros forrados de piezas de cantería, cuya función es separar compositivamente la fachada de la heterogeneidad formal de las casas unifamiliares colindantes. Hacia el lado derecho aparece un pequeño e improvisado campanario de concreto visto, prácticamente imperceptible para los transeúntes por encontrarse remetido del paño de la fachada, pero el cual cumple con su cometido sonoro para el llamado con las campanas. Sobre el único acceso al templo sobresale un mural figurativo de mosaicos venecianos –mismo que en el interior resguarda al coro alto, que a su vez se adivina por su ventana superior– que exhibe la efigie del Cristo Redentor al centro, flanqueado por varios frailes dominicos, clero regular al que quedó resguardado el templo. De hecho, la presencia de un mural en un lugar tan

importante demuestra la inercia aún existente de la integración plástica en la arquitectura de aquel entonces, de la que el género religioso no había estado exento, como se ha podido constatar aquí.

El interior del templo lo compone una sola nave, con siete entre ejes –ningún número es casualidad–, cubierto por una prolongada bóveda de medio cañón, la cual se interrumpe para acentuar la presencia del presbiterio y altar en los últimos tres tramos. Este cambio de altura en las bóvedas permite la entrada superior de la luz, a través del

176

Planta del templo del Divino Redentor, (1967) colonia Roma Sur, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS



19. Aguascalientes núm. 16, colonia Roma Sur, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

Fachada del templo del Divino Redentor (1967), colonia Roma, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México. Fotografía: JPS, 2013

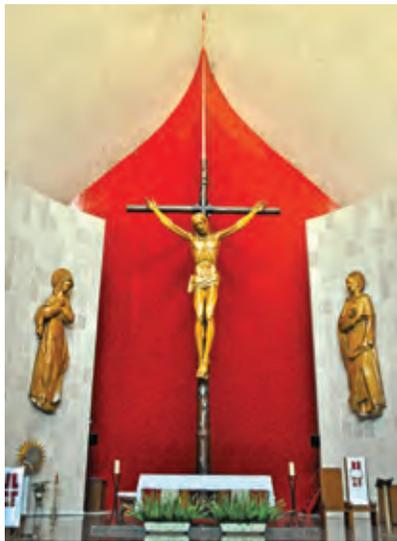
Interior del mismo templo, donde se aprecia el acomodo alternativo de las bancas que favorecen un altar mas centralizado. Fotografía: ISM, 2006



intersticio entre ambas, iluminando así el lugar más importante para la celebración. El resultado estético bajo la bóveda es un espacio sencillo y sereno –muy a tono con la espiritualidad dominica–,²⁰ pues los marcos de concreto que la sostienen se encuentran por encima del elemento, de tal manera que el lecho bajo de la bóveda no sufre interrupciones. En contraste, estos marcos son claramente visibles desde la azotea, donde además se aprecia una trabe de liga en cada base del cañón, la que ayuda a soportar los naturales empujes hacia afuera del elemento, en sustitución de los contrafuertes o pesados muros que se hubieran puesto en el pasado cuando las obras se construían con piedra.

En el interior, el altar se encuentra al fondo y dirigido hacia el sur –bajo tres hermosas tallas en madera–, orientación que no tenía mucha opción, dada la angostura del terreno entre colindancias y el poco frente, los cuales impedían colocar la nave transversalmente. Llama la atención que los dos últimos entre ejes recibieron un muro y falso plafón para simular un ábside cóncavo, enfatizando la posición del altar, pero también acercándolo a la feligresía, probablemente en concordancia con los lineamientos posconciliares. De hecho, si bien la nave suele utilizarse con las bancas acomodadas transversalmente –es decir, al modo tradicional– también suelen realizarse servicios religiosos con las bancas

20. Templo del Divino Redentor [web], consultado el 6 de agosto del 2015 en <http://www.templodeldivinoredentor.com/>



Templo del Divino Redentor, (1967) colonia Roma Sur, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México. Fotografías: JPS, 2013



Parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe de los Hospitales (1961-1964), colonia Doctores, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de autor sin identificar. Fotografías: JPS, 2013

vestíbulo a cubierto, el cual sugiere que la fachada original se hallaba remetida y que el actual volúmen en zigzag fue producto de una ampliación posterior, pues no se corresponde con el resto de la morfología. El ingreso al espacio de culto es a través de unas puertas de diseños abstractos realizados en esmalte por Patricia y Jorge Ritter.²⁴ La única nave es alargada y redondeada en sus cantos, hasta conformar una planta elíptica –inusual en el repertorio arquitectónico que aquí se ha revisado– cubierta por una cúpula rebajada y libremente apoyada sobre el perímetro de los muros; mientras que arriba, justo en el centro, se abre un gran óculo. Al fondo, un sencillo altar dirigido hacia el poniente se encuentra cobijado por un muro cóncavo que acompaña la curvatura de la elipse, mientras una placa dorada sostiene la imagen de la Guadalupana, patrona de la iglesia, a la que acuden diariamente cientos de feligreses por asuntos de salud.

La expansión de los cascarones

Si bien la década anterior ya había mostrado las posibilidades estructurales y plásticas de las superficies laminares, fue durante los años sesenta cuando estas soluciones se explotarán intensamente, sobre todo para las cubiertas de los templos, pues sus pe-

culiars formas servían para destacarse del contexto urbano circundante, además de adquirir connotaciones simbólicas relacionadas con su uso religioso.

A la primera generación –con Enrique de la Mora y Félix Candela– se añadirán ya de manera autónoma algunos de sus más brillantes colaboradores: Fernando López Carmona, Alberto González Pozo y Juan Antonio Tonda Magallón, quienes dominarán el cálculo y el comportamiento estructural para realizar nuevas y más maduras especulaciones arquitectónicas. Sería la última década del éxito de este tipo de estructuras resistentes por forma, pues la mano de obra de albañilería y carpintería comenzó a encarecerse, lo que produjo la gradual desaparición de esta opción constructiva, para dar paso a otro tipo de estructuras y materiales.

En las diez obras en la Ciudad de México que en seguida se presentarán se continuaron explorando las posibilidades tecnológicas y estéticas de los llamados cascarones, asentados tanto en añejas colonias centrales, como en otras de reciente creación al norte, sur y oriente de la capital. Dos obras del “Pelón” de la Mora: la Divina Providencia (1966-1967) en la colonia Lindavista y Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San José (1969) en la colonia Cuauhtémoc; una de López Carmona: Santa Mónica (1963-1964) en la Colonia del Valle; cuatro de Alberto González Pozo: Nuestra Señora de Guadalupe (1961-1983) en la colonia Rosedal, San Antonio de Padua (1962-1965/83) en la colonia Xotepingo, la Inmaculada Concepción (1965/83) en la colonia El Reloj y Santa María de los Apóstoles (1967-1968) en la colonia Bosques de Tetlameya; una de los hermanos Torres Zapien, la Divina Providencia (1967-1969) en la colonia Ciudad Jardín; una de Germán Herrasti, Nuestra Señora de Guadalupe Reina del Trabajo (1968-1972) en la colonia Obrero Popular; y por último, una de Juan Antonio Tonda Magallón,

24. A quienes ya se había mencionado en el capítulo anterior a propósito de su retablo esmaltado en la capilla de Guadalupe de la parroquia de la Medalla Milagrosa, en la colonia Narvarte.

la del Divino Niño Jesús (1964-1974). en la colonia Santa Cruz Meyehualco.

Indudablemente, por la trayectoria acumulada, la década de los sesenta fue una de las más productivas en términos de arquitectura religiosa para el arquitecto Enrique de la Mora. En estos años diseñó y construyó nueve templos, dos en la Ciudad de México, seis en ciudades de provincia y uno más en España.²⁵ En la mayoría de ellos utilizó la gran experiencia adquirida con los cascarones de concreto –aunque también experimento con otros elementos estructurales–, por lo que integró a varios de sus colaboradores habituales que para entonces ya también dominaban esta tecnología.

Así, realizó la iglesia de San José Obrero (1957-1962) en Monterrey, Nuevo León, en la cual colaboró Fernando López Carmona, mientras que el diseño estructural y la construcción corrió a cargo de Félix Candela; también hizo la iglesia de San Luis Gonzaga (1957-1967) en Guadalajara, Jalisco, donde también colaboró López Carmona; y la catedral de Tapachula (1958-1980), Chiapas, también con López Carmona, más el diseño estructural de Juan Antonio Tonda Magallón y Jorge Sánchez Ochoa, una obra notable que en los últimos años fue “remodelada” junto con todo su entorno urbano. En colaboración con el arquitecto Alberto Arouesty realizó la capilla para peregrinos (1963) en San Juan de los Lagos, Jalisco,

y el Seminario Menor (1963) en Uruapan, Michoacán. En solitario, edificó la iglesia de la Santa Cruz (1965-67) en San Luis Potosí, la capital del estado, con el diseño estructural de Candela.²⁶ Finalmente, en Madrid, España, realizó el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe (1963), en el cual colaboraron los arquitectos Salvador López Peimbert y José Aspiazú, y Félix Candela en el diseño estructural.

Como se ha mencionado, dos fueron los templos que De la Mora edificó en la Ciudad de México durante aquella productiva década. La iglesia de la Divina Providencia (1966-1967) fue edificada –con diseño estructural de Candela– al norte de la capital, relativamente cerca de la Basílica de Guadalupe, en la colonia Lindavista,²⁷ en el mismo año en que concluía las parroquias de la Santa Cruz en San Luis Potosí y de San Luis Gonzaga, en Guadalajara. Para entonces ya se habían comenzado a aplicar las directrices del Concilio Vaticano II en los templos, aunque ya se ha visto que “El Pelón” –como se le apodaba– se había adelantado en cuanto a los altares centralizados y de cara a la feligresía, al menos en el caso de dos capillas comunitarias realizadas en la década anterior y analizadas en el capítulo precedente.

La parroquia fue encargada por los frailes Siervos de María,²⁸ quienes se habían asentado en el lugar desde noviembre de 1963, a petición del entonces arzobispo de la Ciudad de México, el cardenal

25. Cfr. Alberto González Pozo, *Enrique de la Mora, vida y obra*, col. “Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico” núm. 14, México, INBA, 1981, pp. 102-103.

26. Cfr. Jesús Villar Rubio, “El templo de la Santa Cruz de Enrique de la Mora y Félix Candela, en San Luis Potosí”, *Academia XXII*, núm. 2, febrero 2011, México, UNAM, pp. 45-53

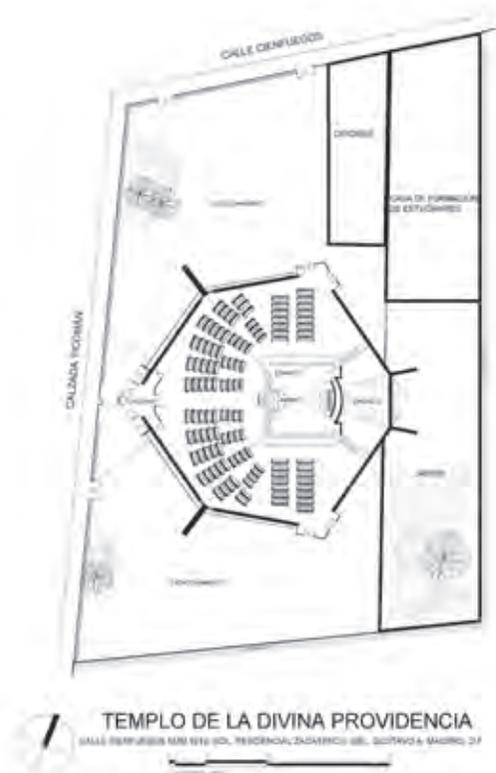
27. Cienfuegos núm. 1012, esquina con Av. Ticomán, colonia Lindavista, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México.

28. La orden de los Siervos u Orden de Frailes Siervos de María fue fundada por los siete santos fundadores, de cuyo nombre no se tiene un registro claro, aunque se estima un origen noble o de comerciantes. Los nombres atribuidos fueron: Buenhijo Monaldi, Bonayunta Manetti, Maneto dell’Antella, San Amadio de

los Amidei, Sosteño, Hugo y Alejo Falconieri; de ellos, San Alejo es el más conocido. La orden se fundó en 1233 en Florencia, cuando sus fundadores pertenecían a una especie de cofradía dedicada a la veneración de Santa María. El papa León XIII canonizó a los siete fundadores el 15 de enero de 1888. En México, la provincia se encuentra compuesta por nueve comunidades: Jalisco, Guanajuato,

Planta de la parroquia de la Divina Providencia (1966-1967), colonia Lindavista, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México, del arquitecto Enrique de la Mora. Dibujo realizado por ASS

Fachada de la misma parroquia. Fotografía: JPS, 2013



nal Miguel Darío Miranda. La Divina Providencia a la que se dedicó el templo, es una advocación mariana originada en el siglo XIII,²⁹ muy venerada por los primeros servitas en Italia. La ceremonia y bendición de la primera piedra tuvo lugar el 16 de enero de 1966 y se terminó la construcción en diciembre de ese mismo año, por lo que entró en funciones espirituales a partir de enero del 1967. Después se proseguiría con la edificación del convento, que se concluyó en 1970 y fue designado como Sede Provincial desde 1995.³⁰

La iglesia se desplanta en una esquina sobre una avenida importante, en una zona habitacional y comercial en los otrora rumbos industriales del norte de la ciudad, relativamente cerca del santuario de Guadalupe, algunos años antes de que se hiciera la segunda basílica. El volumen principal del templo se encuentra rodeado de un generoso atrio –beneficio no disponible para todos los templos–, lo cual le otorga jerarquía al destacarlo del contexto urbano, a pesar de que buena parte del espacio abierto se le ha destinado como estacionamiento de vehículos. Su planta es un polígono heptagonal, aunque no todos sus lados poseen la misma longitud; el más pequeño de los siete sirve como espina central, bajo el cual se colocaron el presbiterio y el altar orientado hacia el nororiente. Los seis restantes lados reciben tres mantos romboidales de paraboloides hiperbólicos de

Aguascalientes, Chihuahua y Ciudad de México, donde está la Sede Provincial.

29. La imagen original venerada por los Siervos de María y otras órdenes religiosas italianas, es un óleo en el que aparece la Virgen con el Niño dormido entre sus brazos.

30. "Convento Divina Providencia. Casa provincial", en Orden Siervos de María [web], consultada el 8 de agosto de 2015 en <http://www.servos-provmex.net/presencia/casaprov/2.html>



Parroquia de la Divina Providencia, (1966-1967) colonia Lindavista, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México, del arquitecto Enrique de la Mora. Fotografías: JPS, 2013

concreto armado, pues la extendida cubierta sólo se apoya en cuatro puntos. Cada manto romboidal funciona estructuralmente de manera independiente, unidos por dos trabes de liga que corren por encima y que también convergen a la espina central, la cual soporta una pequeña cruz a manera de remate superior.

En el interior se destaca la mesa del sacrificio, que se encuentra centralizada acorde a los lineamientos posconciliares que ya se han comentado, con la singularidad de que éste era ya un templo parroquial y no una capilla congregacional, como en la década anterior. De este modo, el espacio celebrativo se acercaba al pueblo y lo liberaba de los muros perimetrales, por lo que fue necesario incorporar un moderno retablo a fin de cobijar visualmente el espacio del presbiterio. Como podrá suponerse, esta centralidad del altar ocasionaba un espacio residual por detrás, poco propicio para el acomodo de las bancas, un problema que se resolvió al destinarlo para el coro y los instrumentos musicales, en vez de ubicarlos en un tradicional coro alto.

La luz y la ventilación se solucionaron perimetralmente, ya que los tres grandes mantos sólo poseen cuatro apoyos, lo que permitió que por debajo suyo pudieran colocarse una hilera continua de ventanas con vitrales de coloridos motivos casi abstractos –que le brinda una sensación de que la

cubierta “flota”–, cuya autora fue la artista potosina Zita Basich Leija (1918-1988),³¹ quien ya había colaborado con “El Pelón” en los vitrales de los templos en San Luis Potosí y en el de Madrid.

El otro templo de Enrique de la Mora hacia finales de la década de los sesenta fue la vicaría del Perpetuo Socorro y San José (1969) en la colonia Cuauhtémoc;³² su diseño estructural y construcción corrieron a cargo del arquitecto Juan Antonio Tonda Magallón (1931-2016), inmigrante español cuya carrera académica y profesional dio sus mejores frutos en México. El pequeño templo –como corresponde a una vicaría– se localiza sobre un angosto predio entre medianeras, frente al “Jardín del Arte”, localizado justo atrás del Monumento a la Madre que diseñó José Villagrán García veinte años antes. Su angosto aunque elevado volumen no posee un atrio que le anteceda, sólo una esbelta cruz exterior, circunstancia que indudablemente le resta presencia urbana en la zona habitacional y comercial en donde se encuentra, a pesar de tener enfrente un espacio público.

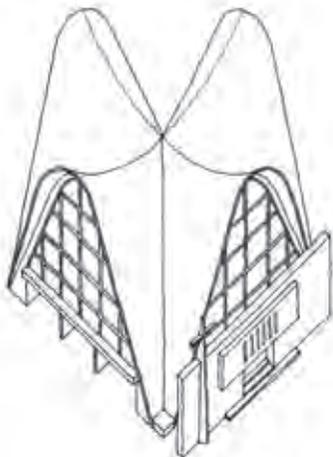
La fachada se compone por tres secciones: la parte superior, que exhibe un gran tímpano bajo la silueta del arco parabólico de la cubierta, con un vitral para iluminar el pequeño interior del templo; el centro, donde sobresale un pequeño volumen recubierto por piedra tezontle –la espuma de la lava

31. También fue esposa del pintor Julio Castellanos.

32. Manuel Villalongín núm. 36, colonia Cuauhtémoc, delegación Cuauhtémoc, México, Ciudad de México.

volcánica— que sirve para disimular una hilera de ventanillas verticales del coro alto; y la parte inferior, en cuyo centro se abre el acceso principal a la nave —pues posee un acceso lateral hacia un pequeño patio— sutilmente enmarcado por piezas de cantería de tonos claros que recubren el resto de la fachada, al mismo tiempo que es flanqueado por la cruz sobrepuesta del lado izquierdo y las letras metálicas a la derecha con el nombre de las dos advocaciones a la que está dedicada la vicaría.

186



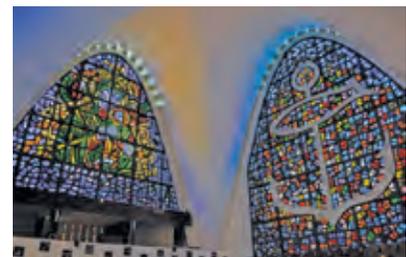
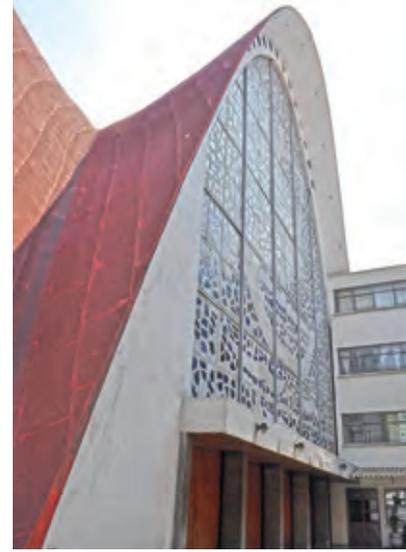
Planta del templo (arriba izquierda) del Perpetuo Socorro y San José (1967), colonia Cuauhtémoc, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique de la Mora y Juan Antonio Tonda Magallón. Dibujo realizado por ASS

Isométrico del mismo templo (abajo izquierda). Dibujo realizado por Rafael Mancilla Walles (RMW), alumno de arquitectura de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), 2015

Fachada del mismo templo (arriba derecha) del Perpetuo Socorro y San José. Fotografías: JPS, 2013

Vista posterior (abajo derecha), desde la colindancia del predio trasero que se encuentra actualmente en construcción y que permite ver la definición volumétrica de la cubierta. Fotografía: ISM, 2008





Templo del Perpetuo Socorro y San José (1967), colonia Cuauhtémoc, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique de la Mora y Juan Antonio Tonda Magallón. Fotografías: JPS, 2013

Al igual que ocurre con otros ejemplos mostrados en esta investigación, en esta obra sobresale la calidad del espacio interior comparada con la envolvente exterior, pues sin menoscabo de la cualidades de la fachada, la mejor percepción se encuentra una vez traspasado el umbral del recinto, indudablemente por la solución de la cubierta de cascarones y el sabio manejo de la luz. Lo primero se logra mediante una bóveda de arista alabeada en concreto armado sobre una única nave de proporción cuadrada, una solución estructural que De la Mora, Candela y López Carmona habían aplicado a la cubierta de la sala de remates de la antigua Bolsa de Valores en 1951-1955. La solución lumínica, por su parte, se resuelve a través de unos apabullantes vitrales de colores que ocupan los lienzos laterales de los cuatro paramentos: el que mira a la fachada –sobre el coro alto–, con la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro con el Niño en brazos; a ambos lados de la pequeña nave, dos vitrales con símbolos cristológicos –pues el templo está separado de las colindancias previendo esta entrada de luz–, y por último, al fondo, una franja de luz cenital ilumina la zona del presbiterio. Al fondo de la nave aparece un pequeñísimo ábside rectangular, en donde se encuentra el altar orientado hacia al sur y diseñado ya “de cara al pueblo”, ligeramente elevado sobre unas plataformas y flanqueado por las imágenes de

la Virgen y San José, mientras que en el muro cabecero pende la imagen de un Cristo sobre un retablo de hermosos diseños geométricos.

Los templos de Fernando López Carmona

Otras iglesias fueron realizadas de manera independiente por algunos colaboradores habituales de De la Mora, entre quienes se destacó Fernando López Carmona. Sus aportaciones dentro de su trayectoria académica y proyectual le hicieron merecer la distinción como profesor emérito de la UNAM en 1995, sobre todo por sus trabajos estructurales para el salvamento de la catedral metropolitana, la cual presentaba hundimientos diferenciales que ponían en peligro su permanencia patrimonial. Su impronta dentro del género religioso fue de gran valor, y aunque aquí sólo se reseñan obras en la Ciudad de México, ha de mencionarse que tuvo también importantes trabajos en otras ciudades estatales, como Guadalajara y Tuxtla Gutiérrez.

La parroquia de Santa Mónica (1963-1964) fue una de las principales obras religiosas de don Fernando –en la siguiente etapa se revisará un templo posterior–,³³ en colaboración con el arquitecto Carlos Ríos López. El proyecto surgió a iniciativa de los agustinos recoletos³⁴ para contar con un templo que ofreciera servicios espirituales en aquella zona residencial, pues

33. Cfr. Ivan San Martín, “Los espacios sagrado de don Fernando”, en Xavier Guzmán Urbiola et al., coords. *Fernando López Carmona, arquitecto, 50 años de enseñanza*, México, UNAM, 2009, p. 105.

34. El apelativo de “recoletos” se deriva de su deseo primigenio de vivir apartados y de manera solitaria. En los inicios, sólo dos órdenes cultivaron la modalidad de “recoletos”: los franciscanos y los agustinos, aunque con el paso del tiempo, sólo los segundos continuaron con esta modalidad, tanto en la versión masculina, como femenina.

35. En total, siete parroquias poseen en la Ciudad de México la provincia de agustinos recoletos: Nuestra Señora de Guadalupe de los Hospitales, en la colonia Doctores; Ntra. Sra. de Czestochowa, en Tecamachalco; Jesús Crucificado, en la colonia Avante; San Nicolás Tolentino, en la colonia Héroes de Churubusco; el Sagrado Corazón de Jesús, en la colonia Pantitlán; Nuestra Señora de Lourdes, en Lomas Reforma; y la de Santa Mónica, en la

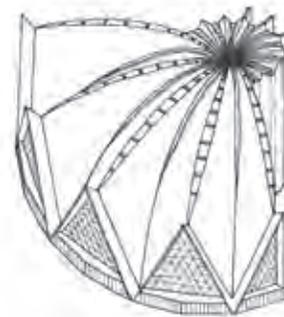
ya poseían parroquias en otros lugares de la capital.³⁵ El lugar disponible se encontraba frente al arbolado parque San Lorenzo, al sur de la Colonia del Valle,³⁶ en un generoso terreno donde fue posible disponer de un atrio, el cual lamentablemente fue dividido en dos porciones –un lote en forma de “L”, con dos atrios para cada una de las calles–, pues no fue posible comprar el solar de la esquina, lo cual impidió una jerarquía urbana envidiable. El proyecto se gestó en 1963, cuando las autoridades eclesiásticas pidieron un préstamo, aunque la construcción se aplazó hasta el año siguiente por el cambio de gobierno presidencial –entraría Gustavo Díaz Ordaz–, a fin de esperar el incremento sexenal para el salario mínimo.³⁷

El templo adoptó un esquema de planta concéntrica a modo de un gran abanico –una solución adoptada también por otros autores–, con las bancas de los fieles rodeando el altar central y sin columnas intermedias, a fin de permitir la adecuada visibilidad de la feligresía que se acomoda a su alrededor asemejando a un teatro griego. Esta solución propició una mayor comunicación hacia el espacio celebrativo, aspecto que se adelantaría a las directrices que promulgaría el Concilio Vaticano II (1962-65) un par de años después. Al igual que otros templos con cascarones, aquí la gran protagonista fue una gran cubierta que abarcaba todo el espacio de culto, pues los llamados cascarones permitían cubrir

Planta de la parroquia de Santa Mónica (1963-1964), Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de los arquitectos Fernando López Carmona y Carlos Ríos López. Dibujo realizado por ASS

Isométrico de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMW/UAM, 2015

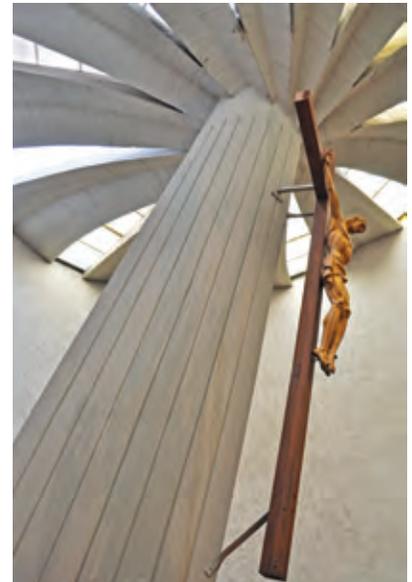
Fachada y atrio de la misma parroquia, vista desde el parque San Lorenzo. Fotografía: ISM, 2010



Colonia Del Valle. Cfr. Orden de Agustinos Recoletos [web], consultado el 9 de agosto de 2015 en <http://www.agustinosrecoletos.com/estaticos/view/11-mexico#parroquia>

36. Fresas núm. 126, colonia Tlacoquemécatl del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México. En el interior del parque vale la pena visitar la capilla de San Lorenzo, mártir del siglo XVI.

37. “Fernando López Carmona”, en Pablo Quintero, coord., *Modernidad en la arquitectura mexicana*, México, UAM-Xochimilco, 1990, p. 320.



Parroquia de Santa Mónica, (1963-1964) Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de los arquitectos Fernando López Carmona y Carlos Ríos López. Fotografías: JPS, 2013

una superficie considerable con un bajo costo del material, pues el espesor de las losas se reducía al mínimo y la cimbra no era necesario cortarla ya que siempre siguen una línea recta.

En el interior, una sólida columna a manera de mástil sostiene un haz de cuatro gajos y nervaduras, que al crecer y desarrollarse en forma de “v”, terminan por conformar todo el elemento, hasta llegar al paño de la fachada, donde ya conforman vanos en forma de triángulo que parecen nacer desde el piso, sin necesidad de recurrir a muros verticales perimetrales. La audaz solución comprobaba la experiencia acumulada de su autor en este tipo de estructuras, como él mismo reconocía:

[...] La altura del cascarón es de 17 m; el cascarón de 4 cm, y esas gentes [se refiere a los albañiles] se los zumbaron [sic.] en el lapso de 4 o 5 meses... toda la Iglesia. Estos componentes de los cascarones, como la viga de borde que es la boquilla, no son caprichos formales; son los elementos necesarios para sostener esta estructura. Los arquitectos tenemos que trabajar dentro de los límites que nos permite la física, vivimos en el mundo real, no en un mundo espiritual. Las piedras pesan, compañeros, y obedecen a las leyes de la física y si no lo saben no se pueden meter a una aventura de este tamaño. Hay que saber cómo se comportan los materiales para poder hacer una cosa de esas.³⁸

La solución de la cubierta también propiciaba la existencia de varios accesos distribuidos en la fachada circular, evitando así el rígido acceso principal, único y centralizado, que tradicionalmente privaba a los templos católicos de plantas ortogonales tradicionales. En el lado opuesto, dos grandes muros de 19 m de largo x 15 m de altura convergen hacia el

ábside y equilibran la estructura, pues sirven como contrafuertes para momentos de sismo.

En el interior, el mástil central se encuentra ligeramente inclinado y retraído detrás del altar, siguiendo la directriz del vector, que a manera de una moderna palmera, trasmite las cargas hacia el terreno, al mismo tiempo que sirve para colocar arriba la imagen tallada de un Cristo crucificado – obra del Ramón Lapayere, al igual que las figuras del presbiterio–, por encima del altar, que se encuentra dirigido hacia el nororiente. Además, como cada gajo funciona estructuralmente de manera independiente, fue posible incorporar unas hileras de luz cenital entre sus intersticios, directamente sobre las bancas concéntricas de los feligreses. No es la única entrada de luz natural, pues en cada uno de los vanos triangulares de la fachada bajo la gran cubierta incorporaron hermosos vitrales con figuras iconográficas que casi llegan a la abstracción, diseños del hermano de López Carmona. Tampoco fue la única contribución artística en el conjunto, pues en el atrio se encuentra la figura sedente de santa Mónica –madre de san Agustín–,³⁹ una obra del artista alemán Herbert Hoffman Ysenbourg, cuyas importantes contribuciones al arte religioso ya se han mencionado en capítulos anteriores.

38. Pablo Quintero, *op. cit.*

39. Mónica nació en Tagaste, en la actual Argelia (332-387), dentro de los territorios africanos del imperio romano. Sus padres eran paganos, pero por influencia de su doncella, se convirtió al cristianismo. Se casó con Patricio, quien era de religión romana. Tuvo tres hijos, uno de ellos Agustín, futuro obispo de Hipona. Para la hagiografía, santa Mónica fue ejemplo de mujer cristiana, de piedad y bondad probadas, madre abnegada y preocupada por el bienestar de su familia, aún bajo las circunstancias más adversas.

La impronta de Alberto González Pozo

Uno de los brillantes discípulos de De la Mora realizó de manera autónoma varios templos católicos, muchos de ellos catalogados y declarados posteriormente como monumentos artísticos por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), tanto por su calidad arquitectónica, como por su contribución a la imagen urbana de arterias, avenidas y calles; asimismo, su producción arquitectónica abarcó muchos otros géneros. González Pozo había estudiado entre 1952-1957 en la entonces Escuela de Arquitectura de la UNAM –Facultad desde 1982–, pero ya desde el tercer año había comenzado a trabajar en el despacho de Abraham Zabłudowsky.⁴⁰ En 1957 se incorporó al despacho de Enrique de la Mora, donde le tocó colaborar en varias obras,⁴¹ entre las que se destacó el edificio Seguros Monterrey (1960-1962) en Polanco, por el reto estructural que entrañaba el primer edificio colgante en México: dos grandes apoyos de concreto superiores sostienen una estructura metálica de la que penden tensores que soportan los entresijos para las oficinas, mientras en el remate unos marcos rígidos invertidos sostenían un restaurante panorámico.

Fue en 1963 cuando decidió establecer su propio despacho, desde donde diseñó y construyó arquitectura residencial, industrial y comercial, y

desde luego, arquitectura religiosa, proyectos que combinó con una intensa actividad gremial, patrimonial, urbana y académica, cubriendo así todas las posibilidades de desarrollo creativo e intelectual de un arquitecto.⁴²

El templo de Nuestra Señora de Guadalupe (1961-1983) fue construido en el sur de la ciudad, enclavado en la tranquila y naciente colonia El Rosedal, en la delegación Coyoacán, producto de la expansión urbana durante la década de los sesenta, que urbanizaba y comercializaba los terrenos localizados en los alrededores de los antiguos pueblos y barrios coloniales. La obra se encuentra enclavada en un entorno mayoritariamente habitacional unifamiliar,⁴³ colocada en el remate de un prologado espacio arbolado, ubicación que indudablemente le otorga jerarquía y visibilidad para su cercana feligresía.

El templo posee su propio atrio –si bien un tanto reducido–, así como un campanario robusto y exento en su parte izquierda, que hace juego con un elemento similar a la derecha, donde fue colocado posteriormente un mosaico de San Felipe Neri,⁴⁴ a quien también se venera en el templo. En el exterior, todo el conjunto se encuentra rodeado por un muro de piedra brasa, a modo de un sólido basamento perimetral –que contrasta con la ligereza de la cubierta–, pues ha de recordarse que todo el templo se encuentra exento, sin colindancias inmediatas.

40. Karla Gutiérrez Arenas, "Catalogación y análisis de la obra arquitectónica de culto católico de Alberto González Pozo", tesis de Licenciatura en Arquitectura, 2011, México, UNAM, p. 43.

41. Con una breve estancia intermedia en Alemania, para cursar estudios de especialización en la Universidad de Darmstadt.

42. Carolina Magaña, "Las facetas de un arquitecto completo. Entrevista a Alberto González

le Pozo", *Academia XXII*, núm. 0, febrero de 2010, México, UNAM, pp. 63-71.

43. Ohio núm. 64, esquina con Jardín de las Rosas, colonia El Rosedal, delegación Coyoacán, Ciudad de México.

44. Fraile florentino, nacido el 21 de julio de 1515 y muerto el 26 de mayo de 1595 en Roma, Italia. Fue fundador de la Congregación del Oratorio. Sus primeras enseñanzas religiosas las recibió de los frailes dominicos en el Mo-

nasterio de San Marcos de Florencia. En 1551 se ordenó sacerdote, para después comenzar una hermandad que fue reconocida en 1575 por el papa Gregorio XIII como Congregación del Oratorio. Será en el siguiente siglo cuando Felipe Neri sea beatificado por el papa Paulo V en 1615, y después canonizado por Gregorio XV en 1622.

Planta del templo de Nuestra Señora de Guadalupe, (1961-1983) colonia El Rosedal, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo y Leonardo Vilchis Platas. Dibujo realizado por ASS

Isométrico del mismo templo. Dibujo realizado por RMW/UAM, 2015

Fachada del templo. Fotografía: ISM, 2010



El padre Miguel Herrera encargó el proyecto a González Pozo y su socio, el también arquitecto Leonardo Vilchis Platas, mientras que el residente de obra fue Juan Antonio Tonda Magallón, toda vez que González Pozo había aprendido de su maestro De la Mora la importancia del trabajo en equipo. La primera propuesta fue un templo con una gran cubierta de un hiperboloide de revolución, a manera de una gran capilla abierta, idea que finalmente fue desechada, tanto por lo atrevido como por los recursos económicos limitados que se tenían. Así se pasó a la propuesta que finalmente se realizaría: una sola nave ortogonal, con su altar dirigido hacia el poniente y una cubierta de silueta triangular, la cual aseguraba el contraste del templo con el entorno habitacional circundante. Por su parte, la sacristía, la capilla del Santísimo y otros servicios anexos fueron localizados en la parte posterior del conjunto, una serie de pequeños espacios que cuentan con su propia cubierta: una catenaria, es decir, una losa suspendida por dos puntos extremos.

La cubierta contemplaba seis paraguas de concreto armado –que alcanzaban hasta cuatro centímetros de espesor–, que estructuralmente funcionaban de manera independiente, y cuyo cálculo fue encargado a Félix Candela. Cada manto posee su propio apoyo, aunque son asimétricos: más cortos y bajos hacia el perímetro y más extendidos y elevados hacia el centro de la nave, de tal manera que la portada y los muros perimetrales sólo son divisorios, sin soportar carga alguna de la cubierta. Esto dejó la posibilidad de insertar las franjas de ventanas con vitrales para la adecuada iluminación y ventilación del recinto.

Esta autonomía del sistema estructural permitió que en la cumbre, los mantos de un lado no tocasen a los del otro, de modo que se pudo incorporar una entrada de luz cenital que iluminaba



Templo de Nuestra Señora de Guadalupe (1961-1983), colonia El Rosedal, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo y Leonardo Vilchis Platas. Fotografías: JPS, 2013

centralmente la nave, desde los pies del templo hasta el presbiterio. De igual manera, el tímpano de la portada fue aprovechado para colocar un gran vitral triangular –por encima del acceso–, cuyos vivos colores rojo, azul y amarillo exhiben una hermosa figura de la Guadalupeana, patrona del templo. La ubicación de un pequeño coro alto sobre el acceso provocó una franja horizontal en la portada, la cual fue aprovechada para exhibir cinco medallones, uno al centro con la figura de Cristo Pantocrátor y el resto con la efigie de los evangelistas.

En el interior, sobre el muro testero, se incrustó un medallón ovalado de la Guadalupeana sobre un triángulo isósceles de pequeños trozos de madera oscura, cuya textura y tonalidades permiten la percepción de un moderno retablo, acentuado por una entrada de luz cenital oculta por dos muretes inclinados, estrategia compositiva que el mismo autor explica:

Yo me ocupé de prepararle ese espacio enmarcándolo con dos muros laterales oscuros que funcionan como jambas y acentúan la esbelta forma triangular de lo que ven los feligreses en la nave, sin adivinar de donde viene la luz que ilumina el retablo [...] Ya desde la obra negra, antes de hacer el retablo, la doté de un par de tragaluces laterales que siguen el perfil de la cubierta y proporcionan una generosa luz rasante sobre el muro testero para que el retablo que se hiciera allí, por sencillo que fuera, luciese su relieve perfectamente, sin que el espectador se percate de donde viene esa luz, gracias a las jambas que la enmarcan. Y eso funcionó muy bien. Es una de las experiencias que todavía hoy me tienen muy satisfecho. [...] En esa integración entre arquitectura y artes plásticas creo haber interpretado no las formas pero sí el funcionamiento lumínico interior de nuestras mejores iglesias barrocas de los siglos XVII y XVIII.⁴⁵

La delicada obra de carpintería del retablo, al igual que el mencionado vitral de la portada, fue diseño

de José Reyes Meza –quien solía utilizar el número áureo en sus composiciones–, colaborador también en otras obras posteriores de González Pozo, a tal punto de integración creativa, que sería difícil identificar dónde termina la labor del arquitecto y comienza la del artista plástico.

El siguiente proyecto religioso fue la parroquia de San Antonio de Padua (1962-1966/76) en la colonia Xotepingo, localizada en un angosto solar en forma de trapecio, justo al borde de la avenida División del Norte,⁴⁶ una antigua vialidad trazada originalmente a finales del Porfiriato, que seguía la ruta del acueducto entubado que conducía el agua extraída en Xochimilco a las bombas de la Condesa a fin de surtir del vital líquido a la pujante capital. El encargo del futuro templo provenía del mismo sacerdote Miguel Herrera, quien ya les había encargado el templo en la colonia El Rosedal. En el solar ya existía un improvisado tejabán con cubierta de dos aguas de cartón asfáltico, mismo que, aunque servía para los servicios religiosos, no se consideraba un lugar digno ni cómodo.

La primera propuesta de González Pozo consistió en seis paraboloides hiperbólicos con ejes asimétricos,⁴⁷ una solución geométrica que entrañaba dificultad técnica y elevado costo, por lo que fue pronto desechada a pesar de haber sido ya aprobada por la curia arzobispal. De haberse realizado,

45. Información proporcionada por Alberto González Pozo, 19 de agosto de 2015, a quien se le agradece por toda la información proporcionada.

46. División del Norte núm. 3430, esquina con Museo, colonia Xotepingo, delegación Coyoacán, México, Ciudad de México.

47. Karla Gutiérrez Arenas, *op. cit.*, pp. 67-68.

se hubiera anticipado a la solución de Kenzo Tange para la catedral de Tokio realizada en 1963-1964. La segunda propuesta estructural fue desarrollada bajo la asesoría de Tonda Magallón, quien –se recordará–, ya había colaborado en el templo anterior.

La planta arquitectónica se adecuó al escaso terreno disponible: dos angostos trapecios espejados conformarían la nave, con el altar al centro, de tal manera que habría bancas para 380 feligreses adelante y atrás del altar, así como un atrio a cada extremo. Se trataba de una propuesta sin duda revolucionaria, pues apenas se estaba celebrando el Concilio Vaticano II. Adicionalmente, el diseño de la cubierta debía contemplar la posibilidad de una realización gradual, para que la feligresía pudiera visualizar la concreción de las obras e incrementar la consecución de los recursos económicos, razón por la cual se utilizó una sucesión de marcos rígidos de concreto que pudieran irse construyendo uno a uno.

El primero marco que se realizó fue el central, que era más ancho y alto que el resto –y que coincidiría con el altar en la propuesta inicial–, para después construirse poco a poco cada uno de los marcos, tal y como lo refiere el propio González Pozo:

[...] El sistema de gajos se adaptó a la lentitud con la que el padre Miguel Herrera conseguía los recursos. De hecho, se le acabaron los que ya había juntado con la cimentación y el primer gajo. Así que cuando reunía otro poco, agregábamos otro gajo u otros dos, y así hasta acabar toda la nave, cosa que duró unos cinco años. Todo se hizo con el mismo juego de cimbras. Por eso comenzamos por el centro de la nave, donde el claro es mayor, y sólo se iban recortando las cimbras de la cubierta al avanzar hacia adelante y atrás paulatinamente. Los gajos, igual que la fachada-portada principal, son cada uno autoportantes, y la fachada no toca a la nave. Los gajos sí se

Planta de la parroquia de San Antonio de Padua (1962-1966/76), colonia Xotepingo, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo y Juan Antonio Tonda Magallón. Dibujo realizado por ASS

Fachada de la misma parroquia. Fotografía: ISM, 2005





Parroquia de San Antonio de Padua (1962-1966/76), colonia Xotepingo, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo y Juan Antonio Tonda Magallón. Fotografías: JPS, 2013

ligaron uno a otro, aunque los hubiéramos podido separar si hubiésemos querido.⁴⁸

La disposición centralizada del altar fue lamentablemente desechada, pues el programa arquitectónico requería además capillas complementarias, sacristía, bodegas, oficina y demás circulaciones. Así que se optó por suprimir el segundo atrio, pasar hacia atrás el altar y presbiterio e insertar hasta el fondo un deambulatorio –que en planta recuerda a las girolas medievales– que comunica con dos capillitas, una dedicada al Santísimo y la otra a la Virgen de Guadalupe. Finalmente, en un sótano fueron ubicadas la cripta, sacristía, salón de usos múltiples, sanitarios y bodegas, a los cuales se ingresa por medio de una escalerilla posterior. Indudablemente, la solución final fue más tradicional, con una nave orientada hacia el norponiente y un solo atrio a los pies del templo, donde además se colocaría un esbelto campanario.

La solución estructural de esta compleja cubierta, que asemeja a un gran acordeón, contempló un sistema mixto: plegaduras y superficies laminares en un mismo elemento, tal y como lo aclara el mismo González Pozo:

Cada gajo es un marco rígido, donde los apoyos son losas dobladas de 10 cm de espesor, mientras que la cubierta es a base de cuatro paraboloides hiperbólicos de 4 cm de espesor, es decir, cascarones. La leve

inclinación de los bordes hacia arriba fue sugerida por Tonda porque mi propuesta inicial eran bordes totalmente horizontales y cúspides al centro de cada cubierta. Yo estuve de acuerdo y funcionó mejor estética y estructuralmente. Así trabajábamos Juan y yo, poniéndonos de acuerdo en ese tipo de detalles y nunca tuvimos problemas en varias obras en las que colaboré conmigo [...]⁴⁹

Esta expresiva cubierta dejaba plena independencia al diseño de muros y ventanas: lateralmente se insertaron una serie de vitrales multicolores –en forma de “v” invertidas– cuya superficie debió reducirse al estar expuestas hacia el asoleamiento del oriente y poniente, mientras que en la portada fue incorporado un muro para sostener al pequeño coro que se ubica sobre el acceso. En el exterior, la portada fue recubierta por hermosas piezas cerámicas –que rememoran la textura de las portadas platerescas de los templos novohispanos–, mientras dos franjas de vitrales forman una cruz que se sobrepone a un gran rosetón monumental. Todo ello fue realizado por el artista José Reyes Meza, quien formaba parte de sus colaboradores habituales.

Sólo el campanario no pudo ser concluido con el resto de la obra, pues pasarían varios lustros más para que pudiera realizarse. Hasta 1976 se edificó de manera exenta en el vértice del predio –como si de un *campanile* se tratara–, aunque, como fue diseñado por el mismo equipo, se integra plenamente al conjunto. Una esbelta torre de concreto, adornada con franjas verticales de piezas cerámicas similares a los de la portada, se abre en la parte superior –como si se tratase de una mano– para sostener delicadamente la campana que llama al rezo.

El siguiente ejemplo diseñado por González Pozo fue la rectoría de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción (1965-1983), situado en un pre-

48. Información proporcionada por González Pozo, 16 de agosto de 2015.

49. Información proporcionada por González Pozo, 10 de agosto de 2015.

dio esquinero de la naciente colonia El Reloj,⁵⁰ en la confluencia de una avenida arbolada que conduce a la sede sureña del Club Asturiano y una calle secundaria que comunica con el museo Anahuacalli, hecho por Diego Rivera y Juan O’Gorman algunos lustros antes. La colonia ya contaba con un pequeño cobertizo construido improvisadamente en el lugar, en donde se realizaban las primeras misas, pero el padre Miguel Herrera deseaba poder contar con un templo digno. Por ello acudió nuevamente a González Pozo y a su socio Vilchis Platas, pues ya conocía su buen desempeño por los dos templos anteriores. El diseño estructural corrió a cargo del arquitecto Juan Antonio Tonda Magallón, con quien ya habían colaborado.

Un muro de piedra braza característico de la zona –producto de la erupción del volcán Xitle– rodeó todo el límite del terreno; tan sólo se interrumpió en la esquina del predio a fin de insertar el pequeño vestíbulo exterior, umbral entre el espacio sagrado y el profano. Lo primero que se construyó al fondo del predio fue una pequeña capilla temporal para ofrecer de inmediato un lugar digno para los servicios religiosos, cuya cubierta fueron dos conoides, el más bajo para el espacio de la nave, y otro más peraltado para el presbiterio, unidos por una armadura de concreto en forma de arco, que permitía la penetración tamizada de la luz. Esta capilla no fue destruida como se había previsto, pues se decidió conservar como elemento complementario, una decisión sin duda afortunada, que en sí misma constituye una lección de arquitectura. Puede aún visitarse al fondo del pequeño atrio del templo principal –que le confiere el aislamiento necesario al interior– el cual fue construido durante los años subsecuentes, pues los recursos económicos eran escasos.

El espacio de culto adoptó una planta de proporción cuadrada, situando al altar en la esquina, con el celebrante “de cara al pueblo” y rodeado

parcialmente por las bancas de los feligreses, de tal modo que ellos podían tener más comunicación con el espacio celebrativo, pues ha de recordarse que cuando fue comenzado el proyecto de este templo (1965), el Concilio Vaticano II ya había dictado sus directrices y recomendaciones.

La propuesta inicial contemplaba mantos asimétricos y tan sólo tres apoyos, pero finalmente se optó por la axialidad del elemento e incrementar el número de apoyos, por la complejidad y costos que entrañaba:

La cubierta yo la había pensado con sólo tres apoyos donde convergen los mantos, pero Tonda me hizo ver que los dos principales mantos eran de ejes asimétricos y eso le dificultaba mucho calcular garantizando su estabilidad, así que me propuso un anillo cuadrado de concreto que rodea a la nave y repartimos el peso de la cubierta con la hilera de columnas perimetrales que se ven en la obra interiormente. Así se resolvió el problema. [...]⁵¹

Así, la cubierta fue realizada con tres paraboloides hiperbólicos, dos mayores para cubrir la nave y uno más pequeño sobre la zona del presbiterio, los cuales estructuralmente trabajaban de manera independiente, lo que permitió insertar entre ellos una serie de franjas de luz, una solución que ya se había experimentado en templos anteriores.

50. Cáliz núm. 95, esquina Tallo, colonia El Reloj, delegación Coyoacán, Ciudad de México.

51. Información proporcionada por González Pozo, 16 de agosto de 2015.

Planta del templo de la Rectoría de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción (1965-1983), colonia El Reloj, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo, Leonardo Vilchis Platas y Juan Antonio Tonda Magallón. Dibujo realizado por ASS

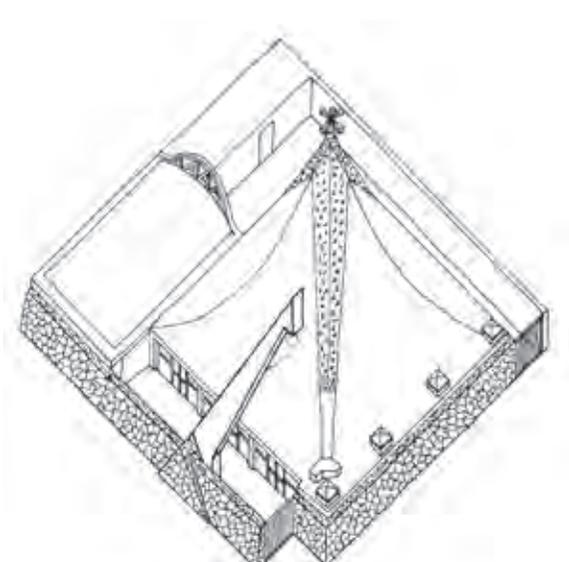
Fachada del mismo templo (abajo). Fotografías: JPS, 2013

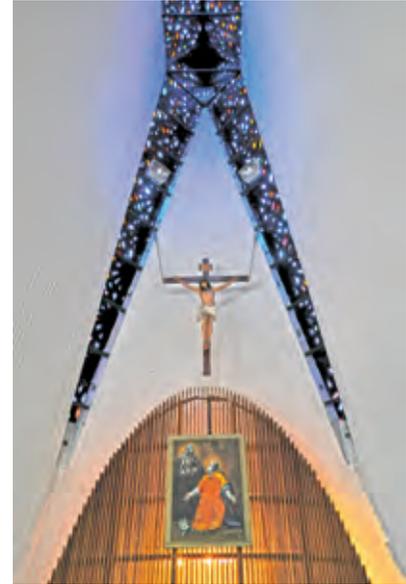


El campanario que originalmente se había previsto iba a ser un elemento vertical y exento al templo, sobre el muro del atrio, donde sólo se dejó preparada la cimentación. Tardaría más de dos décadas en poderse construir (1983-1984), cuando ya la zona había crecido comercialmente y la espesura de los árboles obstaculizaba la percepción del templo. Un elemento vertical corría el riesgo de mimetizarse con los troncos de los árboles, por lo que González Pozo optó, acertadamente, por utilizar un elemento inclinado que emergiera desde el muro atrial y que aprovechara la cimentación existente –su basamento prismático fue aprovechado para colocar un medallón con la efigie de San Felipe Neri–, para situar así en alto a la indispensable campana.

Eran los años ochenta y la industria de la construcción brindaba nuevas alternativas: la solución para el oblicuo campanario fue una estructura metálica a la que se fijaron precolados de concreto estriado y con agregado expuesto –una solución que ya había implementado González Pozo en el Centro

Isométrico de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMWUAM, 2015





Rectoría de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, (1965-1983) colonia El Reloj, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo, Leonardo Vilchis Platas y Juan Antonio Tonda Magallón. Fotografías: JPS, 2013

de Convenciones de Acapulco–; un elemento que a pesar de diseñarse años después, se integró plenamente al conjunto preexistente.⁵² El campanario fue calculado por el ingeniero civil Heriberto Izquierdo y pasó su mayor prueba al salir incólume del terremoto de 1985.⁵³

El cuarto ejemplar de González Pozo que aquí se analizará fue la parroquia de Santa María de los Apóstoles (1967-1968), la cual exhibe no sólo el dominio sobre las estructuras ligeras, sino una planta arquitectónica más concéntrica que las de los templos anteriores. En esta ocasión, los colaboradores fueron los arquitectos Eduardo Ibargüengoitia, en el proyecto, y Juan Antonio Tonda Magallón, en el diseño estructural. El proyecto fue promovido por el monseñor José Reynoso Cervantes⁵⁴ –en ese momento se desempeñaba como secretario canciller de la mitra metropolitana–, quien aprovechó la coyuntura de la donación generosa de dos fieles: un terreno de mil metros –donado por el médico Velasco Cimbrón– y el costo de la construcción –por la generosidad del doctor Alatorre–, con lo cual estaba asegurada la edificación. El terreno se encontraba en la delegación Coyoacán, aunque casi en el límite con Tlalpan, en la lateral de Periférico Sur, arteria que ahí divide las dos demarcaciones políticas. La residencial colonia donde se construyó⁵⁵ se sitúa en los límites geográficos de la zona del Pedregal –aquella bañada

por la lava del Xitle–, en los alrededores del Estadio Azteca, el “coloso de Santa Úrsula”, en referencia al nombre del cercano pueblo.

El terreno poseía forma de cuchilla y era de moderado tamaño, por lo que la esquina se destinó para el acceso, mientras que, en la parte posterior, más ancha, se ubicaron los anexos. No hubo posibilidad de tener propiamente un atrio, pero su estratégico emplazamiento en una cabecera de manzana le permitía gran presencia urbana, aun desde el arroyo central del Periférico –desde donde se percibe el singular campanario–, un emplazamiento que fue aprovechado para diseñar una cubierta de sencilla silueta y de gran atractivo plástico, pero no por ello menos compleja estructuralmente. El anteproyecto fue elaborado en 1967, y en poco más de un año la iglesia estaba levantada dada la adecuada disponibilidad de recursos, una circunstancia con la que no siempre se cuenta, pues ya se ha visto lo dilatada que a veces resulta la construcción en algunas ocasiones.

La planta de la nave es cuadrada, aunque con una extensión hacia el acceso, donde se superpone un pentágono –que permite ampliar la zona de bancas–, ello hace que el interior se perciba ligeramente romboidal. Además, este nártex sirve como vestíbulo al templo, además de amortiguamiento sonoro provocado por la cercanía de la vialidad tan cercana. Por su parte, la nave cuadrada fue cubierta por cuatro mantos de paraboloides hiperbólicos simétricos y equiláteros, con las puntas cortadas, de tal manera que aparecen redondeadas. La solución tomaba elementos de la capilla de San Vicente de Paul en Coyoacán y del santuario de Guadalupe, en Madrid, pero adecuados a los límites del escaso terreno. En la parte alta, los cuatro mantos se tocan en un anillo circular, geoméricamente ubicado en el centro de la nave y que permite una entrada de luz cenital, en concordancia con una solución interior

52. *Idem.*

53. *Idem.*

54. Karla Gutiérrez Arenas, *op. cit.*, p. 88.

55. Periférico Sur esquina con Coscomate, colonia Bosques de Tetlameya, delegación Coyoacán, Ciudad de México.

Planta de la parroquia de Santa María de los Apóstoles, (1967-1968) colonia Bosques de Tetlameya, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo, Eduardo Ibargüengoitia y Juan Antonio Tonda Magallón. Dibujo realizado por ASS.

Fachada de la misma parroquia de Santa María de los Apóstoles. Fotografías: JPS, 2013

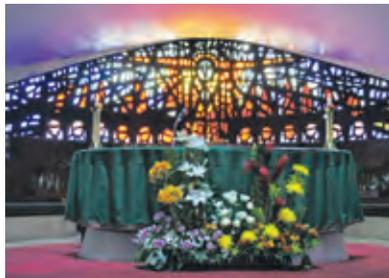


claramente posconciliar, con un altar centralizado y rodeado en tres de sus lados por los 450 feligreses que, sentados cómodamente, ocuparían las bancas.

La gran cubierta también incorporaba otros elementos del programa arquitectónico de un templo católico, como confesionarios, sacristía, osario, coro, una capilla secundaria para 60 personas y un pequeño bautisterio que se ubicó en el acceso. En la parte posterior del predio se colocaron los espacios complementarios dentro de un edificio anexo –inclusive separados por un patio de iluminación–, pero interconectado con la nave, y en donde se ubicaron un salón de usos múltiples, oficinas, bodegas y habitaciones para los encargados.⁵⁶

Para el diseño de algunos elementos litúrgicos, el mismo monseñor Reynoso invitó a participar a fray Gabriel Chávez de la Mora, arquitecto y fraile benedictino, en el diseño y fabricación de los elementos litúrgicos del bautisterio, el altar y la capilla del Santísimo que está detrás del coro. Indudablemente, su importancia en la arquitectura religiosa no ha podido ser debidamente aquilatada en este estudio debido a que sus obras se encuentran fuera de la Ciudad de México; valga decir que muchas de ellas se adelantaron a los lineamientos posconciliares, sobre todo en el diseño de las plantas. El resto de los accesorios fue diseñado por González Pozo, como el presbiterio, el altar y el ambón,

56. Karla Gutiérrez Arenas, *op. cit.*, pp. 94-95.



Parroquia de Santa María de los Apóstoles (1967-1968), colonia Bosques de Tetlameya, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Alberto González Pozo, Eduardo Ibarguengoitia y Juan Antonio Tonda Magallón. Fotografías: JPS, 2013

las sedes, los siales del coro, la pila bautismal y el cancel de madera que divide a la nave de la capilla del Santísimo.

Finalmente, el diseño lumínico en Santa María de los Apóstoles se resolvió con varios puntos de penetración: en el anillo superior, la luz multicolor se prolonga por los cuatro intersticios que quedan entre los mantos, mientras que por debajo de ellos, se colocaron cuatro vitrales diseñados por el maestro José Reyes Meza y elaborados por el taller de José de las Peñas, con un sistema distinto a los vitrales tradicionales, como nos aclara González Pozo:

[...] Son placas precoladas de concreto, soldadas a soleras verticales, con pedazos de vidrio de una pulgada de espesor importado de Chartres (por el señor De las Peñas). Reyes Meza tuvo que adaptar su diseño a este sistema y lo hizo muy bien. Decidimos que el color del concreto de los precolados fuera interiormente gris muy oscuro y exteriormente rojo, igualándolo al de la aguja de lámina que remata la obra.⁵⁷

Tres de los vitrales poseen diseños abstractos –un pentagrama estilizado de un canto benedictino–,⁵⁸ con excepción del que queda detrás del altar, que representa a María con los doce apóstoles, a quienes se encuentra dedicado el templo:

La labor de Reyes Meza en ésta y otras obras mías fue decisiva para su aspecto final, y corroboró mi empeño en asociarme con un artista plástico de mi

confianza para estas cuestiones. El mérito de Reyes es que él era pintor figurativo, [pues] hacía murales a fresco del tipo de la “escuela mexicana de pintura”, [de] retratos y bodegones, pero yo lo convencí de recurrir a un lenguaje relativamente más abstracto, cosa que aceptó con gran disciplina y todo lo que le pedí lo resolvió con maestría.⁵⁹

No sería éste el último templo realizado por González Pozo, pues en los años ochenta construirá la Rectoría de Guadalupe en la colonia Ajusco –con otros sistemas estructurales–; sin embargo, el templo en Bosques de Tetlameya fue sin duda una de sus obras más innovadoras, en términos espaciales, y de mayor madurez plástica.

Otros autores de cascarones

El templo de la Divina Providencia (1967-1969) en la colonia Ciudad Jardín, Coyoacán,⁶⁰ fue realizado por encargo de los frailes franciscanos de la Provincia del Santo Evangelio de México y proyectado por autores menos conocidos que los anteriormente citados, pero no por ello menos virtuosos. El autor de la obra fue el arquitecto Antonio Francisco Torres Zapién, a quien ya se ha mencionado en el capítulo anterior como autor de la parroquia de la Virgen de Guadalupe en la colonia Pensil, donde incorporó una cubierta semiondulante en la cubierta. En este

57. Información proporcionada por Alberto González Pozo, 16 de agosto de 2015.

58. Karla Gutiérrez Arenas, *op. cit.*, p. 96.

59. Información proporcionada por Alberto González Pozo, *loc. cit.*

60. Avenida de las Rosas núm. 55, esquina con Nochebuena, colonia Ciudad Jardín, delegación Coyoacán, México, Ciudad de México.

nuevo encargo, también colaboró su hermano, el arquitecto Carlos Guillermo –igualmente, conocedor del tema religioso–⁶¹ así como su padre, el ingeniero arquitecto Torres –quien había trabajado con Enrique de la Mora–, egresado de la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA) del Instituto Politécnico Nacional. También colaboró el arquitecto Juan Antonio Tonda, encargado del diseño estructural y la construcción,⁶² habilidades que ya había probado satisfactoriamente en proyectos anteriores.

El emplazamiento del templo fue en un predio esquinero, situación aprovechada por los autores para diseñar una plástica morfológica que contrastase con el entorno mayoritariamente habitacional y comercial, como el mercado que se encuentra en la esquina del predio de enfrente. El templo posee una pequeña escalinata orientada a la calle principal, la cual le sirve a manera de vestíbulo, pues no posee propiamente un atrio –sólo ligeramente remetido–, toda vez que no se contaba con un solar de grandes proporciones. Lamentablemente, carece de un campanario acorde a la dignidad del edificio, pues la campana aparece colgada de un par de precarias traveses en “v” al lado izquierdo del acceso. La portada es muy sencilla, formada por su acceso centralizado y flanqueada por dos muros divisorios, mientras que arriba se insertó un vitral monumental, bajo una sobresaliente sección de un cascarón, el

cual muestra cuatro orificios triangulares que forman una cruz.

En el interior, la planta es de una sola nave ortogonal; está dirigida hacia el norponiente y dividida en tres secciones cuadradas: dos de ellas para la nave propiamente dicha y una más a los pies del templo, para el coro alto y sotocoro, donde se puede observar un cascarón utilizado como entrepiso entre ambos espacios, utilización que Enrique de la Mora había ya implementado en la parroquia de San Antonio de Padua en la Calzada México-Tacuba, comentada en el capítulo anterior. Para la cubierta principal se utilizaron paraboloides hiperbólicos de concreto armado aparente, que no nacen desde el piso, sino de poderosos basamentos de concreto que soportan las cargas y el volteo. Bajo ellos, los vanos más peraltados corren en sentido transversal y más bajos en el sentido longitudinal –es decir, aquéllos que en un templo convencional con bóvedas vaídas serían los arcos fajones y los arcos formeros, respectivamente. Estos espacios fueron aprovechados para insertar una serie de vitrales multicolores realizados en 1969 por Ma. Eugenia Álvarez.

Otro ejemplo realizado en cascarones, por autores no por todos conocidos, fue el templo para Nuestra Señora de Guadalupe Reina del Trabajo (1962-1972) en la colonia Obrera Popular, Azcapotzalco.⁶³ El proyecto y la construcción fueron del arquitecto

61. Quien años después, en 1982, realizaría una tesis de maestría en arquitectura titulada: “El diseño de iglesias, análisis arquitectónico, directrices religiosas, proposiciones”, disponible en el acervo digital de tesis de la UNAM con la clasificación 001-00163--T1-1982-1. Se agradece a la maestra Verónica Lorena Orozco Velázquez la oportuna información sobre este documento.

62. Información proporcionada por González Pozo, 15 de julio de 2015.

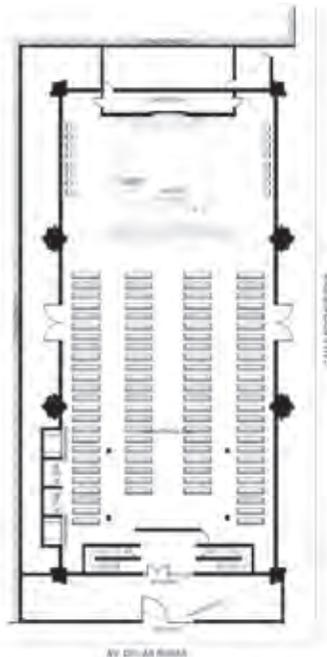
63. Poniente 58 esquina Norte 69, colonia Obrera Popular, delegación Azcapotzalco, Ciudad de México.



Templo de la Divina Providencia, (1962-1969) colonia Ciudad Jardín, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Antonio Francisco y Carlos Guillermo Torres Zapién. Fotografías: JPS, 2013

Planta del templo de la Divina Providencia (1962-1969), colonia Ciudad Jardín, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Antonio Francisco y Carlos Guillermo Torres Zapién. Dibujo realizado por ASS

Fachada del mismo. Fotografías: ISM, 2015



TEMPLO DE LA DIVINA PROVIDENCIA
CALLE TORMERANA 1400 DE COL. CIUDAD JARDÍN DEL COYOACÁN, D.F.



German Herrasti Ortiz de Montellanos, perteneciente a una familia vinculada con la arquitectura,⁶⁴ mientras que el cálculo estructural fue de Molina y Asociados, quienes solían construir este tipo de estructuras ligeras desde la década de los cincuenta.

El proyecto se gestó hacia 1962, pero la construcción se dilató muchos años por los pocos recursos que se disponían: primero se hizo la cubierta, luego las fachadas laterales y al final la portada principal, mientras que hubo elementos que nunca se realizaron, como el campanario de 26 metros. Cuando el proyecto fue publicado en 1972 en el número 106 de la revista *Arquitectura México*, se explicaron algunas consideraciones importantes que se tomaron en cuenta en su realización, como la gran capacidad de fieles que debía cubrir y la estrechez presupuestaria:

Por encontrarse en una colonia sumamente populosa era necesario otorgar el espacio máximo disponible, ya que la asistencia a los servicios religiosos sobrepasa en ocasiones a las mil personas, de ahí que la nave cubra la mayor parte del terreno, reduciéndose los servicios parroquiales a su mínima expresión [...] Aunado a la densidad de población, el nivel económico general es verdaderamente raquítico, por lo que se llegó en un principio a pensar en techar con asbesto y armaduras y otras soluciones tipo “jacalón”. Afortunadamente, y gracias a la desinteresada

64. Su padre fue ingeniero civil y su primo, el arquitecto Jaime Herrasti Donde, también realizó obras religiosas. También es padre de la arquitecta Luz María Herrasti Coqui, a quien se le agradece la valiosa información proporcionada.

ayuda de los constructores y otras personas, se pudieron construir los clásicos paraguas.⁶⁵

La esquina donde se encuentra el templo le dotó de una cierta jerarquía dentro de la popular colonia, aunque no posee campanario alguno que le ayude a lograrlo. Su portada presenta un perfil triangular, producto de la misma cubierta a dos aguas, mientras que el tímpano es ocupado por un gran vitral, entrelazado con una columnata de concreto que le otorga ritmo y verticalidad a la fachada. Sobre el acceso al templo, aparece una losa quebrada zigzagueante de concreto aparente que al exterior funciona como una prolongada marquesina que sombrea el acceso central, mientras que al interior sirve para cubrir una serie de espacios complementarios, pues el coro aquí no se encuentra sobre el ingreso.

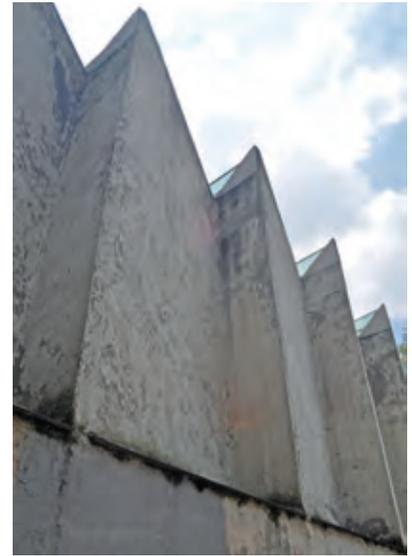
La gran cubierta se conforma por seis mantos de paraboloides hiperbólicos muy peraltados, los cuales permiten una planta libre de tres naves, cuya percepción, aunque estén divididas por los seis apoyos de concreto, es de un solo y espacioso salón. El retablo triangular al fondo, coronado por la imagen de la Guadalupana, repite la misma solución de la magistral iglesia de González Pozo en la colonia El Rosedal, aunque aquí las proporciones de la nave y las entradas lumínicas provocan un resultado completamente distinto.

65. *Arquitectura México* núm. 106. Edición digital, Carlos Ríos Garza, ed., *Arquitectura México 1938-1978. Fuentes para la historia de la arquitectura mexicana*, colección "Raíces Digital", México, UNAM, 2008, p. 143.

Vista exterior del templo de Guadalupe Reina del Trabajo (1962-1972), colonia Obrera Popular, delegación Azcapotzalco, Ciudad de México, del arquitecto Germán Herrasti Ortiz de Montellanos. Fotografía: ISM, 2015



El coro se encuentra al fondo, justo detrás del presbiterio, pues aunque el altar no se encuentra aquí en el centro geométrico del espacio, sí se aproxima ligeramente a los feligreses; probablemente esta decisión fue tomada durante el largo periodo de construcción, justo en la década cuando comenzaron a impactar las directrices emanadas del Concilio Vaticano II. También la luz cobra aquí una importancia capital, sobre todo al salir del templo, cuando los fieles se encuentran con el impactante vitral sobre el acceso –de colores rojo, ámbar y azul–, diseño de la arquitecta Giulia Cardinale, quien fuera profesora destacada por varias décadas en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Lamentablemente, hay factores externos que no han permitido mantener el templo de una manera idónea, tanto por los escasos recursos económicos con que



Templo de Guadalupe Reina del Trabajo (1962-1972), colonia Obrera Popular, delegación Azcapotzalco, Ciudad de México, del arquitecto Germán Herrasti Ortiz de Montellanos. Fotografías: JPS, 2013

cuenta la colonia para su mantenimiento, como por las alteraciones ordenadas por sus “creativos” sacerdotes, quienes se han encargado de insertar un muestrario de arquillos en el flanco derecho en el interior de la nave.

Finalmente, debe mencionarse un último ejemplo dentro de los llamados cascarones de concreto, aunque con algunas exploraciones lumínicas que la diferencian de las obras precedentes: la parroquia del Divino Niño Jesús (1970),⁶⁶ en Iztapalapa, obra de los arquitectos Juan Antonio Tonda Magallón y José Luis Rincón. La misma ubicación del templo —al oriente de la capital y dentro de una zona popular con usuarios de menores ingresos económicos—, indica la expansión que el Movimiento Moderno había adquirido a inicios de la séptima década, cuando la mancha urbana se extendía velozmente sobre el antiguo suelo lacustre.

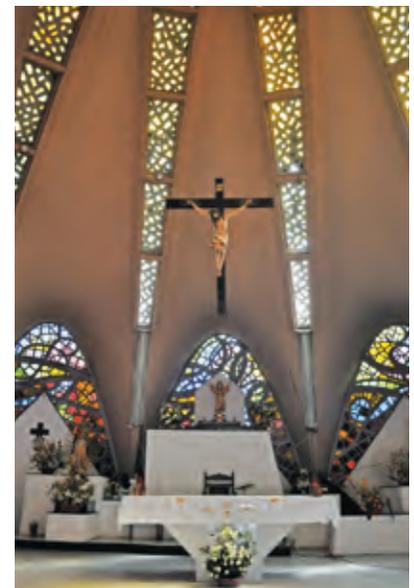
El templo se situó en un predio esquinero, circunstancia que, aunada a la expresiva plasticidad de la cubierta, le confiere una gran jerarquía urbana dentro de la zona mayoritariamente habitacional que la circunda. Posee un pequeño jardincillo que la rodea perimetralmente, sin embargo, al encontrarse encerrado por una reja continua, se desmerece la calidad arquitectónica del conjunto.

66. Se agradece a Juan Ignacio del Cueto la información proporcionada.

Vista exterior de la parroquia del Divino Niño Jesús (1970), colonia Santa Cruz Meyehualco, delegación Iztapalapa, Ciudad de México, de los arquitectos Juan Antonio Tonda Magallón y José Luis Rincón. Fotografías: JPS, 2014



La planta del templo es perfectamente circular, sobre la cual se yergue una cubierta formada por 16 gajos de paraboloides hiperbólicos, todos ellos concebidos como estructuras independientes en su base, mientras que en la parte superior sí se juntan en un anillo de compresión, el cual los integra así en un mismo elemento. Entre los intersticios de esos gajos se aprovechó para insertar vitrales triangulares de colores ambarinos y naranjas, que dotan al espacio interior de una gran luminosidad pocas veces vista en una parroquia de pequeñas proporciones. En su parte superior, el óculo fue coronado con otro vitral semiesférico, en cuya parte superior fue colocado un puntiagudo pináculo de herrería, encargado de continuar la directriz curva de la cubierta en el exterior. Lamentablemente, el conjunto desmerece por la construcción de un campanario exento, con toscas formas de cruz y localizado a un extremo del



Parroquia del Divino Niño Jesús (1970), colonia Santa Cruz Meyehualco, delegación Iztapalapa, Ciudad de México, de los arquitectos Juan Antonio Tonda Magallón y José Luis Rincón. Fotografías: JPS, 2013

predio, cuya composición formal en nada se integra a las formas plásticas de tan extraordinaria obra.

Las cubiertas en plegaduras

Varios fueron los arquitectos e ingenieros civiles que experimentaron de manera innovadora en este tipo de estructuras en edificios religiosos, como Honorato Carrasco Navarrete, tal como se ha podido exponer desde el capítulo pasado. Durante la década de los sesenta, éste arquitecto realizó una parroquia en la Ciudad de México, la Divina Providencia (1965-1969) en la Colonia del Valle, y una extraordinaria capilla, la del Seminario Conciliar Menor (1965-1967) en la delegación Tlalpan –la cual será abordada un poco más adelante, dentro del apartado de capillas comunitarias. No serían éstas las únicas obras religiosas de Carrasco, pues nuevamente, hacia inicios de la década de los ochenta, realizó dos templos más, uno en la capital y el otro en provincia: la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza (1983), en la colonia General Anaya, y la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe (1981-1992), en Ario de Rosales, Michoacán.

Para la parroquia de la Divina Providencia (1965-1968), Honorato Carrasco contó con la colaboración del también arquitecto Amaury Pérez de

la Huerta García, colega y socio con quien había emprendido obras anteriores. El templo franciscano ocupó un generoso predio cabecero de manzana, con una ubicación urbana envidiable, bordeada por tres calles aledañas,⁶⁷ cerca del emblemático conjunto de vivienda colectiva “Miguel Alemán” hecho por Mario Pani algunos lustros atrás. Desde el punto de vista urbano, su mayor aportación la constituye la conformación de un gran atrio completamente público, sin barda que lo contenga para integrarse plenamente al espacio público de la colonia. Ahí se instalan puestos de periódicos y boleros, o vendedores de globos y golosinas, quienes se mezclan con la feligresía local, que entra y sale del servicio religioso, en un espacio mitad sagrado y mitad mundano, bajo las exuberantes frondas de los árboles que ocultan parcialmente el expresivo volumen de la cubierta. Hacia la única colindancia, del lado norte, se localizó la casa parroquial y las oficinas dentro de un volumen rectangular, que al mismo tiempo sirve de fondo compositivo para la expresiva volumetría de la nave.

La planta del templo es semicircular, a modo de un gran abanico, una figura que facilitaba la colocación centralizada del altar para potenciar la comunicación entre la asamblea y el espacio celebrativo, pues se trata de una iglesia posconciliar. De esta manera, los fieles, cómodamente sentados en sillas individuales –provistas de isóptica en sus doce filas–, convergen sus miradas hacia el centro geométrico de la planta, donde se encuentra el altar y presbiterio, iluminados cenitalmente por un óculo superior, una solución que ya había aplicado en la capilla del seminario conciliar menor y que se analizará algunas páginas más adelante.

La cubierta seleccionada para este gran espacio sin columnas intermedias fue una plegadura quebrada en su parte central, para ascender oblicuamente hacia el óculo que ilumina el altar, mientras

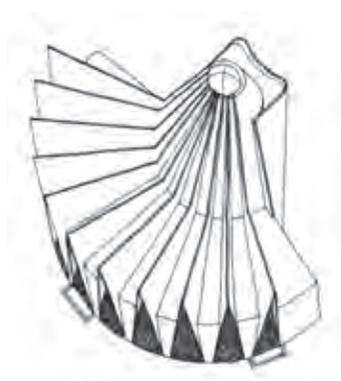
67. Ignacio Bartolache núm. 1760, esquina con Parroquia y Adolfo Prieto, Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

Planta de la parroquia de la Divina Providencia (1965-1969), Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de los arquitectos Honorato Carrasco Navarrete y Amaury Pérez de la Huerta. Dibujo realizado por ASS

Volumetría de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMW/UAM, 2015

Vista exterior de la parroquia. Fotografía: ISM, 2006

214

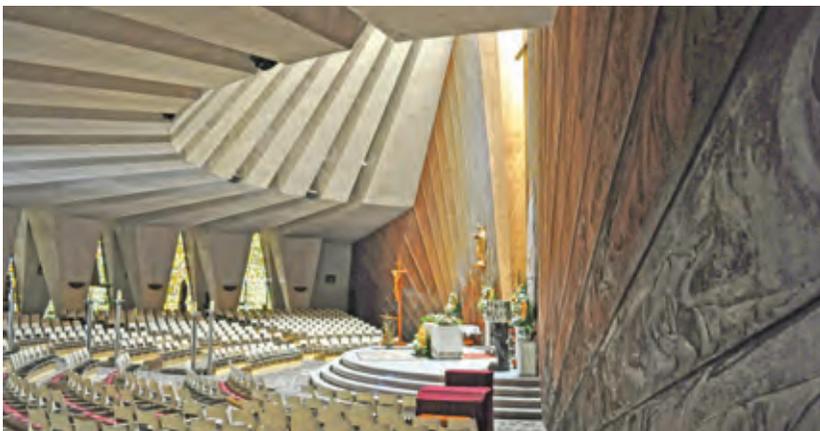
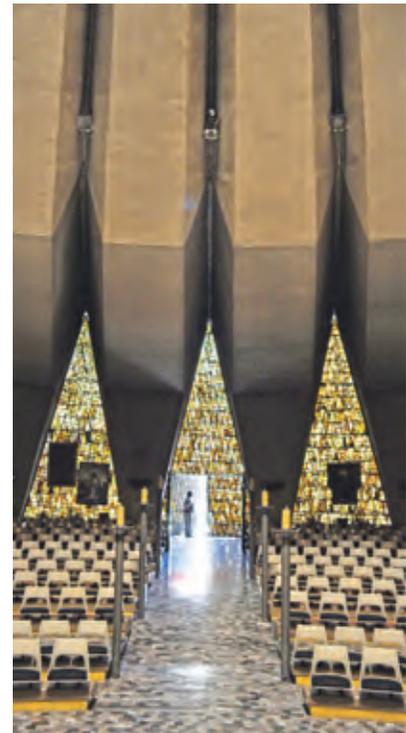


que alrededor, sus vértices se apoyan directamente sobre el piso. De este modo se eliminan los tradicionales muros de carga y se conforma así su característica fachada zigzagueante, que la destaca morfológicamente del entorno habitacional circundante. Tal criterio estructural fue sin duda más complejo de lo que se percibe, como mejor lo explica el especialista en estructuras Solís Ávila:

En el área de culto, el arquitecto perfecciona lo que había realizado anteriormente, en este caso, con losas plegadas concéntricas, con dobleces tanto en el arranque como en la cumbrera de la cubierta. Estas plegaduras se apoyan en un muro cabecero, el cual colinda con la casa parroquial [...] La cubierta tiene su arranque en el perímetro del semicírculo; tanto las plegaduras como las losas planas están dispuestas radialmente siguiendo una trayectoria casi horizontal hacia la zona del altar. En este punto la cubierta presenta un doblez ascendente hacia un anillo de tensión que remata en un domo y enmarca el altar.⁶⁸

Esta solución de la cubierta que nace desde el piso, provoca una sucesión de "v" invertidas en la fachada, las cuales sirven para conformar vanos triangulares que contienen los vitrales de diseños abstractos que bañan el espacio interior de sutiles tonos ambarrinos. La otra entrada de luz es la cenital, para iluminar en el presbiterio una esbelta cruz con una efigie de Cristo, bajo la mirada superior de la Providencia,

68. Luis Fernando Solís Ávila, *Principios estructurales en la arquitectura mexicana*, México, Trillas, 2010, pp. 103-104.



Parroquia de la Divina Providencia (1965-1969), Colonia del Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de los arquitectos Honorato Carrasco Navarrete y Amaury Pérez de la Huerta García. Fotografías: JPS, 2013

una imagen adosada al muro. La composición se completa con el tratamiento háptico del muro testero: un haz de rayos converge hacia el altar, más rugoso a medida que se acerca hacia el espacio celebrativo, mientras que, al fondo, el muro recibe una cuadrícula dorada conformada de pequeñas laminillas, que a la distancia se perciben a manera de moderno retablo.

Además del arquitecto Carrasco Navarrete, también otros autores probaron las bondades de las plegaduras, pues el encarecimiento de la mano de obra provocaba que los cascarones no fueran la única opción viable. Así, por ejemplo, la parroquia de Santo Tomás Moro (1967-1973), construida en el sur de la ciudad, en la residencial colonia Florida, muy cerca de ese privilegiado espacio arbóreo “Los Viveros” que legara el apóstol del árbol, el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo.

La elevación a los altares del político inglés⁶⁹ había sido entonces relativamente reciente, comparado con otros personajes milenarios en la iglesia católica. Fue beatificado por el Papa León XIII en 1886, por su férrea oposición a la reforma protestante, para luego ser santificado por Pío XI en 1935 y proclamado por Juan Pablo II como patrono de los políticos y gobernantes, razón por la cual es común encontrarse en este templo a muchos influyentes políticos mexicanos que profesan la fe católica.

Su autor fue el arquitecto Wolfram Oehler Brueckner, calculista y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, sin que a la fecha haya podido precisarse cuál fue el vínculo profesional o personal que lo condujo a encargarse de esta obra. El predio disponible estaba entre medianeras, aunque de generosas proporciones y con un fácil acceso desde la espaciosa calle de Vitto Alessio Robles,⁷⁰ arbolada vialidad que conecta las avenidas Universidad e Insurgentes Sur, entre los límites de las delegaciones Benito Juárez y Álvaro Obregón. El volumen del templo se situó hacia el fondo del predio, a fin de permitir un espacioso y arbolado atrio, el cual sin embargo no se encuentra integrado al espacio público, pues una reja atrial lo delimita en su borde con la calle, provocando que pase prácticamente desapercibido para quien circula por la actual transitada avenida.

Una vez dentro del atrio, el feligrés es recibido por una poderosa y esbelta cruz de concreto armado aparente, que sacraliza de ese modo el espacio exterior, tal y como hacían los conventos evangelizadores del siglo XVI en aquel convulsionado siglo en que vivió Tomás Moro. Para ingresar a la nave es necesario ascender por unas pequeñas escalinatas –elevación que permitió ubicar una capilla inferior en un sotanillo– y así llegar a una plataforma exterior, que conduce al único acceso centralizado, flanqueado por unos muros recubiertos de cantería. Arriba, la fachada se completa con el perfil zigzagante de la cubierta de plegaduras, bajo la cual se insertan tres triángulos –equilátero, el central y escalenos apoyados en la hipotenusa, en los laterales– y tres vanos ortogonales, todos ellos con vitrales de colores ambarinos.

La nave es en extremo sencilla y tradicional: ingreso por el sotocoro y tres naves rectangulares, todas con la misma anchura, aunque sólo la central

69. Tomás Moro (1478-1535) fue un pensador, teólogo, político, humanista, profesor de leyes, juez de negocios civiles, abogado y escritor inglés, además de canciller del monarca británico Enrique VIII. Su obra más famosa fue *Utopía*, donde proponía la organización de una sociedad ideal, asentada en una nación en forma de isla del mismo nombre.

70. Vitto Alessio Robles núm. 206, colonia Florida, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Planta del templo de Santo Tomás Moro (1967-1973), colonia Florida, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, del arquitecto Wolfram Oehler Brueckner. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior (abajo) del mismo templo. Fotografía: JPS, 2015



remata con el presbiterio y el altar, dirigidos hacia el norte. El único espacio es cubierto por una losa plegada de concreto armado, cuyos dobleces corren longitudinalmente en el sentido largo de la nave, mientras que únicamente en el entre eje central se abre al fondo un lucernario, justo sobre el altar, para inundar de luz al espacio celebrativo y la imagen de un Cristo, que da la impresión de estar suspendido sobre el espacio. Abajo, el muro testero recibe un recubrimiento de mármol beige, sobre el cual aparece un murete cóncavo forrado de madera oscura, a fin de provocar el contraste que brinde jerarquía al sencillo presbiterio, con el altar, el ambón y el púlpito bajo la observante mirada del político británico elevado a los altares.

Otro ejemplo de templo católico con cubiertas en plegaduras se encuentra al sur de la ciudad, en la delegación Coyoacán. La parroquia de Nuestra Señora de la Merced en la colonia Espartaco,⁷¹ una zona de clase media que se desarrolló hacia los años sesenta al oriente de Calzada de Tlalpan –justo a la altura de la desaparecida glorieta de los Estudios Clasa, instalaciones donde se filmaron muchas de las películas emblemáticas de la llamado “época de oro” del cine mexicano–. El autor de la obra aún no ha podido precisarse, pues aunque algunas fuentes la han atribuido a Honorato Carrasco Navarrete –por el tipo de cubierta en plegaduras–, la consulta a su

71. Calle 5 núm. 60, esquina con Estrella Binaria, colonia Espartaco, delegación Coyoacán, Ciudad de México.



Templo de San Tomás Moro (1967-1973), colonia Florida, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, del arquitecto Wolfram Oehler Brueckner. Fotografías: JPS, 2013

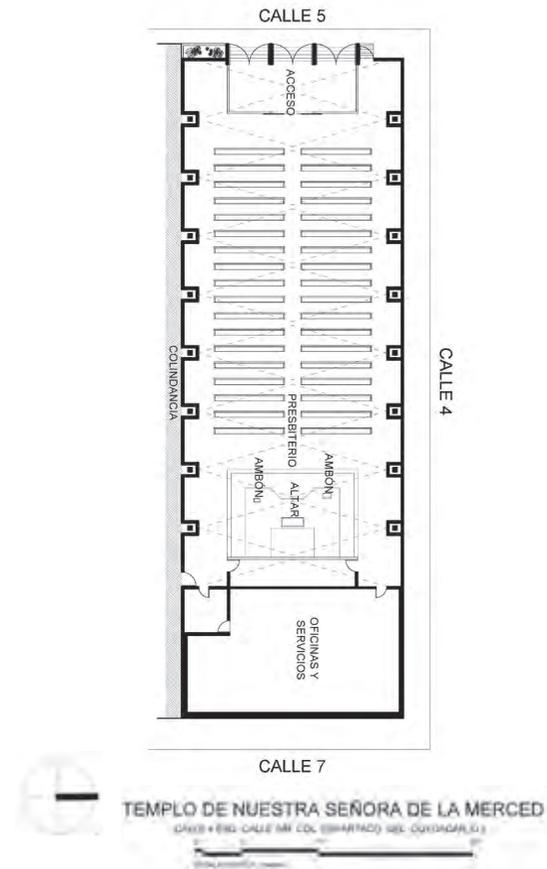
hijo –homónimo y también arquitecto—⁷² ha descartado su autoría, razón por la cual queda abierta la investigación.

El templo fue promovido por los agustinos recoletos, de quienes ya se han mencionado otras obras, como el templo de Santa Mónica en la Colonia del Valle. El predio disponible se encontraba situado en una cabecera de una manzana, con proporción rectangular, cuyo lado longitudinal da hacia una avenida principal y su profundidad, hacia una calle secundaria. Esta disposición hizo que no fuera posible ubicar el acceso hacia la vialidad principal de tal suerte que el único acceso quedó hacia el lado corto del rectángulo, y el sentido de la nave se dispuso paralelo a la calle principal, lo cual motivó que el altar se dirigiese hacia el oriente, como es recomendable. Asimismo, la estrechez del terreno hizo que no fuera posible incorporar atrio ni campanario alguno, por lo que la jerarquía urbana tuvo que ser compensada con su posición esquinera y con una expresividad morfológica que la hiciese contrastar con la volumetría de la zona predominantemente habitacional y comercial.

La portada es simétrica y de predominio triangular, dividida compositivamente en tres vanos, a manera de un pórtico de ingreso, una solución tripartita que es común en muchos templos católicos, pues ya se sabe el simbolismo que acarrea la numerología

Planta de la parroquia de La Merced, colonia Espartaco, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de autor sin precisar. Dibujo realizado por ASS

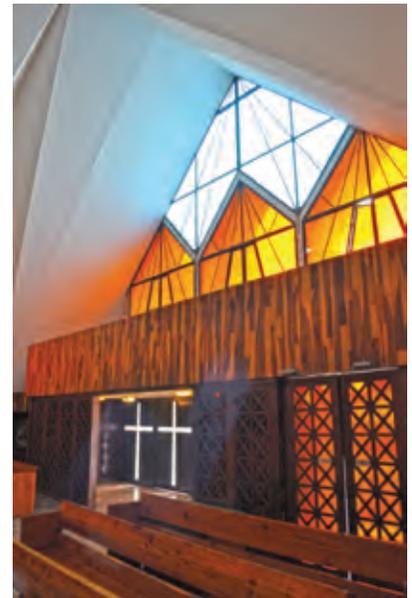
Vista exterior de la misma parroquia. Fotografía: JPS, 2015



219

72. Honorato Carrasco Mahr, académico de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, a quien le agradezco sus oportunas precisiones.





Parroquia de La Merced, colonia Espartaco, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de autor sin precisar.
Fotografías: JPS, 2013

en el cristianismo. El interior es una planta muy tradicional, con el ingreso bajo el coro y una sola nave longitudinal, la cual fue techada por una sucesión de ocho plegaduras de concreto orientadas sobre el claro corto, como la lógica estructural recomienda. La silueta resultante es una cubierta a dos aguas, en las que se insertan los dobleces triangulares en forma de “v” invertidas, apoyados en gruesas columnas que corren sobre los muros laterales, forradas de ladrillo de color rojizo aparente.

Finalmente, la solución lumínica hacia el interior, –elemento estratégico para un templo– recurrió aquí a tres entradas principales: en el tímpano, triangular en el acceso, donde se aprovechó para insertar unos vitrales muy sencillos, sin ornamentación alguna de por medio; en una sucesión de ventanillas triangulares que corre sobre los muros laterales, vanos que son producto de los mismos dobleces de la cubierta; y en la cúspide del muro testero, a manera de remate, donde se insertó un triángulo con vitrales azules y rojizos, con la efigie de San Agustín, vestido como obispo, con su báculo en la mano derecha, mientras que en la otra sostiene un corazón y el libro *De Trinitate* –obra teológica del santo de Hipona, conformada por quince libros para explicar su comprensión del misterio de la Trinidad–.

Las cubiertas colgantes

Una de las características de esta tercera etapa fue la incorporación de las cubiertas colgantes, que son indicio no sólo del avance tecnológico de la arquitectura, sino de la calidad en la fabricación de los materiales y ejecución en la obra, además de brindar una imagen de modernidad a los edificios. Ejemplo de ello fue la Alberca Olímpica (1967-1968),⁷³ cuyas cubiertas colgantes –para el gimnasio y para las albercas– aún se mantienen en pie, a casi cincuen-

ta años de haberse realizado. Evidentemente, estos avances tecnológicos también alcanzaron al género religioso, para aplicarse en templos con plantas ortogonales y curvas, pues permitía espacios sin apoyos intermedios, idóneos para una adecuada visibilidad al interior. No obstante, en el caso de las plantas curvas –circulares o elípticas–, cabe resaltar que esta solución, que hubiera posibilitado la inserción de altares concéntricos, lamentablemente no fue aprovechada para aplicar las directrices de la renovación litúrgica posconciliar, pues una revisión del acomodo de las bancas de los feligreses permite constatar que aún pervivía el gusto por el acomodo ortogonal tradicional, con el altar alejado y sobre el muro testero.

Se mencionarán aquí dos ejemplos con cubiertas colgantes –un tercer caso se abordará en las sinagogas–, ambos templos realizados por la pareja profesional de hermanos arquitectos, Enrique y Agustín Landa Verdugo. Estos hermanos, desde que se asociaron en 1945, diseñaron muchas obras públicas y privadas, en prácticamente todos los géneros posibles, además de tener importantes puestos públicos que les permitieron abordar la gestión y administración que gira en torno a la profesión.⁷⁴ Enrique, dos años mayor que su hermano, ocupó un cargo en la Dirección de Obras Públicas, desde donde se encargó de trece aeropuertos y un plan nacional de

73. Magna obra de los arquitectos Manuel Rosen Morrison, Antonio Recamier Montes, Eduardo Gutiérrez Bringas y Javier Valverde.

74. Fernanda Canales *et al.*, *100 x 100, Arquitectos del siglo XX en México*, México, Arquine, 2011, p. 134.

telecomunicaciones, mientras que Agustín fue director del Fondo de Vivienda (FOVI) y colaboró en la fundación del Fondo de Promoción e Infraestructura Turística (INFRATUR) –posteriormente convertido en el Fondo Nacional de Fomento al Turismo, FONATUR–; una intensa actividad pública que compartió con la enseñanza en la Facultad de Arquitectura de la UNAM, su *alma mater*, al igual que de su hermano. Juntos se encargaron del diseño del sistema inmobiliario del ISSSTE, que incluía la decisión del sembrado de clínicas, así como varios hoteles en Cancún, Huatulco e Ixtapa-Zihuatanejo, además de residencias, edificios habitacionales y, desde luego, templos católicos.

222

La parroquia del Cristo Resucitado y Nuestra Señora de Lourdes (1964-1968) y que diseñaron estos hermanos –también llamada “parroquia francesa” por ofrecer el culto en la lengua gala–, fue edificada en la colonia Polanco,⁷⁵ en la zona llamada oficialmente Chapultepec Morales, por encontrarse a espaldas del antiguo casco –hoy restaurante– de la extensa hacienda San Juan de Dios de los Morales. Cabe mencionar que este nombre no obedece a ninguna familia “Morales”,⁷⁶ como podría suponerse, sino a que en su primer asentamiento, en el siglo XVI, fueron sembradas moreras para proporcionar alimento a los gusanos de seda que habían sido traídos a Nueva España para su cultivo.

El terreno para la “iglesia francesa” fue adquirido por los maristas en 1962, ya que desde finales del siglo XIX se habían encargado de la enseñanza a las comunidades de origen francés en México, principalmente colegios e institutos que fueron mudando de sede a lo largo del siglo XX.⁷⁷ De hecho, en las cercanías aún se halla el Liceo Franco Mexicano, en las calles de Homero y Ferrocarril de Cuernavaca, realizado en 1950 por el arquitecto Vladimir Kaspé.

El proyecto fue adjudicado a los hermanos Landa Verdugo, pues habían resultado vencedores en un concurso realizado en 1964, por lo que los trabajos se iniciaron ese mismo año, hasta culminarse tres años después, cuando se inauguró para la Misa de Gallo del 25 de diciembre de 1967.⁷⁸ El predio esquinero disponible tenía la ventaja de encontrarse sobre la avenida Horacio, una vialidad importante que recorre longitudinalmente toda la colonia Polanco, de ahí que su visibilidad urbana estuviera asegurada; no obstante, los autores incorporaron un pequeño vestíbulo exterior a modo de atrio y una morfología de suaves líneas curvas y color blanco –claramente influenciada por la capilla de Ronchamp de Le Corbusier–, que aseguraba el contraste cromático y formal con el entorno habitacional inmediato.

También se incorporó un esbelto campanario, el cual, durante los primeros años, fue un elemen-

75. Av. Horacio núm. 1758, esquina con Cerrada de la Hacienda, colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

76. La hacienda tuvo muchos propietarios desde el siglo XVI, hasta llegar a Eduardo Cuevas Rubio, quien la adquirió en 1880, y al morir, en 1920, fue dividida entre sus cinco hijos. A uno de ellos, Eduardo Cuevas Lascrain, le quedó el casco y los terrenos que dieron ori-

gen a la colonia Polanco, cuyos límites eran el Carril Grande (Ejército Nacional), el Camino de la Piedra Redonda (Presidente Masaryk), la Calzada Chapultepec-Tacuba (Mariano Escobedo) y el Camino Nacional (Periférico). Las otras cuatro porciones eran también extensas, pues dieron origen a las colonias Anáhuac, Irrigación, el barrio San Isidro y una sección de Herradura, así como los terrenos donde se ubicaron el Hipódromo de las Américas, la

Secretaría de la Defensa Nacional, el Campo Militar Número Uno y el Club de Golf Chapultepec. Información proveniente de Joaquín Carral Cuevas, exposición de carteles históricos en las instalaciones del actual restaurante Hacienda de los Morales.

77. Rafael Fierro Gossman, “La parroquia francesa”, 30 de septiembre de 2011, en Polanco: las transformaciones de un barrio [blog], con-

Planta de la parroquia de Cristo Resucitado y Nuestra Señora de Lourdes (1964-1968), colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique y Agustín Landa Verdugo. Dibujo realizado por ASS.

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografía: JPS, 2015



to vertical claramente distinguible a la distancia, circunstancia que se perdió con el tiempo, a causa del acelerado crecimiento de torres habitacionales durante los años setenta y ochenta de Polanco. En la parte superior del campanario se incorporó una gran cruz escultórica a base de espinas monumentales, obra de Ernesto Paulsen Camba, artista tapatío vinculado por muchos años con el ámbito religioso.⁷⁹

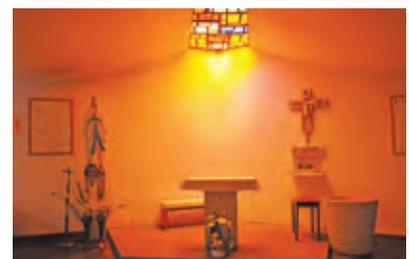
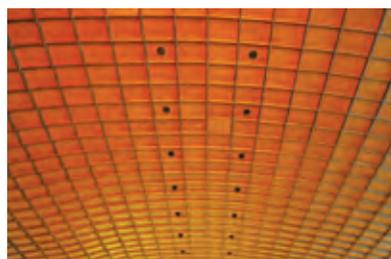
El volumen del templo se situó en la zona norte del angosto predio, a fin de dejar el estacionamiento al aire libre en la parte posterior y al cual se accede por la calle lateral. La planta es de una sola nave elipsoidal, con una pequeña prolongación circular en el muro testero del presbiterio, donde se encuentran los elementos sagrados: un sencillo altar de concreto armado, un sagrario dorado y empotrado, tres sedes en forma de cubos, un púlpito lateral, una esbelta cruz al centro del espacio y una pintura de la Virgen de Guadalupe, pues el culto a Nuestra Señora de Lourdes –advocación a la que también está dedicada la parroquia–, se celebra en una capillita lateral a la que se tiene acceso desde el mismo interior de la nave. Las bancas se acomodaron en el sentido transversal y tradicional, desaprovechando la posibilidad de un acomodo más centralizado del altar, más acorde con un templo posconciliar. En contraste, se innovó en la cubierta colgante, la cual permitió la

223

sultado el 5 de septiembre de 2015 en <http://polancoayerhoy.blogspot.mx/2011/09/la-parroquia-francesa.html>

78. *Idem.*

79. Después de ingresar en su juventud a un monasterio benedictino, se dedicó al diseño de joyería y objetos ornamentales, para después fundar en 1953 en Cuernavaca un taller de platería en colaboración con fray Gabriel Chávez de la Mora. *Cfr.* "Artista del mes. Ernesto Paulsen", 11 de septiembre de 2014, en *Artes e Historia México [web]*, consultado el 5 de septiembre de 2015 en http://www.arts-history.mx/pieza_mes/index.php?id_pieza=30122009160410



Parroquia de Cristo Resucitado y Nuestra Señora de Lourdes (1964-1968), colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique y Agustín Landa Verdugo. Fotografías: JPS, 2013

eliminación de los apoyos intermedios que obstaculizaran visualmente el desarrollo de la celebración.

La iluminación al interior se solucionó por medio de estratégicas penetraciones: en el propio acceso del templo, la gran puerta metálica se insertó dentro de un gran cancel vítreo de abstractos diseños, que baña de una potente luz ambarina la zona de las bancas; en el extremo opuesto, el presbiterio recibe lateralmente la luz por un vitral de proporción vertical, el cual inunda de luz amarilla y rojiza al muro testero que cobija el presbiterio. Todos estos vitrales fueron diseños del artista Jacques de Veyrac, ejecutados en 1968 por Vitrales Peñas bajo la técnica de ferro-cemento.

El otro templo de los hermanos Landa Verdugo fue la parroquia de Santa María de la Asunción (1970-1976) en el sur de la ciudad. El desarrollo y trazo geométrico de la estructura prefabricada fue del arquitecto Juan Gerardo Oliva Salinas, quien por entonces trabajaba en el despacho, y que con el paso del tiempo se convertiría en el mejor especialista en cubiertas ligeras que hay en México en la actualidad.⁸⁰ El templo posee una ubicación urbana un tanto peculiar, pues su predio se encuentra en la colonia limítrofe a los límites del terreno de la Ciudad Universitaria de la UNAM,⁸¹ razón por la cual, muchos

la conocen como la “parroquia universitaria”, a sabiendas de que se trata de un apelativo simbólico, pues no se encuentra dentro de sus terrenos, ni le pertenece a esta casa de estudios, aún y cuando el proyecto original de conjunto de 1951 se anunciaba la erección de un templo católico, como se tuvo oportunidad de mencionar en el capítulo anterior.

El predio donde se asentó el templo es aledaño al Centro Universitario Cultural (CUC), conjunto arquitectónico dirigido por los hermanos dominicos dirigido a atender a la comunidad universitaria, tanto en los aspectos religiosos como en actividades culturales como cine y cursos de idiomas. Los usuarios del Centro ingresan por alguno de sus dos accesos, por la Ciudad Universitaria o desde la colonia de clase media donde se encuentra inmerso, una tranquila zona originalmente habitacional, hoy transformada por la intensa vida comercial derivada del tránsito de la población universitaria. En cambio, el aledaño templo de Santa María de la Asunción se orienta hacia la colonia y al gran parque frontal, a través de una explanada de acceso con un arbolado jardín, los cuales si bien no son extremadamente extensos, le otorgan un poco de jerarquía pública al edificio, a pesar de una reja blanca poco atractiva que lo delimita.

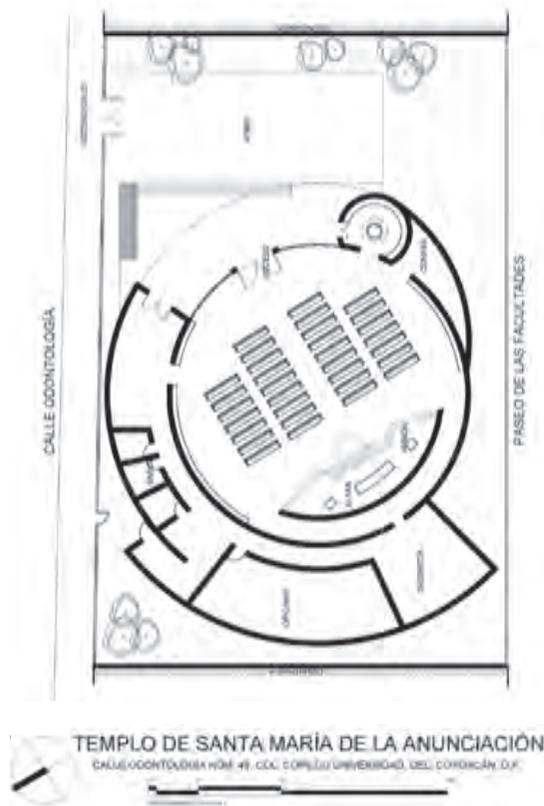
80. A quien se le agradece la generosa asesoría para el análisis geométrico de esta obra en la que colaboró.

81. Paseo de las Facultades u Odontología núm. 49, colonia Copilco Universidad, delegación Cuahtémoc, Ciudad de México.

Planta de la parroquia de Santa María de la Asunción (1970-76), colonia Copilco Universidad, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique y Agustín Landa Verdugo. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la misma “parroquia universitaria”.
Fotografía: JPS, 2015

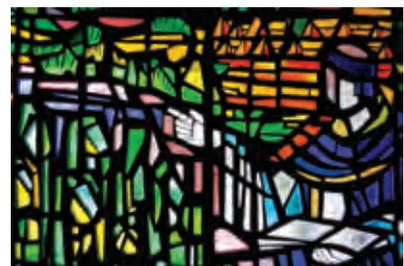
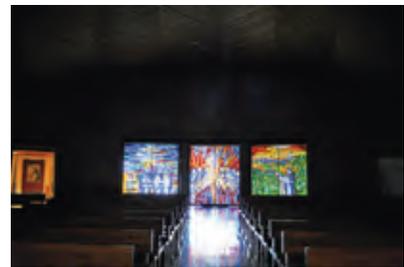
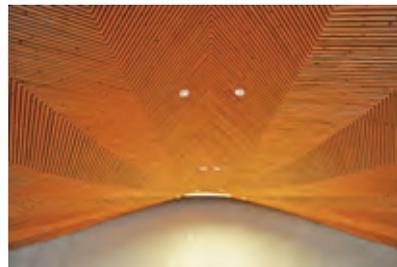
226



Si bien el terreno disponible era ortogonal, el diseño de la planta adoptó líneas curvas de una sola nave de planta circular, rodeada por otras curvas que forman unos cuerpos complementarios. En la parte lateral del predio se situó un estacionamiento, el cual, con el tiempo, se volvió insuficiente, sobre todo durante los servicios religiosos de mayor afluencia. Al lado izquierdo del acceso peatonal –ligeramente elevado por una escalinata– se levanta un pequeño espacio también de planta circular destinado al bautisterio y que hace las veces de campanario, ya que por la cercanía del campus universitario no le fue permitido erigir una torre tradicional. Una vez traspasado el nártex del ingreso, se llega al gran espacio de culto para quinientas personas, circular y sin apoyos intermedios, lo que permite una diáfana visibilidad del altar dirigido hacia el poniente, con las bancas ordenadas de manera ortogonal tradicional, a pesar de tratarse de una iglesia posconciliar que bien podría haber utilizado un altar centralizado.

La geometría de ambos espacios –nave y bautisterio– obedece a conos intersectados por un plano horizontal, en el caso del bautisterio, y por un cilindro horizontal, hábilmente desfasado del centro del círculo, en el caso de la nave principal. De este modo se desarrolla un borde adecuado para la cubierta colgante de doble curvatura inversa, construida con una red de cables de acero, generando con ello una mayor altura sobre la zona del altar, mediante una forma que asemeja a una silla de montar, tal y como lo analiza el especialista Luis Fernando Solís, a quien ya se ha recurrido en capítulos precedentes:

La planta es simétrica y la forma le da estabilidad, el pretil tiene forma muy peculiar, ya que inicia en el acceso con una cúspide, baja y sube hacia el altar en ambos sentidos. Los cables portantes paralelos se unen entre las dos cúspides y en forma paralela se desarrollan en ambos lados de la cubierta. En el otro



Parroquia de Santa María de la Asunción (1970-1976), colonia Copilco Universidad, delegación Coyoacán, Ciudad de México, de los arquitectos Enrique y Agustín Landa Verdugo. Fotografías: JPS, 2013

sentido, formando una retícula, se colocan los cables estabilizadores [...] Tanto en el altar como en el bautisterio se colocaron tragaluces que iluminan a los volúmenes, enmarcando el altar y la pila bautismal.⁸²

A pesar de esta audacia estructural, la cubierta colgante no es visible desde el interior –por un cálido plafón de tiras de madera que no toca las paredes laterales– y se encuentra sostenida por los muros perimetrales de elementos prefabricados de concreto armado que gradualmente toman la curvatura del desarrollo geométrico de cada uno de los dos conos, cuya solidez podría simbolizar la estabilidad religiosa que para mediados de los años setenta había ya alcanzado la Iglesia católica en el país.

228

Nuevas posibilidades expresivas de los materiales

Desde inicios de los setenta, las posibilidades plásticas de algunos materiales comenzaron a ser exploradas con mayor intensidad, ya que si bien desde las décadas anteriores se habían mostrado las cubiertas aparentes –por ejemplo, los cascarones solían no llevar recubrimiento alguno–, se trataba principalmente de los muros con diseños casi escultóricos –aunque también de algunas cubiertas– en quienes recayó la exhibición de sus materiales, particularmente el concreto armado y la piedra –el ladrillo lle-

gará en la siguiente década–, cuyas texturas, colores y aparejos fueron parte central del discurso estético de cada templo. Así comenzaron a aparecer sólidos muros de concreto armado o piedra volcánica –en ocasiones sólo como recubrimiento–, que combinados con traveses o losas planas –prefabricadas o cimbradas– liberaban a sus espacios interiores de estorbosos apoyos intermedios, al mismo tiempo que otorgaban una imagen simbólica de fortaleza y estabilidad a las iglesias –tanto católicas como otras–, pues para entonces ya comenzaban los acercamientos del gobierno federal para normalizar y lograr una mejor relación institucional. Igualmente, otros géneros arquitectónicos compartieron esta misma tendencia, como los grandes conjuntos educativos y gubernamentales que se construyeron durante los setenta en la capital mexicana; obras con gruesos muros y macizos taludes –quizás enmascarando las graves crisis económicas que entonces se sucedían–, como las oficinas para el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT), la sede de la Universidad Pedagógica Nacional o las nuevas instalaciones del Colegio de México, las tres bajo la mano de Abraham Zabludowsky y Teodoro González de León.

De hecho, esta tendencia estética –“brutalismo”, como en ocasiones se le ha llamado– no fue exclusiva del contexto mexicano, pues derivaba de

82. Luis Fernando Solís Ávila, *op. cit.*, p. 32.

una tendencia internacional desde la década anterior –Francia, Estados Unidos, Japón– que prefería las grandes superficies de gruesos muros con apariencia escultórica –en oposición al gusto por lo vítreo de carácter miesiano– con texturas y colores derivados tanto de su propia condición física como de su particular proceso de fabricación. La tendencia se venía mostrando de tiempo atrás, especialmente en las obras del maestro suizo-francés Le Corbusier: tempranamente en los muros de piedra y *pilotis* de concreto del pabellón suizo (1930-1931) de la Ciudad Universitaria de París; un poco más tarde, en algunos elementos de la terraza-jardín de la Unidad de Habitación en Marsella (1946-1952), y después, de manera rotunda, en los años cincuenta, en los muros del edificio indio para la Suprema Corte de Justicia en Chandigarh (1951-1956), del pabellón brasileño (1959) de la misma Ciudad Universitaria parisina y del convento francés de la Tourette (1960).

Estos ejemplos internacionales influenciaron de manera directa al diseño de templos católicos de algunos arquitectos mexicanos, a veces marginalmente, en pequeños detalles, y otras de manera rotunda, como los dos ejemplos que en seguida se revisarán. En primer lugar, ha de mencionarse la parroquia de Santa María Reina (1970), de los arquitectos Jaime Herrasti Dondé⁸³ y Eduardo Jiménez Galindo. Enclavada al borde de la Unidad Habitacio-

nal Independencia,⁸⁴ está integrada y comunicada peatonalmente con ella, de tal suerte que cuesta trabajo identificar que se halla en terrenos externos al emblemático conjunto habitacional del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS).⁸⁵

Los autores del templo aprovecharon tanto los materiales como el entorno natural donde se ubica, pues la piedra braza de la cercana zona del Pedregal forma los gruesos muros de carga, mientras la topografía en declive motivó a situar el templo en la parte alta, a fin de brindarle mayor visibilidad y jerarquía sobre el entorno habitacional circundante. Por ello, el acceso se realiza de manera ascendente a través de una prolongada escalinata y rampas, lo que sin duda le añade un simbolismo al recorrido, tal y como sucede con los santuarios de la antigüedad que suelen estar en las cimas o acrópolis. Una vez en lo alto, se llega a un terraplén frente al templo a modo de atrio elevado, antecedido en uno de sus lados por un alargado y exento muro también de piedra braza, el cual soporta una esbelta cruz de concreto y exhibe un vano ortogonal para la campana que llama al rezo.

El extenso predio permitió que el volumen del templo tuviese una posición inmejorable, pues algunas áreas libres pudieron ser situadas en todos sus lados: del lado izquierdo, un patio que comunica con el cuerpo de oficinas y la casa parroquial,

83. Primo del arquitecto Germán Herrasti, ya mencionado anteriormente a propósito de la autoría del templo de Guadalupe Reina del Trabajo, en Azcapotzalco.

84. Pinos núm. 13, Unidad Habitacional Independencia, delegación Magdalena Contreras, Ciudad de México.

85. La construcción de la Unidad Independencia estuvo a cargo del departamento de obras del IMSS y se inició en mayo de 1959. Fue diseñada y proyectada por los arquitectos Alejandro Prieto Posadas y José María Gutiérrez Trujillo, en colaboración con el arquitecto Pedro F.

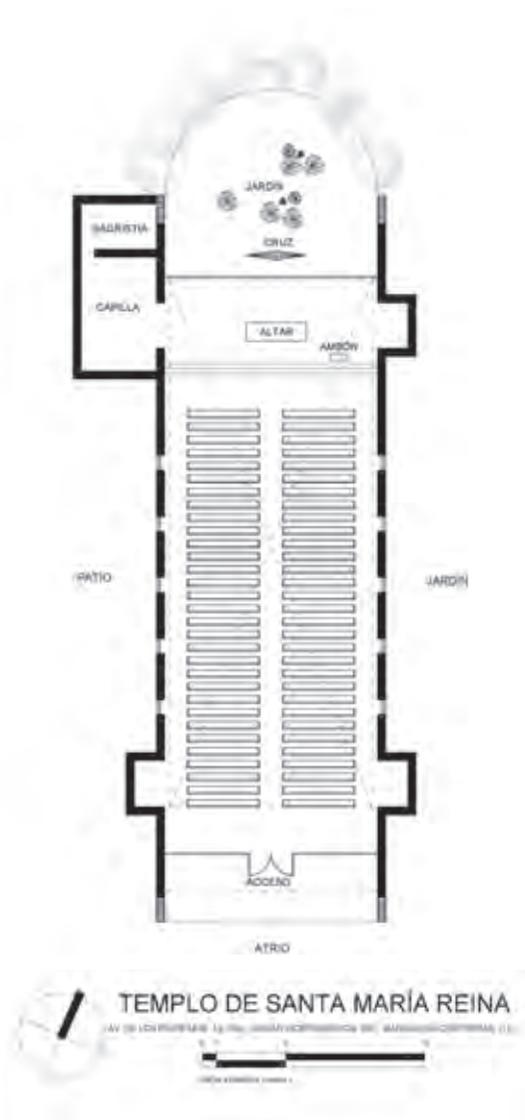
Miret y un equipo de 23 arquitectos e ingenieros. Se inauguró el 20 de septiembre de 1960, como parte de los festejos por el 150 aniversario de la Independencia de México y el 50 de la Revolución Mexicana.

Planta de la parroquia de Santa María Reina (1970), Unidad Habitacional Independencia, delegación Magdalena Contreras, Ciudad de México, de los arquitectos Jaime Herrash Dondé y Eduardo Jiménez Galindo. Dibujo realizado por ASS

Isométrico del mismo templo. Dibujo realizado por RMW/UAM, 2015

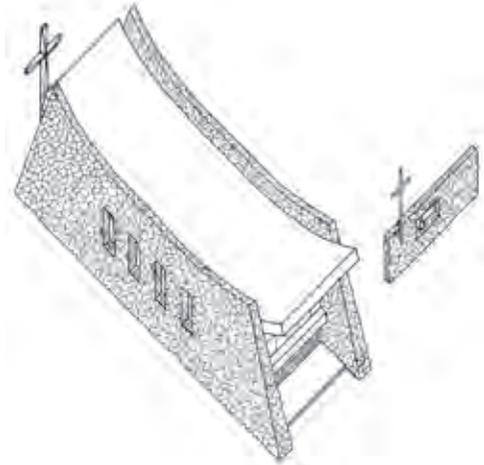
Vista exterior del mismo templo de Santa María Reina. Fotografía: JPS, 2015

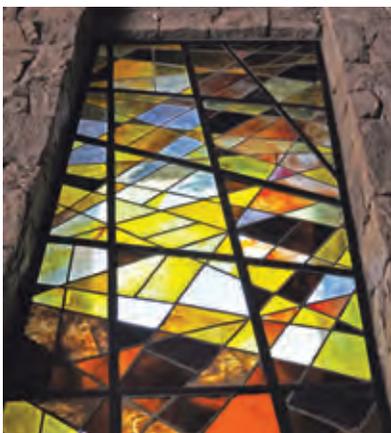
230



mientras que un amplio jardín ocupa su flanco derecho. Esta circunstancia permitió la inserción de cuatro ventanas laterales para iluminar lateralmente el interior.

La portada del templo se encuentra flanqueada por dos gruesos muros de piedra brasa aparente, más altos en los extremos y más bajos en la parte central de la nave, conformando así una silueta curva que pareciera abrirse al infinito tanto en la portada como en el muro opuesto del testero. La cubierta sigue un criterio muy sencillo: varias traveses de concreto cierran la nave por su claro corto, siguiendo el perfil de los dos grandes muros de apoyo laterales, de tal suerte que el resultado es una losa





Parroquia de Santa María Reina (1970), Unidad Habitacional Independencia, delegación Magdalena Contreras, Ciudad de México, de los arquitectos Jaime Herrasti Dondé y Eduardo Jiménez Galindo. Fotografías: JPS, 2013

de superficie curva cuyo lecho bajo fue forrado con tiras de madera, a fin de brindar una cierta calidez y ligereza que reduce la percepción áspera y robusta de la piedra braza de los muros.

Sobre el ingreso del templo fue colocado un enorme vitral de diseños geométricos y en colores ambarinos, casi abstracto, donde apenas puede distinguirse la silueta de una mujer con la cabeza cubierta, en representación de María Reina. Lo verdaderamente sorprendente sucede al extremo opuesto de la nave, pues en vez de tener el tradicional muro testero opaco y con algunos cuantos vitrales, aquí fue ocupado por un inmenso cancel transparente que permite descubrir el exuberante jardín trasero, donde, en el exterior, se exhibe una poderosa cruz de concreto que domina las miradas de la feligresía desde adentro, adelantándose así a un recurso compositivo utilizado en las décadas subsecuentes por otros autores y en otros países. De este modo, la visual entre los feligreses y la cruz cristiana sólo es interrumpida por la colocación del altar, que dirigido hacia el norponiente, ocupa literal y simbólicamente el lugar de intermediación entre la oscuridad de los fieles y la iluminada deidad, bajo el manto de la luz ambarina que proviene de María Reina, lo cual convierte a este templo en una solución innovadora dentro del panorama de la arquitectura religiosa del siglo xx.

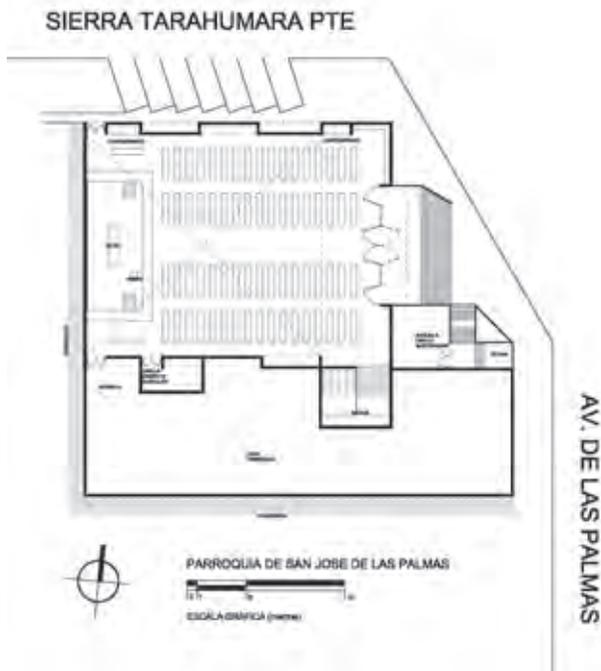
El otro ejemplo donde predominó, formal y simbólicamente, las ricas texturas del material de construcción fue edificado en la parte alta de Lomas de Chapultepec, debido a la expansión urbana que había poblado gradualmente aquella exclusiva zona residencial, que para entonces ya comenzaba a prolongarse hacia Bosques de las Lomas. La parroquia de San José de las Palmas (1968-1981), del arquitecto Rafael Fara con la colaboración del ingeniero Javier Valverde, fue edificada sobre la arbolada avenida del mismo nombre –la segunda arteria en importancia que recorre aquella colonia–, en un predio esquinero y frente a una pequeña glorieta,⁸⁶ lo cual, evidentemente, le brindaba la posibilidad de reforzar su jerarquía urbana.

Su masiva y escultórica volumetría de concreto armado aparente se percibe desde la otrora tranquila avenida. Destaca su poderoso y masivo campanario esquinero que aprovecha la perspectiva urbana otorgada por su ubicación, mientras que se adosa lateralmente un cuerpo bajo para las dependencias parroquiales. Todos los volúmenes presentan un predominio del muro sobre el vano, aunque no por ello dejan de insertarse innumerables ventanas en las dos fachadas, siguiendo una composición aparentemente aleatoria, a fin de bañar el interior de puntuales focos de luz cromática.

86. Paseo de las Palmas núm. 1805, esquina con Sierra Tarahumara, colonia Lomas de Barriaco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

Planta de la parroquia de San José de las Palmas (1968-1981), colonia Lomas de Barrilaco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arquitecto Rafael Fara y el ing. civil Javier Valverde. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografía: JPS, 2015

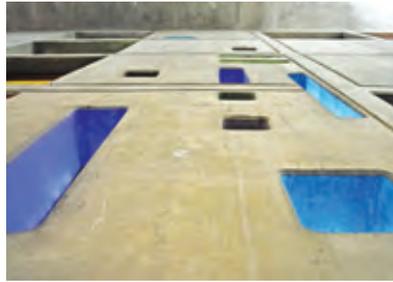
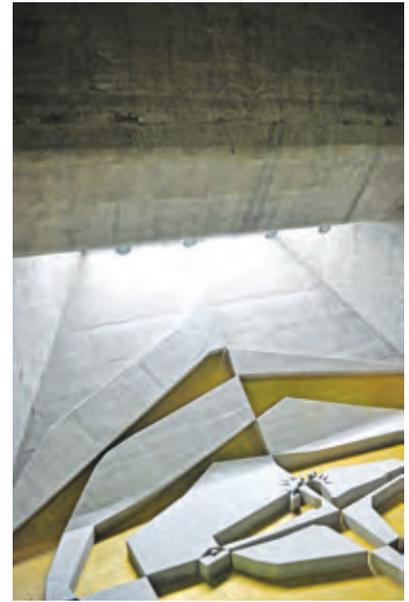


Si bien no posee un atrio formalmente dicho, tiene una pequeña plaza de acceso que hace las veces de vestíbulo exterior, la cual conduce a una escalinata para ingresar al templo, de manera centralizada y bajo el entresuelo de un coro superior. Una vez dentro, el espacio es de una sola nave ortogonal techada por una losa plana, con ventanillas de colores que remiten a algunas composiciones de las obras religiosas de Le Corbusier, una identificación que, evidentemente, sólo realizan quienes se encuentran empapados en su producción arquitectónica. Al fondo, frente al muro testero, se encuentran el altar y el presbiterio, orientados hacia el poniente y desplazados hacia atrás, al modo tradicional, pues la planta no permite una distribución que incite a una mayor participación de la feligresía.

Sobre este muro cabecero se despliega quizás uno de los mayores atractivos estéticos del templo –junto con el hábil manejo de la luz, sin duda–: una imponente figura de Cristo crucificado se esboza geoméricamente en placas de concreto armado aparente, integrándose así al mismo material dominante. La apreciación estética del relieve se incrementa por una entrada lumínica superior, que lo baña de manera rasante y ligeramente convergente, pues arriba el muro testero se inclina ligeramente, reforzando aún más la percepción interior de los feligreses, inmersos en su experiencia religiosa.

Nuevas posibilidades de las cerchas metálicas

Como se ha podido mostrar, una de las características de esta tercera etapa fue la incorporación de nuevos elementos estructurales y sistemas constructivos para cubrir los espacios de culto, ya fuera la continuación de los cascarones, o bien, con el empleo de innovadoras cubiertas en plegaduras y colgantes. Sin embargo, el deseo de incrementar la



Parroquia de San José de las Palmas (1968-1981), colonia Lomas de Barrilaco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del Arquitecto Rafael Fara y el ingeniero civil Javier Valverde. Fotografías: JPS, 2013

capacidad interior de los templos llevó a los arquitectos e ingenieros a no descartar una solución con varias décadas de dominio tecnológico: las cerchas metálicas, las cuales tenían amplio uso en variados géneros arquitectónicos desde principios del siglo xx,⁸⁷ entre los que se incluían también a algunos templos.⁸⁸ Con esta solución se edificaron nuevas iglesias católicas en las décadas de los sesenta y setenta, cuyas cubiertas de tradicionales armaduras pronto dieron el paso a las estructuras tridimensionales –erróneamente llamadas “tridilosas”–, las cuales posibilitaron cubrir espacios tanto con plantas ortogonales –algunas recuperarán la cruz latina y la basilical– como triangulares y circulares –idóneas para la celebración centralizada–, mismas que lógicamente arrojarán grandes posibilidades morfológicas y simbólicas.

Cinco ejemplos se mencionarán ahora. El primero de ellos databa de tiempo atrás, pues comenzó su construcción a finales de los años cincuenta y se encontraba detenida: la parroquia de la Santa Cruz en Jardines del Pedregal de San Ángel (1956-58), un proyecto original del arquitecto José Villagrán García,⁸⁹ cuya edificación había alcanzado la erección de la estructura, razón por la cual, la planta y el alzado parecían completamente definidos y de difícil transformación arquitectónica y urbana.⁹⁰

Plantas de la parroquia de la Santa Cruz, (1956-58/1966-68) colonia Jardines del Pedregal de San Ángel, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México. Arriba, el proyecto original de Villagrán, y abajo con la intervención de Antonio Attolini Lack. Dibujo: Andrea Guzmán Ibáñez (AGI), 2014



87. Cfr. Luis Fernando Solís Ávila, “El acero en la arquitectura metálica del siglo xx”, en Ivan San Martín y Mónica Cejudo, comps., *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar, hacer y conservar la arquitectura*, col. “Textos FA”, México, UNAM, 2012.

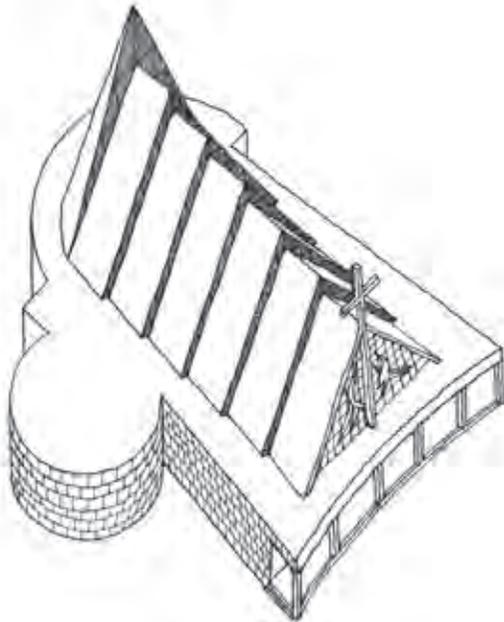
88. Se recordará, por ejemplo, las estructuras metálicas en la cubierta de la primera iglesia bautista en la colonia Guerrero, o bien, en la sinagoga Monte Sinaí en la colonia Roma, ambas reseñadas en el capítulo de la primera etapa (1930-1950).

89. En el que también participaron sus colaboradores José Antonio Mendiábal y Raúl F. Gutiérrez.

Isométrico de la parroquia de la Santa Cruz (1956-58/1966-68). Dibujo realizado por RMW/UAM, 2015

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografía: JPS, 2015

236

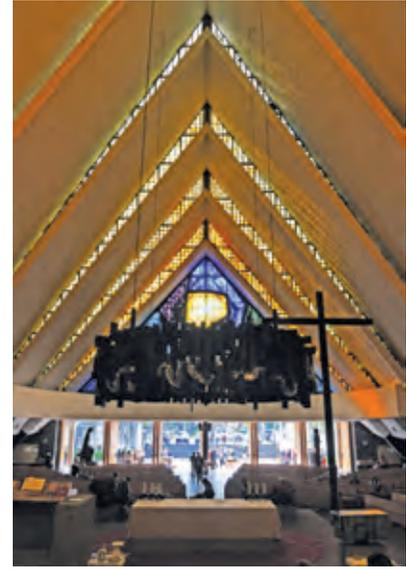


Cuando el padre Corona invitó al arquitecto Attolini para retomar la culminación de esta obra⁹¹ (1966-1968), el Concilio Vaticano II ya había concluido, razón por la cual una de sus primeras convicciones del arquitecto en su proyecto fue la incorporación de la mayor parte de sus preceptos, aunque desde luego, debía sujetarse a las limitaciones que imponía la estructura preexistente. La principal modificación fue la inscripción de una planta curva dentro de la planta ortogonal original. En consecuencia, se colocó el altar centralizado acorde a los tiempos posconciliares-, rodeado prácticamente por hileras de sobrias bancas de madera de oyamel las cuales contrastaban con el piso de barro, para acercar así la celebración a la feligresía; este efecto se reforzó con un muro curvo de piedra del Pedregal que se entremezclaba con los apoyos metálicos originales, los cuales provocaban la percepción de hallarse dentro de una nave circular, cuando en realidad estructuralmente seguía siendo una planta ortogonal.

También Attolini tomó la decisión de reubicar internamente los elementos simbólicos y litúrgicos más importantes: la cruz principal se centralizó al frente del presbiterio; a su derecha se colocó un baldachino circular en hierro forjado para significar el altar y además darle escala; el muro testero del ábside fue pintado de amarillo y se pintó arriba un círculo blanco para significar la perfección de Dios; el coro se colocó atrás del presbiterio en vez de

90. Boulevard de la Luz esquina con Av. De las Fuentes, Jardines del Pedregal de San Ángel, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México.

91. Attolini refiere que lo primero que hizo, antes de aceptar, fue avisarle al maestro Villagrán acerca del ofrecimiento, anuencia que le concedió, con el único compromiso de que cuando terminase lo llevara a visitar el templo construido. Cfr. Antonio Attolini Lack, "La Santa Cruz del Pedregal, México", en *Memoria del II Congreso Arquidiocesano de Arte Sacro "La dignidad del espacio celebrativo"*, México, Arquidiócesis de México, 2001, p. 137.



Parroquia de la Santa Cruz, (1956-1958/1966-1968) colonia Jardines del Pedregal de San Ángel, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, de los arquitectos José Villagrán García (proyecto original) y Antonio Attolini Lack (proyecto final). Fotografías: JPS, 2013

la tradicional posición superior sobre los pies del templo ; el altar constó de una sola piedra de varias toneladas y contó con un atril de madera sobre el ambón también de cantería; los confesionarios se trasladaron a una capilla penitencial, así como también se levantó una capilla para la Virgen y una más para la Resurrección, destinada a la colocación de urnas funerarias, que ayudaron en buena medida a la consecución de los fondos económicos.⁹²

La luz emana de dos fuentes; por una parte, llega desde el tímpano triangular que queda bajo la estructura de la cubierta –obra de Pedro Arellano de abstracto diseño, en colores amarillo, verde, violeta y azul–, así como desde las hileras de vitrales ambarinos colocados en las entrecalles superiores de la estructura. La otra fuente de luz es perimetral, mucho más sutil, a través de una serie de vitrales a modo de plafón, en los intersticios entre los apoyos metálicos existentes y el nuevo muro circular que envuelve la nave. El conjunto se enriqueció con algunos elementos artísticos: los vasos sagrados y lavamanos de plata fueron realizados por el artesano taxqueño Elías Alvarado, mientras que en el acceso principal se colocaron las esculturas de la Virgen y San José realizadas por Herbert Hoffman, –de quien ya se han comentado hermosas obras religiosas suyas en otros templos precedentes– así como también suyos fueron los alto relieves de La Piedad y la Resurrección, en sus respectivas capillas.

Todas estas decisiones proyectuales produjeron una obra magistral acorde con los tiempos posconciliares, pero también expresión de una arquitectura que volvía su mirada a los materiales tradicionales, a la mano artesanal y al uso de intensos colores; se anunciaban así las preocupaciones regionalistas que otros arquitectos contemporáneos compartían, como se tendrá oportunidad de revisar en ejemplos venideros. No obstante, lo más importante de esta obra fue la consecución de un espacio sagrado idóneo para la experiencia religiosa, una preocupación fenomenológica que siempre estuvo presente en los objetivos de Attolini, tal y como se aprecia en sus palabras: “[...] para mí es muy importante el carácter; que entre uno a un lugar que lo disponga a pensar, a estar, a orar. Para mí es realmente lo más importante de una construcción religiosa”.⁹³

Otro templo que utilizó estructura metálica en la cubierta fue la parroquia de San Ignacio de Loyola (1961-1962), diseñada por el arquitecto Juan Sordo Madaleno, de quien ya se ha mencionado su capilla en el Hospital Español edificada apenas algunos años antes. Se trataba de unos años muy productivos para él, pues para entonces había terminado el Hotel Presidente (1958) en Acapulco –donde Candela se había encargado de la cubierta del centro nocturno Jacarandas–, y estaba por iniciar –asociado con José Villagrán–, el hotel María Isabel Sheraton

92. *Ibid.*, pp. 137-139.

93. *Ibid.*, p. 137.

94. Curiosamente, fue su propio hijo, Javier, el encargado de la “remodelación” de la Plaza Universidad, quien la transformó a tal punto que hoy es imposible identificar las virtudes originales que poseía aquel extraordinario conjunto que hizo su virtuoso padre.

95. Ignacio de Loyola (1491-1556) fue un militar y religioso español, fundador de la Compañía de Jesús, de la que fue el primer general, por lo que fue declarado santo por la Iglesia ca-

(1962) y el edificio de la Ford (1963); asimismo, para finales de los años sesenta se encargaría del centro comercial Plaza Universidad (1969), donde utilizó “plazas” y “calles” entre los comercios, diseño hoy totalmente desfigurado,⁹⁴ a tal punto que, desde entonces, a este tipo de conjuntos comerciales se les comenzó a llamar “plazas”.

El templo que proyectó Sordo Madaleno para la orden jesuita bajo la advocación de su santo fundador⁹⁵ se emplazó en un predio esquinero, en la confluencia de dos importantes avenidas en la residencial colonia Polanco;⁹⁶ esta circunstancia le brindaba cierta jerarquía pública, sobre todo en aquella época, cuando aún no se habían construido muchos edificios altos y centros comerciales de formas caprichosas.⁹⁷ El angosto y longitudinal predio condujo a utilizar una sola nave rectangular y un pequeño atrio esquinero, el cual se encontraba originalmente abierto hacia el espacio público de la calle, pero que fue cerrado con posterioridad hacia uno de sus flancos, probablemente para proteger del tráfico a la feligresía, que en días de servicio llega a ser numerosa.

Su característica volumetría triangular fue producto de la cubierta metálica a dos aguas que emerge desde el piso, lo cual elimina la necesidad de muros laterales. La superficie exterior que recubre la cubierta fue hecha con paneles prefabricados de concreto, recubiertos de cerámica artesanal

al exterior con talavera poblana, acento popular que la acerca a las preocupaciones regionalistas que se han encontrado también en otros autores por la misma época.

La cubierta piramidal, en estricto sentido, se desplanta a partir de una planta de una sola nave, sin embargo, la volumetría superior es producto de la intersección de los cuerpos a dos aguas, lo que provoca que el espacio interior adquiera características de una tradicional planta de cruz latina, propiciando el crucero para colocar al fondo el altar y presbiterio, pues ha de recordarse que se trata de un templo preconiliar. En el muro testero, fue colocada tiempo después una gran escultura de Cristo en la cruz, cuyas formas expresionistas fueron producto de la mano del artista Claudio Favier Orendain, arquitecto y artista tapatío.⁹⁸ Aquí, las entradas de luz natural juegan un papel estratégico, pues sólo ingresa por dos zonas: desde el rojizo y violento vitral abstracto localizado bajo el tímpano en los pies del templo, y desde el par de vitrales triangulares que flanquean la zona del presbiterio, enfatizando con su luz la zona de la celebración y contrastando con la semioscuridad del cuerpo de la nave, pues ya se ha mencionado que la cubierta llega hasta el suelo, eliminando la posibilidad de contar con ventanas laterales.

Las posibilidades del acero en las cubiertas continuaron explorándose a lo largo de la década de los

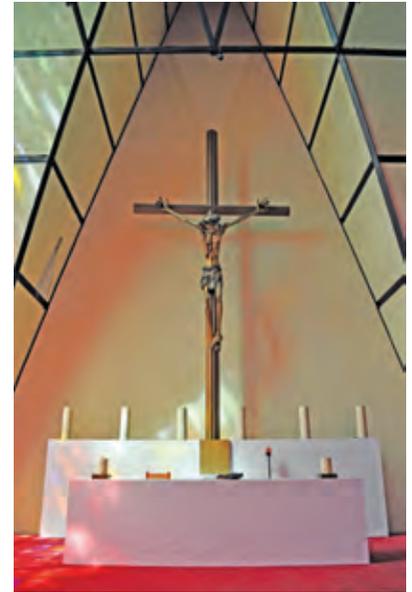
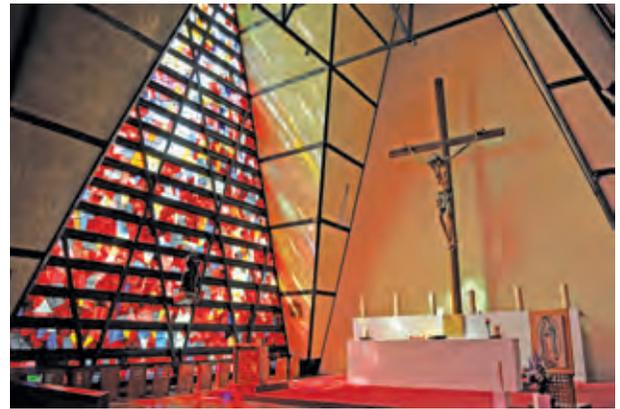
tólica. Ignacio surgió como un líder religioso durante la Contrarreforma.

96. Horacio esquina con Moliere, colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

97. Como el edificio vecino, El Palacio de Hierro, el cual fue diseñado por su hijo Javier Sordo Madaleno Bringas, y cuya solución formal parece ser indiferente a la volumetría religiosa diseñada por su padre.

98. Claudio Favier Orendain (1931-2008) nació en Guadalajara, Jalisco. Estudió Filosofía y Letras en México, Teología en Roma, Bellas Artes en París y Arquitectura en Madrid. Fue maestro de Diseño en la Universidad de Cuernavaca y colaboró en la planeación de la Ruta de Conventos en los Altos de Morelos. Estableció su estudio-taller en Tlayacapan, donde se especializó en arquitectura de adobe y ejerció como maestro rural. Años después se trasladó

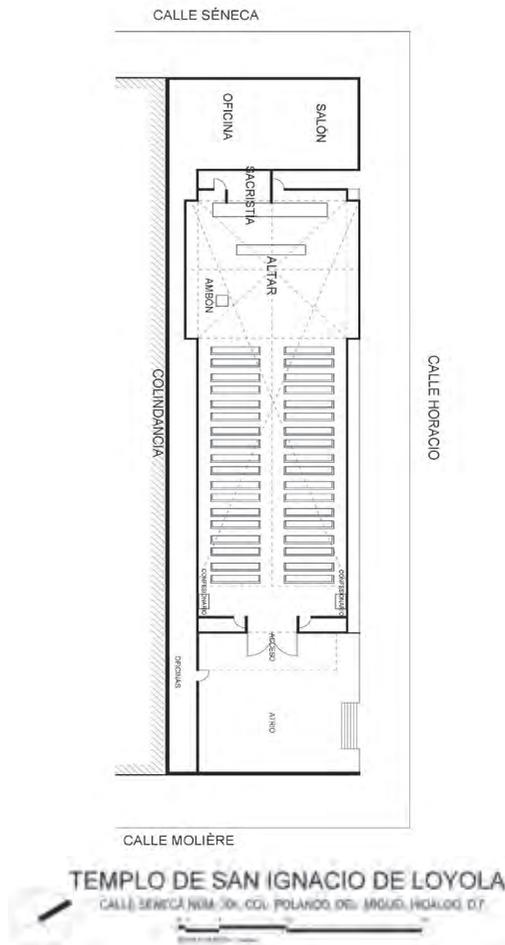
a vivir a España, donde montó su taller de escultura en Navalmoral de la Mata, Cáceres, España, y murió en 2008.



Parroquia de San Ignacio de Loyola (1961-1962), colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arquitecto Juan Sordo Madaleno. Fotografías: JPS, 2013

Planta de la parroquia de San Ignacio de Loyola (1961-62), colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arquitecto Juan Sordo Madaleno Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2014



sesenta y setenta, pues permitían mayores claros interiores sin apoyos intermedios y no necesariamente desde plantas ortogonales. Se podía experimentar con otro tipo de plantas, como las curvas, que hasta entonces habían sido cubiertas con casquetes de concreto armado. Fue el caso de la parroquia de la Coronación de Santa María de Guadalupe (1967-1980) en la colonia Condesa,⁹⁹ frente al arbolado parque España, cuya monumental cubierta sirvió para reforzar su jerarquía religiosa sobre la otrora zona habitacional. Sus autores fueron los arquitectos José Cándano Montemayor –titulado por la UNAM apenas en 1963, pero ya con algunas primeras incursiones en el género religioso¹⁰⁰ y Jorge Herrera, quienes contaron con la asesoría estructural del ingeniero civil y arquitecto Francisco J. Serrano –autor de dos templos ya mencionados al inicio del segundo capítulo–,¹⁰¹ mientras que la construcción quedó a cargo del arquitecto Leopoldo Vega.

No se trataba del primer templo construido en ese mismo predio, pues ya existía una iglesia neocolonial edificada a inicios de los años treinta, acorde a la temporalidad de la mayoría de las casas unifamiliares del entorno inmediato, ya que si bien la colonia Condesa había sido fundada a principios de siglo, sería entre los cuarenta y cincuenta cuando se realizaron la mayor parte de sus construcciones

99. Av. Juan Escutia núm. 13 o Parque España núm. 67, esquina con Eje 2 Sur, colonia Condesa, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

100. En 1960 se le encargó una parroquia para la colonia Santa Isabel, en Iztapalapa, dedicada a Santa Isabel Prima de María Santísima, la cual fue construida por mucho tiempo debido a la escasa consecución de los fondos, hasta 1973 cuando fue finalmente concluida.

101. Me refiero a las parroquias de Guadalupe, en la colonia San Rafael, y de San Cayetano, en la colonia Lindavista.

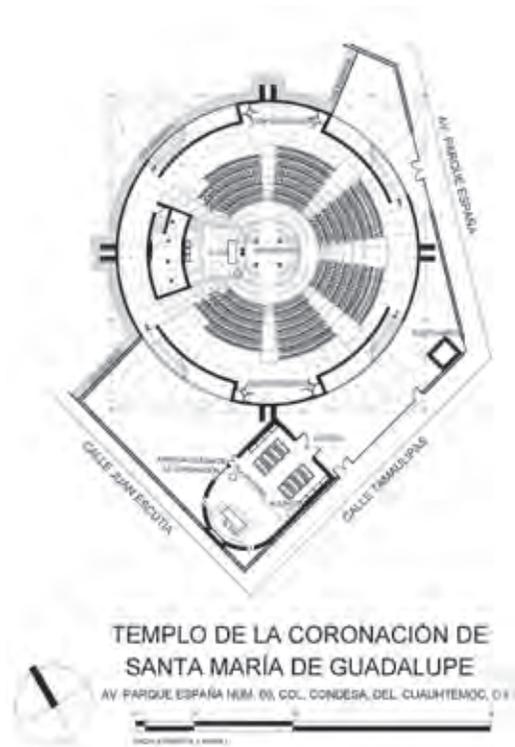
domésticas.¹⁰² Por este incremento en la población, la capacidad del templo antiguo era insuficiente; de ahí que se considerara necesario disponer de una nueva construcción, así que se decidió demoler el antiguo templo y ocupar la mayor parte del predio disponible. Casi por casualidad se salvaron de la piqueta el antiguo campanario y una pequeña capilla lateral,¹⁰³ pues geoméricamente se quedaron fuera del rango que arrojó el círculo elegido para la planta arquitectónica del segundo templo, en vez de intentar realizar un proyecto que incorporase de manera digna y cualitativa los restos preexistentes.

242

La gran cubierta del templo fue sin duda la protagonista de la composición volumétrica, constituida por una gran pirámide de estructura metálica de planta cuadrangular y sostenida con tan sólo cuatro apoyos, —localizados no en los vértices del cuadrado sino a la mitad de los segmentos—, de tal manera que las esquinas de la pirámide quedan “voladas” sobre la superficie de la planta baja: una sobre el atrio, otra sobre la antigua capilla lateral y las dos restantes prácticamente sobre las colindancias. Sobre estos cuatro apoyos, en la cubierta se insertan un igual número de alerones triangulares, es decir, cuatro elementos salientes que se empujan al volumen piramidal y cuyas alturas llegan a superarlo para generar así la percepción de una

Planta de la parroquia de la Coronación de Santa María de Guadalupe (1967-1980), colonia Condesa, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los arquitectos José Cándano Montemayor y Jorge Herrera. Dibujo: ASS

Vista exterior de la misma parroquia. Fotografías: JPS, 2014



102. No confundir con la aldea colonia Hipódromo Condesa, cuya urbanización comenzó a fines de los años veinte.

103. Donde aún pueden verse las inscripciones conmemorativas del templo neocolonial ahora perdido.



Parroquia de la Coronación de Santa María de Guadalupe (1967-1980), colonia Condesa, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los arquitectos José Cándano Montemayor y Jorge Herrera. Fotografías: JPS, 2013

cruz griega monumental perceptible varias manzanas a la distancia.

La planta principal del nuevo templo fue colocada en un nivel superior, a fin de contar con la altura suficiente para iniciar el descenso interior de las gradas con isóptica, razón por la cual fue necesario incorporar rampas y escalinatas que comunican el interior de la iglesia con el residual atrio, provocado indudablemente por la imposición geométrica del círculo en un predio tan limitado. En el interior, se descubre una espaciosa y única nave, sin apoyos intermedios y con una altura considerable, con sus bancas concéntricamente dirigidas hacia el centro del círculo, justo donde se encuentra el presbiterio, acorde, desde luego, al espíritu posconciliar que recomendaba incrementar la cercanía entre el fiel y la ceremonia religiosa. El altar se encuentra ligeramente retraído del centro del círculo y dirigido hacia el poniente, apoyado por un muro enjarrado, donde se encuentra las sedes; arriba, se divisa un improvisado cuadro de la Virgen María con una coronita suspendida, en alusión a la advocación coronada que detenta el templo. El interior es ligeramente oscuro, pues la penetración lumínica sólo se realiza desde la cubierta, a través de cuatro grandes franjas superiores que coinciden en su exterior con los alerones triangulares, cuyos coloridos vitrales de abstractos diseños contrastan con el sobrio recubrimiento que cubre el lecho bajo de la cubierta.

Un cuarto ejemplo también utilizó estructura metálica en la cubierta, aunque comparado con la obra anterior, lo hizo de manera menos evidente y utilizando una planta completamente distinta, pues el triángulo había sido una figura de menor aplicación en el espacio religioso, como se ha podido constatar con los escasos ejemplos anteriores. Se trata de la parroquia de Nuestra Señora de la Resurrección (1972-1976) diseñada por el arquitecto Juan Corti-

na del Valle en la colonia residencial Bosque de las Lomas, zona que respondió al crecimiento urbano durante los sesenta y setenta hacia el poniente de la ciudad debido a la prolongación del Paseo de la Reforma en dirección a la carretera a Toluca.

El templo se emplazó frente a una transitada avenida¹⁰⁴ y en posición panorámica respecto al entorno urbano, mayoritariamente habitacional y de alto nivel económico. Por las características del contexto, se previó un amplio estacionamiento al frente, aunque ello significase renunciar a poseer un atrio exterior. Su volumetría fue en extremo sencilla: una pirámide monumental –ahora con su jerarquía urbana un tanto disminuida por el crecimiento comercial de la zona–, con dos de sus caras laterales completamente cerradas, mientras que la fachada frontal se abrió para permitir la inserción de un gigantesco vitral, el cual se convirtió en el gran protagonista estético, desde el exterior y cuantimás para el interior.

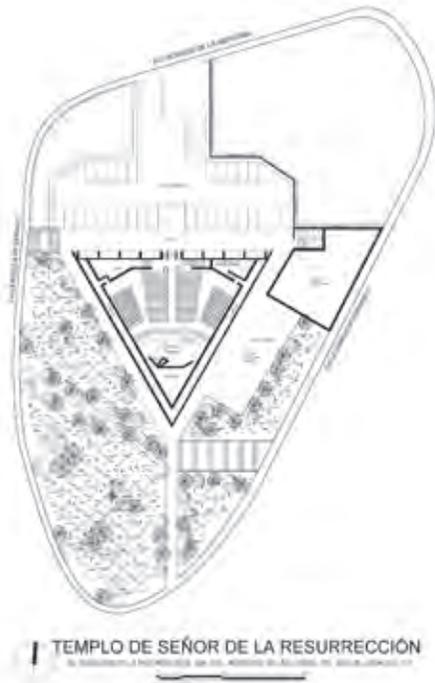
El personaje a quien estaba reservado tan estratégico encargo era el artista húngaro Víctor Vasarely,¹⁰⁵ uno de los representantes mundiales del *op art*, a quien el autor del templo había reservado tan gentil protagonismo, tal y como lo mencionaba hacia 1976: “[...] Es una construcción sencilla de líneas geométricas en forma de pirámide, con ausencia de colores en el interior y de color ocre naranja en el total de su exterior sirviendo de marco a

104. Paseo Bosques de Reforma núm. 486, esquina con Bosques de Duraznos, colonia Bosques de las Lomas, delegación Cuajimalpa, Ciudad de México.

105. Vászárhelyi Gyz, conocido como Víctor Vasarely, nació en Hungría en 1906 y murió en París en 1997. Comenzó a estudiar medicina en su país natal, dejó la carrera, para interesarse por el arte abstracto y por la escuela de Muheely, en Budapest. Se trasladó a París a inicio de los treinta, donde trabajó como grabador. Será ahí donde desarrollaría su primer trabajo mayor, *Zebra*, considerada hoy la primera obra de *op art*. Durante las dos décadas siguientes, Vasarely desarrolló un modelo propio de arte abstracto geométrico, con efectos ópticos de movimiento, ambigüedad

Planta de la parroquia de Nuestra Señora de la Resurrección (1972-1976), colonia Bosques de las Lomas, delegación Cuajimalpa, Ciudad de México, del arquitecto Juan Cortina del Valle. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de misma parroquia. Fotografía: JPS, 2014



la poesía geométrica del vitral".¹⁰⁶ Ha de resaltarse que a diferencia de muchos ejemplos anteriores, donde los vitrales conforman un papel secundario o al menos dependiente de las decisiones del proyecto arquitectónico, en esta obra se da la operación contraria. El arquitecto Cortina, en reconocimiento de la importancia internacional de este artista, hizo depender el proyecto del vitral –sin él, la percepción estética del espacio interior sería radicalmente distinta–, una actitud de humildad poco común en muchos arquitectos mexicanos.

El enorme vitral "Homenaje a México" se insertó así en la portada triangular de la iglesia. Éste imprimió, sobre todo al interior, un intenso color a la espacialidad de la única nave de planta también triangular; tanto al presbiterio y el altar localizados en el vértice del fondo, como el espacio ocupado por las bancas para la feligresía, reciben la luz a sus espaldas durante el desarrollo de la misa, o de frente al girarse para salir del templo. Sus figuras y colores, como ocurre con el *op art*, provoca un efecto óptico de profundidades cúbicas y abstractas, sin ninguna concesión a la iconografía figurativa. Este vitral no fue la única intervención en el templo de tan importante artista, pues también le fueron encargados el mobiliario litúrgico y la cruz principal del presbiterio, todo lo cual representó un ejemplo de apertura de ciertos sectores de la

245

de formas y perspectivas e imágenes inestables, en diversos materiales pero con un número mínimo de formas y colores.

106. Juan Cortina, "Iglesia en Bosques de las Lomas", *Arquitectura México*, núm. 112, México, 1976, p. 68. Edición digital de Carlos Ríos Garza, *Arquitectura México 1938-78. Fuentes para la historia de la arquitectura mexicana*, colección "Raíces Digital", México, UNAM, 2008.



Parroquia de Nuestra Señora de la Resurrección (1972-1976), colonia Bosques de las Lomas, delegación Cuajimalpa, Ciudad de México, del arquitecto Juan Cortina del Valle. Fotografías: JPS, 2013

Iglesia católica a las formas artísticas innovadoras de aquellos años setenta. En contraste, cuarenta años después, no todo aquel mobiliario se encuentra visible, y se ignora si los elementos faltantes yacen en una bodega o se perdieron con el paso del tiempo, probablemente debido a que no son del agrado del párroco en turno.

Finalmente, el quinto ejemplo en el que se aprovecharon las posibilidades estructurales del acero tiene una importancia cultural como no ha tenido ninguno de los ejemplos anteriores del catolicismo apostólico. Son indudables las complejas implicaciones de la construcción de la Nueva Basílica de Guadalupe (1974-1976), no sólo arquitectónicas y religiosas, sino sociales, urbanas y hasta políticas. La construcción de esta monumental obra debe comprenderse dentro del particular contexto histórico de los años setenta del pasado siglo, cuando comenzaron los acercamientos diplomáticos entre México y la Santa Sede, luego de varias décadas de desencuentros entre la Iglesia mayoritaria y el Estado laico que había implantado leyes que la afectaban directamente. Ha de recordarse que la propiedad de todas las edificaciones religiosas –desde las Leyes de Reforma– recaía en el Estado, por lo que sus espacios sólo eran “prestados” a las iglesias para llevar a cabo sus actividades espirituales, una medida que comúnmente las orillaba a recurrir a testaferros para proteger la propiedad de muchas de sus nuevas edificaciones.

El primer acercamiento diplomático fue en febrero de 1974, cuando Luis Echeverría Álvarez, el entonces presidente mexicano, visitó en el Vaticano al papa Paulo VI, con el motivo de agradecer su apoyo para la Carta de Derechos Económicos de los Estados, aprobada finalmente en la Asam-

blea General de la ONU en diciembre de aquel año. Sería justamente en aquél año cuando comenzaron a cosecharse los frutos de estos acercamientos políticos. A inicios de 1975 inició formalmente la construcción de la Nueva Basílica de Guadalupe –aunque el proyecto data del año anterior–, justo a los pies del cerro del Tepeyac, donde estuvo el adoratorio mexicana de la diosa Tonantzin –la “madre de los dioses”–, y donde también se dio –de acuerdo a la tradición católica– las apariciones de la advocación extremeña de la Virgen al indígena Juan Diego.

La nueva construcción se consideraba indispensable, pues la antigua basílica virreinal del siglo XVIII presentaba problemas estructurales de hundimientos diferenciales, producto de asentarse en un terreno del borde lacustre desde hacía casi tres siglos. También era insuficiente el funcionamiento en el interior del templo, pues su planta basilical dificultaba el constante flujo de feligreses que acudían a observar la imagen venerada; esto ocasionaba problemas de protección civil y complicaciones para llevar a cabo las misas diarias, pues ha de recordarse que la afluencia el 12 de diciembre –día de la celebración a la Guadalupe– puede llegar a reunir hoy peregrinaciones de tres y medio millones de personas.

El origen de la autoría de la nueva basílica se remite a un primer proyecto que había encargado el abad a los arquitectos José Luis Benlliure, Alejandro Schoenhofer y Gabriel Chávez de la Mora, asesorados por el ingeniero Manuel González Flores. Enterados de esta petición, los arquitectos Pedro Ramírez Vázquez (1919-2013) y Rafael Mijares realizaron en 1971 un anteproyecto que también presentaron al abad, quien, al no poder decidir entre

ambas opciones, decidió que todos trabajasen en equipo¹⁰⁷ para una propuesta única bajo la coordinación de Ramírez Vázquez, quien para entonces había demostrado sus capacidades organizativas y políticas como director de las obras olímpicas requeridas para la realización de la gesta deportiva en México en 1968.

Planta de conjunto de la Nueva Basílica de Guadalupe, (1974-1976) colonia Villa de Guadalupe, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México, del equipo de arquitectos coordinado por Pedro Ramírez Vázquez. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la Nueva Basílica de Guadalupe. Fotografía: JPS, 2014

Planta de la Nueva Basílica de Guadalupe. Dibujo: JPS, 2015

248



107. También se integró al equipo el arquitecto Javier García Lascuráin.





Nueva Basílica de Guadalupe, colonia Villa de Guadalupe (1974-1976), delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México, del equipo de arquitectos coordinado por Pedro Ramírez Vázquez. Fotografías: JPS, 2013

La nueva construcción se edificó en el extremo poniente del atrio virreinal, a fin de que ambas edificaciones pudieran seguir utilizando la extensa plaza,¹⁰⁸ remate de un importante eje urbano –la llamada Calzada de los Misterios, cuyo origen me-soamericano se remite a la calzada artificial que unía el borde norte del lago de Texcoco con los islotes de México-Tenochtitlan. Por esta razón se enfatizó la primacía del gran atrio –hoy llamado Plaza de las Américas–, el cual no sólo serviría de vestíbulo al conjunto religioso –además de la primera basílica, se encuentra un convento de capuchinas y la cercana capilla del Pocito– sino también para realizar celebraciones masivas, cuando la capacidad del interior del templo no pudiera darse abasto. El espacio interior debía poder contener 10 000 personas sentadas, mientras que en el atrio podrían acomodarse otros 30 000 feligreses.¹⁰⁹ De hecho, son pocos los espacios públicos mexicanos –pues éste es propiedad federal– que poseen las vastas dimensiones de esta plaza, únicamente superada por la plaza de la Constitución –el llamado Zócalo–, la plaza de armas del Colegio Militar y el campus central de Ciudad Universitaria; es decir, los poderes político, militar y educativo por encima del religioso, tal y como debe ocurrir en un estado no confesional como el mexicano.

La planta arquitectónica de este magno templo es circular, pues así se permitiría una mejor visibilidad del presbiterio y, sobre todo, la percepción adecuada de la imagen novohispana de esta advocación extremeña.¹¹⁰ También debía poder ofrecer varias misas simultáneas, por lo que se incorporaron siete capillas localizadas en palcos superiores, cada una con capacidad de 300 personas. El programa arquitectónico incluía oficinas parroquiales, habitaciones para los sacerdotes, miradores, la capilla de San José y la del Santísimo Sacramento –que contiene una pintura mural de Pedro “el Charro” Medina Guzmán, de quien ya se ha comentado obra suya en espacios religiosos–,¹¹¹ una biblioteca, sala de lectura, cubículos, bodegas y un depósito de agua de 20 000 litros.¹¹² Adicionalmente, en su fachada principal, y justo sobre el acceso central, se colocó un balcón que mira al gran atrio, donde es posible ofrecer misas masivas al exterior, a manera de una gran capilla abierta, tal y como ocurrió en los atrios novohispanos en el siglo XVI.¹¹³

Desde cualquier lugar en el atrio se puede acceder al interior de la nueva basílica a través de un conjunto de accesos peatonales localizados en el perímetro de la circunferencia –tanto para ingresar como para salir–, lo cual dota al espacio de flexibilidad y dinamismo en sus circulaciones. En el interior,

108. Plaza de las Américas núm. 1 esquina con Paseo de Fray Juan de Zumárraga, colonia Villa de Guadalupe, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México.

109. Luis Fernando Solís Ávila, *op. cit.*, pp. 42-43.

110. Ya que si bien la tradición católica reivindica que la aparición y su consecuente iconografía ocurrieron en suelo novohispano en pleno siglo XVI –México no existía como tal–, la advocación es de origen extremeña, lugar donde

además se encuentra desde hace varios siglos el monasterio de Guadalupe, cuya imagen es también de una mujer morena, similar al color de piel de los antiguos árabes asentados en el sur de la península ibérica. Muchos han sido los esfuerzos de numerosos lingüistas católicos para forzar el origen de su nombre al náhuatl, cuando en realidad el nombre de Guadalupe es árabe y comparte raíz etimológica con Guadalquivir, Guadalcázar, Guadajalara, etcétera.

111. En el ábside del templo de la Piedad, en la colonia Piedad Narvarte, abordado en la primera etapa.

112. Luis Fernando Solís Ávila, *op. cit.*, p. 43.

113. El estudio de las capillas abiertas novohispanas como subgénero religioso ha sido una de las grandes aportaciones epistemológicas de mi querido maestro, el profesor emérito Juan Benito Artigas Hernández.

las miradas se concentran en la popular imagen de la Guadalupana, iluminada cenitalmente por una serie de tragaluces superiores, que arrojan una luz rasante sobre el muro concavo y dorado que la sostiene.¹¹⁴ De hecho, la visibilidad de la Virgen implicaba un reto adicional de evitar congestionamientos y problemas de seguridad entre los feligreses que acuden a observar la imagen; la problemática se solucionó con la inserción de una banda continua para peatones –similar a las usadas en los aeropuertos–, situada atrás del presbiterio y en un nivel ligeramente inferior, de modo que los miles de fieles que acuden diariamente pueden moverse sin interrumpir el desarrollo de la misa principal.

Los apoyos verticales se situaron en el perímetro del círculo,¹¹⁵ mientras un cilindro interior con el centro desplazado hacia el poniente se localizó a manera de un mástil receptor del haz de cerchas metálicas que sostienen la cubierta conformada por trabes libremente apoyadas en sus extremos –no se trata de una techumbre colgante–, cuya composición la explica mejor el especialista Solís Ávila:

[...] a partir del mástil y en forma radial aparece la estructura de la cubierta. La planta principal y las capillas-palco forman el cilindro, el cual envuelve el mástil en forma excéntrica, que funciona como un tambor o anillo de compresión. Del mástil se cuelgan 24 armaduras de acero radialmente, con un peralte

de 1.60 m cada una, apoyándose en el perímetro del anillo de compresión. Inicialmente la estructura se había pensado con cables, pero la problemática de instalaciones, acústica, comunicación e iluminación requería de cierto espacio que era proporcionado efectivamente por una estructura a base de armaduras. Partiendo del centro del mástil se dispusieron en forma concéntrica largueros, que sirvieron de sustento a la cubierta [...].¹¹⁶

El recubrimiento de la cubierta fue con tejas de cobre asentadas sobre un mortero armado e impermeabilizado, aun y cuando su curvatura asegura la expulsión rápida de las aguas fluviales, las cuales son recolectadas para volver a inyectarse al subsuelo. Al interior, la cubierta recibe un plafón de madera canadiense, diseñado con criterios acústicos por el arquitecto Guillermo Saad Eljure, uno de los especialistas latinoamericanos más connotados en esta área. Con esta misma función acústica fueron colocados numerosos candiles modulares que penden desde el plafón, diseño del arquitecto José Luis Benlliure, autor también de los vitrales emplomados de abstractos diseños que rodean el cilindro de las capillas-palco.

Una vez terminada, la monumental silueta de característica cubierta verdosa podía ser perceptible a la distancia. Con ello se reafirmaba la voluntad católica de recuperar la visibilidad perdida de las

114. Por razones de seguridad, detrás del cuadro se encuentra una bóveda de seguridad, donde es resguardada la venerada imagen por las noches.

115. Cada uno se apoya en una cimentación basada en pilotes de control, apoyados directamente en la capa resistente del subsuelo lacustre a 52 metros. *Cfr.* Luis Fernando Solís Ávila, *op. cit.*, p. 44.

116. *Ibid.*, pp. 44-45.

últimas décadas: un triunfo de la fe católica y al mismo tiempo un sólido cimiento para la normalización de la institución religiosa. Los frutos de esta magna obra no se hicieron esperar: en enero de 1979, el siguiente presidente, José López Portillo, recibió personalmente en el aeropuerto al papa Juan Pablo II y abrió la residencia oficial de Los Pinos durante su visita pastoral. No sólo eso, once años después, el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari sería el encargado de sellar las diferencias entre el Estado mexicano y la Santa Sede, primero al recibir nuevamente al papa en una siguiente visita pastoral a México en mayo de 1990, y al siguiente año, reformar la Constitución Mexicana al expedir la nueva Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público que desde entonces permite a las iglesias la propiedad de bienes.¹¹⁷

Nuevas capillas comunitarias

En los capítulos anteriores se han mostrado algunas de las primeras obras en este subgénero religioso de capillas comunitarias –congregacionales y de comunidades regulares–, las cuales inclusive se adelantaron en buena medida a algunas directrices del Concilio Vaticano II –como los altares centralizados–; esto evidencia que las ideas de renovación litúrgica formaban parte de las aspiraciones religiosas aun

antes de que se formalizasen por la cúpula de la institución religiosa. La vocación restringida de los servicios religiosos de estas capillas –pues el usuario principal son los sacerdotes o monjas– provocó la ausencia de atrios públicos hacia la calle; las capillas solían más bien insertarse en el corazón de los conjuntos arquitectónicos, ya fueran conventos, seminarios, hospitales o asilos. Asimismo, las plantas debían resolver la presencia de grupos distintos en un mismo servicio religioso, como por ejemplo, separar seminaristas de profesores, monjas de novicias, visitantes dominicales de internos asilados, etcétera. Esto tenía que ser resuelto hábilmente en términos de funcionalidad, proyectando circulaciones específicas y asignando jerarquías, todo lo cual dio como resultado soluciones arquitectónicas inéditas en el desarrollo de la arquitectura mexicana. Los virtuosos autores de aquellas primeras capillas comunitarias¹¹⁸ aprovecharon al máximo las particularidades que ofrecían aquellos programas arquitectónicos para realizar obras innovadoras, de plantas centralizadas y audaces cubiertas, acompañados de artistas plásticos que produjeron vitrales, mosaicos y enseres litúrgicos a tono con la modernidad espacial.

Se mencionarán ahora dos interesantes capillas católicas que fueron construidas durante ésta tercera etapa, producto de la experiencia profesional de sus respectivos autores, quienes habían ya

117. Aunque cabe aclarar que esta ley no es retroactiva para ninguna iglesia, pues los templos que eran ya propiedad federal continúan siéndolo hasta la actualidad.

118. Como José Creixell, Luis Barragán, José Villagrán, Enrique de la Mora, Javier Sordo Madaleno, Gabriel Chávez de la Mora, así como la colaboración de Félix Candela y Fernando López Carmona.

incursionado en el género religioso: Honorato Carrasco Navarrete y fray Gabriel Chávez de la Mora, ambos virtuosos arquitectos sin los cuales no podría entenderse el desarrollo de la arquitectura moderna eclesial en México.

La capilla del Seminario Conciliar Menor (1965-1967) de los arquitectos Honorato Carrasco y Amaury Pérez de la Huerta fue construida en la delegación Tlalpan,¹¹⁹ al sur de la Ciudad de México, luego de ganar un concurso contra otros cinco arquitectos.¹²⁰ El conjunto arquitectónico que lo circunscribiría estaba dirigido a la formación de tres años de nivel preparatoria –de ahí su apelativo de “menor”, para distinguirlo del nivel superior de formación profesional sacerdotal– de seminaristas que habían escogido el camino de la vida religiosa. La capilla debía incorporarse a las plazas, áreas verdes y edificaciones preexistentes diseñadas por el también arquitecto José Luis Benlliure, las cuales, por sí mismas poseen una gran calidad arquitectónica, como suele encontrarse en las obras de este arquitecto de origen español. De hecho, a él mismo se le había encargado un primer proyecto, de planta circular, cubiertas alabeadas y dimensiones sensiblemente menores, aunque ocupando la misma zona ajardinada donde se construiría finalmente el proyecto de Carrasco-Pérez de la Huerta.

119. San Juan de Dios núm. 22, colonia San Lorenzo Huipulco, delegación Tlalpan, Ciudad de México.

120. No sería la única obra religiosa de Honorato Carrasco, pues simultáneamente estaba realizando la parroquia de la Divina Providencia en la Colonia del Valle.

Vista de los edificios escolares del Seminario Conciliar Menor diseñados por José Luis Benlliure, colonia San Lorenzo Huipulco, delegación Tlalpan, Ciudad de México. Fotografía: ISMC, 2013

Primer proyecto para la capilla del Seminario Conciliar Menor de José Luis Benlliure. Fuente: folleto promocional histórico de la Arquidiócesis, 1963, dominio público



El programa arquitectónico para la capilla debía cubrir una capacidad de 400 personas, además de un pequeño auditorio de usos múltiples para 120 alumnos, ambos dentro del mismo volumen. La planta seleccionada fue un círculo perfecto, cuyo interior se dividió en dos zonas geoméricamente complementarias pero independientes entre sí: la capilla ocupa un abanico de 270°, mientras que la sección restante de 90° fue destinada al auditorio escolar, aunque cada una con una cubierta distinta, hábilmente integradas en un mismo volumen:

[...] una cubierta de trabelosa concéntrica plegada para el área de culto, y para el salón de actos una superficie de catenaria de revolución, separadas entre sí por dos muros de trayectoria catenaria que se elevan hacia el cenit en forma de ala, que en el interior permite el uso de iluminación cenital, enmarcando y jerarquizando el altar.¹²¹

Esta trabelosa posee una disposición radial, de tal manera que las directrices convergen en lo alto en un anillo circular de compresión, el cual además sirve para permitir una entrada de luz cenital que baña dramáticamente el altar, el presbiterio y la imagen del Cristo crucificado, localizados en el centro geométrico; por su parte, los fieles asistentes –seminaristas y profesores– disfrutaban de una adecuada isóptica y acústica, sin elementos que obstaculicen

el seguimiento del acto celebrativo, pues se recordará que se trata de una iglesia construida durante los primeros años del Concilio Vaticano II (1962-1965). A su vez, en la contraparte de los 90° restantes del círculo, se situó el pequeño auditorio, cuya cubierta fue de un cascarón ligero de concreto, aunque separado de la capilla por medio de un muro divisorio de trayectoria catenaria que asciende hasta la cúspide de la cubierta y se integra al resto de la composición. Estas estructuras de plegaduras serían soluciones recurrentes en muchos templos durante la década de los sesenta y aun en los setenta, ante el abandono gradual de los cascarones de concreto, que se habían encarecido por el costo de la mano de obra y el gasto excesivo en la cimbra de madera.

La impronta de Chávez de la Mora

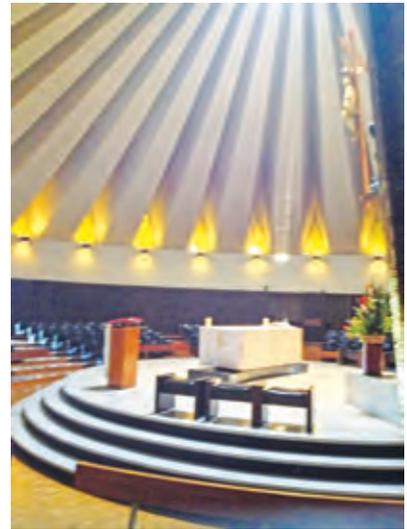
Ha habido arquitectos que siempre se han mantenido dentro de la producción de las obras religiosas, como es el caso del arquitecto¹²² y fraile Gabriel Chávez de la Mora (n. 1929), quien desde el interior de su orden se ha dedicado a proveer innumerables proyectos religiosos, educativos y asistenciales, tanto para su propia orden benedictina,¹²³ como para el clero secular en general. Su impronta no sólo se reduce al ámbito arquitectónico, sino también al diseño del mobiliario,

121. Luis Fernando Solís, *op. cit.*, p. 99.

122. Se tituló el 20 de febrero de 1955 con el proyecto de un centro parroquial de San José Analco, Guadalajara. Fue el primer egresado como arquitecto de la Universidad de Guada-

lajara. Tres meses después ingresó a la Orden de San Benito y alcanzó su profesión monástica el 15 de agosto de 1956.

123. Orden fundada por Benito de Nursia en Italia en el siglo VI. Poseen versión masculina y femenina. Cfr. Kristina Krüger y Rainer Warland, *Órdenes religiosas y monasterios. 2 000 años de arte y cultura cristianos*, España, H.F. Ulmann, 2008.

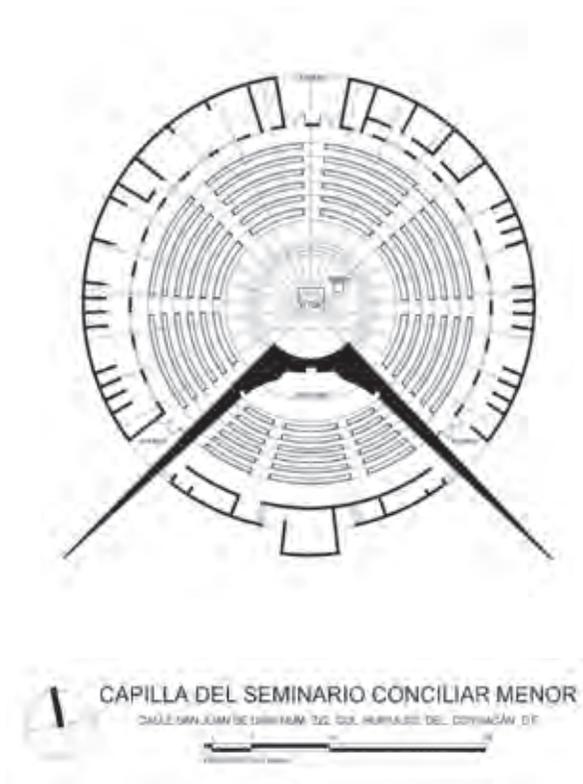


Capilla del Seminario Conciliar Menor (1957-1967), colonia San Lorenzo Huipulco, delegación Tlalpan, Ciudad de México, de los arquitectos Honorato Carrasco Navarrete y Amaury Pérez de la Huerta. Fotografías: JPS, 2013

Planta de la capilla del Seminario Conciliar Menor (1957-1967), la definitiva de Honorato Carrasco y Amaury Pérez de la Huerta. Dibujo realizado por AGI, 2014

Fachada de la misma capilla del Seminario. Fotografía: ISMC, 2013

256



enseres litúrgicos, vitrales, tipografía, imaginería religiosa y todo ámbito del diseño que le ha sido requerido para la Iglesia que tanto ama.

La importancia arquitectónica de su obra religiosa es tal, que se hace imposible abordar esta producción sin mencionar su legado, pues aunque no diseñó o construyó ningún templo en la Ciudad de México –aunque sí ha colaborado como asesor de muchísimas obras, así como en el diseño de vitrales y altares de muchos de ellos–, es menester mencionar al menos algunas de sus más importantes capillas, aunque se encuentren fuera de la capital.¹²⁴

La capilla del Monasterio de Santa María de la Resurrección (1957) en Cuernavaca, Morelos, formaba parte de un conjunto arquitectónico habitacional preexistente, por lo que adoptó una planta circular a la que se le empotraron cuatro espacios ortogonales, a modo de integrarla con los volúmenes y



124. Cfr. Ivan San Martín, “Capillas para las congregaciones católicas religiosas: laboratorios para la innovación arquitectónica”, en Catherine Ettinger, comp., *Imaginario de modernidad y tradición. Arquitectura del siglo XX en América Latina*, Porrúa-Conacyt, México, 2015.

circulaciones del claustro existente en el lado sur. La cubierta de la capilla era cónica, sostenida por un haz de vigas metálicas y losa de ladrillo aparente, que no llegaban a tocar la cúspide, ni tampoco a unirse con el muro circular de piedra perimetral, lo que provocaba dos entradas de luz: al centro, sobre el altar, y alrededor de los congregantes, reforzando con ello los significados de fraternal unión y aislamiento del mundo. La decisión de optar por esta planta concéntrica, con el altar central rodeado por los asistentes –en este caso, los propios Hermanos de la Orden– la convirtió en pionera de la arquitectura eclesial –se recordará que los otros ejemplos de parroquias que utilizaron plantas circulares, no modificaron ni la posición cabecera del altar, ni el acomodo concéntrico de las bancas. Así lo señala Guillermo Plazola, estudioso de la obra del arquitecto fraile y conocedor del trascendental impacto de esta capilla:

Esta obra data de 1957, pero empezó a funcionar hasta 1959. Se adelantó litúrgicamente al Concilio Vaticano II (1962-1964), que comenzó el Papa Juan XXIII y concluyó el Papa Paulo VI. Es la primera capilla en Latinoamérica que se diseña expresamente con el altar de frente a los fieles.¹²⁵

La otra capilla congregacional foránea que merece destacarse es la que sirve para los ejercicios religiosos de sus hermanos benedictinos, dentro del conjunto arquitectónico de la Abadía del Tepeyac, en Cuautitlán Izcalli, Estado de México (1968). Se trata justamente del lugar en donde reside él mismo, en compañía de su querida orden, por lo cual el programa arquitectónico integra principalmente los espacios domésticos, lugares de estudio, zonas administrativas –que incluyen una pequeña librería religiosa– y, desde luego, la capilla doméstica, todo perfectamente rodeado de jardines que conceden una ventilación e iluminación

naturales, en aprovechamiento de la atinada ubicación del conjunto, como claramente relata Plazola:

El conjunto se construyó en una colina de acuerdo con el plan tradicional de los monasterios que se desarrollan alrededor de un patio central, que forma el claustro. Una plaza exterior sirve de atrio y, a la vez, de vestibulación para ingresar al monasterio y a la capilla [...] En el centro de la capilla de planta cuadrada, se sitúa el coro monástico (altar, sede, ambón, siales, cantores o schola e instrumentos). En tres de sus lados se encuentran empotradas filas de bancas dispuestas en forma escalonada [...] El techo es una estructura apoyada en armaduras metálicas y posee plafón de madera. La luz natural penetra entre el techo y el muro mediante una linternilla.¹²⁶

Además de las propias cualidades espaciales de la capilla, el diseño de fray Gabriel se extendió, –como suele hacerlo en todos sus templos–, hacia todos los elementos muebles, accesorios litúrgicos e iconográficos y tipográficos.

Otra obra suya¹²⁷ que no puede dejar de mencionarse, aunque también se halla fuera de la ciudad capital, es la capilla ecuménica “La Paz” en Acapulco, Guerrero (1971), localizada sobre un imponente promontorio natural que domina la bahía, estableciendo así una relación armónica entre el paisaje natural circundante y el entorno urbano que la rodea.

125. Guillermo Plazola Anguiano, *Fray Gabriel Chávez de la Mora*, México, Plazola Editores, 2006, p. 23.

126. *Ibid.*, pp. 33-34.

127. El arquitecto residente fue Jorge Mondragón. *Cfr.* Guillermo Plazola Anguiano, *op. cit.*, p. 48.



Capilla de la Abadía del Tepeyac (1957-1959), en Cuautitlán Izcalli, Estado de México, del arquitecto y fraile Gabriel Chávez de la Mora. Fotografías: ISM, octubre de 2014

Se trataba de un encargo privado del empresario Carlos Truyet, dentro de los terrenos del fraccionamiento “Las Brisas”, cuando aquella costera ciudad se encontraba en su cenit de popularidad nacional e internacional.¹²⁸ La capilla se destaca a lo lejos por su imponente cruz de cuarenta y dos metros de alto, la cual sirve de referencia visual durante el recorrido de acceso que realizan vehicular y peatonalmente los visitantes. La explanada exterior se desenvuelve en una serie de plataformas y escalinatas –que eventualmente pueden convertirse en una capilla abierta–, desde las cuales se aprecia también una gran escultura exterior hecha en bronce, “Las manos de la hermandad”, obra del artista jalisciense Claudio Favier Orendain.¹²⁹

El cuerpo de la capilla se eleva sobre las rocas del terreno y permiten que el agua que brota de la pileta de agua bendita riegue una serie de canales circundantes. Su cubierta es muy sencilla, a dos aguas: una sencilla losa de concreto –recubierta de placas de asbesto oxidado– se apoya en una estructura metálica que no toca los muros interiores de piedra, permitiendo así la circulación del aire, una solución por demás idónea para el clima cálido de aquella ciudad. Los ventanales son de ónix, lo cual permite una entrada de luz ambarina que amortigua la temperatura del interior, al mismo tiempo que

Exterior e interior de la capilla ecuménica “La Paz” en Las Brisas, Acapulco, Guerrero, 1971, del arquitecto y fraile Gabriel Chávez de la Mora Fotografías: ISM, 2011



128. Muy lejos estaba Acapulco del actual estado de inseguridad y alcoholismo en que se halla desde hace un par de décadas, bajo el amparo de funcionarios corruptos que han permitido el crecimiento de todo tipo de comercio ilegal.

129. Nacido en Jalisco en 1931 y fallecido en 2008 en España, en donde residía desde hacía cuatro décadas.

promueve un espacio de recogimiento, mientras que el altar ocupa una posición centralizada, con las bancas dispuestas asimétricamente por tres de sus lados –realizadas en madera de acabado rústico– todo lo cual, convierte a esta capilla en un referente obligado de la arquitectura religiosa mexicana.

Templos católicos apostólicos con otros rituales

Aunque la gran mayoría de templos del catolicismo apostólico en México celebran el ritual romano, existen algunas comunidades que celebran otro tipo de liturgias, entre las que destacan el rito maronita o siríaco-araméo¹³⁰ y el rito grecomelquita,¹³¹ comunidades que se encuentran históricamente incorporadas a la jerarquía católica que gobierna el papa romano. Los orígenes de ambas provienen fundamentalmente de Líbano, Siria y Antioquía, por lo que son poseedoras de una tradición milenaria tan antigua como el rito romano,¹³² con diferencias fundamentalmente litúrgicas, más que teológicas.¹³³

La migración libanesa al país data de finales del siglo XIX, cuando comenzaron a arribar –principalmente por el Puerto de Veracruz, seguido por Torreón y Progreso, en Yucatán– con la esperanza de un futuro mejor. Ingresaban como ciudadanos del Imperio Otomano, entidad política que se extinguió

al término de la Primera Guerra Mundial. El llamado Reloj Otomano que se inauguró en 1910 en las Fiestas del Centenario fue promovido por comerciantes libaneses que se encontraban ya asentados a finales del Porfiriato, quienes profesaban principalmente el catolicismo, aunque se trata de un pueblo con varias religiones:

La llegada de libaneses fue constante desde las últimas décadas del siglo XIX; compartían la característica de ser cristianos –en su amplia gama de ritos principalmente maronita y ortodoxo–; hubo algunos musulmanes y drusos, también judíos. Menos de los 17 grupos religiosos que se reconocen en Líbano.¹³⁵

La llegada simbólica del ritual maronita a México data de 1878, cuando arribó al país el padre Boutros Raffoul,¹³⁶ aunque la primera misa litúrgica propiamente se practicó hasta 1905 en la capilla dedicada al Señor de la Humildad en la iglesia de la Candelaria –en la calle de Manzanares, en el barrio de La Merced–, al que siguieron después bautizos y ceremonias nupciales. En 1921, por instrucción del entonces presidente Álvaro Obregón, se les otorgó a los maronitas el templo de nuestra Señora de Balvanera,¹³⁷ donde también se siguió oficiando en el ritual romano o latino. Fue hasta 1947 cuando fue elevado este templo virreinal a la jerarquía de parroquia, para después, en 1993 crearse la Diócesis

130. El nombre de “maronitas” deriva de San Marón, rígido defensor de la fe católica de Oriente, cuyo ejemplo siguieron numerosos discípulos en Medio Oriente.

131. La Iglesia católica grecomelquita es una Iglesia oriental católica de rito bizantino en su variante griega, es decir, una comunidad particular de la Iglesia católica que goza de cierta autonomía litúrgica, pero que está en plena comunión con el papa de Roma. Su

templo principal en la Ciudad de México es la iglesia de Porta Coelli (en Venustiano Carranza núm. 107, en el Centro Histórico), una antigua capilla de un colegio dominico que data de 1603, donde oficializaron su rito a partir de 1952. Cfr. Carlos Martínez Assad y Martha Díaz de Kuri, “Libaneses, las formas solidarias de mirar lejos”, en Carlos Martínez Assad, comp., *La ciudad cosmopolita de los*

inmigrantes I, México, Gobierno del Distrito Federal, 2009, p. 116.

132. Sin embargo, no todos los inmigrantes libaneses o sirios en México practican el catolicismo apostólico, pues algunos pertenecen a la Iglesia ortodoxa griega, cuyos fieles, aunque se pronuncian como católicos, constituyen una Iglesia independiente del poder del papa romano.

Maronita de México bajo el nombre de Eparquía de Nuestra Señora de los Mártires de Líbano,¹³⁸ siendo su primer obispo maronita el monseñor Wadih Pedro Tayah, nombrado por el propio papa de Roma en 1995. De esta cabeza dependen otros templos maronitas en el país, tal y como se señala en uno de los principales libros contemporáneos que recogen las actividades culturales de la comunidad libanesa:

En la República Mexicana existen cinco templos maronitas que atienden a 300 mil fieles representados mayoritariamente en las ciudades de Mérida, Puebla, Toluca, Pachuca, Torreón, Veracruz, Monterrey, Chihuahua, Guadalajara y el Distrito Federal, con sacerdotes que difunden el rito siríaco arameo.¹³⁹

En la Ciudad de México, el templo de Nuestra Señora de Líbano (1969-1972) en la colonia Florida¹⁴⁰ constituye el principal ejemplo diseñado conforme a los lineamientos del Movimiento Moderno en donde se practica este rito maronita. El templo está orientado principalmente a los libaneses residentes en la capital mexicana –o con antepasados provenientes de aquel país–, entre quienes la religión juega un importante papel de pertenencia a una comunidad cultural. La ubicación del templo responde a la cercanía física con el Centro Cultural Libanés edificado en 1962 en la residencial colonia Florida, obra del arquitecto Antonio Abud Nacif. En contraste, no se ha

podido identificar la autoría del templo, pero muy seguramente fue encargado a algún miembro de la comunidad libanesa, pues entre ellos suele privar fuertemente un sentido de solidaridad.

El predio disponible era de dimensiones reducidas, y ligeramente rectangular en el sentido oriente-poniente, pero estaba localizado en una pequeña esquina que le añadía posibilidades de visibilidad urbana. En el exterior, un espacio ajardinado y enrejado hace las veces de explanada de acceso, dotándolo así de cierta jerarquía urbana, la cual es reforzada por la volumetría prismática de la cubierta, que la hace contrastar con el entorno habitacional circundante. El ingreso desde la calle se realiza a través de una pequeña escalinata, pues la nave principal se halla a medio nivel por encima de la calle. A su lado izquierdo, fue ubicado con posterioridad una improvisada hornacina con la imagen de San Charbel, santo de gran devoción para la comunidad maronita, quienes suelen colgarle lazos de colores por los favores recibidos.¹⁴¹

La planta fue muy sencilla: dos triángulos encontrados, unidos por un lado en común, siendo el mayor de ellos el que cobija el altar, mientras que el otro cubre la nave y el acceso; una jerarquía geométrica que se reproduce en los dos sencillos prismas que conforman la cubierta. El altar se dirige hacia el

133. “La diferencia entre el rito romano católico y el rito maronita, es que nosotros empleamos en nuestras celebraciones el árabe, español y el arameo. En la misa, por ejemplo, en el rito romano se da la paz antes de la comunión, nosotros lo hacemos al inicio de la segunda parte de la misa. En el rito maronita tenemos algo muy particular, y es que la consagración es siempre en arameo, idioma de Jesucristo.” “Misa y rito maronita”, en Iglesia de Nuestra

Señora de Líbano [web], consultado el 27 de febrero de 2016 en <http://www.nsdelibano.org.mx/index.php/informes>

134. “El catálogo del Departamento de Inmigración del Archivo General de la Nación registró en 1891 la llegada de los primeros libaneses”. Carlos Martínez Assad y Martha Díaz de Kuri, *op. cit.*, p. 102.

135. *Ibid.*, p. 100.

136. Antonio Trabulse Kaim, *Dos pueblos, un espíritu. Libaneses en México*, México, Centro Libanés, 2007, p. 53 y ss.

137. El templo de Nuestra Señora de Balbanera –o Valvanera, como también se escribe– formaba parte del convento concepcionista de Jesús de la Penitencia. Se localiza en la esquina de las calles Correo Mayor y República de Uruguay, en el Centro Histórico de la Ciudad de México (el edificio virreinal data de 1663).

ponente –bajo una escultura suspendida de la Virgen de Líbano–, mientras que las bancas ocupan el resto de la única nave y un pequeño entresuelo sobre el acceso brinda el espacio para el coro superior. La luz natural ingresa lateralmente por unos vitrales multicolores localizados en una serie de ventanillas rectangulares, a la vez que una entrecalle cenital también con vitrales recorre la cubierta y aprovecha así la junta de unión de los dos prismas superiores que la componen.

Hornacina con la imagen de San Charbel en una de las esquinas de la explanada de acceso al templo de Nuestra Señora de Líbano, col. Florida delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, Fotografía: ISM, 2015

Planta del templo de Nuestra Señora de Líbano. Dibujo realizado por ASS

262



Se encuentra declarada como Catedral Maronita de México.

138. El término *eparquía* (del griego ἐπαρχία) define una circunscripción territorial bajo la autoridad de un obispo entre las Iglesias orientales católicas, la Iglesia ortodoxa y las Iglesias ortodoxas orientales. Esta circunscripción corresponde a lo que en Occidente se denomina diócesis.

139. Antonio Trabulse Kaim, *op. cit.*, p. 54.

140. Manzano núm. 29, colonia Florida, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México.

141. Chárbel Makhlof fue un asceta y religioso maronita libanés (1828-1898) cuyo verdadero nombre fue Yusef Antun Majluf. Se consagró a la vida religiosa a la edad de 25 años, cuando practicó la pobreza y el gusto por la vida en solitario. Murió en el monasterio maronita de Annaya en 1898, donde actualmente yacen sus restos. Fue beatificado en 1965 y canoni-



Templo de Nuestra Señora de Luján (1969-1972), colonia Florida, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, de autor sin precisar. Fotografías: JPS, 2014

Los templos modernos del catolicismo ortodoxo

En México y en el mundo existen otras dos grandes Iglesias que también se autonomban como católicas: la iglesia anglicana o episcopal y la iglesia ortodoxa,¹⁴² las cuales, aunque poseen orígenes históricos y prácticas religiosas semejantes, mantienen su independencia institucional así como sus propias particularidades teológicas, litúrgicas y eclesiales, lo cual evidentemente repercute en la concepción misma de los espacios arquitectónicos para la celebración de sus cultos.

264

La Iglesia católica ortodoxa es mucho más antigua que la anglicana, por más de un milenio, inclusive. Basta recordar que cuando el cristianismo primitivo pasó a considerarse como la religión oficial del Imperio romano en el siglo IV de la era cristiana, la organización eclesiástica debió cubrir un territorio mediterráneo muy extenso, fuertemente diezmado por las incursiones de los bárbaros del norte, además de sufrir la escisión en dos partes del imperio: el de Oriente y el de Occidente. Para resolver este complejo panorama religioso, los cristianos se agruparon en cinco patriarcados: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquia y Jerusalén, siendo los más importantes los dos primeros, pues eran a su vez

capitales de sus respectivas porciones del dividido imperio. Desde entonces, se sucedieron serias diferencias teológicas, religiosas y litúrgicas que intentaron superarse mediante la celebración de varios concilios durante el primer milenio, hasta el año de 1054, cuando se suscitó un cisma que los separó definitivamente: por un lado la Iglesia católica apostólica y, por otra parte, la Iglesia ortodoxa de oriente, heredera de una rica tradición bizantina –poco conocida–, como bien ha señalado el especialista británico John Binns:

El modo en que ha sido valorada la contribución del Impero Bizantino a la cristiandad ha sido muy variado. Para muchos, lo que ha aportado es una síntesis del temor reverencial religioso hebreo, y de la búsqueda griega de la verdad filosófica, una combinación creativa y altamente vivificadora.¹⁴³

Desde entonces, el catolicismo ortodoxo ha crecido más allá de sus fronteras originales, abarcando primero el oeste europeo, luego suelo ruso, y posteriormente Norteamérica, a donde llegaron inmigrantes griegos, turcos, libaneses y rusos, quienes requerían de sus propios espacios de culto.

Los servicios religiosos ortodoxos pueden llegar a presentar grandes diferencias regionales, pues dependen de las tradiciones continentales. En Europa y América, por ejemplo, las misas suelen ser en el

zado en 1977, siendo desde ese año el primer santo del Líbano.

142. Desde el punto de vista anglicano y ortodoxo, la primigenia Iglesia católica se divide en tres grandes Iglesias: la apostólica, la ortodoxa y la anglicana, por lo que recomiendan evitar la confusión con las diversas denominaciones protestantes, que surgieron a partir de una escisión del clero católico apostólico.

143. J. Binns, *Las iglesias cristianas ortodoxas*, Madrid, Akal, 2009, p. 22.

idioma local y utilizan bancas para sentarse durante la celebración, mientras que en los templos orientales se opta por el griego antiguo, el eslavo o el árabe, y no existen bancas para sentarse durante los servicios, mismos que pueden llegar a durar varias horas. A diferencia del catolicismo apostólico –donde pueden celebrarse misas privadas– los servicios ortodoxos siempre deben ser de culto público.¹⁴⁴ Sus templos son lugares de reunión para el culto y la alabanza a Dios, por lo que son considerados como lugares celestiales en la tierra, de tal manera que ninguno de los objetos y acciones que ahí se realizan resultan producto de la casualidad o de la improvisación, en correspondencia con el mismo significado etimológico del griego *ortos*: recto o derecho.

En términos de sacralidad, para los ortodoxos es indispensable que todos sus espacios religiosos estén “consagrados”, lo cual se logra mediante una ceremonia solemne en presencia del obispo de la jurisdicción, en la que deben divinizarse todos sus elementos materiales, especialmente el altar, el coro y el iconostasio –un cancel divisorio con las imágenes–, así como los muebles y las mesas del altar y de la *proscomidia* –donde se prepara antes de la misa, el pan y el vino–, igualmente el resto de los enseres que se utilizan en la Divina Liturgia, los maitines, las vísperas y demás fiestas sagradas.

Ha de enfatizarse que la acción de consagración es tan importante para los ortodoxos que si acaso algún templo hubiese sido profanado con un uso distinto o haber pertenecido a otra religión, sería indispensable volver a consagrarlo antes de officiar nuevamente un servicio ortodoxo. De hecho, la condición de sacralidad del espacio posee mayor intensidad en ciertas áreas interiores de la iglesia, como la zona del altar detrás del iconostasio, a donde sólo pueden ingresar los varones de alguna de las órdenes sagradas –lectorado diaconado, subdiaconado, presbiterado y episcopado– a diferencia de miembros laicos y las mujeres, a quienes les está vedado el acceso a esa zona.

En los templos ortodoxos, el sacerdote oficia de espaldas al pueblo y de cara al altar, similar a como celebraba el catolicismo apostólico antes de las reformas conciliares vaticanas de los años sesenta del pasado siglo. La feligresía, por su parte, acude de manera respetuosa y solemne al templo, sin división de géneros, una equidad que responde a una tradición secular que también se traduce en la anuencia del casamiento para los sacerdotes y para los diáconos ortodoxos. Poseen enseres litúrgicos específicos para la realización de sus misas; a éstos los dotan de una condición especial de objetos sagrados, pues no pueden ser tocados o manipulados por cualquier persona. Por ejemplo, un lector no puede tocar el altar ni los vasos sagrados –acción permitida sólo a los diáconos–, mientras que ellos no pueden tocar el pan y el vino, acción reservada a los presbíteros y obispos.

La iglesia ortodoxa suele tener gran devoción por la adoración de imágenes o íconos, una tradición que proviene desde los tiempos medievales. Hoy en día, basta visitar cualquier templo ortodoxo en Grecia o Turquía para percatarse de la importancia de las imágenes en la devoción de los fieles, a

144. Acorde al sentido etimológico de la palabra liturgia: *litos-ergos*, acción del pueblo.

tal punto que suelen besar el cristal que las protege, luego de prender una pequeña vela frente a ellas.

En México, los primeros ortodoxos llegaron a finales del Porfirismo –principalmente libaneses y griegos, aunque también llegaron turcos y algunos rusos–, una inmigración que se incrementó una vez terminada la Primera Guerra Mundial; se generó así una comunidad religiosa minoritaria y organizada en varios patriarcados, de los cuales dependen catedrales y parroquias, siendo las primeras las de mayor jerarquía como sede del obispo o arzobispo.

En el país, actualmente existen presencia de cuatro patriarcados: el de Antioquia, el de Constantinopla, el de Moscú y el de América,¹⁴⁵ con asentamientos no sólo en la Ciudad de México, sino también en varias ciudades del interior, desde Mérida hasta Tijuana. En la capital mexicana y su zona conurbada se han construido sus respectivas catedrales, aunque cabe aclarar que no siempre constituyen obras monumentales y suntuosas, pues se encuentran en correspondencia con el número de fieles de una iglesia minoritaria; están repartidas en zonas diversas de la capital, con estratos socioeconómicos diversos y en contextos urbanos completamente distintos. También en términos morfológicos sus templos pueden ser muy variados, pues al haber sido construidos a lo largo del siglo xx, siguieron tantos los estilos historicistas en boga durante la pri-

mera mitad,¹⁴⁶ como los lineamientos del Movimiento Moderno. No obstante, en ambas expresiones se encontrará siempre una abundancia de imágenes religiosas de Cristo, de la Virgen María, de los apóstoles y de los santos orientales, pero sólo por medio de mosaicos o pinturas, en vez de esculturas, pues las representaciones “en bulto” son identificadas con la iconolatría.¹⁴⁷

El Sacro Arzobispado Ortodoxo Griego de México¹⁴⁸ es representante del patriarcado de Constantinopla y posee su catedral ortodoxa griega de Santa Sofía (1965-1972). Se encuentra en la colonia Lomas Hipódromo, al poniente de la capital, ya territorialmente en Naucalpan, en el Estado de México, una obra diseñada por los arquitectos Guillermo Rossell de la Lama (1925-2010) y la colaboración de Manuel Larrosa. El primero, había tenido ya para entonces¹⁴⁹ una fructífera vida profesional, muy vinculada a los grupos políticos en el poder de entonces. Egresado de la entonces Escuela Nacional de Arquitectura de la UNAM, Rossell había comenzado su trayectoria laboral durante la década de los cincuenta bajo el amparo del arquitecto Carlos Lazo, en la entonces Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas (SCOP). Su actividad como funcionario pudo compaginarla con su desarrollo profesional, principalmente con proyectos para el sector turístico, como el hotel Paraíso Marriot en Acapulco

145. En este texto solo se incluye información de los cuatro patriarcados ortodoxos que son considerados como “canónicos”, por lo que se excluyen las iglesias ortodoxa ucraniana y la ortodoxa copta.

146. Como la catedral de San Jorge, sede nacional del patriarcado de Antioquía, interesante ejemplo de morfología historicista de esta Iglesia en la capital. Se encuentra ubicada en la colonia Roma Sur, en la calle de Tuxpan núm.

30, casi esquina con el Eje Vial 3 Sur Baja California, colonia Roma Sur.

147. Durante siglos la Iglesia ortodoxa ha tenido discusiones internas a favor y en contra del uso de imágenes.

148. Agua Caliente esquina con Saratoga, colonia Lomas Hipódromo, Naucalpan, Estado de México

149. Guillermo Rossell de la Lama, *Espacios, por un destino común*, México, Nuevos Espacios, 2002, p. 131.

—encargado por Emilio Azcárraga Vidaurreta hacia 1961—, así como el Hotel de México —para el empresario español Manuel Suárez—, una obra diseñada por el arquitecto Joaquín Álvarez Ordóñez y Ramón Miquelajáuregui y en donde se debió incluir forzosamente la participación de Rossell de la Lama debido a ser sobrino del dueño original del antiguo parque de La Lama, predio donde se construyó aquél ambicioso e inconcluso complejo hotelero.

En el género religioso, y pocos años antes de la catedral ortodoxa, Rossell de la Lama había construido la capilla de Palmira, en Cuernavaca, Morelos, hacia 1959-1964, junto con Manuel Larrosa y el cálculo de Félix Candela. Era una obra innovadora con un gran manto de cascaron de borde libre, y aunque originalmente fue concebida como una capilla abierta, con el paso del tiempo ha sido modificada. En contraste, la catedral ortodoxa en Lomas Hipódromo presentaba formas más conservadoras, desde la misma planta arquitectónica en forma cuadrangular, hasta el alzado de muros y cubiertas, probablemente por requerimientos del propio clero, acostumbrado a espacios más conservadores donde pudieran insertarse sus íconos religiosos.

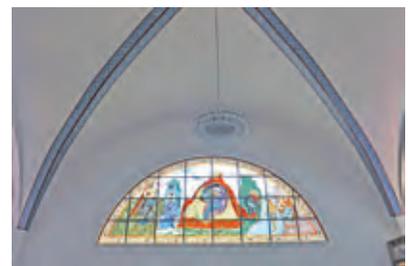
El predio rectangular se encuentra en una tranquila zona residencial, con el volumen principal del templo en la esquina del predio, probablemente para incrementar su jerarquía urbana. Sin embargo, el acceso al interior no fue colocado hacia ninguna de estas calles, sino hacia un pequeño atrio localizado en la parte posterior del predio, un espacio un tanto más reservado, lo cual se entiende al tratarse de una feligresía minoritaria y claramente distinguible.

En el interior, la planta es muy sencilla: un gran espacio cuadrangular es cubierto por una gran bóveda de arista, mientras dos rectángulos se le adosan lateralmente, cubiertos a su vez por dos bóvedas de

Planta de la catedral ortodoxa griega de Santa Sofía (1965-1972), en calle Agua Caliente esquina con Saratoga, colonia Lomas Hipódromo, Naucalpan, Estado de México, de los arquitectos Guillermo Rosell de la Lama y Manuel Larrosa. Dibujo realizado por ASS

Fachada de la misma catedral ortodoxa griega. Fotografía: JPS, octubre de 2014





Catedral Ortodoxa Griega de Santa Sofía (1965-1972), colonia Lomas Hipódromo, Naucalpan, Estado de México, de los arquitectos Guillermo Rosell de la Lama y Manuel Larrosa. Fotografías: JPS, 2014

medio cañón, formando respectivamente el nártex de la entrada y el espacio sagrado detrás del iconostasio –el cancel con las imágenes sagradas–, pues se recordará la cuidadosa jerarquía de sacralidad que suelen tener los espacios religiosos en esta Iglesia.

Indudablemente, esta catedral para la Iglesia ortodoxa griega fue sin duda el mejor ejemplo logrado en términos de adscripción al Movimiento Moderno, pues aunque los otros patriarcados tienen sus propias catedrales,¹⁵⁰ presentan extrañas mezclas morfológicas que se apartan de los postulados modernos. Es el caso del patriarcado de la Iglesia ortodoxa de América,¹⁵¹ cuya catedral de la Ascensión del Señor –acompañada de un pequeño monasterio– se construyó a los pies del cerro del Peñón de los Baños, sobre Río Consulado,¹⁵² en la zona oriente de la capital y muy cerca de la actual Terminal 1 del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México.

Su volumen apenas se distingue, tanto por el desorden formal que circunscribe al templo, como por la conflictiva vialidad donde se ubica, misma que dificulta verlo a la distancia, a pesar de poseer una portada bastante elevada por encima de la altura real de la nave central –como lo hacían las antiguas espadañas– y pequeñas cúpulas acedolladas sobre las linternillas de las naves laterales, formas que pretenden evocar las lejanas siluetas de la arquitectura oriental.

Se ignora la identidad del autor de este templo, pues se trata de una construcción sencilla de tres naves, con la central mayor que las laterales, a la manera de las basílicas paleocristianas. Al fondo se encuentra el altar, y atrás, el iconostasio –mampara sagrada en este tipo de templos–, un cancel dorado, que pese a las limitaciones económicas de su factura, le añade un gran atractivo estético al sencillo interior de esta iglesia minoritaria en México.

Fachada e interior de la catedral de la Ascensión del Señor, sede del patriarcado de la Iglesia ortodoxa de América, en las faldas del Peñón de los Baños Fotografías: JPS, abril de 2015

269



150. El patriarcado de Moscú no posee sede catedralicia en la capital mexicana, sino que se halla en Nepantla, en el Estado de México.

151. De esta sede dependen siete misiones en el país: una en el Distrito Federal (en Aragón), tres en el Estado de México (Ciudad Nezahualcóyotl, Ecatepec y Chalco), una en Guadalajara, otra en Veracruz y una más en Chiapas. "Pequeño directorio de iglesias ortodoxas en México", en Orthodox Christianity [foro web], consultado el 21 de agosto de 2012 en <http://www.orthodoxchristianity.net/forum/index.php?topic=16762.0;wap2>

152. Av. Río Consulado e Irapuato, colonia Peñón de los Baños, Ciudad de México.

La expansión de lo moderno en los templos protestantes

Ya se ha comentado en capítulos anteriores que las denominaciones protestantes mexicanas fueron más tímidas —en comparación con la comunidad católica— en adoptar las formas e ideas del Movimiento Moderno. Durante las primeras décadas del siglo xx la mayor parte de sus templos prefirió continuar con las expresiones arquitectónicas historicistas, si bien con honrosas excepciones que ya se han expuesto anteriormente. Se recordará a este respecto que la iglesia bautista fue de las primeras que apostó en 1949 por un templo moderno en la colonia Guerrero, mientras que la iglesia luterana edificó en 1958 su templo en la colonia Mixcoac, ambos con formas, estructuras y materiales contemporáneos. Sería hasta la década de los setenta cuando los metodistas y los presbiterianos se decidieron a levantar sus respectivos templos modernos al sur de la ciudad capital, a donde se había trasladado buena parte de su feligresía.

LOS TEMPLOS METODISTAS MODERNOS¹⁵³

Los metodistas surgieron en Inglaterra en el siglo xviii por impulso de John Wesley,¹⁵⁴ un sacerdote originalmente anglicano a quien se le reconoce como su fundador. El nombre de la denominación deriva

de la inclinación hacia el estudio “metodológico” de la Biblia, toda vez que tanto él como su grupo de alumnos en Oxford se dedicaban a estudiarla de manera rigurosa, actividad que combinaba con las labores de predicación.¹⁵⁵ A partir de 1738 hizo suyas las críticas de Lutero hacia la autoridad romana, lo que derivó en la fundación de una nueva Iglesia en Inglaterra y en las colonias americanas,¹⁵⁶ hasta su reconocimiento legal en 1784,¹⁵⁷ al separarse definitivamente la Iglesia metodista.

La denominación metodista es guiada por sus ministros, quienes son los encargados de su conducción y propagación. Se dividen en cuatro estamentos, uno laico y tres clericales. Hasta arriba de la jerarquía se encuentran los obispos, seguidos por los ancianos o presbíteros, y después, los diáconos o diaconisas. Cabe recalcar la incorporación de la mujer a las jerarquías eclesiásticas metodistas, pues a ellas se les considera “inspiradas” por el Espíritu Santo para dedicarse al servicio cristiano bajo la dirección de la Iglesia. El cuarto estamento, laico, está formado por los predicadores —hombres o mujeres—, quienes tienen incluso la posibilidad de administrar los sacramentos.

Esta denominación presenta una gran variedad de símbolos, ritos y ceremonias, pues reconoce que cada nación y tiempo imprime su propia diversidad de costumbres, ya que en estricto rigor, la iglesia es

153. Se agradecen las facilidades otorgadas por el pastor Demetrio Solana, así como al resto de ministros de la Iglesia metodista de México, para la realización de esta sección; asimismo, se extiende el agradecimiento a la Lic. Palos y al Maestro Luis Rublúo de la Dirección de Archivo e Historia de la misma asociación religiosa.

154. Inglés nacido en Epworth en 1703 y muerto en 1791.

155. John A. Hardon, *Las iglesias protestantes de América*, traducción de Pedro Rivera Ramírez, México, Buena Prensa, 1959, pp. 246-251.

156. En 1740, en Maryland se organizó la primera Iglesia metodista, bajo la guía del irlandés Robert Strawbridge, y en 1741, en Nueva York, se fundó el segundo grupo; más tarde, en 1769-1772 el propio Wesley envió un conjunto de misioneros metodistas a predicar en varias colonias inglesas.

157. Un año después quedaron establecidas sus normas, producto de la primera “Conferencia” celebrada el año anterior en Baltimore: un código pormenorizado de su doctrina, ritos y principios del metodismo plenamente independientes de la Iglesia anglicana de Inglaterra, un instrumento de unidad eclesiástica que los ha unido desde entonces, aunque no han estado exentos de cismas y diferencias internas.

esencialmente invisible, conformada por la fe inmaterial de la feligresía. Comparten algunos dogmas con el catolicismo apostólico y el anglicano, como el concepto de la Trinidad, la virginidad de María, la pasión de Cristo y la redención de los hombres por amor a él. Su máxima autoridad es la Biblia, aunque excluyen siete libros del Viejo Testamento que no consideran fidedignos, entre ellos el libro de la Sabiduría y dos libros de los Macabeos.¹⁵⁸ El metodismo hace hincapié en la conciencia de la salvación, pues el objetivo del ser humano es la perfección, para lo cual, es necesario amar a Dios y al prójimo como a uno mismo, y aunque no se está exento de caer en el pecado, que sí se puede llegar a evitarlo conscientemente: “el metodismo tiene un carácter puritano y exige a sus adeptos que vivan una vida disciplinada, sin placeres mundanos”.¹⁵⁹

Los metodistas sólo reconocen dos sacramentos: el bautismo y la cena del Señor. El primero es una acción dirigida a purificar el pecado original, el cual se efectúa tanto en la edad adulta como en la infancia, con tres opciones de administración: por inmersión, por aspersión o por infusión de agua, con ciertas variaciones rituales dependiendo de si se trata de un niño, un joven o un adulto,¹⁶⁰ pues: “El bautismo no es solamente una señal de profesión y una marca de diferencia por medio del cual se distinguen los cristianos de otros que no han

sido bautizados, sino que es también una señal de la regeneración o nuevo nacimiento”.¹⁶¹

En contraste, el sacramento de la cena sólo lo consideran simbólicamente, pues niegan cualquier cambio químico real del vino o el pan,¹⁶² en tanto que sostienen que:

[...] el cambio de las substancias del pan y del vino en la Cena del Señor, no puede ser demostrada por la Sagrada Escritura, sino que repugna a las palabras sencillas de la Biblia, destruye la naturaleza del sacramento y ha dado ocasión a muchas supersticiones. El sacramento de la Cena del Señor no fue instituido por Cristo para que fuese reservado, llevado en procesión o adorado.¹⁶³

Al matrimonio no lo consideran como un sacramento, pues apelan a que no fue instituido por Cristo, razón por la cual no se constituye como una unión permanente, y si se permite su disolución por el Estado cuando las razones son el adulterio o la crueldad mental o física; inclusive sus propios ministros pueden contraer nupcias.¹⁶⁴ Otro aspecto moral del metodismo es el rechazo a la venta y uso de las bebidas alcohólicas, pues es contrario a las propias convicciones de su fundador: “No venderemos nada que vaya a menoscabar su salud; esto vale sobre todo para ese fuego líquido llamado comúnmente [...] licores espirituosos”;¹⁶⁵ de ahí que se inclinen a promover su prohibición total por parte del Estado y

158. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 252.

159. Jostein Gaarder, Vitor Hellern y Henry Nottaker, *El libro de las religiones*, traducción de K. B. Lorenzo España, Siruela, 2009, p. 252.

160. Por ejemplo, si son niños, se les pide a los padres la promesa de que lo educarán en el cristianismo, mientras que si son adultos, se les pregunta si están dispuestos a abandonar los pecados y aceptar la confesión de fe de Jesucristo.

161. *Disciplina de la Iglesia Metodista de Mexico*, México, Casa Unida de Publicaciones, 2010, p. 55.

162. La creencia de que el pan y el vino son la presencia física real de Cristo.

163. *Disciplina de la Iglesia Metodista de Mexico*, *op. cit.*, pp. 55-56.

164. “La Ley de Dios no manda que los ministros de Cristo hagan voto de celibato o que se abstengan del matrimonio; lícito es pues a ellos,

lo mismo que a todos los cristianos, contraer matrimonio según su propia discreción, conforme juzguen que ayude a mejorar la piedad”. *Ibid.*, p. 56.

165. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 259.

a servir jugo de uva sin fermentar en la celebración de la cena del Señor.

La *Disciplina Metodista* –libro que contiene sus ordenanzas– indica que todos sus templos deben “dedicarse” –ceremonia mediante la cual se consagra el templo– antes de poder utilizarse para la celebración del culto, circunstancia que indica la exclusividad del uso religioso de sus espacios culturales.¹⁶⁶ El proceso ritual inicia con la colocación de la primera piedra –llamada “piedra angular”–, donde se deposita una caja de lámina que contiene una Biblia, un himnario, la *Disciplina*, periódicos de la iglesia, un ejemplar de las *Actas de la Conferencia Anual*, así como el nombre del pastor, de los administradores y de la comisión encargada de la construcción. Más adelante, cuando ya se ha terminado la construcción,¹⁶⁷ se procede propiamente a la ceremonia de dedicación del templo mediante un ritual específico frente a la congregación reunida, cuando el pastor exclama:

Muy amados hermanos y hermanas, es conveniente y justo, según nos enseñan las Sagradas Escrituras, que las casas edificadas para el culto de Dios sean consagradas y dedicadas especialmente a los actos religiosos. Para realizar esta consagración, estamos reunidos aquí. [...] Y puesto que es vana la dedicación del edificio para el templo sin la correspondiente consagración de los creyentes que son el templo

del Espíritu, consagrémonos nuevamente al servicio de Dios.¹⁶⁸

Los servicios religiosos metodistas pueden seguir cuatro protocolos distintos –llamados “órdenes de culto”–, elegidos por los ministros para los días de la semana y el culto dominical. No obstante, cualquiera que sea la liturgia elegida, deberán siempre empezar a la hora fijada. El servicio incluye el canto congregacional de los himnos, la oración verbal colectiva –llamamiento a la adoración–, las lecturas de las Sagradas Escrituras y el sermón propiamente dicho, así como la bendición final, la cual no es otorgada por el presbítero –como ocurre con los sacerdotes católicos– sino únicamente es solicitada por el nombre a Dios.

La llegada formal¹⁶⁹ de los metodistas a la Ciudad de México fue en 1873, procedentes de las dos comunidades metodistas aún existentes de los Estados Unidos, la sureña y la norteña, pues a pesar de la conclusión de la Guerra Civil norteamericana, aún se percibían las diferencias entre ambas fracciones. De hecho, ambas construyeron sus propios templos, escuelas y demás edificios asistenciales, tanto a fines del siglo XIX como a principios del siguiente: la de origen norteño se hizo llamar Iglesia metodista episcopal, poseedora de un pensamiento más liberal, mientras que la iglesia metodista episcopal del

166. Esta importancia en la dedicación de espacios entre los metodistas también puede compararse por las propias moradas de los miembros de la congregación, pues en la misma *Disciplina* se encuentra regulado el ritual específico para la dedicación de una casa habitación o de un edificio.

167. *Disciplina de la Iglesia Metodista de Mexico*, *op. cit.*, p. 349.

168. *Ibid.*, p. 351.

169. Es decir, de manera organizada, ya que se tiene noticia de que los primeros grupos metodistas llegaron a Real del Monte, Hidalgo, desde 1826.

sur era mucho más conservadora, aunque ambas compartían los aspectos sacramentales y teológicos esenciales. A la fundación en la capital mexicana le siguieron varias en provincia, sobre todo en aquellos estados que poseían una intensa actividad comercial o fabril durante el Porfiriato, a fin de atender las necesidades espirituales de los empleados estadounidenses, irlandeses o ingleses de las compañías mineras ahí asentadas, una preocupación misionera que complementaron con actividades de asistencia social, como orfanatos, residencias de ancianos y apoyo a alcohólicos.¹⁷⁰

La fecha del 16 de septiembre de 1930 fue muy significativa para los metodistas mexicanos, pues se unificaron las dos comunidades existentes en el país –derivadas de la división entre el norte y sur estadounidense– para quedar integradas en una sola institución: la Iglesia metodista de México. Así fue que se pudo celebrar su primera Conferencia General, donde se eligió y consagró a su primer obispo, el reverendo Juan Nicanor Pascoe Gómez, propiciando una nueva y fructífera etapa del metodismo mexicano,¹⁷¹ y por ende, la construcción gradual de nuevas obras en la capital.

El Templo Metodista El Buen Pastor (1974)¹⁷² se construyó en un predio de medianas proporciones, frente a una vialidad importante del sur de la ciudad, que otrora la comunicaba con el lejano

pueblo de Coyoacán, aunque para la época de su construcción la zona ya se hallaba plenamente conurbada. El volumen cúbico del templo se encuentra adosado a la colindancia derecha, a fin de disponer de un pequeño atrio como vestíbulo exterior, tanto para ingresar lateralmente al templo, como para acceder a las oficinas religiosas localizadas en un edificio al fondo. El conjunto arquitectónico destaca por su sencillez y discreción ante el contexto urbano circundante, a diferencia de los templos católicos, cuya impronta suele ser de mayor visibilidad, o al menos suelen contar con una cubierta de intensa carga simbólica.

El interior del templo es de una sola nave rectangular, con doble altura por la existencia de un entresuelo para ampliar su capacidad; está cubierto por una losa plana –sólo desde el interior se aprecia los casetones que la conforman– y carece de columnas intermedias que interrumpen la visibilidad hacia el altar y la cruz, que miran hacia el oriente. El acomodo de las bancas es ortogonal, y éstas miran hacia al espacio celebrativo, donde además se encuentra el púlpito hacia el lado izquierdo, mientras que hacia el derecho se halla el espacio para los músicos que acompañan las celebraciones, pues ya se ha comentado la importancia que tiene el canto de los himnos durante el desarrollo de los servicios religiosos protestantes. De hecho, ésta es la razón

170. Jostein Gaarder, Vitor Hellern y Henry No-taker, *op. cit.*, p. 252.

171. Iglesia metodista de México [web], consultado el 20 de septiembre de 2012 en <http://www.iglesia-metodista.org.mx>

172. Av. México Coyoacán núm. 349, colonia Xoco, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

Planta del templo metodista El Buen Pastor (1974), colonia Xoco, delegación Benito Juárez, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS

Exterior del mismo templo metodista. Fotografías: JPS, 2014

274



para la colocación de grandes ventanales en uno de los lados del templo –pues en el extremo opuesto se encuentra la colindancia– los cuales proporcionan abundante iluminación desde uno de los lados de la nave para la adecuada lectura de los himnarios.

LOS TEMPLOS PRESBITERIANOS MODERNOS

El origen histórico de esta denominación protestante se debe a la teología creada por el francés Juan Calvino,¹⁷³ a partir de la cual derivaron varias corrientes –como los hugonotes en Francia o la Iglesia Reformada de Holanda–, sobre todo en países o reinos cuyos príncipes no introdujeron el catolicismo como una religión de Estado, como en los Países Bajos, Suiza o Escocia.¹⁷⁴ Fue John Knox¹⁷⁵ –un discípulo de Calvino– quien trasladó sus ideas a Escocia durante el mismo siglo XVI, y a finales del siguiente, la doctrina se expandió a las colonias inglesas americanas con el liderazgo del escocés Francisco Makemie, quien logró en 1706 la fundación del Primer Presbiterado, iniciando así un gradual crecimiento, aunque no exento de cismas.¹⁷⁶

Entre los presbiterianos, la autoridad eclesiástica y espiritual no reside en un jefe de toda su Iglesia, ni tampoco en los obispos o clérigos, sino en un grupo de personas llamado “presbiterio”, órgano local que representa a un número determinado

173. Nacido en Noyon, Francia, en 1509 y muerto en Ginebra en 1564.

174. Jostein Gaarder, Vitor Hellern y Henry Notaker, *op. cit.*, p. 243.

175. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 293.

176. El primero de ellos, entre 1741-1758, por diferencias teológicas. Más tarde, en 1810 se escindió un nuevo grupo llamado Iglesia presbiteriana de Cumberland. Nuevamente, en 1837-1869 sobrevino otro cisma, y en 1857 otro por diferencias en torno a la esclavitud.



Templo Metodista El Buen Pastor, colonia Xoco, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de autor sin precisar.
Fotografías: JPS, 2014

de templos. Su organización eclesiástica establece cuatro niveles jerárquicos: la más baja se llama “sesión” y consiste en una iglesia local, guiada por su propio pastor. Le sigue el presbiterio, cuerpo constituido por los representantes de las iglesias locales, generalmente basados en divisiones geográficas, aunque excepcionalmente los dividen cuestiones raciales en ciertas jurisdicciones, como ocurre con comunidades negras y blancas en los Estados Unidos. La siguiente autoridad es el sínodo, órgano constituido por al menos tres presbiterios, mismo que se reúne al menos una vez al año para discutir o sancionar asuntos presentados por las autoridades menores. Finalmente, la autoridad suprema es la Asamblea General, encargada de resolver controversias y contener los cismas, así como para la comunicación con iglesias distintas de otros países.

A su vez, para las cuestiones eclesiásticas, establecen tres estamentos sacerdotales: los pastores –también llamados ministros u obispos–, cuya función principal es enseñar la palabra de Dios; los “ancianos de jurisdicción”, quienes son los representantes elegidos por el pueblo como instrumentos para su gobierno y disciplina; y los diáconos –también elegidos por la feligresía–, quienes son los encargados de la administración de los recursos económicos de la Iglesia. Adicionalmente a estos tres niveles, puede existir una cuarta categoría, los laicos predicadores –hombres o mujeres–, aunque deben ser previamente aceptados por el presbiterio.

Esta denominación sólo reconoce dos sacramentos: el bautismo y la cena del Señor. El primero es administrado en dos modalidades, por inmersión o por infusión, y es recomendable hacerlo desde la infancia,¹⁷⁷ aunque también es completamente válido efectuarlo en la edad adulta. Por su parte, el otro sacramento considera que Cristo sólo está simbólicamente representado en la misa –similar a

los metodistas– y rechazan la creencia de la transubstanciación del vino y el pan. Asimismo, cabe resaltar que el matrimonio no lo consideran como un sacramento, razón por la cual los fieles presbiterianos pueden llegar a contraer segundas nupcias, toda vez que el único casamiento verdadero del cristiano es con Dios.

El servicio religioso presbiteriano –el “culto de adoración”– es similar a otras denominaciones protestantes, imperando la sobriedad y reverencia de la feligresía dentro del recinto. Las lecturas de la Sagradas Escrituras se dividen en matutinas y vespertinas, así como en los servicios dominicales y días festivos; se intercalan con los cantos congregacionales, para lo cual se cuenta con un libro de himnos, ya que también aquí la música es un elemento imprescindible para la liturgia.

Una de las creencias presbiterianas que más debates ha causado entre las propias comunidades protestantes es la llamada “predestinación”, es decir, la creencia de que “por el decreto de Dios y para la manifestación de su Gloria, algunos hombres y algunos ángeles están predestinados para la vida eterna y otros están predestinados para eterna condenación”.¹⁷⁸ Se trata de una condición determinista que brinda nula esperanza a la feligresía, pues pecadora o no, su destino parecería haberse establecido previamente. Por ello, muchas de las

177. Sostienen que los niños que fallecen sin ser bautizados son salvados por Cristo por obra del Espíritu Santo.

178. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 299.

179. Aunque también sostienen que treinta años antes habían iniciado ya su labor misionera en Texas, cuando aquel territorio pertenecía aún a México.

180. El templo de El Divino Redentor en la ciudad de Guadalajara fue realizado en estilo neorrománico, con una robusta torre que señala el acceso principal en su base, mientras que un volumen curvo prolonga la nave hacia

congregaciones presbiterianas han matizado esta creencia, a tal punto que hoy consideran que las buenas acciones humanas sí son capaces de modificar dicha predestinación.

En México, los presbiterianos reconocen que en 1872 fue la fecha formal de su fundación en el país, cuando los primeros misioneros estadounidenses desembarcaron en el Puerto de Veracruz rumbo a Zacatecas, siendo los primeros protestantes que iniciaron formalmente su labor misionera en México.¹⁷⁹ A aquella misión le seguirían otras fundaciones en las principales ciudades del norte y occidente mexicanos, como Guadalajara,¹⁸⁰ Monterrey¹⁸¹ o San Luis Potosí.¹⁸²

En su camino hacia la evangelización del norte, aquellos primeros misioneros pasaron por la capital mexicana y establecieron contacto con un grupo de evangélicos que ya se reunían en torno a la figura de Arcadio Morales Escalona,¹⁸³ aunque todavía sin una orientación denominacional específica. Al poco tiempo, llegó un reverendo de nombre Merrill Natanael Hutchinson, con el cometido de atender específicamente el “campo de la capital” –como entonces se llamaban las zonas misioneras–. Este reverendo los convenció de adherirse al presbiterianismo y rentar un improvisado local para la celebración de sus cultos en el núm. 35 de la entonces calle San Juan de

Letrán, al que nombraron El Divino Salvador, edificación hoy inexistente. Su consagración ocurrió el 25 de febrero de 1877, una ceremonia simbólica muy importante, pues los presbiterianos, al igual que muchas otras confesiones, la consideran indispensable para la celebración de sus cultos, circunstancia que le confiere al espacio un valor de sacralidad.

Con el apoyo económico de Hutchinson lograron adquirir un nuevo edificio, la antigua iglesia del convento de Santa Catalina de Siena, un templo católico apostólico recién clausurado y expropiado a causa de realizar ahí inhumaciones clandestinas. El virreinal edificio se encontraba en pleno centro capitalino –en la esquina de República de Argentina y Venezuela–; decidieron también llamarlo El Divino Salvador, nombre que aún hoy conserva como sede de la Iglesia nacional presbiteriana, edificación colonial de la que no se hará mayor mención en este texto debido a que no fue una obra construida específicamente para la fe protestante. En contraste, poco después sí fueron construidos varios templos *ex profeso* durante las siguientes décadas, de gradual consolidación de este rito en México: en Tizapán –cerca de San Ángel– edificaron un pequeño templo (1874); luego, en Coyoacán, construyeron su seminario (1897), del cual aún conservan su hermosa capilla neogótica de ladrillo rojo (1903-1904).

la fachada principal, todo ello acentuado por rugosos sillares que enfatizan el carácter rural de la época medieval.

181. La primera construcción de El Buen Pastor en Monterrey se erigió en estilo neogótico. Fue consagrado el 20 de abril de 1895, aún sin su torre, la cual fue agregada hasta 1910. No obstante, esta primera obra fue demolida tiempo después, para dar paso al segundo templo en 1932, también de estilo neogótico.

182. El templo de San Luis Potosí fue erigido en 1894 en estilo neogótico, con un torreón almenado en el remate de su única torre; centralmente y debajo de la misma tiene su acceso principal.

183. Joven líder evangélico, quien siguió el ejemplo de Sóstenes Juárez, ex militar juarista, liberal y masón, a quien los presbiterianos reconocen como el fundador del culto evangélico en México. *Cfr. Capilla Memorial Margaret*

Whittaker McMurtrie. Memoria Histórica del Centenario 1904-2004, México, Grupo GA e Iglesia Presbiteriana Reformada Gethsemani, 2004, pp. 28-29.

Ya en pleno Centro Histórico, los presbiterianos ocuparon el número 50 de la calle Humboldt –al sur de la Alameda–, donde se encontraba el templo que los interdenominacionales habían tenido desde 1902 y que abandonaron en 1953 para trasladarse a sus nuevas instalaciones en Lomas de Chapultepec. Una vez adquirida la propiedad, decidieron demoler la antigua construcción a fin de edificar el nuevo templo Príncipe de Paz, una interesante construcción neocolonial que además poseía numerosos espacios complementarios.¹⁸⁴ Ésta se mantuvo poco tiempo en pie, pues nuevamente en los años setenta la destruyeron para construir sus actuales instalaciones: un edificio de cinco niveles y muy poco interés arquitectónico, con un gran arco apuntado para ingresar al templo localizado en la parte posterior del predio.

En contraste con este ejemplo, hubo otros templos presbiterianos que sí presentaron una gran calidad arquitectónica, plenamente moderna, donde se exploraron las posibilidades simbólicas e identitarias para su propia denominación, como fue el caso del templo presbiteriano Puerta de Salvación (1973-1974)¹⁸⁵ del arquitecto José F. Valladares Rodríguez –miembro de la comunidad–, asentado al sur de la Ciudad de México a fin de brindar servicios religiosos a la feligresía presbiteriana ubicada en esta zona sureña de la capital.

Exteriores del templo Príncipe de Paz, en la calle Humboldt núm. 50, que sustituyó a uno anterior de estilo neocolonial que fuera demolido en los años setenta



184. Instalaciones a donde acudí de niño, a los servicios religiosos dominicales.

185. Av. Universidad núm. 1647-1649, esquina con Arenal, colonia Chimalitac, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Originalmente fue proyectado como capilla para el Seminario Teológico Presbiteriano, que también se construyó –con aulas, biblioteca, dormitorios y casa pastoral–, pero pronto el templo tuvo una vocación pública.

Desde la transitada avenida se accede a un pequeño atrio y jardín triangular, donde se descubre una poderosa volumetría, conformada por un sólido muro de piedra braza –propia de la cercana zona del Pedregal–, que se abre para exhibir una serie de pequeñas aberturas ortogonales para la iluminación del interior del templo. Del mismo material y a manera de una placa monumental, un gran muro parece dirigir a los feligreses al interior del recinto, mientras la cubierta de concreto armado aparente corona horizontalmente la composición de la escultórica fachada, mientras que al otro extremo derecho, un volumen vertical sugiere la silueta de una cruz. Las referencias morfológicas con el llamado brutalismo son evidentes, así como el diseño de las ventanas dentro de los muros laterales del templo evoca las soluciones lecorbusianas de sus conocidos templos católicos.

En el interior, una nave trapezoidal sin columnas intermedias conforma el único espacio, con las hileras de las bancas dirigidas hacia el espacio celebrativo –orientado al norte–, en donde se encuentra el altar, el púlpito, las sedes para el presbiterio y el espacio para el órgano –acorde a la importancia de la música que ya también se ha señalado en el caso de otras denominaciones. No existe, evidentemente, ninguna figura religiosa en los muros, de acuerdo con el espíritu iconoclasta que motivó la reforma protestante. En su lugar, sólo se inscriben algunas oraciones extraídas de las Sagradas Escrituras, razón por la cual se perciben con mayor intensidad los muros aparentes de piedra braza y una plástica cubierta con formas curvas que convergen

Planta de conjunto del templo presbiteriano.

Puerta de Salvación (1973-1974), colonia Chimalistac, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS

Exterior y planta del mismo templo presbiteriano. Fotografías: JPS, octubre de 2014





Templo presbiteriano Puerta de Salvación (1973-1974), colonia Chimalistac, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, del arquitecto José F. Valladares. Fotografías: JPS, 2014

en un nervio central, todo bajo una luz ambarina proveniente de las pequeñas aberturas laterales.

Lo moderno en los templos de otros cristianismos minoritarios

Dentro del panorama religioso mexicano, dos iglesias de adscripción cristiana se han destacado por el acelerado crecimiento de su feligresía y su consolidación institucional, y aunque mantienen coincidencias teológicas y litúrgicas con las denominaciones evangélicas, son completamente autónomas por sus orígenes históricos. Se trata de la Iglesia adventista del Séptimo Día, que naciera en los Estados Unidos durante el siglo XIX, y de la Iglesia de la Luz del Mundo de origen mexicano, fundada en Guadalajara, Jalisco hacia mediados del siglo XX. En ambos casos, la incorporación de la modernidad arquitectónica ha sido gradual, pero no por ello menos interesante y digna de ser estudiada.

LOS TEMPLOS MODERNOS DE LA IGLESIA ADVENTISTA DEL SÉPTIMO DÍA

Como lo indica su propio nombre, esta Iglesia se encuentra a la espera de la llegada o adventismo de Cristo, que marcará el inicio de una nueva era de mil años. Sus orígenes históricos datan de 1831, cuando en Estados Unidos, Guillermo Miller, un ministro bautista, predijo el fin del mundo durante sus primeros sermones, e inclusive dio fechas exactas, en las que, evidentemente, nada ocurrió. A partir de ello, el movimiento tuvo muchas ramificaciones debidas a varios de sus seguidores; algunas perduraron tan sólo unos cuantos años, mientras que el grupo más sólido fue aquél que creció bajo el liderazgo de Ellen Harmon, discípula de Miller que había tenido una serie de visiones celestiales.¹⁸⁶ Fue a partir de una

de estas comunicaciones espirituales cuando se instituyó el día sábado como jornada sagrada –similar a los judíos–, y en consecuencia, a partir de 1860, adoptaron el nombre de “adventistas del Séptimo Día”. En aquellas visiones también se señaló la importancia de la educación y la salud, razón por la cual esta comunidad comenzó una intensa actividad de educación intelectual y ejercicios físicos, así como la fundación de compañías de producción y distribución de alimentos vegetarianos no tóxicos para una buena salud; de igual modo, rechazan los estimulantes como el alcohol, el tabaco o cualquier tipo de agentes externos.

En 1863 celebraron en Battle Creek, Michigan, su primera Conferencia General, donde se eligió presidente a James White, esposo de Ellen; no obstante, ella siguió teniendo comunicaciones espirituales que la condujeron a escribir una abundante obra teológica y literaria. Nueve años más tarde llegaría el proceso de su internacionalización, primero en Suiza, luego en Alemania, y sucesivamente al resto de países europeos; inclusive el culto llegó a Oceanía en 1890, siempre con la creencia en el próximo adventismo de Cristo y la observancia del sábado, lo cual constituye la base de su doctrina y ha sido extraído de la propia Biblia, la única fuente que consideran infalible.

186. John A. Hardon, *op. cit.*, p. 23 y ss.

Similar a algunos protestantes históricos, los adventistas sólo admiten dos sacramentos: el bautismo y la cena del Señor. El primero de ellos debe realizarse por inmersión en su etapa adulta –no en la infancia–, pues parten de la creencia de que debe ser un acto reflexivo y posterior al arrepentimiento de los pecados, para así comprometer su fe frente a toda la congregación. Por ello, algunos de sus edificios suelen tener un pequeño espacio acuático al frente y en una posición jerárquica, para que toda la comunidad pueda escuchar su aceptación y su compromiso para con ella.

El otro sacramento es la comunión,¹⁸⁷ cuyo ritual comienza con el lavatorio de los pies. Luego de un breve sermón, los hombres y mujeres se separan y se lavan devotamente sus miembros inferiores –aunque no necesariamente en silencio total– como un acto de penitencia por los pecados cometidos. Más tarde, se reúnen nuevamente los dos géneros en la nave del templo y el ministro descubre la fuente sobre la mesa, con pan sin levadura; después de la repetición de algunos pasajes bíblicos, los diáconos los distribuyen en trozos pequeños entre los presentes. La ceremonia eucarística termina con la repartición del jugo de la uva –nunca fermentado– en pequeños vasos de vidrio individuales. Los trozos de pan no consumidos deben ser oportunamente quemados, mientras que el líquido sobrante se derrama sobre la tierra; jamás ninguno de ellos deberá consumirse fuera del templo, en casa alguna, salvo en el caso de algún enfermo, al que los ancianos o el ministro le llevan pequeñas porciones simbólicas.

Para los adventistas, el espacio arquitectónico para el desarrollo de su culto es un lugar espiritual y materialmente significativo, por lo que suelen destinar sumas económicas para sus construcciones, recursos derivados de la propia comunidad, ya que la feligresía se destaca por ser muy generosa, dado

que cada miembro tiene la obligación de contribuir con la décima parte de todos sus ingresos. Numerosos templos se han realizado en la Ciudad de México, localizados generalmente en barrios populares y colonias de clase media, con expresiones arquitectónicas muy diversas, pues por la propia estructura de crecimiento de los propios adventistas promueve que cada congregación se organice con sus propios recursos y busque sus propios locales.

Por ello, se tienen ejemplos de templos con calidades arquitectónicas muy diversas, desde templos muy modestos con materiales propios de las construcciones domésticas, hasta otros de mayor tamaño, donde evidentemente se aprecia la participación profesional de algún arquitecto o ingeniero civil. Por ejemplo, los templos de las colonias Escandón,¹⁸⁸ y Popotla¹⁸⁹ son muy austeros, aunque dignos, con fachadas simétricas severas, forradas de cantera y un pequeño jardín al frente, a modo de atrio exterior.

Probablemente, el templo adventista de mejor calidad arquitectónica lo constituya aquél ubicado en colonia San Rafael.¹⁹⁰ Está construido con una expresión arquitectónica que evidencia su pertenencia al género religioso, sin atrio de por medio, pero ligeramente remetido del paño de la calle, probablemente para ganar un poco de jerarquía dentro del espacio público. Presenta una fachada

187. En la que pueden estar presentes inclusive personas ajenas a los adventistas.

188. En calle de Agricultura núm. 75, colonia Escandón, delegación Miguel Hidalgo.

189. En Lago Como núm. 8 esquina Felipe Carrillo Puerto, colonia Popotla, delegación Miguel Hidalgo.

190. En calle Sadi Carnot núm. 12, colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc.

Exterior del templo adventista, colonia Escandón, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México. Fotografías: ISM, 2009

Exterior del templo adventista del Séptimo Día, en la colonia Popotla, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México. Fotografías: ISM, enero de 2009

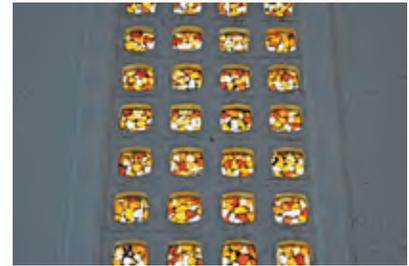


asimétrica, con algunas aberturas prismáticas a manera de ventanas elevadas y un elevado volumen lateral que sostiene arriba la poderosa imagen de una cruz, símbolo de su devoción cristiana, pues recordemos, forma parte de la diversidad de iglesias adscritas al cristianismo.

Planta del templo adventista del Séptimo Día, en la colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de autor sin precisar. Dibujo realizado por ASS

Fachada del mismo templo adventista, en la colonia San Rafael. Fotografías: JPS, 2014





Templo adventista del Séptimo Día, colonia San Rafael, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de autor sin precisar. Fotografías: JPS, 2014

En su interior, una sola y espaciosa nave contiene el espacio para la feligresía, –sin columnas intermedias–, más un entrepiso superior a fin de poder incrementar la capacidad de la feligresía, una solución muy recurrente en otros templos, y que también se aplicó en los cines de mediados del siglo xx. Al fondo, en el muro testero de la nave, el espacio sagrado se eleva en una plataforma elevada, para contener el altar, el púlpito y, al centro, la gran pila bautismal –usualmente resguardada por un cortinaje–, todos dirigidos hacia el este, la orientación ritual más aconsejable, si bien no estrictamente obligatoria. El espacioso interior se encuentra desprovisto de imágenes –acorde al espíritu iconoclasta al que se adhieren– e impregnado de gran luminosidad, la cual se logra a través de sendas celosías localizadas a ambos lados de la nave y a la ausencia de columnas intermedias, gracias a la cubierta de trabelosas prefabricadas de concreto armado, expresión de las tecnologías constructivas muy utilizadas durante los años setenta.

LOS TEMPLOS MODERNOS DE LA IGLESIA DE LA LUZ DEL MUNDO

Esta iglesia mexicana, –cuyo nombre completo es Iglesia de Dios Vivo, Columna y Apoyo de la Verdad, La Luz del Mundo–, fue fundada en la conservadora y católica ciudad de Guadalajara, México,

a partir de las creencias evangélicas cercanas al pentecostalismo. Sin embargo, ha tenido un desarrollo completamente autónomo, y actualmente tiene presencia en más de veinticinco países, con cerca de cuatro millones de fieles en el mundo.¹⁹¹ Desde su fundación, esta Iglesia no ha tenido un texto histórico propiamente dicho, pues su doctrina se basa en la Biblia, tanto en el Nuevo como en el Viejo Testamento, de donde extrae ideas que mezcla con ideologías nacionalistas mexicanas¹⁹² y un anecdotario personal de su líder espiritual fundador y sus continuadores,¹⁹³ que a fuerza de su repetición casi ritual, logra consolidar fuertes lazos con su feligresía.

Sus espacios de culto –con más de 16 templos en Guadalajara– reflejan –como podrá suponerse– mucho de su simbolismo religioso, así como de su propia estructura institucional, pues mantienen una rígida jerarquía piramidal, con el Apóstol de Dios en la parte superior –el Hermano Aarón, y posteriormente, su hijo Samuel–, luego los doctores, los pastores, los diáconos y hasta abajo, en la base, los obreros evangelistas, que representan al resto de la feligresía, una figura piramidal que se ve reflejada, por ejemplo, en el perfil mismo de su actual templo. El primero de ellos databa de 1934, pero dieciocho años después logran comprar catorce hectáreas en plena zona roja de la capital tapatía, donde impulsarán su nueva

191. Hoy en día, esta asociación religiosa se ha extendido por todo México, Centro y Sudamérica, los Estados Unidos, así como varios países de Europa, Asia y Oceanía. Más información en Renée de la Torre, “Una iglesia mexicana con proyección internacional: la Luz del Mundo”, en Elio Masferrer Kan, comp., *Sectas o Iglesias: viejos o nuevos movimientos religiosos*, Plaza y Janés, México, 2000, p. 261.

192. Recupera los valores de la historia oficial mexicana: anticatólica, indígena, liberal y soberana, muy ligada evidentemente a las ideologías priistas.

193. Por obra de Eusebio Joaquín González, conocido entre la feligresía como “el Hermano Aarón” (por lo cual, se les llamó también aaronitas). En 1926 empezó su labor evangelizadora, pero será hasta 1934 cuando construyó

su primer templo con reconocimiento oficial, en la entonces “zona roja” de Guadalajara.

sede, la cual pronto contó con todos los servicios urbanos gracias a la capacidad política del Hermano Aarón con los gobiernos locales.

Desde el punto de vista urbano, el asentamiento de esta comunidad utilizó un modelo panóptico para el adecuado control, de tal forma que todas las calles desembocan visual y físicamente en el templo. Éste fue renovado a la muerte del fundador en 1964,¹⁹⁴ al decidir su hijo Samuel¹⁹⁵ la construcción de un nuevo y majestuoso edificio que reflejara el crecimiento internacional de lo que se conoce ya como la Hermosa Provincia, colonia donde abundan los nombres simbólicos de las calles que rememoran lugares bíblicos, así como el uso intensivo de la Estrella de David, el León –símbolo de la tribu de Israel- y el candelabro de siete brazos, a lo que se ha sumado una gran escultura de diez metros de la vara del Hermano Aarón, colocada en la cúspide del gran templo.

La vida en esta comunidad urbana está fuertemente controlada, tanto en lo físico como en lo moral. Las mujeres visten faldas largas hasta los tobillos, sin maquillaje o accesorios de joyería, y una mascada o chal con el que se cubren la cabeza al orar en casa o entrar al templo; por su parte, los hombres también suelen vestir muy formalmente, pues entienden que el cuerpo es el templo del Dios.

Dentro de sus espacios de culto, los rituales se suceden de manera muy solemne y ordenada, que sólo se ve contrastada con los estados de éxtasis fuertemente emotivos, en donde incluso los participantes llegan a hablar en diversas lenguas. Las mujeres ocupan su sitio, en el interior, en la nave derecha, mientras que los hombres en de la izquierda, para asistir diariamente a todos o alguno de los cinco rezos diarios, mientras que el domingo, la actividad religiosa suele ser la más intensa.

En sus templos no se festeja la Navidad, ni la Semana Santa, mientras que los festejos familiares suelen ser discretos y muy privados. Por el contrario, sus fiestas mayores giran en torno a conmemoraciones de algún evento en la vida del fundador: su nacimiento, su bautismo, su llegada a Guadalajara, la fundación del templo o las varias fechas en que se le reveló Dios. En esos días se recibe la visita de miles de fieles foráneos, nacionales e internacionales, lo cual explica la gran dimensión de su templo principal.¹⁹⁶ De hecho, y a diferencia de lo que ocurre con los templos de las denominaciones protestantes –de las cuales surgieron–, los templos de la Luz del Mundo destacan no sólo por la visibilidad de su carácter religioso, sino porque enfatizan su orgullosa presencia en el entorno urbano, generalmente en zonas socialmente conflictivas y deprimidas económicamente.

La llegada de esta comunidad religiosa a la Ciudad de México fue gradual y discreta; se establecieron en la zona norte, donde la abundancia de instalaciones fabriles auguraba una potencial población obrera susceptible de ser evangelizada en la nueva fe. A una sencilla Casa de Oración le seguiría en 1962 un primer templo formal, el cual representaría el inicio de un próspero crecimiento de esta Iglesia tapatía en la ciudad capital. Este primer templo de la Luz del Mundo en Vallejo (1962)¹⁹⁷ fue edificado en un angosto terreno entre medianeras, por lo que

194. A su muerte, el liderazgo fue tomado por su propio hijo Samuel, quien se encargó de su expansión internacional.

195. El llamado Hermano Samuel Joaquín González.

196. Aunque el desarrollo de esta comunidad, si bien ha sido exponencial, no ha estado exento de cismas o escisiones. Cfr. Fernando M. González, "Los motivos de la Luz del Mundo: una institución total que muestra algunas fisuras", en Elio Masferrer Kan, comp., *op. cit.*, p. 288.

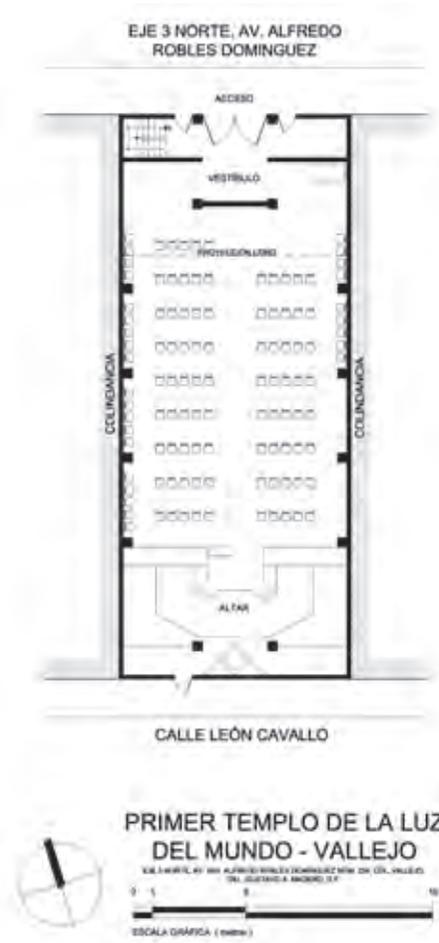
197. Eje 3 Norte Av. Ingeniero Alfredo Robles Domínguez núm. 224, colonia Vallejo, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México.

sólo disponía de una fachada para identificar su adscripción religiosa. Desafortunadamente no se tienen imágenes fotográficas de la portada original, ya que remodelaciones posteriores con fines de ornato y visibilidad han desdibujado su probable sencillez, acorde al espíritu de pobreza de aquellos primeros tiempos de esta Iglesia en la capital.

Su interior es muy sencillo, de una sola nave y con el púlpito hacia el fondo del espacio, donde además fue colocada la pila bautismal –propiamente una pequeña piscina insertada en el piso–, lugar donde los nuevos adeptos –y en edad adulta– confirman públicamente su aceptación de integrarse a la iglesia. Con el paso de un par de décadas y debido al

Planta del primer templo de la Luz del Mundo, en la colonia Vallejo, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México. Dibujo realizado por JPS, 2015

Fachada e interior de aquél primer templo de la Luz del Mundo. Fotografía: ISM, 2013



crecimiento exponencial de esta comunidad, este primer templo resultó insuficiente, razón por la cual emprendieron la erección de un nuevo templo – también en Vallejo, sobre la Av. Insurgentes Norte–, el cual se comenzaría a edificar desde 1999 y se culminaría algunos años después, como se tendrá oportunidad de indicar en el último capítulo.

Lo moderno en las sinagogas

Para mediados del siglo xx se habían ya consolidado –social, cultural y económicamente– las tres principales comunidades judías asentadas en la capital mexicana –*ashkenazi*, *jalebi* y *sefaradí*–; debido a su gradual crecimiento, se requería fundar nuevas sinagogas, siempre para preservar la cercanía física con las viviendas de la comunidad, pues ha de recordarse la prescripción religiosa de acudir caminando al templo. Además, las sinagogas incluían servicios complementarios como extensión a las actividades sociales, educativas y culinarias, vinculadas a los rituales religiosos, pues la dimensión del judaísmo –al menos para los más observantes– siempre afecta las actividades cotidianas de los feligreses, tanto individuales como colectivas, y en correspondencia con su edad y género.

Así, durante las décadas de los sesenta y setenta, el incremento de los judíos en las colonias Roma y Polanco volvió necesario erigir nuevas sinagogas cercanas a sus domicilios, aunque preferentemente separadas de acuerdo a las comunidades, pues si bien en términos generales los templos son muy similares, existen particularidades de ciertos aspectos litúrgicos que influyen en el diseño del espacio –por ejemplo, la ubicación de la *bimá* o púlpito– o costumbres culinarias propias de sus respectivos orígenes geográfico-culturales.

Cuatro estupendos templos se mostrarán en esta etapa de madurez, tres erigidos por la comunidad *ashkenazi* –recordemos que procede de Alemania, Polonia, Lituania, Rusia, Rumania y Checoslovaquia, principalmente–, y una sinagoga de los *jalebí* –originaria de Medio Oriente, principalmente Siria–. Ambos grupos se habían incrementado al finalizar la Segunda Guerra Mundial, a fin de asentarse en un país en paz que los acogía generosamente y en donde la mayoría de los inmigrantes ya poseía previos vínculos con familiares y amigos que los recibían e integraban a sus redes económicas y laborales.

La sinagoga Nidje Israel (1959-1965) fue edificada en la colonia Condesa,¹⁹⁸ cercana a los límites con las colonias Roma Norte y Juárez, lo que aseguraba la procedencia de muchos feligreses que ahí residían, como lo relata Mónica Unikel, especialista en la historia del judaísmo en México:

En los años cincuenta los dirigentes de la comunidad [*ashkenazi*] sentían la necesidad de renovar físicamente sus instituciones para actualizarlas y hacerlas más atractivas. Se estudiaron varias opciones hasta que se compró el terreno en la calle de Acapulco, y en 1959 se realizó la ceremonia de colocación de la primera piedra. Fue inaugurado en 1965 después de un difícil proceso [de construcción] por falta de fondos monetarios.¹⁹⁹

198. Acapulco núm. 70 casi esquina con Av. Veracruz, colonia Condesa, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

199. Cfr. Mónica Unikel Fasja, comp., *Sinagogas de México*, México, Fundación Activa, 2002, p. 154.

Sus autores fueron los arquitectos Pascual Broid (padre), Boris Finkel y el ingeniero civil Abraham Chelminsky, todos ellos pertenecientes a la misma comunidad *ashkenazi*, una participación profesional usual al interior de cada una de ellas. Se trataba de una sinagoga de rito ortodoxo, el mayormente practicado en México, a diferencia del rito conservador, que es minoritario.

La sinagoga –“de Acapulco”, como cariñosamente suelen nombrarla los propios *ashkenazim*– no se edificó como un templo aislado, sino que se encuentra integrada dentro de un gran conjunto comunitario constituido por dos sinagogas –una grande y otra pequeña–, un gran salón de fiestas, un *midrash* (espacio para el rezo y el estudio), varios niveles de oficinas para diversas organizaciones judías y un museo sobre la historia judía y el Holocausto –un gran acierto que permite la difusión de su cultura a los mexicanos que no son miembros–; todos estos usos están distribuidos en un edificio de seis niveles que se encuentra apañado sobre la calle, sin atrio ni jardín.

En el interior, el generoso espacio de la sinagoga se encuentra en las plantas superiores del conjunto –el cual no es percibido desde el exterior, pues se encuentra detrás de los niveles de las oficinas– y a doble altura, a fin de albergar el entresuelo –en forma de “u”– para el acomodo superior de las judías, en concordancia con su tradición milenaria de separa-

ción de géneros. Las hileras de las bancas rodean poligonalmente el armario sagrado –recubierto de lámina dorada– y a un moderno púlpito de madera y cristal, el cual se mueve con un malacate, a fin de permitir el paso del cortejo nupcial los días que se celebran matrimonios.

En el conjunto también se incorporó la obra plástica de artistas pertenecientes a la misma comunidad judía: vitrales geométricos de Leonardo Nierman (n. 1932),²⁰⁰ relieves ornamentales de Adir Ascalón (n. 1931)²⁰¹ –en los exteriores del *arón hakodesh* y la *Ner Tamid*–²⁰² y elementos iconográficos de Elías Lifshitz –los “panes de la presencia” en el muro cabecero–²⁰³ y un monumental mural “Las festividades judías”, realizado en 1966 por el artista Arnold Belkin (1930-1992)²⁰⁴ para el salón de fiestas. No obstante, el impecable interior de la sinagoga que hoy puede apreciarse es producto de una remodelación realizada en 1993,²⁰⁵ cuando se incorporaron nuevos vitrales de Nierman y unas caligrafías monumentales en madera –con oraciones de plegarias– que adornan el paramento que resguarda la galería de las mujeres,

Otras sinagogas fueron realizadas en la colonia Polanco, lugar a donde se habían trasladado muchas familias judías, ya fuera que provinieran del centro de la ciudad –donde conservaban sus negocios– o recién llegados de Europa en busca de mejores expectativas

200. Leonardo Nierman Mendelej es un pintor y escultor mexicano.

201. Fue miembro de una familia con varios miembros artistas. Su padre fue Maurice Ascalón (1913-2003) artista de origen húngaro, destacado diseñador de objetos *art decó*. Tuvo dos hijos, Adir y David (n. 1945) ambos escultores.

202. La *Ner tamid* es “luz eterna” en hebreo y significa la eternidad de fe judía. Se la represen-

ta con una lámpara o candelabro como una fuente de luz permanentemente encendida.

203. Los “panes de la presencia” eran, en su origen, doce panes que se colocaban el viernes para el *shabat*, pero no eran consumidos, sino sustituidos hasta la siguiente semana, es decir, no eran para el consumo físico, sino como presencia simbólica. Cfr. Mónica Unikel Fasja, *op. cit.* p. 149.

204. Artista judío de origen canadiense, quien a los 18 años llegó a México para estudiar artes plásticas en la UNAM. Su obra tuvo influencia de José Clemente Orozco, con una marcada tendencia hacia los temas sociales e ideológicos.

205. Por Arditti Arquitectos y el ingeniero Raúl Pawa, no sólo para actualizar su imagen, sino también para resarcir algunos daños menores que había dejado el sismo de 1985.



Sinagoga Nidje Israel (1959-1965), colonia Condesa, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, de los arquitectos Pascual Broid (padre), Boris Finkel y el ingeniero civil Abraham Chelminski. Fotografías: ISM, 2005

de crecimiento de vida. La sinagoga Bet Itzjak (1964-1967)²⁰⁶ fue construida para la comunidad *ashkenazi* en una tranquila calle de la colonia Polanco,²⁰⁷ muy cerca del parque Ángela Peralta y la avenida Campos Elíseos, como lo relata Unikel:

En los años cincuenta varias familias *ashkenazim* eligieron cambiar de residencia a la colonia Polanco, a ellas le siguieron otras. Como siempre ocurre, los rezos se organizaban en colonias particulares, pero cada vez llegaban más colonos, entonces surgió el deseo de tener una sinagoga más formal, lo cual fue planteado a la *Kehilá* [congregación religiosa]. Entonces se consiguió una casa en Eugenio Sue, la que se rentó, y acondicionó para los rezos en 1953. Con el tiempo y el aumento de judíos en la zona en 1955 se compró la casa por doscientos mil pesos.²⁰⁸

Posteriormente, se adquirieron los predios adyacentes y se demolieron las construcciones existentes, a fin de disponer de mayor terreno –900 metros– para la erección de una sinagoga de mayor tamaño, al mismo tiempo que se conseguían los recursos económicos entre los miembros de la comunidad: la primera piedra fue colocada en 1964 y la sinagoga se inauguró en 1967.

El autor fue el ingeniero civil Boris Albin Subkis, cuya familia había llegado a la Ciudad de México hacia la década de los treinta, proveniente de

la ciudad de Odesa, Ucrania –un pujante puerto occidental del Mar Negro–, que en 1922 se había adherido al comunismo ruso, un ambiente poco propicio para una familia de comerciantes que prefirió emigrar a un lugar más propicio como México. Así, como muchos otros, Boris Albin llegó al país cuando tenía siete años, para posteriormente estudiar Ingeniería civil en la UNAM, profesión en la cual se desarrollaría exitosamente edificando decenas de edificios de departamentos para renta que le encargaban sus clientes rusos, polacos y españoles,²⁰⁹ una gran experiencia profesional a la que se añadiría esta sinagoga para la comunidad judía a la que pertenecía.

En el exterior, el templo poco revela su adscripción religiosa, con un volumen retraído del paño de la calle y dos accesos superiores; para ello es necesario subir por dos escaleras –situadas a ambos extremos de la fachada– que conducen a un prolongado pasillo de distribución a manera de vestíbulo superior, espacio intensamente iluminado por el azul de los vitrales del cancel de la extendida fachada. En el interior, la sinagoga se despliega en una sola nave rectangular con el arca sagrada dirigida hacia el poniente, una dirección que si bien no era la recomendada ritualmente –al oriente–, fue orillada por la forma y ubicación del terreno disponible.

206. Es decir “casa de Isaac”, en honor al señor Isaac Meyer Waisburd, donador del *arón hakodesh*. Cfr. Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, p. 176.

207. Ignacio Sue núm. 20, esquina Luis G. Urbina, colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

208. Cfr. Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, p. 176.

209. Cfr. Alejandro Leal Menegus, “Arquitectura veraz: 90 edificios de apartamentos en la

Ciudad de México 1948-1981. Entrevista al ingeniero Boris Albin Subkis”, *Academia XXII*, núm. 8, febrero-julio 2014, México, UNAM, p. 121-135.

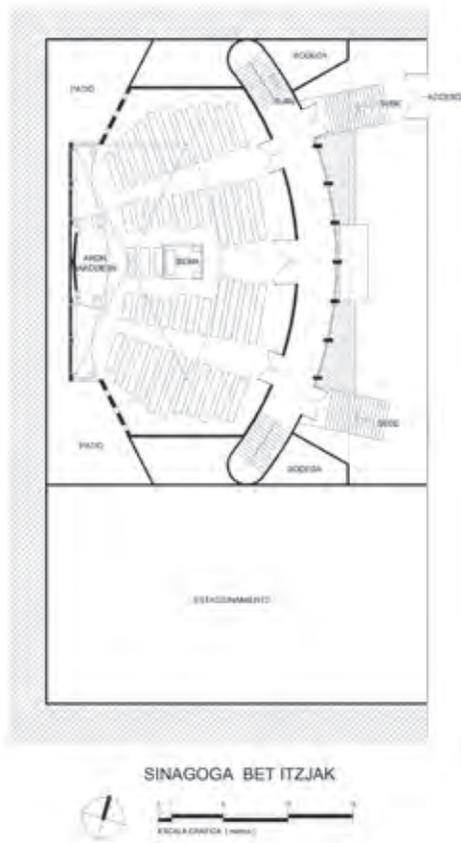
El interior del espacio para el rezo es amplio y luminoso, con las bancas de la planta baja acomodadas panópticamente –con la forma que recuerda un abanico– para propiciar así una mejor isóptica, mientras que la galería superior para las mujeres rodea en tres de sus lados al espacio de doble altura –con el entrepiso en forma de “c” y las gradas inclinadas para una mejor visibilidad–; por su parte, una abundante iluminación natural penetra por grandes vitrales color azul a ambos lados del espacio celebrativo central. En el muro cabecero se encuentra un sencillo *arón hakodesh* –recubierto por un cor-

tinaje con bordados iconográficos–, coronado por una serie de adornos diseñados por Adir Ascalon –unas tablas de Moisés custodiadas por las figuras de un par de leones–, flanqueado por dos enormes candelabros de siete brazos, todo dentro de un gran espacio coronado por un plafón luminoso con la forma de una Estrella de David.

Al centro de la nave se encuentra el púlpito –o *bimá*–, como suele ocurrir en las sinagogas *ashkenazi* de rito ortodoxo; aunque originalmente estaba fija, fue modificada para poder moverse a fin de dar paso al cortejo nupcial en las celebraciones matrimoniales, lo cual nos indica la importancia que tienen estos rituales dentro del judaísmo, no sólo porque preferentemente aseguran las uniones entre los propios miembros de la comunidad, sino también porque formaliza la procreación de futuros miembros.

292

Planta de la sinagoga Bet Itzjak (1964-1967), colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del ingeniero civil Boris Albin Subkis. Dibujo realizado por ASS



Exterior de la misma sinagoga. Fotografías: ISM, 2009





Sinagoga Bet Itzjak (1964-1967), colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del ingeniero civil Boris Albin Subkis. Fotografías: ISM, 2009

Otra sinagoga *ashkenazi* en la colonia Polanco fue Bet-El (1961-1966),²¹⁰ localizada en el extremo poniente de esta extendida zona residencial, a fin de acercar el templo a los habitantes judíos que vivían en los edificios construidos en las cercanías de lo que fuera el casco de la antigua Hacienda de San Juan de Dios de los Morales. El origen de esta sinagoga tiene un carácter innovador: en 1961 varios judíos mexicanos insatisfechos con las rígidas normas del rito ortodoxo decidieron contar con un templo que se adhiriese al rito conservador, que pese a lo que pueda inferirse de su nombre, promueve una mayor apertura religiosa y cultural que se adapta a los nuevos tiempos. Entre las innovaciones que se llevan a cabo en este rito se encuentra la integración de géneros durante los servicios religiosos, razón por la cual, en sus sinagogas no existe galería superior para las mujeres, ni tampoco separación alguna en la zona de butacas. El mismo espíritu de igualdad hacia las mujeres que auspicia el rito conservador también incorpora el estudio femenino en la sinagoga –tradicionalmente reservado a los varones en el rito ortodoxo–, así como la celebración del *bat mitzvá* para las niñas al alcanzar la edad de doce años²¹¹ –rito equivalente al *bar mitzvá* para los adolescentes de trece años–, respectivas edades en que se considera la transición a una vida adulta, con las

responsabilidades morales y religiosas que conlleva ser miembro observante del judaísmo.

La edificación de la sinagoga fue un proceso gradual, como suele ocurrir con las obras promovidas por ideas innovadoras, siguiendo el proyecto del arquitecto Samuel Venguer. Así lo relata Unikel:

Rentaron una casa en Emilio Castelar núm. 83 en el sótano de la colonia Polanco. Con el tiempo se volvió insuficiente y en 1965 se compró el terreno en la calle de Horacio para construir un edificio que tuviera espacios diversos para una comunidad que es más que un lugar de rezos. Tiene salones de estudio, salón de fiestas, oficinas comunitarias, auditorio, tienda de objetos judaicos, además de una *mikvé* [baño femenino purificador] construida en 1977.²¹²

El exterior de la sinagoga poco revela su finalidad religiosa, con una volumetría prismática –que representa el sombrero de un *jazán* o cantor litúrgico– y un pequeño jardincillo frontal que le confiere cierta imagen agradable al severo edificio. Aunque posee su acceso principal original situado al extremo derecho del predio, en la actualidad el ingreso a la sinagoga suele realizarse a través de un predio aledaño por cuestiones de seguridad, pues ha de recordarse que las sinagogas en el mundo están expuestas a las tensiones internacionales a las que se somete el judaísmo.

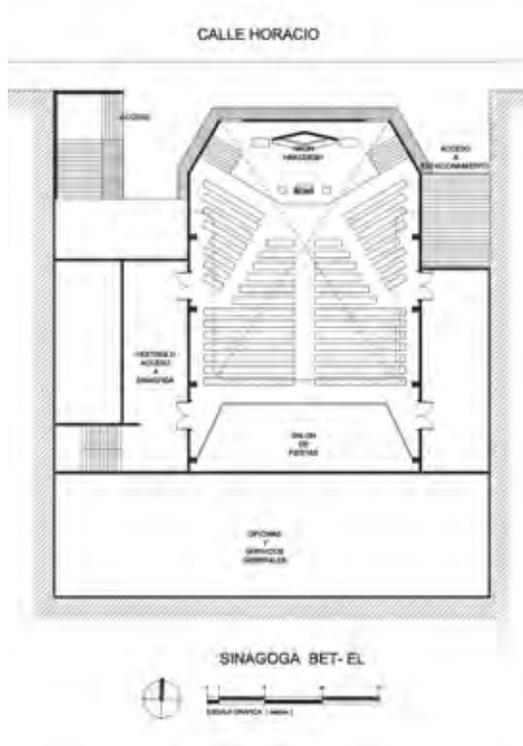
210. Horacio núm. 1722, colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

211. En Bet-El se celebró en 1962 el primer *bat mitzvá* en México. Cfr. Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, p. 172.

212. *Ibid.*, p. 169.

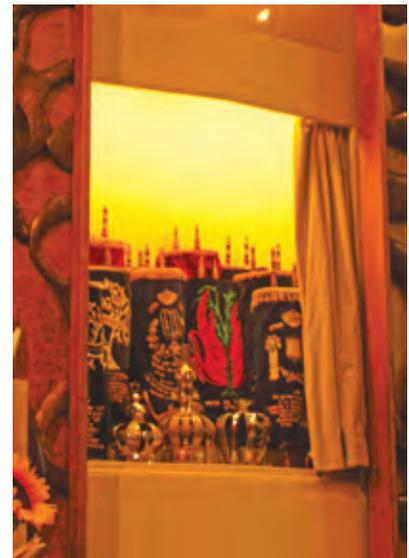
Planta de la sinagoga Bet-El (1961-1966), colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arquitecto Samuel Venguer. Dibujo realizado por ASS

Exterior de la misma sinagoga. Fotografías: ISM, 2005



Su interior es de una sola y espaciosa nave, sin apoyos intermedios y con el armario sagrado dirigido hacia el norte. Dos grandes muros recubiertos de ladrillo aparente y con juntas a hueso –material que indudablemente le brinda una gran calidez al espacio interior– convergen hacia el espacio celebrativo central, con un *aron hakodesh* resguardado por dos enormes puertas con representación de flamas realizadas en una aleación de latón y cobre.²¹³ Al centro y al fondo se encuentra el púlpito, ligeramente elevado, justo enfrente del armario sagrado, sin llegar a ser una *bimá* exenta, como ocurriría en un espacio religioso para el rito ortodoxo. El conjunto se completa con lámparas a ambos lados del espacio celebrativo, tanto en forma de *menorá* –el candelabro de siete brazos–, sobrepuesta sobre el muro de la derecha, como de *Ner Tamid* –la llama eterna–, que pende del techo en el muro opuesto, ambas obras escultóricas de Adir Ascalon, el mismo artista que también había ya colaborado con otras sinagogas *ashkenazim*. Las llamas también fueron el motivo iconográfico para dos hermosas hileras de mosaicos venecianos –en colores azul, blanco y oro– que recubren las dos pilastras laterales que ayudan a rigidizar los muros de ladrillo, una colaboración artística de Arturo Pani –hermano de Mario Pani–, uno de los decoradores –hoy se les llama interioristas– más reconocidos de mediados del pasado siglo.

213. Cfr. Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, p. 167.



Sinagoga Bet-El (1961-1966), colonia Chapultepec Morales, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arquitecto Samuel Venguer. Fotografías: ISM, 2009

Finalmente, el conjunto de esta sinagoga conservadora incluye un memorial de *yorzait* –aniversarios de muerte, con nombres inscritos en el muro que sirven para recordar a los antepasados–, realizado por Jacques Zagury, así como un salón de fiestas localizado en la parte posterior del predio, un *midrash* –espacio para el rezo y el estudio– y una *mikve*, una piscina con agua de lluvia que sirve para que la mujer judía se sumerja antes de su boda y mensualmente después de su casamiento, en el día séptimo después de su ciclo femenino.

El cuarto y último ejemplo de sinagogas mostradas en esta tercera etapa corresponde a la comunidad *jalebi* –término que proviene de Jalab, nombre hebreo de Aleppo, Siria– y es probablemente, el que más visibilidad urbana tiene y el que se atrevió a incorporar elementos estructurales innovadores, específicamente en la cubierta del gran salón. Se trata de la sinagoga Maguen David (1960-1965) –es decir, literalmente, “Estrella de David”–, construida también en el poniente de Polanco,²¹⁴ pues el crecimiento de edificios altos en esta zona propiciaba mayor densidad de habitantes, muchos de ellos *jalebis* que provenían de la colonia Roma –donde poseían la sinagoga Rodfe Sédek– y que requerían de un templo cercano a sus nuevos domicilios:

Después de una vida plenamente comunitaria en la colonia Roma por más de veinte años, algunos judíos *jalebis* que habían logrado una posición económica desahogada se mudaron a la colonia Polanco [...] Por un tiempo subsistieron los dos puntos de asentamiento judío, uno en la colonia Roma y otro en Polanco, hasta que el primero fue quedando prácticamente abandonado.²¹⁵

Para su edificación se convocó a un concurso, del cual resultó ganador el proyecto de los ingenieros civiles David Serur y Julian Farah y del arquitecto Guillermo Hume, tras lo cual se obtuvo la licencia

de construcción en 1960 –pues debía contar con el permiso del regente de la ciudad, Ernesto P. Uruchutu– y se concluyó cinco años después, cuando fue inaugurada finalmente el 5 de septiembre de 1965.²¹⁶

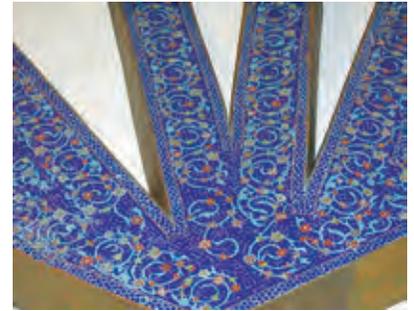
Exterior de la sinagoga Maguen David (1960-1965), colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los ingenieros David Serur y Julian Farah y el arquitecto Guillermo Hume. Fotografías: ISM, 2008



214. Bernard Shaw núm. 10, esquina con Presidente Masaryk, colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

215. Cfr. Mónica Unikel Fasja, *op. cit.*, p. 161.

216. David Serur, Guillermo Hume, Mathias Göeritz y Julián Farah, “Sinagoga Maguen David”, *Arquitectura México*, núm. 98, tercer trimestre de 1967, México, p. 116.



Sinagoga Maguen David (1960-1965), colonia Polanco, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, de los ingenieros civiles David Serur y Julián Farah y el arquitecto Guillermo Hume. Fotografías: ISM, 2008

La ubicación esquinera del predio fue aprovechada para otorgarle una gran jerarquía urbana, pues su fachada principal presenta una gran fuerza volumétrica a través de una monumental Estrella de David sostenida por dos macizos volúmenes verticales, una visibilidad religiosa que las sinagogas anteriores no habían alcanzado. Esta claridad de mostrar su pertenencia religiosa a la ciudad formó parte de una de las decisiones del equipo de diseñadores, y así lo asentaron explícitamente en el texto que salió publicado en la revista de *Arquitectura México*, dirigida por Mario Pani, en el número 98 de 1967, es decir, a escasos dos años de haberse terminado:

La sinagoga Maguen David satisface ampliamente su cometido social y religioso, mas no en su forma exterior, ya que ésta no cumple con las tradiciones [se refiere a la discreción urbana]; el edificio expresa claramente su carácter, con sus dos torres en la entrada principal, sosteniendo firmemente el escudo de David, que identifica plenamente su origen judío y como tal un sitio dedicado al culto religioso. Tal decisión fue un resultado de un programa y de un proyecto cuidadosamente planeando tanto en su interior como en su exterior.²¹⁷

Una vez traspasados los dos bastiones que sostienen la monumental estrella, se ingresa a un pequeño vestíbulo con doble altura, ya que ahí están situadas un par de escaleras para que las judías puedan subir a la galería de las mujeres, como corresponde dentro del rito ortodoxo. Este pequeño espacio vestibular posee dos hermosos vitrales: el externo sobre el acceso principal con la estrella de David –en colores azul y ámbar– y el interno que ilumina la galería de las mujeres, donde ostenta el motivo estilizado de la primera letra del alfabeto hebreo –*alef*–, ambos diseñados por Mathías Göeritz (1915-1990),²¹⁸ uno de los varios artistas que fueron invitados para colaborar.

La planta del templo es ligeramente trapezoidal –más angosta en el acceso y más ancha en el muro testero–, a fin de permitir el acomodo de las hileras de las bancas en forma de abanico, una solución acogida también por los templos católicos, pero que aquí no llegó a modificar radicalmente la envolvente geométrica del exterior. El interior es amplio y luminoso, con el armario sagrado –*hejal*, como le llaman los judíos *jalebi* y sefaradies– dirigido hacia el oriente, como se recomienda según la tradición milenaria.²¹⁹ No obstante, en aquella publicación se muestra el *hejal* original de forma semicircular –que había diseñado Göeritz– distinto del armario actual en forma triangular y de gran suntuosidad, resultado de una intervención posterior.²²⁰ Sin embargo, la mayor innovación arquitectónica que presentó esta sinagoga fue en la gran cubierta colgante de madera sostenida por tensores metálicos, y que los autores identificaban con simbolismos históricos:

Tal forma se decidió por representar las primeras sinagogas, que fueron tiendas de campaña. En la parte central de la misma se formó, de acuerdo con la estructura y por medio de los cables, una “estrella de David” que sirvió a su vez para realizar uno de los aspectos más logrados, un gran candil que es una lluvia de luz en forma de estrella que sirve de motivo principal al recinto, y que siguiendo la línea del conjunto

217. *Ibid.*, p. 111.

218. Se había afincado en México desde algunos años antes, primero en Guadalajara en 1949 –al ser invitado por Ignacio Díaz Morales como profesor en la recién fundada Escuela de Arquitectura– y después en 1952 ya en la capital mexicana, donde realizó el museo “El Eco” en 1953.

219. No es privativo de los judíos, por cierto, pues la mayoría de las religiones asoció la dirección donde sale el sol con la orientación ritual de sus espacios religiosos.

220. Fue remodelada en 1986 por los ingenieros Isidoro Levy, Rafael Harari y el arquitecto Diego Breceda.

se incorpora a la arquitectura interior lográndose un ambiente místico lleno de luz y alegría.²²¹

Este hermoso candil fue diseñado por Serur y Göeritz, y simula una apabullante lluvia lumínica –justo debajo de la entrada de luz cenital que indican los propios autores en la cita anterior–, mientras que los relieves escultóricos del actual *hejal* fueron obra de Enrique Shor (n. 1928),²²² en tanto que los 12 vitrales laterales –que representan las doce tribus de Israel– fueron diseñados por Arturo Pani, quien, como ya se ha mencionado, había también colaborado en los interiores de algunas otras sinagogas.

Adicionalmente, el conjunto comunitario posee además un salón de fiestas, tres *midrashim* –espacios para el rezo y el estudio–, uno de ellos con un estupendo vitral de Göeritz en forma de *menorá* –candelabro de siete brazos–, así como una *tebilá* –nombre con el que los *jalebi* designan al baño ritual femenino–, requerimiento no exento de problemas arquitectónicos, pues implica la recolección del agua de lluvia sin que sea tocada por la mano del hombre y sin utilizar materiales metálicos que la corrompan, de acuerdo con sus creencias religiosas.

Epílogo a la tercera etapa

Las iglesias, sinagogas y templos evangélicos que fueron construidos profesionalmente en la capital durante la década de los sesenta y setenta constituyen la expansión de lo moderno por parte de los arquitectos e ingenieros civiles, quienes aprovecharon las posibilidades constructivas y estructurales que brindaba no sólo el concreto armado, sino también las nuevas soluciones estructurales y materiales constructivos. Prácticamente habían desaparecido las plantas arquitectónicas tradicionales –como la cruz griega y la basilical de tres naves–, y tan sólo ocasionalmente se recurrió a la cruz latina;

en su lugar, se intensificaron las soluciones espaciales de una sola nave rectangular o trapezoidal, así como interesantes experimentos en plantas poligonales –triangulares, pentagonales o heptagonales–, plantas curvas –circulares y elipsoidales–, y sobre todo, plantas en forma de abanicos –usadas indistintamente por varias religiones–, forma que aseguraba una mayor visibilidad y cercanía con el espacio celebrativo.

En aquellas décadas continuará la innovación dentro del subgénero religioso del catolicismo apostólico: las capillas comunitarias, tanto para el uso privado de las órdenes como para las congregaciones –desde el ámbito histórico y jurídico constituyen cuerpos colectivos distintos. En muchas de ellas las soluciones espaciales consistieron en el altar centralizado para una mayor cercanía con los celebrantes –donde la producción arquitectónica de fray Gabriel Chávez de la Mora ha sido decisiva–, una característica que el Concilio Vaticano II, celebrado en los inicios de los sesenta, terminaría por formalizar.

Durante esta etapa, las cubiertas de los templos apostaron por un gran protagonismo en la composición formal, lo cual, evidentemente, repercutía en la escala y calidad de los espacios interiores: cada vez más audaces y con entradas lumínicas planeadas para reforzar las percepciones

221. David Serur *et al.*, *op. cit.*, p. 114.

222. Nacido ya en México, proveniente de una familia de inmigrantes rusos.

Tuvo varias facetas artísticas, entre las que se destacó como pianista, cantante de boleros y actor de teatro de obras en *yidish*, y posteriormente, como escultor para colaborar con sus obras en al menos cinco sinagogas.

Cfr. Manuel Taifeld, “Enrique Shor. Polifacético artista, actor de teatro yidish, cantante y editorialista”, en *Diario Judío*, 15 de diciembre de 2013 [digital], consultado en abril de 2016 en <http://diariojudio.com/comunidad-judia-mexico/enrique-shor-polifacetico-artista-actor-de-teatro-yidish-cantante-y-editorialista/12204/>

sensibles que propician el estado fenomenológico de una experiencia religiosa. Asimismo, esta expresión plástica de las cubiertas era aprovechada para reforzar la visibilidad urbana de los templos –no sólo católicos, sino también de las religiones minoritarias–,²²³ circunstancia que, aunada a la adquisición de predios esquineros o frente a glorietas y jardincillos, acrecentaba su jerarquía dentro del entramado urbano mayoritariamente habitacional.

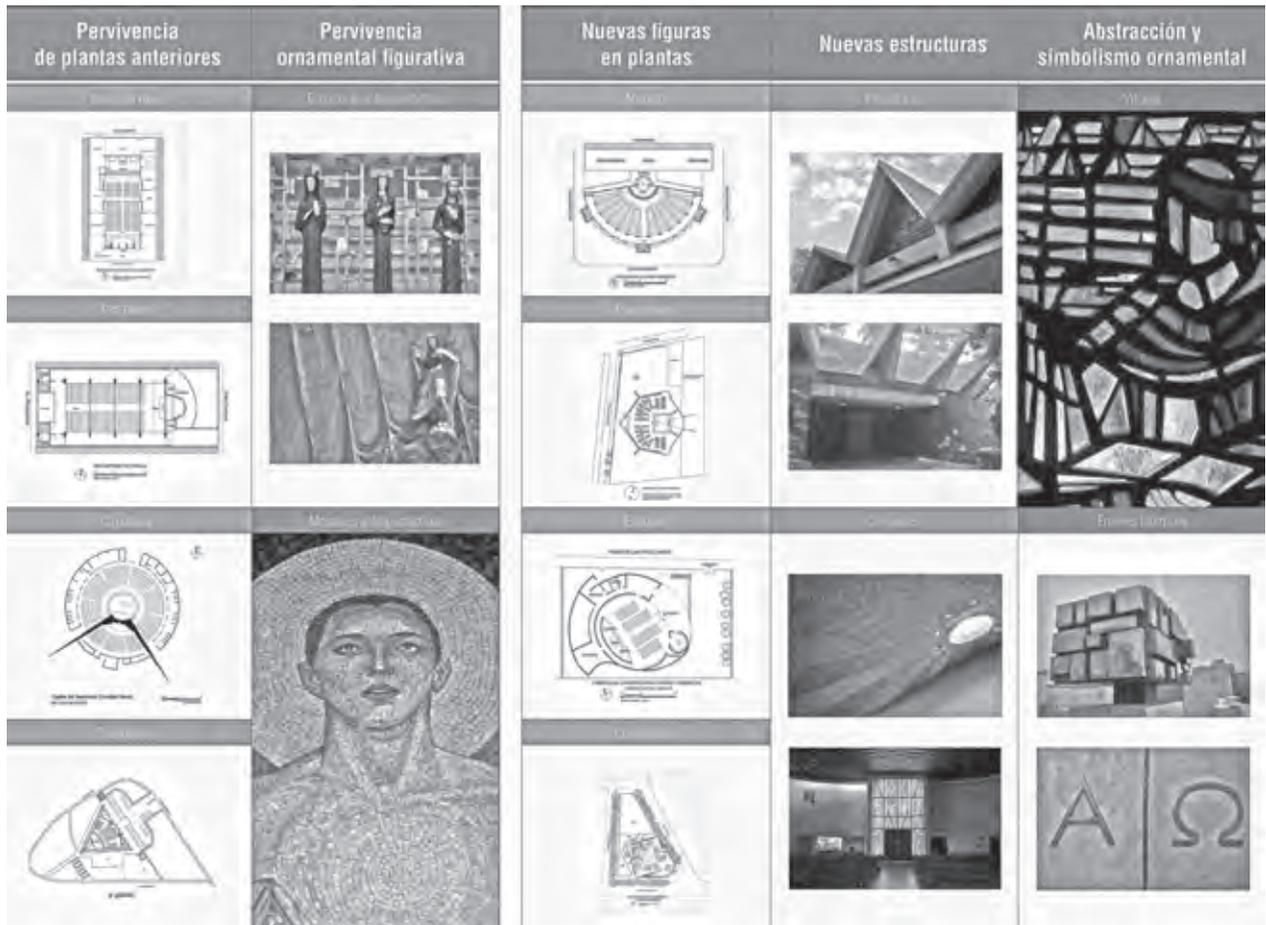
Dentro de esta experimentación de las cubiertas, se pueden encontrar peraltadas cerchas metálicas para alcanzar mayores claros entre apoyos –la Nueva Basílica de Guadalupe es el ejemplo más audaz–, así como el uso de trabe losas prefabricadas, techumbres colgantes con tensores y cubiertas en plegaduras –que no deben confundirse con los cascarones–. Todas estas estructuras eran plenamente visibles desde el interior del espacio de culto, lo cual, evidentemente, repercutía en la percepción estética y simbólica de los recintos. También, durante estas décadas se verá el último trecho de los llamados cascarones –su “canto de cisne”– tanto

diseñados por Enrique de la Mora y calculados por Félix Candela, como por sus brillantes discípulos Alberto González Pozo, Fernando López Carmona y Juan Antonio Tonda Magallón, por mencionar tan sólo algunos.

El ornamento arquitectónico continuó como un recurso estético y simbólico, aunque se optó por la sencillez y la síntesis geométrica, en un esfuerzo por parte de los artistas para alejarse de la figuración, si bien no siempre llegaron a una abstracción plena. Vidrieras, retablos, mosaicos, mobiliario y enseres litúrgicos incorporaron diseños expresionistas, abstractos y *op art*, aunque ocasionalmente continuaron apareciendo elementos de representación figurativa.

En suma, el Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa finalmente había ganado la batalla a la corriente historicista, prácticamente en extinción a mediados de los años sesenta, aunque aún seguían presentes algunas reminiscencias tradicionalistas, tal y como puede percibirse en el siguiente cuadro esquemático.

223. Pues para las décadas de los sesenta y setenta la sociedad capitalina había alcanzado un grado de mayor respeto hacia las religiones minoritarias, una condición que lamentablemente no ha ocurrido en otros estados del país como Chiapas o Guanajuato, donde sigue existiendo intolerancia religiosa.



Las dos columnas de la izquierda representan características derivadas de la tradición, mientras que las tres de la zona derecha, muestran a los elementos arquitectónicos innovadores. Elaboración: ISM y RGB, 2014



4

La herencia del Movimiento Moderno en la arquitectura religiosa (a partir de 1975)



Durante el último cuarto del pasado siglo XX, la arquitectura mexicana se desarrolló dentro de un contexto complejo y titubeante. Por un lado, había arquitectos que buscaban la expresión de una identidad nacional y local –a través del llamado regionalismo–, y por el otro, quienes pretendían ponerse al día con las expresiones internacionales, ya fuera a través de la “arquitectura posmoderna” –aunque tibiamente, durante los ochenta– o mediante la llamada arquitectura tardomoderna, la cual intentaba recoger los mejores frutos formales y tecnológicos de la modernidad, adicionales a una cierta dosis de nostalgia lecorbusiana.

Al igual que en otros géneros, en la arquitectura religiosa se reflejaron fielmente estas búsquedas formales y conceptuales. El contexto era propicio, dadas las reformas constitucionales de 1991, año en que –como se recordará– se les otorgó personalidad jurídica a las asociaciones religiosas haciéndolas susceptibles de propiedad y poseer¹ bienes e inmuebles, entre ellos la edificación de templos. No obstante, debe enfatizarse que estas reformas jurídicas sobre las propiedades religiosas no tenían un carácter retroactivo, pues todas las construcciones de propiedad federal anteriores a la emisión de la nueva Ley de Asociaciones Religiosas y Culto Público² continuaron como propiedad de la nación (no así aquellas construcciones que eran declaradas como propiedad de asociaciones culturales o educativas, ni tampoco aquéllas que pertenecían a testaferros y que, por lo mismo, no pertenecían al inventario de

1. Como se sabe, “propiedad” y “posesión” son dos figuras jurídicas distintas.

2. *Diario Oficial de la Federación*, 15 de julio de 1992 [digital]. Consultado en mayo de 2016 en:

https://www.sep.gob.mx/work/models/sep1/Resource/f74e29b1-4965-4454-b31a-9575a302e5dd/ley_asociaciones_relig_culto_pub.pdf

bienes nacionales).³ Adicionalmente, los habitantes de la Ciudad de México se fueron haciendo más tolerantes a la diversidad religiosa, pues el porcentaje de católicos decreció –a pesar de la intensidad de visitas papales–, mientras que se incrementaron los fieles de las religiones minoritarias que requerían templos más grandes y visibles.

Durante estas últimas décadas del siglo se continuaron utilizando las plantas ortogonales, circulares, trapezoidales, en abanico y elípticas, siempre sin apoyos intermedios y con claros más grandes, en la mayoría de los casos, conservando una simetría en la planta arquitectónica. En algunas ocasiones se exploraron algunas variantes, como las de forma de pescado y las formadas por yuxtaposición de figuras, pero siempre con cuidado de mantener una buena visibilidad y acústica entre el espacio celebrativo y los feligreses.

Las cubiertas aprovecharon los logros estructurales y constructivos anteriores, pero con algunas especulaciones innovadoras en materiales, tanto con aquéllos que expresaban contemporaneidad (como el acero inoxidable), como con los que representaban un apego a la identidad nacional y regional (como el ladrillo). Además, en algunas iglesias la feligresía aumentó su número, por lo que se requirieron templos más grandes y espaciosos, lo cual implicaba soluciones estructurales más atrevidas. Por último,

en las inserciones artísticas como vitrales, mosaicos y esculturas iconográficas, la orientación formal fue hacia la abstracción, aunque en algunos casos se puede encontrar aún la pervivencia de lo figurativo.

Los templos tardomodernos

Al finalizar el siglo, los autores de los templos –tanto arquitectos como ingenieros civiles– aprovecharon los logros tecnológicos, espaciales y morfológicos alcanzados en las décadas anteriores. Por esta razón se trata de una etapa un poco difusa, misma que algunos historiadores han denominado con el término de tardomodernidad y en donde inclusive se manifestó un cierto regreso de formas lecorbusianas mundialmente reconocidas. Como ya se ha dicho, durante esta etapa continuaron las mismas plantas arquitectónicas –circulares, triangulares, romboidales, rectangulares– y en soluciones estructurales –cerchas metálicas y plegaduras de concreto–, las cuales, aunadas a una fuerte pretensión simbólica y escultórica, dieron como resultado una pléyade de grandes templos asentados en estratégicos emplazamientos urbanos, no exentos de fines propagandísticos y proselitistas ante la fuerte competitividad religiosa.

Así, hacia finales de la década de los setenta, las posibilidades del concreto armado aparente se aplicaron intensamente en el diseño de los templos, tanto en su expresión estética, como en sus capacidades estructurales, utilizado en muros de carga y cubiertas. Grandes trabes, losas planas –prefabricadas o cimbradas– y cubiertas de plegaduras liberaron de estorbosos apoyos intermedios a las naves cuadradas o rectangulares –atrás había quedado la cruz latina–. Todo ello sin distinción religiosa, pues las mismas soluciones espaciales y

3. Cuyo registro y control se lleva a cabo en la actualidad en el Instituto de Administración y Avalúos de Bienes Nacionales (Indaabin).

estructurales las encontramos tanto en las iglesias católicas como en los templos protestantes.

Muchos han sido los templos tardomodernos edificados en las últimas décadas del siglo XX, sobre todo si se considera el crecimiento de la mancha urbana y la redensificación que ha sufrido la Ciudad de México, lo que implica un mayor número de almas católicas por atender.⁴ En consonancia, las variadas iglesias minoritarias –evangélicos pentecostales y mormones, sobre todo– han tenido un crecimiento exponencial en zonas urbanas en los últimos años, lo cual se traduce en la erección de muchas construcciones sencillas y sin grandes pretensiones profesionales por toda la ciudad –mayoritariamente en zonas populares–. Se trata de un crecimiento que no necesariamente implica una elevada calidad arquitectónica, pues en muchas ocasiones el templo lo construyen gradualmente los propios vecinos a partir de una simiente originalmente doméstica, con techumbres de lámina sostenidas por cerchas metálicas muy económicas, similares a las soluciones utilizadas en los talleres mecánicos o bodegas, en donde prácticamente está ausente la incorporación de algún profesional de la arquitectura⁵. Pese a ello, esta precaria condición cualitativa en nada merma su valor simbólico, religioso o antropológico, pues cumple satisfactoriamente la demanda de la feligresía; sin embargo, en términos de eficiencia, funcio-

nalidad, expresividad estética, simbolismo histórico e innovación tecnológica, distan mucho de ser obras arquitectónicamente valiosas que permitan incluirlas en este libro.

En contraste, los siguientes cuatro templos que se presentan en orden cronológico pertenecen a diversas adscripciones religiosas, lo cual no impide que compartan las mismas soluciones arquitectónicas. Esto confirma que las semejanzas en la arquitectura estaban por encima de las diferencias eclesiales, e incluso, las especificidades litúrgicas parecían resolverse más bien en los detalles. Tales obras fueron: el templo bautista de Estrella de Belén (1974-1984) en la colonia Letrán Valle, la parroquia católica de Nuestra Señora de la Esperanza (1983) en la colonia General Anaya, la parroquia católica de Cristo de la Paz (1985-2000) en la colonia Irrigación y la iglesia católica de los Santos de América (1990-2000) en la Villa Panamericana, en el sur de la ciudad.

El templo bautista Estrella de Belén (1974-1984) fue una obra diseñada por el arquitecto Miguel Zamora Gavaldón, profesor por muchos años de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Se trata de una obra sencilla, localizada en un predio entre medianeras en una zona de clase media de la delegación Benito Juárez.⁶ Hacia el exterior del templo, poco puede percibirse de su finalidad religiosa, pues carece de atrio o plaza de acceso que revele

4. Aunque, por otra parte, también ha crecido la población urbana que dice pertenecer a una religión, pero que en los hechos no asiste a los templos durante años, salvo que se trate de una actividad social como bodas, bautizos y onomásticos de quince años.

5. También se han erigido grandes templos, como por ejemplo, los templos regionales de los mormones, los cuales sin embargo, han presentado morfologías historicistas neomayas y

por lo mismo, ajenas al Movimiento Moderno, motivo de interés en este libro. En la Ciudad de México, su templo regional se encuentra al oriente, en Aragón, con formas piramidales y relieves escultóricos en estilo maya puuc. Cfr. San Martín, Ivan. Tradición, Ornamento y Sacralidad, México, UNAM, 2012.

6. Calle Dr. José María Vértiz núm. 1225, colonia Letrán Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.

su vocación pública. Sólo se destaca mediante una cruz monumental de concreto aparente –al igual que el resto de la fachada–, enmarcada por cuatro vitrales en tonos azules, misma que identifica su adscripción cristiana, en este caso, de la denominación bautista, la cual –se recordará–, fue una de las denominaciones históricas del protestantismo más antiguas en la capital.

El ingreso al templo es por medio de una escalera retraída y en dos tramos, la cual conduce a un pequeño vestíbulo con doble altura, y de ahí, al espacio de culto, resuelto en una sola nave rectangular con el púlpito dirigido hacia el poniente; se trata de un espacio luminoso y acogedor por el uso de la ma-

dera de recubrimiento. Por su parte, la cubierta se resolvió con haz de trabes de concreto aparente, que convergen sobre el espacio celebrativo a manera de un gran acordeón. En los intersticios triangulares bajo la cubierta, así como en la portada, se insertaron vitrales azules y ambarinos, obra del arquitecto Sergio Zamora Castro, quien escogió sencillos motivos de estrellas y cruces, no representación antropomórfica de santos o vírgenes, pues ha de recordarse el espíritu iconoclasta que priva en el protestantismo histórico –salvo los luteranos, que sí permiten imágenes de Cristo siempre que no sean motivo de idolatría–. Finalmente, en la misma parte del acceso se encuentran un pequeño dispensario médico y

308

Planta baja del templo bautista Estrella de Belén (1974-1984), colonia Letrán Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arquitecto Miguel Zamora Gavaldón. Dibujo realizado por alumno(a) de servicio social (ASS)

Fachada del mismo templo bautista. Fotografías: JPS, 2013





Templo bautista Estrella de Belén (1974-1984), colonia Letrán Valle, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, del arquitecto Miguel Zamora Gavaldón. Fotografías: JPS, 2013

unas aulas, espacios que, si bien complementarios, revelan la preocupación social que ha distinguido a los bautistas en sus fundaciones religiosas.

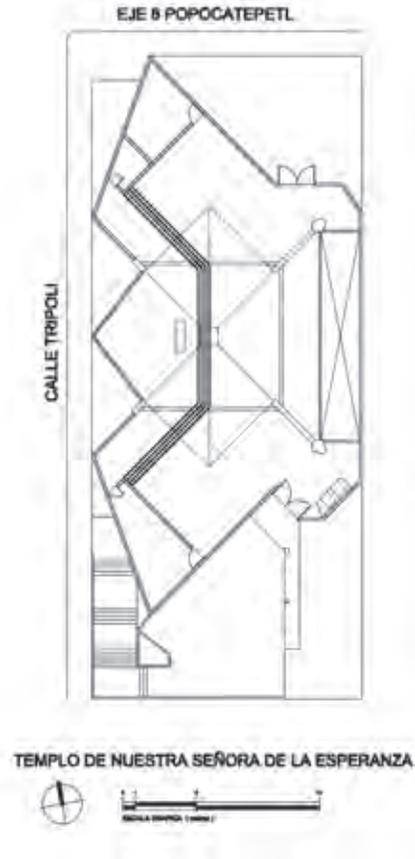
La parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza (1983) es de los últimos ejemplos de arquitectura religiosa que realizó el arquitecto Honorato Carrasco Navarrete –de quien ya se han expuesto grandes obras suyas–, en donde contó con la colaboración del también arquitecto Benjamín Hernández Madrigal. El templo fue encargado por los franciscanos, pero no como una obra completamente nueva, pues ya se tenía hecha parte de una cimentación que obedecía a un proyecto anterior, lo cual añadió, sin duda, un componente de complejidad al proyecto, pues habían de aprovecharse los trazos reguladores preexistentes.

Pese a esta situación inicial, el talentoso arquitecto Carrasco diseñó una obra por demás interesante, toda vez que aprovechó la visibilidad urbana sobre la avenida, convertida años después en un eje vial de intenso tráfico.⁷ La proporción del predio era bastante difícil, con poco frente y una prolongada profundidad hacia la calle lateral, por lo que incorporó una gran escalinata al frente a modo de atrio elevado, a fin de otorgarle una lectura de espacio público que le añadiera cierta jerarquía. El resto de la visibilidad se compensó con un sólido basamento con recubrimiento pétreo, sobre el cual sobresale un gran volumen

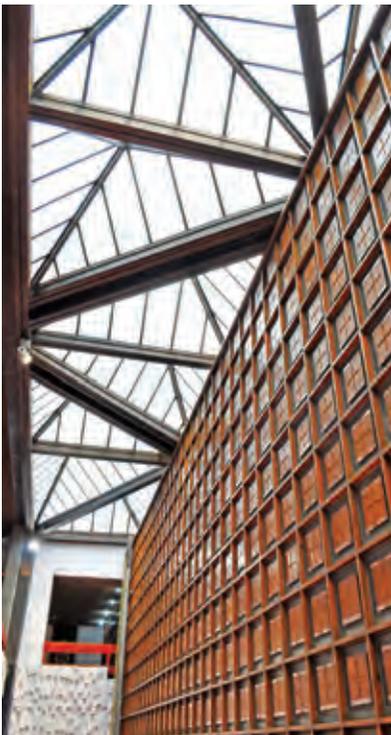
Planta de conjunto del templo de Nuestra Señora de la Esperanza (1983), colonia General Anaya, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de los arquitectos Honorato Carrasco y Benjamín Hernández. Dibujo realizado por ASS

Fachada del mismo templo. Fotografías: JPS, 2013

310



7. Eje 8 Av. Popocatepetl núm. 190 esquina Trípoli, colonia Portales, delegación Benito Juárez, Ciudad de México.



Templo de Nuestra Señora de la Esperanza (1983), colonia General Anaya, delegación Benito Juárez, Ciudad de México, de los arquitectos Honorato Carrasco Navarrete y Benjamín Hernández Madrigal. Fotografías: JPS, 2013

piramidal de la cubierta, resultado de la estructura metálica utilizada y cuyos claros debieron ajustarse a las modulaciones preexistentes. Ya en el interior del templo, el espacio celebrativo quedó rodeado por tres lados de bancas—es decir, como si de medio octágono se tratase— de tal suerte que los feligreses poseían una adecuada visibilidad desde cualquier ángulo, pues los cuatro apoyos que soportan la pirámide de la cubierta no la obstaculizan de ningún modo.

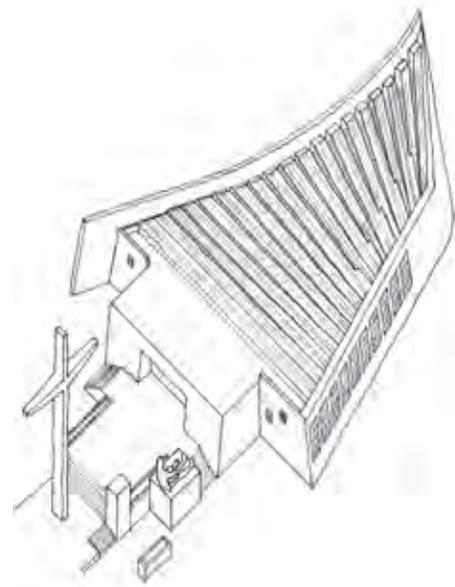
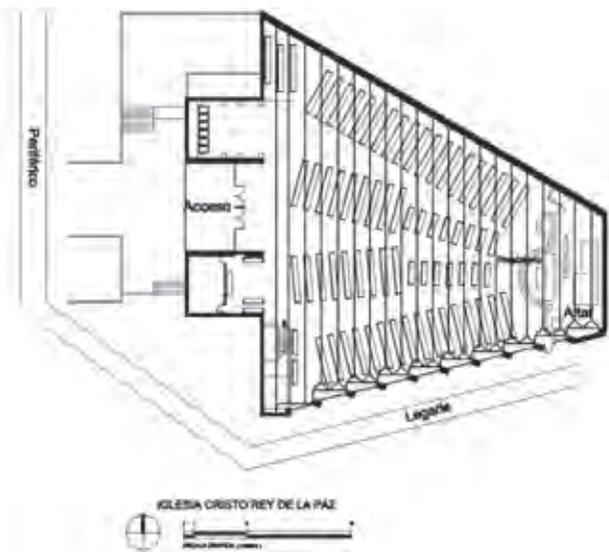
Por un rumbo muy distinto, hacia el nororiente de la capital y justo enfrente del edificio de la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) en Periférico Norte,⁸ se edificó la parroquia católica del Cristo de la Paz (1985-2000), una obra que si bien es independiente a las fuerzas militares, se le ha reconocido como capellanía militar para atender las necesidades espirituales de los católicos adheridos a la milicia, una orientación que puede constatarse en el atrio con la

Planta baja de la parroquia del Cristo de la Paz (1985-2000), delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS

Isométrico de la misma parroquia. Dibujo realizado por Rafael Mancilla Walles (RMW), alumno de arquitectura de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), 2015

Fachada de la parroquia. Fotografías: JPS, 2013

312



8. Av. Legaria núm. 861, esquina con Periférico Norte, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.





Parroquia del Cristo de la Paz (1985-2000), delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México. Fotografías: JPS, 2013

dramática escultura de un soldado yacente sobre los brazos comprensivos de Cristo.

La iglesia posee una envidiable ubicación urbana, como remate visual del tránsito vehicular de Periférico e Industria Militar, a tal punto que a la distancia pareciera que está sobre el centro mismo de

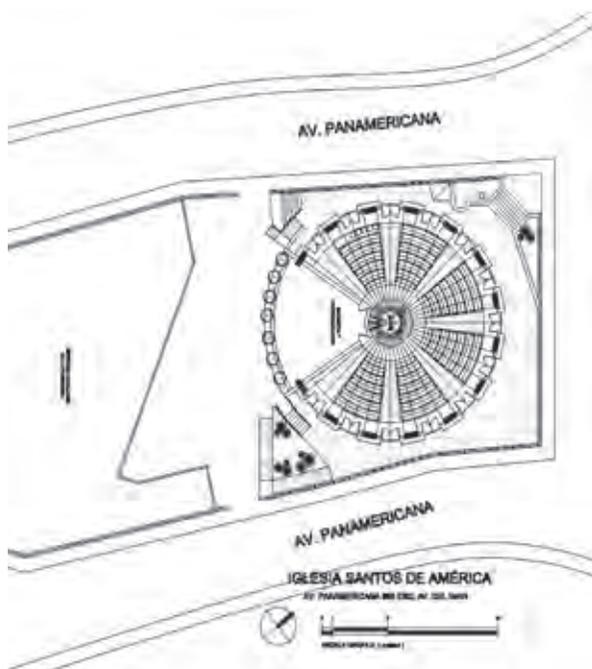
la vialidad, por el quiebre que ahí presenta la conflictiva arteria. Se ingresa por medio de un amplio atrio, justo en la esquina, el cual comunica tanto con el espacio de culto como con un nivel inferior donde se encuentran las dependencias administrativas. El interior es de una sola nave triangular –figura que ya había sido utilizada en etapas anteriores–, y con su altar dirigido hacia el oriente, un espacio cubierto por una sucesión de cerchas metálicas que se desplazan del plano horizontal al vertical, lo cual conforma su característico perfil ascendente. El colorido interior es producto de sus vitrales figurativos, dispuestos del lado derecho en una sucesión de ventanas y del lado opuesto en una serie de ventanillas dispersas que en mucho recuerdan los templos lecorbusianos.

El cuarto ejemplo representativo que aquí se incluye dentro del tardomoderno fue el templo católico de los Santos de América (1990-2000), ubicado al sur de Ciudad Universitaria y muy cerca del centro comercial –que no “plaza”– Perisur. La obra se encuentra justo en el acceso de la entrada principal de la Unidad Habitacional Pedregal de Carrasco⁹ –construida como Villa Deportiva para los Juegos Panamericanos de 1975–, a fin de ofrecer los servicios religiosos a las miles de almas católicas que ahí residen, vínculo por el cual se encuentra dedicado a todos los santos americanos.

Planta baja de la iglesia de los Santos de América, colonia Pedregal de Carrasco, delegación Coyoacán, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS

Exterior de la misma iglesia. Fotografías: JPS, 2013

314



9. Av. Panamericana núm. 65, esquina con Av. del Iman, colonia Pedregal de Carrasco, delegación Coyoacán, Ciudad de México.



Iglesia de los Santos de América (1990-2000), colonia Pedregal de Carrasco, delegación Coyoacán, Ciudad de México. Fotografías: JPS, 2013

El predio donde se emplazó el templo es bastante generoso y se encuentra aislado de predios adyacentes, lo cual le brinda una autonomía formal que fue aprovechada por los autores del proyecto, quienes no han podido ser aún identificados a cabalidad.¹⁰ La iglesia retoma las soluciones de los templos del arquitecto Honorato Carrasco Navarrete realizados en décadas anteriores, como el uso de la planta semicircular en forma de abanico, aunque en esta obra el desarrollo de las bancas concéntricas prácticamente abarca el ochenta por ciento de la superficie circular.

316

La estructura para la cubierta fue realizada mediante plegaduras de concreto armado —que muchos erróneamente confunden con los cascarones—, las cuales se apoyan prácticamente desde el nivel del suelo, de tal suerte que se elimina la tradicional separación de muro y techumbre. Al interior, el altar se encuentra centralizado, mientras arriba las plegaduras de la cubierta convergen en un anillo superior de compresión, que a su vez sirve para iluminar dramáticamente el altar y el presbiterio, solución similar que años antes había ya ejecutado Honorato Carrasco, pues al igual que el resto de los templos tardomodernos, esta iglesia es heredera de las soluciones ideadas por dicho arquitecto.

El desdén tardomoderno

Dentro de los templos construidos dentro del tardomoderno de la Ciudad de México, es necesario incluir un tipo de producción religiosa que, si bien ha presentado nulo interés por su propuesta plástica o espacial, aprovechó medianamente la herencia tecnológica que dejó el Movimiento Moderno. Se trata de los templos edificados para las celebraciones sagradas de los Testigos de Jehová,¹¹ asociación religiosa muy importante en otros países¹² y que ha crecido sostenidamente en las últimas décadas en México,¹³ no sólo en áreas urbanas, sino también en zonas rurales de fuerte presencia indígena debido a su intensa actividad proselitista.¹⁴

Surgidos en 1872 en los Estados Unidos,¹⁵ sus miembros sólo reconocen la Biblia como única autoridad, así como la lucha del Bien contra el Mal, personificados por Jehová y Satanás, donde el último se ha apoderado del mundo durante las últimas décadas, mediante la alianza de los poderes comerciales, eclesiásticos y políticos. Consideran que tarde o temprano Cristo lo derrotará con la ayuda de un ejército de ángeles, triunfo que marcará el inicio de mil años de felicidad terrestre para los justos que resucitarán. Asimismo, muchos conceptos católi-

10. En la parroquia se informó que el autor fue el arquitecto Carlos Ríos, mientras que el cálculo estructural recayó en el ingeniero civil Vicente Carmona, dato que no ha podido ser corroborado en alguna otra fuente documental.

11. Desde su fundación tuvieron varios nombres: primero se hicieron llamar "Ruselitas", en honor a Rusell, su fundador. Luego se llamaron Dawnistas Milenarios, luego Estudiantes Internacionales de la Biblia, hasta que en 1931

adoptaron el nombre de Testigos de Jehová. John A. Hardon, *Las iglesias protestantes de América*, Buena Prensa, México, 1959, p. 353.

12. En el mundo actual, se estiman alrededor de unos 5 millones de miembros repartidos en más de doscientos países. Su sede central, donde reside el Cuerpo Gobernante, está en Brooklyn, Estados Unidos. <http://www.watchtower.org/s/index.html>

13. México es el segundo país en el mundo con mayor número de fieles. En 1997 se estimaba en 488,264 el número de miembros.

14. Generalmente realizada de puerta en puerta para comunicar personalmente el mensaje de Jehová, aún a pesar de los intolerantes letreros que suelen colgar muchos hogares católicos en puertas y ventanas: "aquí no se acepta propaganda católica ni de ninguna otra secta".

cos son negados fuertemente por los Testigos, tales como el Espíritu Santo, la Trinidad, la inmortalidad del Alma o la existencia del Infierno como tormento eterno, así como cualquier sumisión del ser humano hacia otros seres humanos. Como sólo deben obedecer a Dios, se rehúsan a tomar las armas, participar en el servicio militar, dar honores a la bandera o laborar en el gobierno.

Los espacios religiosos de los Testigos son llamados “Salones del Reino”, donde se reúnen tanto para el rezo como para el estudio de la Biblia, y en donde también se realizan las ceremonias, como la inmersión en el agua. Mediante esta práctica se convierte públicamente al individuo en Ministro de Jehová, diferenciándolo así del resto de la comunidad ajena y se le da, por el contrario, la opción de ocupar alguno de los cuatro estamentos clericales, cada uno con responsabilidades distintas en torno a las horas mensuales obligatorias que deben dedicar a la promoción de sus creencias y proselitismo.¹⁶ En sus inicios, los Testigos se reunían en sus propias casas, hasta que en 1931, en Pennsylvania, se construyó el primer Salón del Reino, el cual debe su denominación al razonamiento de que se reunían en un salón para dar las buenas noticias del Reino de Jehová.

A diferencia de los espacios religiosos de otros cultos, el Salón del Reino de los Testigos pueden contener varios auditorios dentro de un mismo edificio, pues dividen su comunidad en “congregaciones”, por lo que es usual que un mismo edificio sea utilizado simultáneamente, de tal manera que cada salón puede tener un uso independiente del otro.¹⁷ El interior de un auditorio está conformado por la zona de sillas para los fieles dirigidas hacia una pequeña plataforma, sobre la que se ubica una tribuna para los discursos bíblicos y varias sillas para los estudios religiosos, atrás de las cuales se muestra una placa con un texto bíblico –texto seleccionado cada año y que es el mismo en todo el mundo—.¹⁸ Suelen poseer una buena iluminación para favorecer el estudio de los textos bíblicos, además de estar equipados con micrófonos para amplificar el sonido, pues son sitios diseñados para la instrucción religiosa. Cada congregación se reúne aproximadamente tres veces por semana en el auditorio; inician con un cántico y una oración, para después seguir con el estudio de la Biblia y finalizar con la preparación para la prédica del ministerio de casa en casa.

Generalmente sus proyectos arquitectónicos son enviados desde los Estados Unidos, por lo que

15. En 1872, en Pittsburgh, por Charles Taze Russell, seguido a su muerte en 1916, por el Juez J. F. Rutheford.

16. John A. Hardon, *op. cit.*, pp. 355-356.

17. Eventualmente pueden usarse para bodas o llevar a cabo algún funeral.

18. Los Salones nunca contienen imágenes o altares al interior, pues condenan la idolatría.

sólo realizan pequeños ajustes en torno a las especificidades de cada predio en donde se emplazan. Baste citar aquí un ejemplo: el Salón del Reino que poseen en la Colonia Ajusco,¹⁹ en la delegación Coyoacán, el cual cuenta con dos amplios auditorios para sendas congregaciones y un cómodo estacionamiento en planta baja, mientras que en el exterior su sobria volumetría pasa desapercibida,

a no ser por el letrero en su fachada que anuncia su adscripción.

Este desinterés por la calidad plástica de los salones no deriva de falta de recursos económicos o de no disponer de profesionales del diseño o de la construcción, sino que es la expresión misma de su desdén hacia lo material, pues su sacralidad

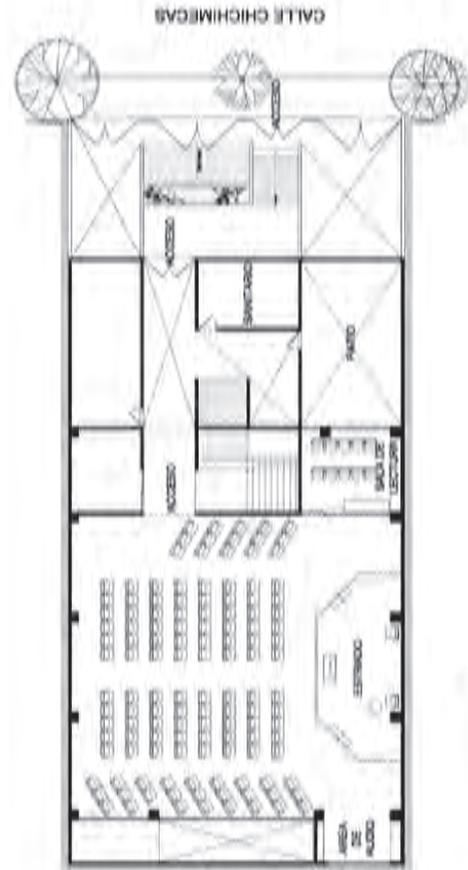
Fachada del Salón del Reino de los Testigos de Jehová, colonia Ajusco, delegación Coyoacán, Ciudad de México. Fotografías: ISM, 2008

Planta baja del mismo Salón del Reino de los Testigos de Jehová, Dibujo realizado por ASS

318



19. Cuya ubicación precisa es calle Chichimecas no. 31, col. Ajusco, delegación Coyoacán.



SALÓN DEL REINO DE LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ
[SALÓN PLANTA BAJA]
CHICHIMECAS NO. 31, COLONIA AJUSCO, DEL COYOACÁN.
ENCALA GRÁFICA (metros)

sólo la conciben en la propia comunidad reunida y en la oralidad y textualidad de la palabra de Dios. De ahí que no realicen consagración alguna de sus espacios de reunión y el envolvente físico que los cobija sólo tenga un valor funcional y operativo. Esta concepción los lleva a no dedicar mayores recursos a una composición formal específica –es decir, no se podría reconocerles un “estilo” específico– ni tampoco aspirar a una jerarquía volumétrica que los haga destacar del entorno urbano –pues su expansión religiosa la confían a la difusión de la palabra divina de puerta en puerta– ni mucho menos a optar por algún alarde tecnológico o inserción de obra plástica; por el contrario, se conforman con construir lugares dignos y funcionales que se hallen cercanos a las casas de sus miembros. No obstante, a pesar de que estos salones no poseen rasgos arquitectónicos innovadores, se ha decidido incluirlos en el presente estudio, no sólo por el enfoque multirreligioso que ha dirigido esta investigación, sino porque sus edificios han sido construidos específicamente como templos, a diferencia de otras religiones que también en las últimas décadas han tenido presencia en la Ciudad de México, pero que han preferido ocupar espacios originalmente diseñados para oficinas²⁰ o con fines recreativos.²¹

Los templos regionalistas

Durante los años setenta y ochenta, la arquitectura en México y Latinoamérica parecía debatirse entre dos caminos aparentemente opuestos: los arquitectos que aspiraban a los valores globales de la arquitectura internacional y aquéllos que apostaban hacia la recuperación de las soluciones arquitectónicas regionales –con materiales, sistemas constructivos y tipologías espaciales específicas–, producto del reconocimiento de las tradiciones constructivas locales, de los entornos ambientales particulares y, sobre todo, de las posibilidades socioeconómicas de cada país o región.

En la Ciudad de México,²² los autores de los templos de aquellas décadas –con independencia de la adscripción religiosa– también reflejaron fielmente esta búsqueda hacia lo que algunos historiadores han denominado como “regionalismo”. Baste decir que esta tendencia sigue aún vigente como posibilidad expresiva entre muchos de los profesionales de la arquitectura, a veces como una actitud combativa frente a las “afrentas de la globalización” y en otras, sólo como una decisión personal que intenta identificarse con el clima, el terreno, los materiales, la economía, las tradiciones y las

20. Como ha ocurrido con los pocos musulmanes asentados en la capital, que se juntan para rezar en locales originalmente planeados para oficinas, sin aún construir una mezquita de nueva planta, como sí ha ocurrido en otras entidades federativas, como Torreón o Coahuila.

21. Por ejemplo, los santuarios de la Iglesia Universal del Reino de Dios –también conocida por su lema, “Pare de sufrir”. Sus dirigentes han preferido la ocupación y remodelación de

antiguos teatros o cines, en vez de construir templos de nueva planta, razón por la cual, quedan fuera del universo de estudio del presente libro. Cfr. Ivan San Martín, “Nuevos cultos, viejos espacios y el espectáculo de lo sagrado”, en: Peter Krieger e Ivan San Martín (comps.) *Sacralización, culto y religiosidad en la arquitectura latinoamericana: 1960-2010*, México, UNAM, 2009.

22. Dentro de la corriente regionalista también se puede situar a la obra religiosa de los arquitectos Carlos González y Lobo y María Eugenia Hurtado, aunque no localizada en la Ciudad de México, motivo de este libro. Entre sus obras vale la pena citar la Capilla del Cementerio de Huatusco, Veracruz (1961-1962), la capilla inicial de la Iglesia de Xico, (1985) y la iglesia de San Felipe de Jesús del Mirasol (1974-1987), ambas en el Estado de México.

costumbres locales. Como ejemplo mencionaremos dos templos construidos en la Ciudad de México, uno católico apostólico y otro católico anglicano.

La parroquia de la Asunción de María (1980) fue un proyecto del profesor emérito Fernando López Carmona, quien poseía ya sobrada experiencia en el género religioso pues colaboró en muchas obras con el arquitecto Enrique de la Mora. El templo se erigió en la zona sur de la capital,²³ en un contexto urbano integrado por unidades habitacionales e intensa vida comercial, así como cercano a Villa Coapa, conjunto de viviendas edificado para el personal técnico de los Juegos Olímpicos de 1968.

Vista exterior de la parroquia del Asunción de María. Fotografías: ISMC, 2013

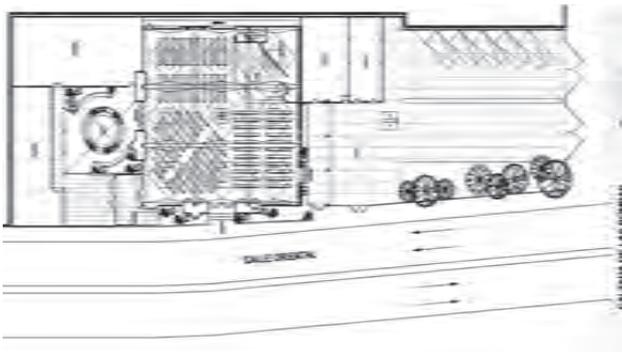
Volumetría de la misma parroquia. Dibujo realizado por RMW, 2015

Planta baja de la parroquia de la Asunción de María. Dibujo realizado por ASS

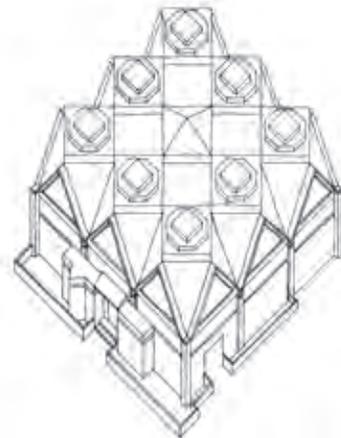


320

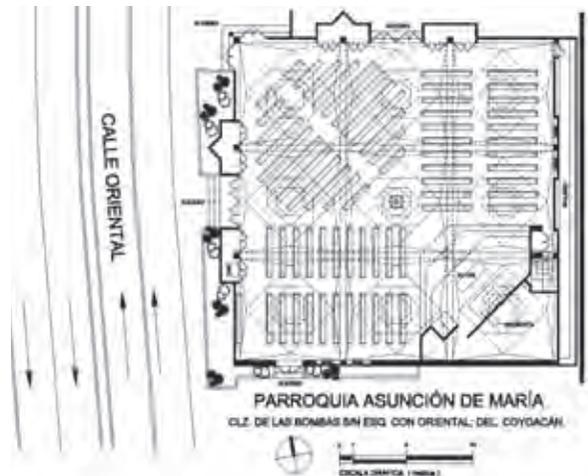
Planta de conjunto de la parroquia de la Asunción de María, colonia Los Cedros, delegación Coyoacán, Ciudad de México. Dibujo realizado por ASS



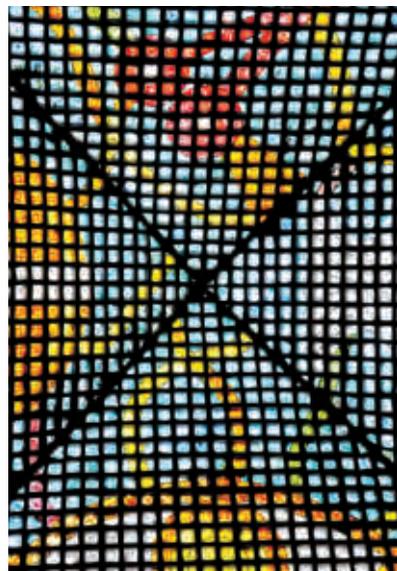
PARROQUIA ASUNCIÓN DE MARÍA
CLZ. DE LAS BOMBAS SIN ESQ. CON ORIENTAL, DEL. COYOACÁN.



23. Calzada de las Bombas s/núm. esquina con Oriental, colonia Los Cedros, delegación Coyoacán, Ciudad de México.



PARROQUIA ASUNCIÓN DE MARÍA
CLZ. DE LAS BOMBAS SIN ESQ. CON ORIENTAL, DEL. COYOACÁN.



Parroquia de la Asunción de María (1980), colonia Los Cedros, delegación Coyoacán, Ciudad de México, del arquitecto Fernando López Carmona. Fotografías: JPS, 2013

En su frente, el templo posee un angosto y prolongado atrio, donde se halla una esbelta cruz de concreto que refuerza su presencia hacia la avenida principal, aunque también puede ingresarse por la calle lateral desde la unidad habitacional aledaña.

La planta de la nave es de proporción cuadrada, dividida en tres crujías a cada lado, de tal manera que se produce una retícula de nueve cuadrados iguales, cada uno de casi cuatro metros de longitud. La posición del altar es uno de los ángulos del espacio cuadrangular, a fin de permitir que las bancas de los feligreses abracen al altar por tres de sus lados dirigido hacia el suroriente en correspondencia con las directrices indicadas desde el Concilio Vaticano II celebrado a principios de los años sesenta.

La cubierta del templo consistió en viguetas prefabricadas colocadas ortogonalmente para cubrir las nueve porciones, sin necesidad de apoyos intermedios que obstaculicen la visibilidad hacia el altar y presbiterio. Durante el proceso de colocación de estas traveses fue necesario apuntalar la estructura con apoyos temporales, para después ser retirados una vez que hubiera afianzado la totalidad de la estructura. Sobre cada uno de los nueve cuadrados se levantaron cuatro triángulos isósceles –formando una pirámide–, que a su vez recibieron una serie de traveses secundarias de marcos girados a 45° y que se sobreponen hasta cerrar el claro en cada nivel conforme avanza la cubierta, para llegar finalmente a salvar la totalidad del área de cada cuadrado. Las traveses secundarias recibieron a su vez secciones de losa de concreto apoyadas en pequeños largueros –con el lecho bajo recubierto con listones de madera aparente, lo cual provocó una gran calidez en el espacio– utilizando así un ingenioso e innovador sistema constructivo pero con la misma lógica de los elementos de las bóvedas góticas. Finalmente, la luz se resolvió de dos maneras: lateralmente, a través de

una prolongada ventana perimetral que recorre prácticamente los cuatro lados del recinto, y cenitalmente, por algunos prismas vítreos de factura artesanal, localizados sobre algunos de los nueve cuadrados base, que a modo de moderno lucernario inunda de luz multicolor el espacio de culto.

El otro templo regionalista fue realizado para el catolicismo anglicano²⁴ dependiente de la Iglesia de Gran Bretaña, pues ha de recordarse que en México hay tres catolicismos presentes: el apostólico, que depende del Vaticano (mayoritariamente de rito romano, aunque también se practican los maronitas y greco-melquita), el ortodoxo (con varios patriarcados presentes) y el anglicano/episcopal, cuyos orígenes históricos datan de la escisión de los británicos católicos con la Iglesia romana en el siglo *xvi*. No obstante, para los anglicanos la fundación de su Iglesia tuvo su origen con la llegada de los primeros cristianos que se asentaron en las islas británicas durante los dos primeros siglos de nuestra era, culto que mantuvieron de manera independiente hasta el siglo *vii*, cuando se integraron a la autoridad papal. La unión se mantuvo hasta el siglo *xvi*, cuando recuperaron su autonomía –para no volver a sujetarse más al autoritarismo papal– a raíz de los roces del monarca británico Enrique *viii* con el papa, debidos la negativa de éste para concederle el divorcio real. Desde entonces, han crecido más allá del suelo británico,

24. Sólo en suelo británico se llaman anglicanos, en el resto del mundo se hacen llamar episcopales.

primero en sus antiguas colonias –como los Estados Unidos de América– y ya luego en cualquier país en donde los inmigrantes ingleses vivieran y las leyes locales permitieran la libertad de su culto.²⁵

Los anglicanos mantienen varias creencias teológicas e instituciones religiosas muy similares al catolicismo apostólico, ya que creen en las Sagradas Escrituras, adoran a la Virgen María, honran a los Santos, celebran los mismos sacramentos y llevan a cabo el ministerio apostólico de los obispos, presbíteros y diáconos. En contraste, existen asuntos que los diferencian radicalmente, por ejemplo, la posibilidad de que sus ministros puedan casarse si así lo desean, o bien, permanecer célibes dentro de alguna de sus órdenes y congregaciones masculinas o femeninas. Su organización eclesiástica recae en los obispos diocesanos, quienes son la expresión visible de la Iglesia, pues son los encargados de la promoción y observancia de la vida moral y religiosa de su feligresía. La autoridad moral recae en el Arzobispo de Canterbury,²⁶ mientras que el monarca británico se constituye como el “Defensor de la Fe”,²⁷ sin embargo, los obispos anglicanos no están supeditados administrativamente a estas dos autoridades, como ocurre con los sacerdotes católicos apostólicos ante el papa romano, considerado cabeza de su Iglesia y Jefe del Estado Vaticano. De hecho, gracias a esta

autonomía episcopal, cada diócesis puede eventualmente poseer normas eclesiásticas distintas entre sí, como ha ocurrido con algunas comunidades episcopales de los Estados Unidos de marcada orientación liberal, que han permitido por ejemplo, el ordenamiento de mujeres sacerdotes, o inclusive el casamiento religioso entre miembros del mismo sexo, decisiones que si bien no son compartidas por todos sus miembros, se respetan por la autonomía jurisdiccional que tiene cada diócesis.

Sus espacios de culto, al igual que los católicos apostólicos y los ortodoxos, deben estar forzosamente consagrados para poder oficiar un servicio religioso, pues en ellos realizan la mayoría de sus sacramentos sagrados, tales como el matrimonio, el bautismo trinitario –durante los primeros meses de la edad infantil– y la confesión, así como ceremonias funerales y memoriales, tradicionalmente oficiados por sus mismos sacerdotes, aunque eventualmente pueden permitirlo a religiosos externos.²⁸ En sus misas se celebra la Sagrada Eucaristía, con el pan y el vino consagrados por un obispo o presbítero, convirtiéndose así el Cuerpo y la Sangre sacramental de Cristo en un acto de transustanciación objetiva “que no se puede entender, ni definir”.²⁹ Los servicios religiosos anglicanos suelen ser mucho más solemnes que los católicos apostólicos, pues

25. La comunidad anglicana y episcopal en el mundo se estima en unos 70 millones de fieles.

26. Simbólicamente es la Madre de la Iglesia Anglicana.

27. A diferencia de la creencia generalizada, el monarca inglés no se constituye como sacerdote supremo, sino sólo como “Defensor de la Fe” anglicana.

28. Por el alto valor que los episcopales confieren a sus sacramentos, reconocen tanto los bautizos

que han sido administrados por otros sacerdotes no anglicanos, como también la posibilidad de que éstos puedan oficiar algún servicio religioso dentro de sus espacios de culto.

29. Presbítero Carlos Touché Porter, información proporcionada en tríptico impreso de la iglesia episcopal de Las Lomas de Chapultepec.

se encuentran sujetos a protocolos más rigurosos, cuya prédica sacerdotal y el canto de los himnos se desarrollan mayoritariamente en lengua inglesa.³⁰

El asentamiento de los anglicanos en México se debe a las Leyes de Reforma, que propiciaron la inmigración de comerciantes ingleses y estadounidenses al país,³¹ quienes comenzaron gradualmente a fundar iglesias y panteones británicos, muchas veces cerca de las minas o las fábricas en donde establecían sus negocios. Sus primeros asentamientos formales datan de inicios de la década de los setenta del siglo XIX, cuando establecieron sus primeros servicios religiosos en espacios prestados por las denominaciones protestantes, hasta la llegada del primer reverendo inglés en 1886, cuando comenzaron a plantearse la posibilidad de contar con su primera parroquia.

Su primer templo en la capital fue edificado al poniente del actual Centro Histórico, muy cerca de la Alameda Central,³² es decir, en el camino hacia las colonias Juárez y Cuauhtémoc, entonces recientemente surgidas a ambos lados del Paseo de la Reforma, y hacia aquéllas que bordeaban la Calzada de Tacuba o San Cosme –Tabacalera, Santa María la Ribera y Arquitectos, posteriormente San Rafael–, todas ellas zonas habitacionales que comenzaban a poblarse por las clases media y alta, en donde vivían los miembros de su pequeña pero consistente feligresía.

Aquel primer templo fue realizado en expresión historicista, diseñado por el arquitecto inglés Harwood H. Simpson³³ y construido entre 1895-1898.³⁴

El edificio fue severamente afectado por el terremoto de 1985, razón por la cual decidieron construir una nueva sede, más cerca de las residencias de los fieles que se asentaban ya al poniente de la capital.

La iglesia episcopal Christ Church (1988-1990) en Lomas de Chapultepec³⁵ fue encargada al brillante arquitecto –fallecido recientemente– Carlos Mijares Bracho (1930-2015), quien para entonces contaba ya con cierta experiencia en el género religioso –aunque sólo en lo relativo a templos católicos apostólicos, tales como la capilla del panteón de Jungapeo y la parroquia de Ciudad Hidalgo, ambas obras en Michoacán–. El predio que se dispuso para la erección de este nuevo templo anglicano formaba parte de un conjunto de lotes, donde se encontraba la casa del obispo y un pequeño salón que servía de templo, ambas construcciones en ladrillo aparente, material muy utilizado en la arquitectura inglesa, por cierto.

El espacio destinado para el templo fue la esquina del solar, a fin de que tuviese mayor visibilidad urbana hacia las tranquilas calles de esta zona residencial. El ingreso se realiza por medio de un pequeño patio ortogonal, el cual comunica también con una serie de oficinas complementarias,

30. La iglesia Christ Church de las Lomas de Chapultepec, sucesora de este primer templo, proporciona servicios religiosos tanto en español como en inglés.

31. Muchos de ellos llegados durante la intervención estadounidense en 1847. De hecho, el primer servicio religioso anglicano tuvo lugar en el Salón de Embajadores del Palacio Nacional, el 14 de septiembre de 1847, durante la ocupación norteamericana.

32. En Humboldt núm. 134, colonia Centro, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México.

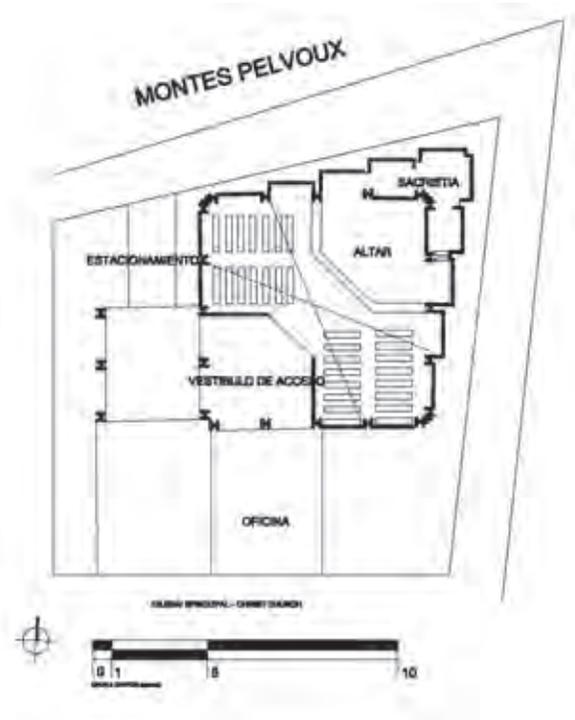
33. *Christ Church Parish 1871-1971*, México, Time-Life International of Mexico, 1971, pp. 3-8.

34. Israel Katzman, *Arquitectura del siglo XIX en México*, México, Trillas, 1993, p. 216.

35. Montes Escandinavos, esquina con Sierra Madre, colonia Lomas de Chapultepec, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.

Planta baja de la iglesia episcopal Christ Church (1988-1990), en Lomas de Chapultepec, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arquitecto Carlos Mijares Bracho. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior de la iglesia episcopal. Fotografías: JPS, 2014



no necesariamente religiosas, pero sí relacionadas con el comercio o la cultura británica. La planta del espacio de culto es un cuadrado girado 45°, con el altar esquinado y dirigido hacia el nororiente, razón por la cual el ingreso al templo es en diagonal; remata un retablo dorado proveniente del templo anterior, al igual que los vitrales y la pila bautismal, las cuales se conservan como símbolos de su historicidad en el país.

La cubierta se forma con seis arcos de concreto entrecruzados, tres en un sentido y tres en otro, de tal manera que se conforma una retícula cuadrada de 16 cuadrados, tal y como lo analiza el especialista en estructuras Luis Fernando Solís:

Los cuatro módulos centrales se localizan a una altura mayor y son horizontales; los 12 restantes que dan al perímetro tienen una pendiente a cuatro aguas. La losa es escalonada, y en algunos de estos módulos se tiene una retícula con iluminación cenital, los tres más cercanos al acceso tienen losa plana, y el opuesto al acceso junto con los otros tres que dan al perímetro están huecos, para dar forma al torreón.³⁶

Este torreón –conformado por una sobreposición de trompas– no se encuentra centralizado, sino en uno de los ángulos del cuadrado de la planta, justo por encima del altar y presbiterio –que tampoco se encuentran en el centro–, además de que al exterior sirve para reforzar la presencia rojiza del

325

36. Luis Fernando Solís Ávila, *Principios estructurales en la arquitectura mexicana*, México, Trillas, 2010, p. 19.



Iglesia Episcopal Christ Church (1988-1990), Lomas de Chapultepec, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del arquitecto Carlos Mijares Bracho. Fotografías: JPS, 2013

templo sobre el entorno urbano mayoritariamente habitacional. Incluso, todos los elementos estructurales se encuentran forrados por ladrillo aparente –es decir, el ladrillo no lleva el soporte estructural–, los cuales le imprimen al templo su característico color rojizo, además de las connotaciones simbólicas como material local y artesanal, característica de los templos regionalistas de esta vertiente expresiva de fin de siglo.

Una posmodernidad inacabada

Las ideas acerca de una posmodernidad arquitectónica –provenientes tanto de Europa como de Estados Unidos– influenciaron a algunos arquitectos mexicanos, quienes pronto pusieron en práctica sus paradigmas morfológicos y tipológicos apelando a una crisis semántica provocada supuestamente por el Movimiento Moderno; en realidad, se trataba de transformaciones que se quedaban en el ámbito de fachadas y diseño de algunos elementos interiores, pero sin modificar las plantas u otro tipo de espacialidades, como sí ocurrió con el movimiento posmoderno en Estados Unidos y algunos países europeos. En el género religioso –nuevamente con independencia de su adscripción religiosa– estas búsquedas no se hicieron esperar, si bien es cierto que

su expresión arquitectónica fue menor en comparación con otros géneros, sí encontró eco tanto en el catolicismo apostólico como en algunas religiones minoritarias. Tres ejemplos se mostrarán brevemente aquí: uno católico, otro evangélico (pentecostal, específicamente) y un templo judío.

La parroquia de San Jerónimo Emiliani es un templo ubicado en la zona sur-poniente de la capital,³⁷ en la mancha urbana que fue creciendo desde los cincuenta sobre las laderas de las colinas que rodean dicha zona de la cuenca del Valle de México. A mediados del siglo XX, a las afueras del antiguo pueblo de Mixcoac comenzaron a edificarse varios conjuntos habitacionales de diversas envergaduras, como la enorme Unidad Habitacional de Santa Fe (1955-1956) diseñada por los arquitectos Mario Pani y su colaborador Luis Ramos Cunningham,³⁸ así como las unidades Lomas de Plateros (1964-68) y Torres de Mixcoac del arquitecto Teodoro González de León (n. 1926) y Abraham Zabludovsky (1924-2003), extensos conjuntos que se erigieron sobre los terrenos que dejó la demolición del antiguo Manicomio General La Castañeda.³⁹ Como podrá suponerse, este incremento acelerado de la densidad habitacional en aquella zona demandaba todo tipo de equipamientos urbanos, entre ellos muchas parroquias católicas, una necesidad espiritual que en muchos

37. Av. Centenario núm. 348, colonia Merced Gómez, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México.

38. Louise Noelle, *Arquitectos contemporáneos de México*, México, Trillas, 1999.

39. Sólo se salvó el edificio del acceso, que fue desmontado piedra por piedra y reconstruido en Amecameca por el ingeniero Arturo Quintana Arrijoja como casa de campo.

casos fue cubierta por las iglesias novohispanas y decimonónicas de los antiguos pueblos y barrios conurbados, pero que en los nuevos asentamientos; fue necesario atender con nuevos templos.

La parroquia de San Jerónimo Emiliani se encuentra en una avenida de intenso flujo vehicular de la zona, la avenida Centenario, arteria que también comunica con los desarrollos residenciales que se construyeron en las partes más altas de aquellos lomeríos del poniente. El templo se encuentra bajo la advocación del santo italiano dedicado a los pobres, el cual ya se había mencionado en los templos de la primera etapa, aquél de la Inmaculada Concepción y Santa María Goretti que se construyó en 1948 en la colonia Argentina, a cargo justamente de la versión femenina de la orden somasca.⁴⁰ Los autores de esta parroquia fueron los arquitectos René Capdevielle Licastro,⁴¹ su hijo René Capdevielle van Dyck y Manuel González Rul, de quien ya se ha mencionado una obra suya para la iglesia ortodoxa griega en el capítulo anterior. El pequeño edificio fue remetido del paño de la calle para permitir un pequeño atrio a manera de vestíbulo y remanso ante la agitada actividad vehicular y peatonal, además de dotarle de una cierta independencia formal a la fachada frente al también heterodoxo contexto urbano, donde se insertó el terreno entre medianeras.

La planta baja es muy sencilla, de una sola nave rectangular, sin apoyos intermedios, pues la cubierta a dos aguas se apoya en los dos muros laterales. Se ingresa por un cuerpo bajo que sirve de basamento a la cubierta de perfil triangular, bajo la cual se abre el acceso centralizado, al que se accede a través de unas escalinatas. Los interiores están llenos de intensos colores, que recuerdan la impronta que dejara Luis Barragán en toda la arquitectura mexicana de la segunda mitad de fin de siglo. Sin embargo, es en su fachada hacia el atrio en donde se percibe los ecos

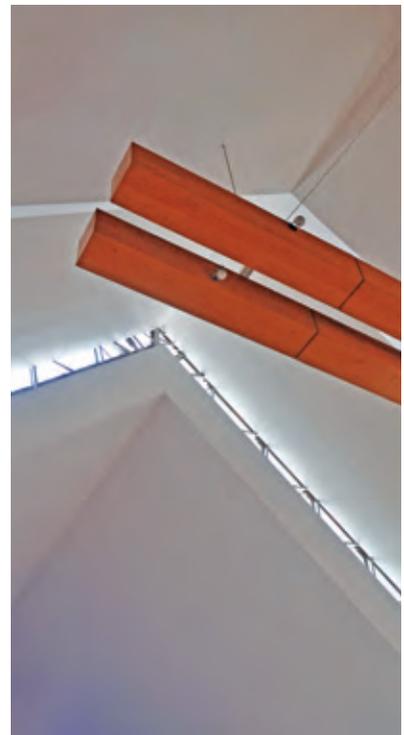
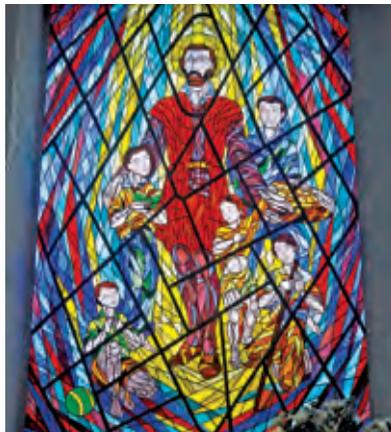
328

Vista exterior de la parroquia de San Jerónimo Emiliani, colonia Merced Gómez, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, de los arquitectos René Capdevielle Licastro, René Capdevielle van Dick y Manuel González Rul. Fotografías: JPS, 2014



40. Se recordará que San Jerónimo Emiliani (1486-1537) fue un veneciano que fundó la Orden de Padres Somascos, también llamada Orden de Clérigos Regulares de Somasca, por la ciudad italiana de ese nombre. Fue establecida en 1568, a partir de una previa Compañía de Siervos de los Pobres originada en 1534.

41. Fue director de la Facultad de Arquitectura de la UNAM de 1973 a 1974.



Parroquia San Jerónimo Emiliani, colonia Merced Gómez, delegación Álvaro Obregón, Ciudad de México, de los arquitectos René Capdevielle Licastro, René Capdevielle van Dyck y Manuel González Rul. Fotografías: JPS, 2014

de la arquitectura posmoderna⁴² –particularmente a las formas del arquitecto italiano Aldo Rossi– a través de un gran triángulo superior –producto a su vez de la cubierta a dos aguas–, donde se inserta una composición aleatoria de ventanas cuadradas moduladas en dos tamaños, en el espacio que correspondería al tímpano de una composición clásica.

Otro ejemplo de templo con cierta influencia de la arquitectura posmoderna fue el templo Bethel en la colonia Escandón, construido para la denominación pentecostal, rama evangélica derivada de las iglesias protestantes históricas desde las primeras décadas del siglo xx, a veces provenientes de las comunidades metodistas y en otras, de las presbiterianas. El propio nombre de “pentecostal” encuentra sus orígenes en la Biblia, como bien lo señala el especialista chileno Rodrigo Vidal Rojas al explicar el origen judaico de esta Iglesia y su posterior vinculación con el cristianismo primitivo:

Pentecostés es el nombre de una de las tres más importantes fiestas celebradas por los judíos, durante las cuales los varones israelitas debían presentarse en el santuario. [...] La fiesta del Pentecostés es la Fiesta del *Shavuot* mencionada en el Pentateuco o *Torá*, durante la cual el agricultor lleva como ofrenda los primeros frutos del año. [...] Mientras los judíos se presentaban en el santuario trayendo los primeros frutos de la cosecha de siete

semanas, cuenta la Biblia que ése día de la Fiesta de la Cosecha o Pentecostés, los apóstoles, tras la predicación de Pedro que siguió a esa manifestación extraordinaria, cosecharon tres mil personas que se unieron a la fe de Cristo, construyendo así la primera iglesia cristiana.⁴³

En México, el movimiento evangélico pentecostal fue afincándose durante todo el siglo xx, pero ha sido en sus últimas tres décadas cuando más ha crecido en las poblaciones urbanas de las grandes capitales. A decir del sociólogo español afincado en México, Alberto Hernández, del Colegio de la Frontera Norte, este crecimiento se debe a cuestiones estructurales que la distinguen de otras comunidades religiosas:

A diferencia de la iglesia católica, más rígida, jerarquizada y burocrática, iglesias como las evangélicas cuentan con una organización horizontal, versátil y flexible que les permite expandirse a varios lugares y estar cerca de los grupos sociales menos atendidos por las instituciones del Estado y por la Iglesia católica. [...] Para varios autores, la clave del proceso de crecimiento de los pentecostales radica en un protestantismo que recupera y posee trazos de continuidad cultural con el pueblo latinoamericano, que tiene gran emotividad y sencillez en su culto, y que es innovador y dinámico en la formación de organizaciones y redes de ayuda mutua.⁴⁴

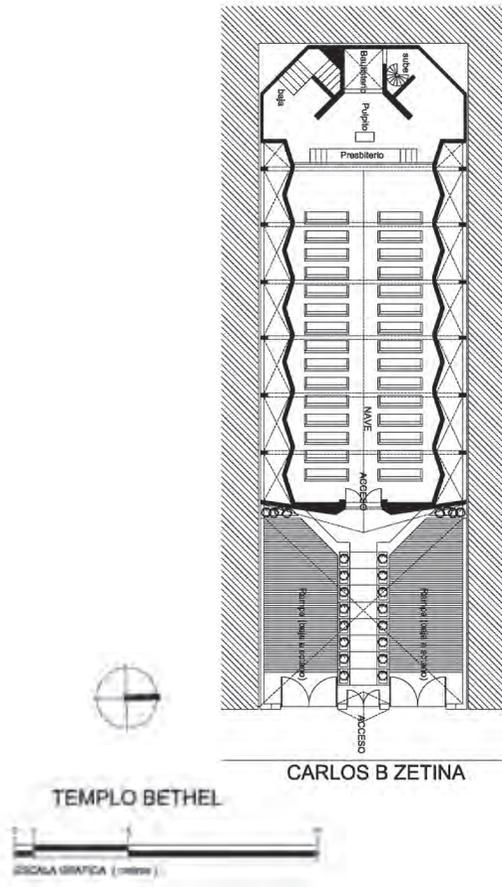
42. No confundir con la etapa de la posmodernidad, en la cual aún nos hallamos.

43. Rodrigo Vidal Rojas, *Entender el templo pentecostal. Elementos, fundamentos, significados*, Chile, Ediciones del Centro Evangélico de Estudios Pentecostales, 2012, p. 14.

44. Alberto Hernández, “El cambio religioso en México”, en Carolina Rivera Farfán y Elizabeth Juárez Cerdí comps., *Más allá del espíritu. Actores, acciones y prácticas en iglesias pentecostales*, México, Publicaciones de la Casa Chata, 2007, p. 64.

Planta del templo pentecostal Bethel, colonia Escandón, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del ingeniero arquitecto Sergio Alberto Ruiz Garza. Dibujo realizado por ASS

Vista exterior del mismo templo pentecostal. Fotografías: JPS, 2014



El templo pentecostal Bethel de la colonia Escandón⁴⁵ fue construido entre 1988-2004 por el ingeniero arquitecto Sergio Alberto Ruiz Garza egresado del Politécnico Nacional y el ingeniero civil Miguel Ángel Ruiz García, sin que hasta ahora se haya podido determinar si eran externos o formaban parte de la propia comunidad evangélica.

El pequeño templo –los evangélicos no suelen utilizar el término “iglesia” para definir sus edificios para el culto– se construyó en un angosto predio entre medianeras, por lo que se recurrió a una vistosa y plástica fachada a fin de ser percibido entre un entorno urbano mayoritariamente habitacional, una zona de clase media urbana que habita tanto en las pocas viviendas unifamiliares que quedan en esta céntrica colonia, como en edificios plurifamiliares de escasos tres y cuatro niveles. La zona posee además un templo católico de inicios de siglo XX –en expresión historicista– y también un cercano Centro de Adoración mormón, lo cual indica la riqueza de credos que en la actualidad existe en la Ciudad de México.

El ingreso al pequeño templo se realiza a través de una escalinata central, a modo de vestíbulo exterior, entre sendas rampas que conducen a un estacionamiento inferior, de tal suerte que el volumen principal se encuentra ligeramente remetido, lo que permite la colocación de dos hileras de angostos árboles que enmarcan la ritualidad hacia el

45. Carlos B. Zetina núm.92, colonia Escandón, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México.



Templo pentecostal Bethel (1988-2004), colonia Escandón, delegación Miguel Hidalgo, Ciudad de México, del ingeniero arquitecto Sergio Alberto Ruiz Garza. Fotografías: JPS, 2014

acceso centralizado y ligeramente elevado. El interior es de una sola nave, angosta y sencilla, que recibe una techumbre metálica inclinada a dos aguas, cubierta con elementos prefabricados. Al fondo de la estrecha nave se encuentra el púlpito dirigido hacia el poniente, como remate de un luminoso interior producto de las vidrieras de colores en ambos lados, las cuales potencian la religiosidad de este pequeño pero interesante templo pentecostal.

Finalmente, el tercer ejemplo con influencia de la arquitectura posmoderna en la Ciudad de México pertenece a la religión judía, y aunque se encuentra territorialmente en la zona conurbada del Estado de México, su inclusión se consideró como muestra de este tipo de expresión arquitectónica de fin de siglo. Se trata de la sinagoga Eliahu Fasja, realizada en 1990 por los arquitectos Elías Fasja y Salomón Gorshtein. Fue construida en la colonia Tecamachalco,⁴⁶ zona donde muchos judíos habían trasladado sus domicilios desde los años setenta del pasado siglo, por lo que requerían de un templo cercano para acudir a pie en atención a sus prescripciones religiosas.

La comunidad de esta sinagoga está integrada fundamentalmente por *jalebis*, aquellos judíos provenientes de Siria,⁴⁷ quienes hacia los años ochenta requerían de un nuevo espacio para el rito ortodoxo, el mayoritario en México. Los hermanos Fasja fueron los principales promotores del proyecto, por ello, en

su honor la sinagoga lleva el nombre de su padre Eliahu. El terreno disponible fue de trece metros de ancho y sesenta de largo, donde los arquitectos solucionaron un vasto conjunto religioso y social que incluye *midrash* (sinagoga pequeña para el rezo), *tebilá* (baño ritual) y salón de fiestas, pues ha de recordarse que dentro del judaísmo las actividades sociales son inseparables de las actividades religiosas y educativas.

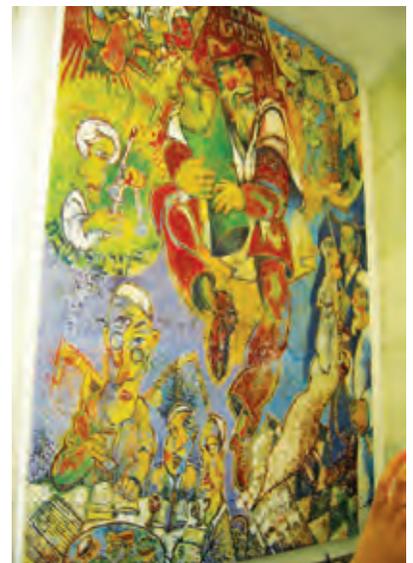
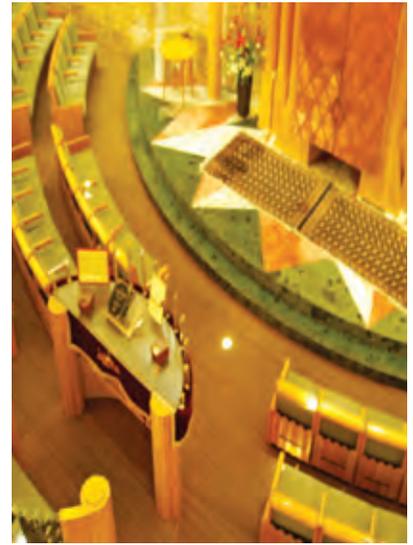
Vista exterior de la sinagoga Eliahu Fasja (1990), colonia Tecamachalco, Huixquilucan, Estado de México, de los arquitectos Elías Fasja y Salomón Gorshtein. Fotografías: ISM, 2005

333



46. Fuente de Templanza núm. 13, colonia Tecamachalco, Huixquilucan, Estado de México.

47. Provenientes de Jalab, nombre hebreo de la ciudad siria de Alepo. Cfr. Mónica Unikel comp., *Sinagogas de México*, México, Fundación Activa, 2002, p. 288.



Sinagoga Eliahu Fasja (1990), colonia Tecamachalco, Huixquilucan, Estado de México, de los arquitectos Eliás Fasja y Salomón Gorshtein. Fotografías: JPS, 2014

Al ingresar al conjunto arquitectónico se llega a un espacio abierto con una fuente circular “para la ceremonia anual del *tashlij*, cuando en vísperas del año nuevo (*Rosh Hashaná*) los judíos deben vaciar sus bolsillos, significando una limpieza espiritual”.⁴⁸ De ahí se transita a un espacio interior vestibular, donde se encuentra un mural titulado “Fiestas y tiempos para la alegría”, obra realizada en 1990 por el artista Eduardo Cohen.

La planta, de una sola nave, tiene forma de abanico –una solución espacial que ya se ha visto empleada por otras religiones–, con una galería superior también circular, donde se colocan las mujeres. El *hejal* o armario sagrado se encuentra dirigido hacia el este, la orientación ritual recomendable, pues es donde se halla Jerusalén, con su púlpito desplazado hacia la feligresía, como suele acostumbrarse en el rito ortodoxo. El muro principal que soporta este armario se destaca por incorporar piezas rugosas de tepetate que recuerdan al Muro de las Lamentaciones del templo de Salomón en Jerusalén, lo cual intensifica el simbolismo que inunda todos los elementos arquitectónicos y enseres de una sinagoga. Todo el interiorismo fue desarrollado por una pareja de hermanos arquitectos, de origen uruguayo, Carlos y Gerard Pascal Wolf, también pertenecientes a la misma comunidad judía, quie-

nes se han destacado en el diseño contemporáneo de muchos espacios comerciales y de oficinas.

Las búsquedas a fin de siglo

Al terminar la vigésima centuria, los templos mexicanos en la Ciudad de México ofrecían un amplio abanico de posibilidades estructurales y constructivas que, combinadas con una gran variedad de plantas arquitectónicas –ortogonales, circulares, triangulares y en abanico–, brindaban posibilidades creativas para los espacios de culto. Con ello, también se incorporaban las transformaciones litúrgicas que cada religión experimentaba. Adicionalmente, las reformas jurídicas de 1991 acerca de la posesión y la propiedad inmobiliaria motivaron a las asociaciones religiosas minoritarias a invertir más recursos económicos para construir templos más grandes –a fin de cubrir el incremento de la feligresía–, así como más altos y llamativos, acorde con el orgullo religioso de sus respectivos fieles y el respeto a la pluralidad religiosa. Y es que si bien el catolicismo apostólico sigue siendo la religión mayoritaria en el país, su decremento se ha mantenido constante, ya sea porque los mexicanos prefieran la opción del ateísmo, o bien porque migran hacia otras religiones que satisfacen mejor sus necesidades espirituales. Estados del sureste como Chiapas, Tabasco o Campeche han alcanzado rangos de 68% de católicos en el último censo de 2010, el cual contrasta con entidades como Guanajuato que aún presenta 98%. A esta situación, alarmante para la grey mayoritaria, se suma también un creciente desinterés de los jóvenes mexicanos por dedicarse a un sacerdocio católico que aún esgrime el celibato obligatorio y la exclusión de las mujeres en actividades sacerdotales, apelando a tradiciones de hace veinte siglos.⁴⁹

48. *Ibid.* p. 238.

49. El manejo del concepto de la “tradición” ha sido ambiguo y acomodaticio a sus circunstancias históricas. Así por ejemplo el mismo papa Francisco ha aceptado que en el cristianismo primitivo había mujeres que participaban activamente en ministerios sacerdotales, sin embargo, esta “tradición” no ha sido suficiente para que en la actualidad se acepte el sacerdocio femenino, como sería lo lógico si siempre apelaran a las tradiciones como fundamento institucional.

En contraste, varias religiones minoritarias –como los Testigos de Jehová, los mormones y los cristianos pentecostales– han crecido exponencialmente, producto sin duda de una intensa campaña proselitista, tanto en zonas urbanas deprimidas económicamente, como en territorios rurales de fuerte presencia indígena. Estos grupos brindan una opción religiosa a los jóvenes, pues sí se permite el casamiento de los ministros y el trabajo no es visto como una pesada carga, sino como un camino para el éxito personal y colectivo, además de alejarlos de las drogas y el alcoholismo, prácticas fuertemente arraigadas por siglos en las comunidades católicas.

336

Los dos ejemplos que se mostrarán a continuación, si bien se sirven de los logros tecnológicos del acero y el concreto, su expresión morfológica es aún deudora de la cosecha de los templos del Movimiento Moderno del siglo xx: el templo de la Esperanza de María en la Resurrección del Señor en la colonia Parques del Pedregal, al extremo sur de la capital, y el nuevo templo de la Luz del Mundo en la colonia Vallejo, en el norte industrial de la Ciudad de México.

El primer ejemplo es el templo católico de la Esperanza de María en la Resurrección del Señor en la colonia Parques del Pedregal (1988-1997),⁵⁰ obra del arquitecto Plutarco J. Barreiro Güemes (1948), –con gran experiencia en géneros de vivienda y

comerciales– y cálculo estructural del ingeniero Enrique Martínez Romero. El extenso predio disponible para el futuro templo se encontraba en una zona de gran complejidad urbana: abruptamente adosado a la vialidad primaria de Periférico sur –lo que merma su percepción adecuada desde los vehículos– y frente a un centro comercial edificado a inicios de los años ochenta (Perisur), mientras que en su parte posterior, el predio miraba hacia una zona residencial privilegiada, tanto por la calidad de sus servicios urbanos como por su cercanía con el Pedregal de San Ángel.

El acceso principal se situó de espaldas a la gran vialidad, mediante unas plazuelas en desniveles que enfatizan la dimensión pública de la parroquia y que brindan un remanso ante el caos vial que inunda aquella zona. También posee acceso vehicular, pues la forma triangular del predio fue aprovechada para colocar zonas de aparcamiento, en respuesta a que la mayor parte de su feligresía no suele acudir a pie, debido sin duda al alto nivel económico al que pertenecen.

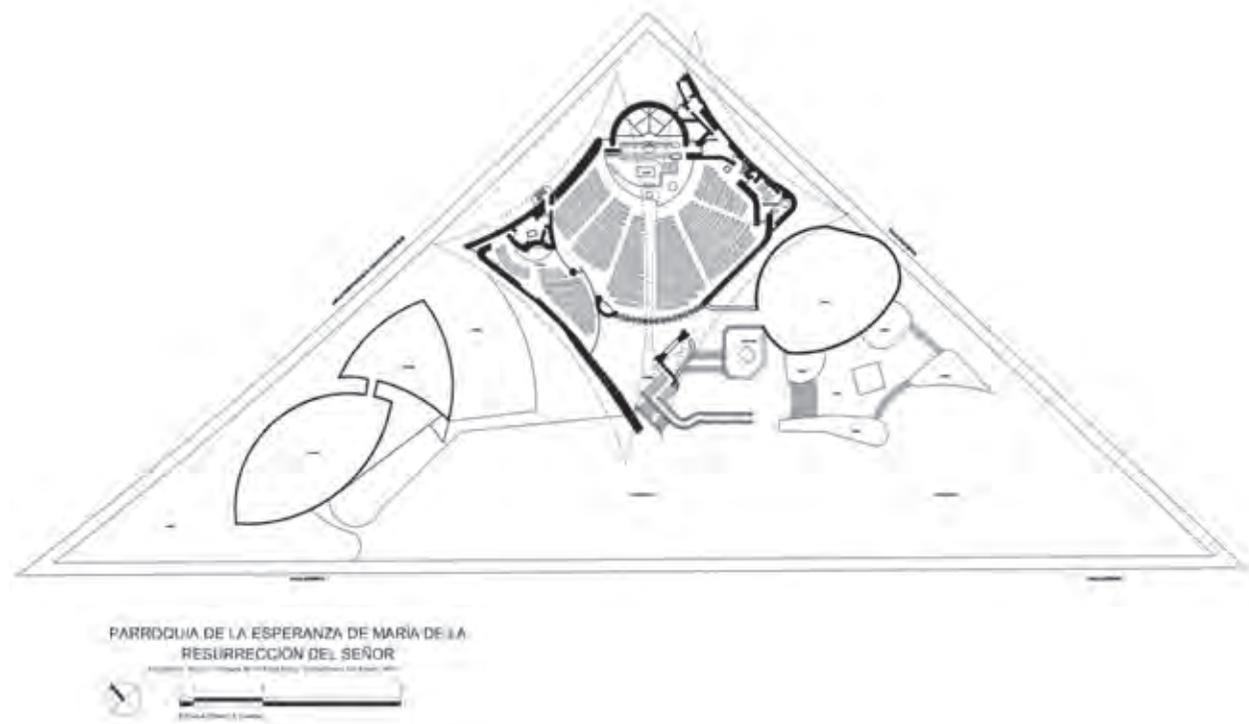
Al interior, el espacio para el culto se resolvió con una sola nave en forma de abanico, una solución que –se recordará– se había utilizado intensamente en el género religioso, pues permitía una gran visibilidad concéntrica sin apoyos intermedios. El gran espacio recibió una característica cubierta de formas alabeadas, resultado de los dos mantos de estructura espacial tridimensional –incorrectamente conocida como “tridilosa”–, las cuales le otorgan su característica silueta que destaca sobre la heterogeneidad morfológica en donde se halla. Para la mayor parte de la feligresía, se trata de formas contrastantes que aspiran a un gran simbolismo religioso; sin embargo, para los arquitectos –o personas inmersas con la cultura arquitectónica del siglo xx– se trata de una

50. Alborada núm. 430, colonia Parques del Pedregal, delegación Tlalpan, Ciudad de México.

emulación superficial de la capilla de Ronchamp del maestro Le Corbusier, razón por la cual suele suscitar animadversión dentro del gremio de los profesionales de la construcción y de los historiadores de la arquitectura.

El segundo y último ejemplo no pertenece a la religión católica apostólica, sino a la iglesia de la Luz del Mundo, aquella comunidad cristiana ya mencio-

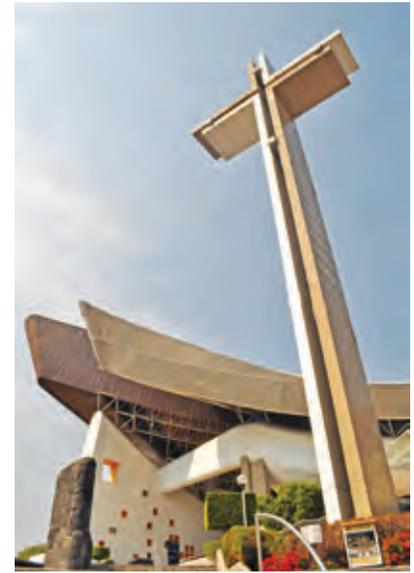
nada en el capítulo anterior, con gran crecimiento en las últimas décadas, no sólo en México, sino también en alguno de los cuarenta países en los que ya tienen presencia. Su primer templo había sido construido en los años sesenta, pero era ya insuficiente y no respondía a las aspiraciones de monumentalidad del hijo del fundador, quien ocupó el liderazgo después de su muerte de aquél.



Planta de conjunto de la parroquia de la Esperanza de María en la Resurrección del Señor (1988-1997), en la colonia Parques del Pedregal, delegación Tlalpan, Ciudad de México, del arquitecto Plutarco Barreiro. Dibujo realizado por JPS, 2014

Vista del mismo templo de la Esperanza de María en la Resurrección del Señor. Fotografías: JPS, 2014





Parroquia de la Esperanza de María en la Resurrección del Señor (1988-1997), en la colonia Parques del Pedregal, delegación Tlalpan, Ciudad de México, del arquitecto Plutarco J. Barreiro Güemez. Fotografías: JPS, 2014

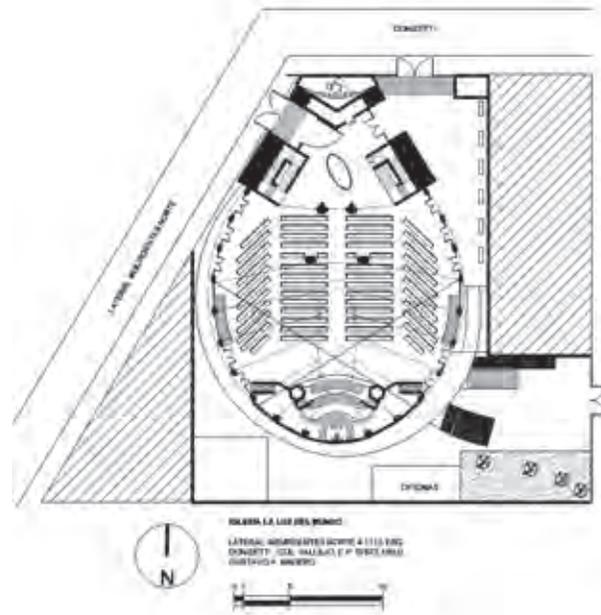
El nuevo Templo Regional de la Iglesia del Dios Vivo, Columna y Apoyo de la Verdad “La Luz del Mundo” (1996-2006) se ubicó en la colonia Vallejo,⁵¹ en un predio relativamente cercano a la basílica de la Villa de Guadalupe. Esta circunstancia motivó el deseo expreso de que la altura final de este nuevo templo superara a la basílica, hecho que se alcanzó por varios metros. Los autores del proyecto fueron el equipo de profesionales integrado por los arquitectos David Correa y Nemías Martínez, ambos miembros activos y observantes dentro de su comunidad, aunque ello no significa que adquirieran un papel sobresaliente como autores del templo, pues valoran la humildad por encima de la vanidad y el egocentrismo profesional.

Su volumetría es claramente visible desde el entorno urbano circundante, no sólo por la característica silueta puntiaguda que posee –a manera de espada monumental–, sino también porque se asienta en la lateral de la avenida Insurgentes, la arteria más importante de la capital mexicana con cerca de 55 kilómetros de desarrollo lineal. No obstante, a diferencia del templo sede en Guadalajara, no posee un emplazamiento urbano al centro de una glorieta, ni construcciones para servicios complementarios o viviendas para la feligresía. De hecho, esta visibilidad urbana de sus templos constituye una característica religiosa de sus últimos treinta años,

51. Av. Insurgentes Norte núm. 1113, esquina con Donizetti, colonia Vallejo, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México.

Planta del templo regional de La Luz del Mundo (1996-2006), colonia Vallejo, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México, de los arquitectos David Correa y Nemías Martínez. Dibujo realizado por ASS, 2012

Vista del mismo templo regional. Fotografías: ISMC, 2012





Templo regional de La Luz del Mundo (1996-2006), colonia Vallejo, delegación Gustavo A. Madero, Ciudad de México, de los arquitectos David Correa y Nemías Martínez. Fotografías: JPS, 2014

una circunstancia inédita en el contexto mexicano mayoritariamente católico, pero potencialmente laico o evangélico. Y es que la hegemonía urbana del catolicismo ha pasado a la historia, pues hoy otras iglesias han comenzado a expresarse de manera rotunda. De hecho, la visibilidad de este nuevo credo se debe a motivos internos y externos: los primeros son producto de la concepción triunfalista y el carácter proselitista de su comunidad, mientras que los externos se deben sin duda a la coyuntura constitucional que permitió, a partir de 1991, la posesión de bienes por parte de las asociaciones religiosas legalmente registradas, lo cual impulsó la posibilidad de invertir sus recursos económicos y humanos, sabedores de que sus bienes seguirán perteneciendo a cada una de las iglesias.

Al templo se accede por cualquiera de las dos calles laterales, justo por debajo de la esbelta aguja que, como monumental hito urbano, es claramente reconocible desde la lejanía; su fachada destaca por el uso de brillantes colores blanco y azul, y por la policromía de los vitrales que iluminan al interior de la nave, donde la penetración de la iluminación natural recuerda simbólicamente la luz de Dios. El interior es de una sola nave elipsoidal, con el altar dirigido hacia el sur y límites circulares y composición simétrica, a pesar de contar con un predio no excesivamente grande, como ocurre con otras sedes estatales.

La sacralidad del interior es indispensable mediante una específica ceremonia de consagración, la cual, como ya se mencionó, es requisito en todos sus templos a cualquier escala: las casas de oración, los templos menores, los templos regionales y el templo sede en Guadalajara, pues ello es condición indispensable para poder celebrar el Culto de Adoración y la administración de los Oficios Sagrados. De hecho, cuando reciben miles de fieles durante sus Fiestas Mayores, asumen que esta sacralidad se extiende a los

espacios públicos aledaños, pues recordemos, conciben a los cuerpos físicos de la propia feligresía como templos de Dios, los cuales, reunidos en colectividad espiritual, conforman la Iglesia o Asamblea reunida.

Al igual que otros templos de esta misma fe, su iconografía combina elementos de origen judeo-cristianos –tales como la Estrella de David o el candelabro de siete brazos– con referencias a la vida del fundador. De hecho, este gusto por lo iconológico está siempre presente en sus espacio de culto, aun y cuando no todos alcancen la preeminencia urbana de las sedes regionales, como ocurre con las pequeñas casas de oración, modestas construcciones que con el tiempo podrían llegar a convertirse en edificaciones importantes.

Y es que a diferencia de otras religiones cristianas, La Luz del Mundo no posee una expresión arquitectónica unitaria; por el contrario, sus ministros permiten toda una gama de escalas y formas con referencias variadas, desde aquéllas –acaso las menos– que aluden a una expresión de vanguardia, hasta las que evocan a arquitecturas lejanas temporal o geográficamente, con formas que recuerdan las culturas islámicas, hindúes, griegas y hasta mesoamericanas y asirias. Esto se pudo constatar en varias de sus templos regionales en México, como el de Tapachula, Chiapas; el de Mérida, Yucatán; el de Fortín de las Flores, en Veracruz, o el de Ciudad Juárez, Chihuahua.⁵² Una diversidad formal que parece ser la característica de los recientes templos de La Luz del Mundo, tanto en México como en otros países, como las formas grecolatinas de los templos de Los Ángeles y Houston, en los Estados Unidos, o los de formas de pirámides mayas en Honduras. De hecho, no parecen aspirar a una homogeneidad formal en su arquitectura pues en la actualidad exhiben múltiples estilos y morfologías, desde las más conservadoras, hasta las más

vanguardistas, pasando por expresiones populares y de inspiración historicista, algunas de las cuales seguramente no saldrían bien libradas de la crítica de los círculos académicos y los gremios profesionales. Esto se debe a que la expresión arquitectónica de sus templos depende del ministro y de los miembros de cada comunidad, quienes deciden las futuras formas por utilizar, siempre enfatizando el orgullo por su pertenencia a su credo, como una luz urbana que ilumina su entorno, con referencias a culturas ancestrales con las que intentan afirmar su identidad histórica, y una diversidad de culturas que tratan de mostrar la dimensión internacional que en la actualidad han conseguido.

Los templos para un nuevo siglo

Como se han mostrado aquí, el siglo xx contribuyó decisivamente al desarrollo de la arquitectura religiosa mexicana, tanto en la capital federal, como en los estados, aunque de momento hayan quedado fuera del campo de estudio del presente libro. Gradualmente se dejaron atrás las tradicionales plantas de cruz latina o griega, para dar paso a plantas de geometrías regulares –cuadrados, rombos, círculos y rectángulos– y más adelante, a soluciones de mayor especulación geométrica –trapezoidales, en abanico, elipsoidales– que fomentaban una

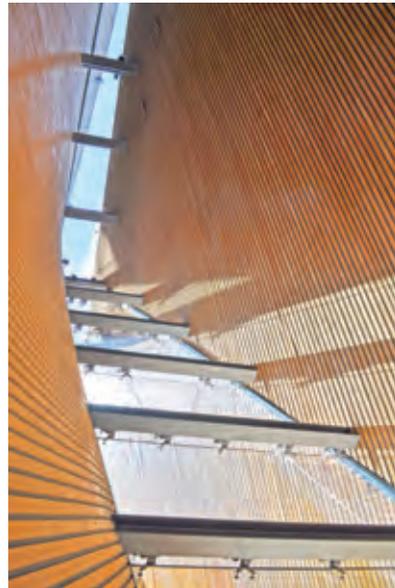
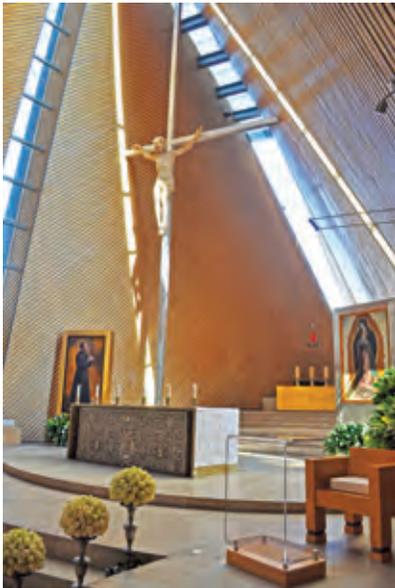
mayor comunicación entre el espacio sagrado y la feligresía circundante. Sus soluciones estructurales y sistemas constructivos legaron un gran abanico de posibilidades, como cascarones y plegaduras de concreto, armaduras y marcos metálicos o cubiertas con estructuras colgantes. Al interior, los elementos artísticos –como esculturas, pinturas, mosaicos y vitrales– abandonaron paulatinamente el carácter figurativo, en búsqueda de la abstracción cargado de simbolismos de vida y muerte.

Probablemente, y a modo de conclusión, se puede mostrar un último ejemplo que ilustra un camino de la arquitectura religiosa a inicios del siglo XXI: la parroquia católica de San José María Escrivá de Balaguer (2008), localizada en la pujante zona comercial y de viviendas de Santa Fe, en el poniente capitalino,⁵³ y enclavada en un contexto urbano de constante y reciente transformación, en comparación con otras colonias de la Ciudad de México. Su autor fue el arquitecto Javier Sordo Madaleno Bringas (1956) –con experiencia principalmente en centros comerciales y edificios de oficinas– quien estudió en la Universidad Iberoamericana, a diferencia de su padre Juan Sordo Madaleno, que fue egresado de la UNAM y a quien ya se ha mencionado en el capítulo anterior como autor del templo de San Ignacio de Loyola en Polanco. Además, participaron en el proyecto

52. Por ejemplo, su templo en Tapachula, Chiapas, expresa su religiosidad mediante formas hindúes con una gigantesca cúpula dorada acebollada –aunque realizada con modernas estructuras de acero– y dos altos minaretes que custodian la entrada principal, volúmenes de escala monumental que se refleja en las fuentes que se encuentran en las plazas de acceso, a la manera del Taj Majal. Muy dis-

tinto es su templo en Mérida, Yucatán, que presenta una volumetría híbrida, de fachadas simétricas, con formas que recuerdan construcciones asirias mezcladas con siluetas de arcos mayas y robustas columnatas, en un predio esquinero sin plazas de acceso, ni entornos habitacionales para la feligresía.

53. Av. Vasco de Quiroga esquina Antonio Dovalí Jaime, colonia Santa Fe, delegación Cuajimalpa, Ciudad de México

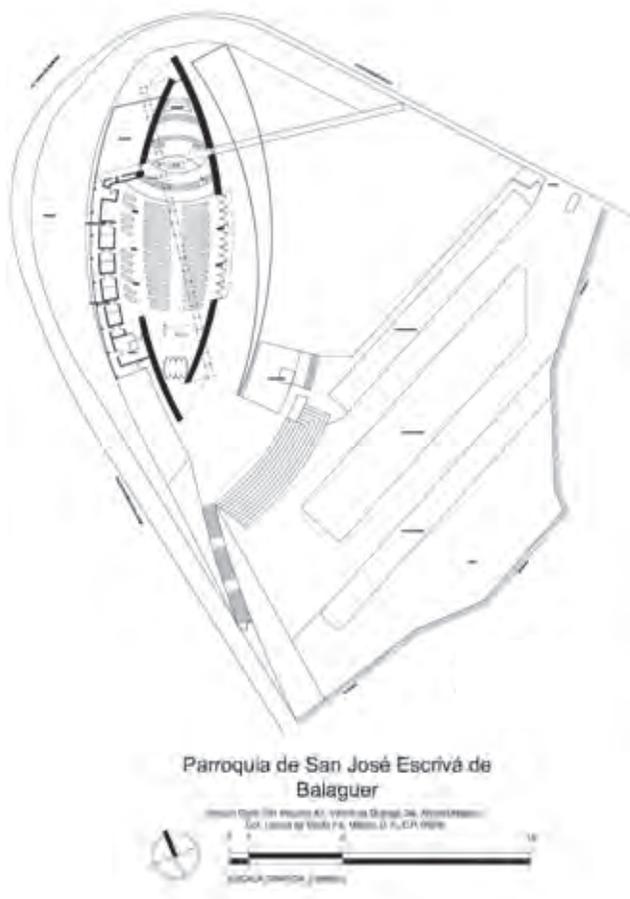


Templo católico de San José María Escrivá de Balaguer (2008), colonia Santa Fe, delegación Cuajimalpa, Ciudad de México, del arquitecto Javier Sordo Madaleno Bringas. Fotografías: JPS, 2014

Planta del conjunto católico de José María Escrivá de Balaguer (2008), colonia Santa Fe, delegación Cuajimalpa, Ciudad de México, del arquitecto Javier Sordo Madaleno Bringas. Dibujo realizado por JPS, 2014

Vistas del mismo templo católico. Fotografías: JPS, 2014

344



del templo en Santa Fe los arquitectos Jorge Isaías Guerrero y Jaime Krasowsky, los ingenieros Marco Hernández R. y Mario Rogero Jiménez en el cálculo estructural y la arquitecta María del Carmen Cantú en el diseño del interior, mientras que el diseño de las instalaciones acústicas corrió a cargo del arquitecto Guillermo Saad y el ingeniero Omar Saad.

El templo se rodeó de taludes de césped y basamento de piedras –que en su interior resguarda los servicios parroquiales complementarios–, sobre un estratégico terreno triangular que anteriormente se utilizaba como vertedero de basura. La volumetría fue muy sencilla: dos grandes muros curvos –estructura de acero recubierta con zinc al exterior y madera al interior– contienen al espacio de culto, mientras que la cubierta es un prolongado tragaluz que se continúa hasta formar una ranura a modo de simbólico acceso. Al interior, el altar se dirigió hacia el nororiente, dentro de un angosto espacio de una sola nave en forma de pez, una figura con evidentes connotaciones cristológicas que ilustra los caminos de una espacialidad religiosa que quiere desligarse de las tradicionales plantas precedentes y explorar nuevas figuras.

Así, esta última obra muestra la búsqueda de una arquitectura religiosa más simbólica y minimalista, que lucha por conservar el liderazgo y la jerarquía urbana de los siglos precedentes, dentro de una sociedad mexicana que, paradójicamente, se muestra cada día más laica y plural, así como más efímera y escéptica de su presente en la tierra y de su futuro espiritual.

Bibliografía

- Arquitectura de la Revolución y Revolución de la Arquitectura*, HAYUM, v. IV, t. I, México, UNAM/FCE
- Attolini Lack, Antonio, "La Santa Cruz del Pedregal, México", en: *Memoria del II Congreso Arquidiocesano de Arte Sacro "La dignidad del espacio celebrativo"*, México, Arquidiócesis de México, 2001
- Binns, J. *Las iglesias cristianas ortodoxas*, Madrid: Akal, 2009 (Trad. de A. M. Muñoz)
- Blanch, Antonio, *Lo estético y lo religioso: cotejo de experiencias y expresiones*, México, UIA/ITESO, 1998,
- Canales, Fernanda, et al. *100 x 100, Arquitectos del siglo XX en México*, México, ARQUINE, 2011
- Chávez Camacho, Roberto Alexis, *El templo de San Rafael Arcángel y San Benito Abad*, México, Libros Virtuales, 2012
- Cruz González Franco, Lourdes, *Francisco J. Serrano, ingeniero civil y arquitecto*, México, UNAM, 1998
- De la Torre, Renée; Gutiérrez Zúñiga, Cristina, *Atlas de la diversidad religiosa*, México, Col. de la Frontera Norte, 2007
- Del Cueto Ruíz-Funes, Juan Ignacio, "La piedra del siglo XX en la arquitectura mexicana", en: Ivan San Martín y Mónica Cejudo, Comp., *Teoría e historia de la arquitectura, pensar, hacer y conservar la arquitectura*, col. Textos FA, México, UNAM, 2012
- Del Cueto Ruíz-Funes, Juan Ignacio, *Arquitectos españoles exiliados en México*, México, UNAM/Bonilla 2014
- Del Cueto, Mariano, "Enrique Carral Icaza: la coherencia de un profesional", en: San Martín Ivan; Mónica Cejudo (Comp.) *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar, hacer y conservar la arquitectura*, Col. Textos Fa, México, UNAM, 2012
- Díaz de Kuri, Martha; Viesca Treviño, Carlos; *Historia del Hospital General de México*, México, Secretaría de Salud, 1994
- Fernández Cobián, Esteban, *El espacio sagrado en la arquitectura española contemporánea España*, Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia, 2005
- Gaarder, Jostein; Hellern, Victor; Notaker, Henry, *El libro de las religiones*, España, Siruela, 2009 (Trad. K. B. Lorenzo)
- Gaytán Alcalá, Felipe, *Las semánticas de lo sagrado*, México, Plaza y Valdés, 2004
- Gil, Paloma, *El templo del siglo XX*, Barcelona, Colegio de Arquitectos de Cataluña, 1999
- González Servín, María Lilia, "Ordenes del espacio habitable en el hospital de Jesús, Ciudad de México, en: revista *Academia XXII*, núm. 10, febrero de 2015, México, UNAM
- González, Pozo, Alberto, *Enrique de la Mora, vida y obra*, Col. Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico, núm. 14, México, INBA, 1981
- Graneris, José, *Las religiones al desnudo: conflictos, misterios y respuestas acerca de la existencia de Dios*, Reditar Libros, Barcelona, 2006
- Hardon, John A., *Las iglesias protestantes de América*, México, Buena Prensa, 1959 (Trad. Pedro Rivera Ramírez)
- Hechos del Apóstol Aarón Joaquín González*, México, Fondo Editorial Berea, 2008

- Hernández, Alberto, "El cambio religioso en México", en: Rivera Farfán, Carolina; Elizabeth Juárez Cerdi (compiladoras), *Más allá del espíritu. Actores, acciones y prácticas en iglesias pentecostales*, México, Publicaciones de la Casa Chata, 2007
- Hernández, Alberto; RIVERA, Carolina (coord.) *Regiones y religiones en México*, México, Colegio de la Frontera Norte y El Colegio de Michoacán, México, 2009
- . *Arquitectura contemporánea mexicana*, México, INAH, 1964
- Katzman, Israel, *Arquitectura del siglo XIX en México*, México, Trillas, 1993 (1ª. ed. 1973)
- Krüger, Cristina, *Órdenes religiosas y monásticas, 2,000 años de arte y cultura cristianos*, España, Ulmann, 2008
- López Aguilera, Nicolás; Romero Martínez Usáí Heleodoro; Aguilar Pérez, Dulce María, *El pensil y su Lupita*, México, 2001
- López Rangel, Rafael, *José Luis Benlliure. Un clásico de la arquitectura contemporánea en México*, México, UNAM/UAM, 2012
- Martínez Assad, Carlos (Comp.) *La ciudad cosmopolita de los inmigrantes*, t. I, México, Gobierno del Distrito Federal, 2009
- Masferrer Kan, Elio (comp), *Sectas o Iglesias: viejos o nuevos movimientos religiosos*, México, Plaza y Janés, 2000
- Mendiola Gómez, María Luisa, Vicente Mendiola, *Un hombre con espíritu del Renacimiento que Vivió en el Siglo XX*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1993
- Meyer, Jean, "Historia de los cristianos en América Latina", México, Ed. Jus, 1999
- Molina Palestina, Oscar, *Breve Historia y Relación del Patrimonio Tangible de la Delegación Miguel Hidalgo*, México, Delegación Miguel Hidalgo, 2012
- Noelle Louise, "Ernesto Gómez Gallardo, arquitecto y diseñador industrial", en: San Martín, Ivan (Comp.) *Reflexiones, esperanzas y lamentos en torno al patrimonio arquitectónico del Movimiento Moderno en México*, México, DoCoMoMo, 2013
- . "Obras del siglo XX", en: *Arquitectura religiosa de la Ciudad de México. Siglos XVI al XX. Una guía*, México, Asociación del Patrimonio Artístico, 2004
- . *Arquitectos contemporáneos de México*, México, Trillas, 1999
- . *Luis Barragán. Búsqueda y creatividad*, México, UNAM, 2004
- Ochoa, Vega, Alejandro, *Modernidad arquitectónica en Sinaloa*, México, UAM, 2004
- Ortiz Macedo, Luis, "Ricardo de Robina, arquitecto, antropólogo, maestro y explorador", en: San Martín Ivan; Mónica Cejudo (Comp.) *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar, hacer y conservar la arquitectura*, Col. Textos Fa, México, UNAM, 2012
- Ortiz Moreno, Maribel, *Un pregonero del amor llamado Enrique S. Trejo y Domínguez*, Veracruz, s/e, 2003
- Peel, Lucy; Powell, Polly; Garrett, Alexander, *Introducción a la arquitectura del siglo XX*, Barcelona, CEAC, 1990.
- Pérez y Fuentes, Pablo, *Santuario de la piedad*, México, Ediciones de La Piedad, 1989

- Plazola Anguiano, Guillermo, *Fray Gabriel Chávez de la Mora*, México, Plazola Editores, 2006
- Quintero, Pablo (Coord.) *Modernidad en la arquitectura mexicana*, México, UAM-Xochimilco, 1990
- Rossell de la Lama, Guillermo, *Espacios, por un destino común*, México, Nuevos Espacios, 2002
- Ruiz, Armando (Comp.) *Arquitectura religiosa de la Ciudad de México. Siglos XVI al XX. Una guía*, México, Asociación del Patrimonio Artístico, 2004
- Ruiz, Armando (Comp.) *Los retablos de la Ciudad de México. Una Guía*, Siglos XVI al XX, México, Asociación del Patrimonio Artístico, 2005
- S/a, José Villagrán García, México, INBA, 1986
- S/a, *Los agustinos ayer y hoy*, México, Provincia de San Nicolás Tolentino en México, 1994
- San Martín, Ivan (Comp.) *Tradición, ornamento y sacralidad. La expresión historicista del s. XX en la Ciudad de México*, México, UNAM, 2012
- San Martín, Ivan, "Los espacios sagrado de don Fernando", en: Guzmán Urbiola, Xavier (Coord.) et al. *Fernando López Carmona, arquitecto, 50 años de enseñanza*, México, UNAM, 2009
- Santa Ana Lozada, Lucía; Santa Ana Lozada, Perla, "Del espacio privado al público. La obra de Juan Sordo Madaleno" en: San Martín Ivan; Mónica Cejudo (Comp.) *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar, hacer y conservar la arquitectura*, Col. Textos Fa, México, UNAM, 2012
- Solís Ávila, Luis Fernando, "El acero en la arquitectura metálica del siglo XX", en: San Martín Ivan; Mónica Cejudo (Comp.) *Teoría e historia de la arquitectura. Pensar, hacer y conservar la arquitectura*, Col. Textos Fa, México, UNAM, 2012
- Solís Ávila, Luis Fernando, *Principios Estructurales en la Arquitectura Mexicana*, México, Trillas, 2010.
- Trabulse Kaim, Antonio, *Dos pueblos, un espíritu. Libaneses en México*, México, Centro Libanés, 2007.
- Unikel Fasja, Mónica (Comp.) *Sinagogas de México*, México, Fundación Activa, 2002
- Vargas Salguero, Ramón (Comp.) *Obras, José Villagrán García, Doctrina de la arquitectura*, México, El Colegio Nacional, 2007
- Vidal Rojas, Rodrigo, *Entender el templo pentecostal. Elementos, fundamentos, significados*, Chile, Ediciones del Centro Evangélico de Estudios Pentecostales, 2012

Hemerografía

- Christ church parish, 1871 Mexico City 1971*, México, *Time-Life International of Mexico*, 1971
- Leal Menegus, Alejandro, "Arquitectura veraz: 90 edificios de apartamentos en la Ciudad de México 1948-1981. Entrevista al ingeniero Boris Albin Subkis", en revista *Academia XXII*, núm. 8, febrero-julio 2014, México, UNAM

Louise Noelle, "Arquitectura religiosa contemporánea en México", en: Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas, v, xv, núm. 57, México, UNAM, 1986

Magaña, Carolina, "Las facetas de un arquitecto completo. Entrevista a Alberto González Pozo", revista *Academia xxii*, núm. 0, febrero de 2010, México, UNAM

Ríos Garza, Carlos, *Arquitectura México 1938-78. Fuentes para la historia de la arquitectura mexicana*, núms. 14, 17, 26, 27, 36, 39, 55, 98, 106, 112, colección Raíces Digital, México, UNAM, 2008

S/a, "Historia de la construcción", en: *El templo de la Medalla Milagrosa: un nuevo estilo arquitectónico*, revista Celebración, núm. 1, México, 2007

San Marín, Ivan, "Arquitectura religiosa del Movimiento Moderno. Contribuciones al espacio público de la Ciudad de México en el siglo xx" en revista *Pragma, Espacio y Comunicación Visual*, año 6, número 12, México, BUAP, abril de 2015

—. "La gran corriente ornamental de la arquitectura religiosa en la Ciudad de México", en: revista *Arquitectónica*, México, Universidad Iberoamericana, 2005

348 —. "La otra arquitectura religiosa de la Ciudad de México", en: revista *Bitácora*, núm. 17, México, UNAM, 2007

Villar Rubio, Jesús, "El templo de la Santa Cruz de Enrique de la Mora y Félix Candela, en San Luis Potosí", revista *Academia xxii*, núm. 2, febrero 2011, México, UNAM

Archivos

Robert Hoferkamp, *History of the Lutheran Church of the Good Shepherd 1948-1988*, documento inédito, Archivo del Buen Pastor, Lomas de Chapultepec, Ciudad de México

Sitios electrónicos

<http://polancoayerhoy.blogspot.mx/2011/09/la-parroquia-francesa.html>

Fierro Gossman, Rafael, "Polanco: las transformaciones de un barrio", publicado el 30 de septiembre de 2011

<http://www.agustinosrecoletos.org>

<http://www.arts-history.mx>

<http://www.sievosprovmex.net/presencia/casaprov/2.html>

<http://www.templodeldivinoredentor.com/>

Tesis

Gutiérrez Arenas, Karla, "Catalogación y análisis de la obra arquitectónica de culto católico de Alberto González Pozo", tesis de licenciatura en arquitectura, 2011, México, UNAM

Mariscal Torraella, tesis de maestría en Historia del Arte, UNAM

Índice de templos

Templos católicos apostólicos en la Ciudad de México

- Asunción de María, colonia Los Cedros / 320-321
- Coronación de Santa María de Guadalupe, colonia Condesa / 241-243
- Cristo de la Paz, colonia Irrigación / 307, 312-213
- Cristo Resucitado y Nuestra Señora de Lourdes, colonia Chapultepec Morales / 222-224
- Cristo Rey y Santa Mónica, colonia Verónica Anzures / 35, 65-69
- Cristo Rey, colonia Portales / 34, 44-46
- Divina Providencia, colonia Ciudad Jardín / 205, 207-208
- Divina Providencia, colonia del Valle / 213, 215, 253
- Divina Providencia, colonia Lindavista / 182-184
- Divino Niño Jesús, colonia Santa Cruz Meyehualco / 182, 211-212
- Divino Redentor, colonia Roma Sur / 166, 176-178
- Esperanza de María en la Resurrección del Señor, colonia Parques del Pedregal / 336-338
- Guadalupe Emperatriz de América, colonia San José Insurgentes / 87, 115-117
- Inmaculada Concepción y Santa María Goretti, colonia Argentina / 34, 48, 51-52, 328
- Inmaculada Concepción, colonia Prado Churubusco / 87, 122, 124-125
- Nuestra Señora Aparecida, colonia Jardín Balbuena / 87, 109-111
- Nuestra Señora de Fátima, colonia Roma Sur / 87, 126-127
- Nuestra Señora de Guadalupe de los Hospitales, colonia Doctores / 166, 179-180, 188
- Nuestra Señora de Guadalupe Reina del Trabajo, colonia Obrero Popular / 206, 208-210, 229
- Nuestra Señora de Guadalupe, colonia Pensil / 87, 97-99, 205
- Nuestra Señora de Guadalupe, colonia Rosedal / 192-194
- Nuestra Señora de Guadalupe, colonia San Rafael / 87-89, 241
- Nuestra Señora de la Esperanza, colonia General Anaya / 213, 307, 310-311
- Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, colonia El Reloj / 198, 200-201
- Nuestra Señora de la Merced, colonia Espartaco / 217, 219-220
- Nuestra Señora de la Piedad, colonia Piedad Narvarte / 34, 52-54, 58, 250
- Nuestra Señora de la Resurrección, colonia Bosques de las Lomas / 244-246
- Nuestra Señora de Líbano, colonia Florida / 261-263

- Nuestra Señora de Lourdes, colonia Lomas Reforma / 188
- Nuestra Señora del Buen Consejo y Preciosa Sangre, colonia Chapultepec Morales / 87, 120-123
- Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San José, colonia Cuauhtémoc / 173, 185-187
- Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, colonia Algarín / 35, 60-62
- Nuestra Señora del Rosario de Fátima, colonia Irrigación / 87, 91, 93-95
- Nuestra Señora del Sagrado Corazón, colonia Juárez / 34, 36-38
- Nuestra Señora del Socorro, colonia Lomas de Chapultepec / 34, 55, 57-60
- Nuestra Señora Reina de la Paz, colonia Verónica Anzures / 87, 112-114
- Nueva Basílica de Guadalupe, colonia Villa de Guadalupe / 182, 247-250, 300, 339
- Purísimo Corazón de María, Colonia del Valle / 34, 45, 48-50
- Sagrada Familia, colonia Portales / 166-169
- Sagrada Familia, colonia Roma / 33, 41
- Sagrado Corazón de Jesús, colonia Pantitlán / 188
- San Antonio de Padua o San Antonio de las Huertas, colonia Tlaxpana / 87, 105-107, 140, 206
- San Antonio de Padua, colonia Nápoles / 166 168, 171-172
- San Antonio de Padua, colonia Xotepingo / 195-197
- San Cayetano, colonia Lindavista / 87, 90-92, 241
- San Ignacio de Loyola, colonia Polanco / 151, 238-241, 342
- San Jerónimo Emiliani, colonia Merced Gómez / 327-329
- San Josemaría Escrivá de Balaguer, colonia Santa Fe / 342-343
- San José de las Palmas, colonia Lomas de Barrilaco / 232-234
- San José de los Obreros, colonia Obrera / 34, 88
- San Nicolas Tolentino, colonia Héroe de Churubusco / 188
- San Pío X, colonia Moctezuma / 87, 130-132
- San Rafael Arcángel y San Benito Abad, colonia San Rafael / 35, 38-40
- Santa Cruz, colonia Jardines del Pedregal de San Ángel / 128-129, 140, 235-237
- Santa Isabel Prima de María Santísima, colonia Santa Isabel Industrial / 241
- Santa María de la Asunción, colonia Copilco Universidad / 225-227
- Santa María de los Apóstoles, colonia Bosques de Tetlameya / 202-205
- Santa María Reina, Unidad Habitacional Independencia / 229-231
- Santa Mónica, colonia Del Valle / 188-190, 219
- Santa Teresita del Niño Jesús, colonia Lomas de Chapultepec / 56, 65
- Santísimo Redentor, colonia Cuauhtémoc / 166, 173-175
- Santo Cristo de la Agonía, colonia Santa María Insurgentes / 87, 118-119

- Santo Tomás Moro, colonia Florida / 216-218
- Santos de América, Unidad Villa Panamericana / 307, 314-315
- Santuario Nacional Sagrado Corazón de Jesús, colonia Narvarte / 35, 63-64
- Virgen de la Medalla Milagrosa, colonia Narvarte / 87, 100-103

Templos católicos apostólicos en los estados

- Basílica de la Purísima Concepción de María, Monterrey, Nuevo León / 35, 42, 58, 91, 96, 140
- Catedral de Nuestra Señora de la Soledad de Acapulco, Guerrero / 112
- Parroquia de Nuestra Señora de Czestochowa, Tecamachalco, Estado de México / 188
- Catedral de San José, Tapachula, Chiapas / 182
- Parroquia de la Santa Cruz, San Luis Potosí, San Luis Potosí / 182-185
- Parroquia de San Antonio de Padua, Huatusco, Xalapa, Veracruz / 137
- Parroquia de San Felipe de Jesús, Estado de México / 319
- Parroquia de San José Obrero, Monterrey, Nuevo León / 182
- Parroquia de San Luis Gonzaga, Guadalajara, Jalisco / 182
- Parroquia del Calvario, Guadalajara, Jalisco / 136
- Santuario La Lomita, Sinaloa, Culiacán / 108-109

351

Capillas católicas apostólicas en la Ciudad de México

- Capilla de la Inmaculada y Purísima Concepción, colonia Roma / 35, 41-44, 96
- Capilla de la Soledad para los Misioneros del Espíritu Santo, colonia Centro de Coyoacán / 87, 140-143
- Capilla de las Hermanas de San Vicente de Paul, colonia Centro de Coyoacán / 87, 146-148, 202
- Capilla de las Madres Capuchinas Sacramentarias del Purísimo Corazón de María, colonia Tlalpan / 87, 134-135
- Capilla del Seminario Conciliar Menor, colonia San Lorenzo Huipulco / 213, 253, 255-256
- Capilla del Seminario Mayor para las Misiones Extranjeras, colonia Tlalpan / 87, 136, 138-139
- Capilla Hospitalaria del Sanatorio de la Sociedad de Beneficencia Española, colonia Granada / 149-150, 238

Capillas católicas apostólicas en los estados

- Capilla de la Abadía del Tepeyac, Cuautitlán Izcalli, Estado de México / 257-258
- Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, Ario de Rosales, Michoacán / 213

- Capilla de Palmira, en Cuernavaca, Morelos / 267
- Capilla del Cementerio de Huatusco, Veracruz / 319
- Capilla del Monasterio de Santa María de la Resurrección, Cuernavaca, Morelos / 144, 256
- Capilla del Seminario Menor, en Uruapan, Michoacán / 182
- Capilla para Peregrinos, San Juan de los Lagos, Jalisco / 182

Templos católicos ortodoxos

- Catedral Ortodoxa de América de la Ascensión del Señor, colonia Peñón de los Baños / 269
- Catedral Ortodoxa Griega de Santa Sofía, colonia Lomas Hipódromo, Naucalpan, Estado de México / 266-268

Templos católicos anglicanos/episcopales

352

- Episcopal Christ Church, colonia Lomas de Chapultepec / 324-326

Templos protestantes/evangélicos

- Bautista de Estrella de Belén, colonia Letrán Valle / 307-309
- Evangélica Luterana de Habla Alemana en México, colonia Mixcoac / 154-156
- Metodista El Buen Pastor, colonia Xoco / 273-275
- Pentecostal Bethel, colonia Escandón / 330-332
- Presbiteriano Príncipe de Paz, colonia Centro / 278
- Presbiteriano Puerta de Salvación, colonia Chimalistac / 278-280
- Primera Iglesia Bautista, colonia Guerrero / 70-72, 235

Templos de La Luz del Mundo

- Primer templo La Luz del Mundo, colonia Vallejo / 286-287
- Templo regional La Luz del Mundo, colonia Vallejo / 339-340

Templos adventistas

- Templo adventista del Séptimo Día, colonia San Rafael / 282-284
- Templo adventista del Séptimo Día, colonia Escandón / 283
- Templo adventista del Séptimo Día, colonia San Popotla / 283

Templos mormones

- Templo Regional de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, colonia Aragón / 307

Templos de los testigos de Jehová

- Salón del Reino, colonia Ajusco / 318

Sinagogas

- Adat Israel, colonia Álamos Postal / 77-79
- Agudat Ajim, colonia Condesa / 158-161
- Bet-El, colonia Chapultepec Morales / 294-296
- Bet Itzjak, colonia Polanco / 291-293
- Eliahu Fasja, colonia Tecamachalco, Estado de México / 333-334
- Maguen David, colonia Polanco / 297-298
- Monte Sinaí, colonia Roma / 78, 80-81, 235
- Nidje Israel, colonia Centro / 74-76
- Nidje Israel, colonia Condesa / 288-290

353

Capillas ecuménicas

- Capilla ecuménica “La Paz” en Acapulco, Guerrero / 257, 259

Arquitectos, ingenieros y constructores

354

- Albarrán, Ricardo / 35, 63, 65
Albin Subkis, Boris / 291-293
Alonso, Joaquín / 35, 63
Álvarez Domenzain, Juan / 87, 115-117
Álvarez Ordóñez, Joaquín / 96, 267
Anaya Duarte, Juan / 53
Arouesty, Alberto / 146, 182
Aspiazu, José / 145, 182
Attolini Lack, Antonio / 130, 235-238
Ávila, Ernesto / 108
Barocio, Alberto / 71-72
Barocio, Graciela / 71-72
Barragán Morfín, Luis Ramiro / 87, 134-135, 328
Barreiro Güemes, Plutarco J. / 336-338
Beitman, Gregorio / 77-78
Benlliure, José Luis / 57, 105, 247, 253
Bordes Vértiz, José / 115, 117
Bravo, José / 115, 117
Broid, Pascual / 289
Calderón, Héctor M. / 97
Cándano Montemayor, José / 241-243
Candela Outeriño, Félix / 87, 96, 98, 100, 102-108, 134, 140, 142-143, 146, 148, 162, 181-182, 188, 193, 238, 252, 267
Cantú, María del Carmen / 344
Capdevielle Licastro, René / 328
Capdevielle van Dick, René / 328
Carmona, Vicente / 316
Carral Icaza, Enrique / 167-169
Carrasco Navarrete, Honorato / 87, 130-133, 213-217, 253, 255-256, 300, 310-311, 316
Castelló, José / 115
Chávez de la Mora, Gabriel / 110, 144, 203, 223, 247, 252, 254, 257-259, 300
Chelminsky, Abraham / 158, 160-161, 289
Correa, David / 339-340
Cortina del Valle, Juan / 244-246
Creixell del Moral, José / 35, 41-43, 122, 124-126, 134, 252
De la Mora y Palomar, Enrique / 42, 87, 96, 105-108, 134, 140, 142, 143, 145, 146, 148, 162, 181, 188, 192, 193, 206, 252, 300, 320
De Robina Rothiot, Ricardo / 87, 112-115
Escalante, Rafael / 108
Fara, Rafael / 232-234
Farah, Julian / 297-298
Farías Arce, Rafael / 55, 57, 59
Fasja, Elías / 333-334
Favela, Leonardo / 113
Fernández Cangas, José / 173-175
Fernández del Cueto, R. / 120-121, 123
Fernández Flores, Jorge / 55
Fernández Miret, Pedro / 101
Fernández, Raúl / 170-172
Fierro, F. / 120-121, 123

Finkel, Boris / 289
Galdsen, Julio / 55
García Corona, Antonio / 113
García del Valle y Villagrán, Gabriel / 35, 55,
57-62, 136, 139-140
García Gómez, Carlos / 87, 118-119
García Rendón, Ricardo / 97
Gerson, León / 78, 80-81
Gerson, Salomón / 75-78, 80-81, 158
Gómez Gallardo, Ernesto / 87, 112-114
Gómez García, José 115
González Durazo, Luis 53
González Flores, Manuel 247
González Pozo, Alberto / 97, 146, 181,
192-198, 200-204, 209, 300
González Rul, Manuel / 328
González y Lobo, Carlos / 319
Gorozpe, Manuel / 33
Gorshtein, Salomón / 333-334
Guerrero, Jorge Isaías / 344
Gutiérrez Pichardo, Ciro / 66
Gutiérrez, Raúl F. / 128, 136, 139, 235
Hanhausen Albert, José / 126
Hernández Madrigal, Benjamín / 310-311
Hernández R., Marco / 344
Herrasti Dondé, Jaime / 229-231
Herrasti Ortiz de Montellanos, Germán / 181,
208-210, 229
Herrera, Jorge / 241-243
Hinojosa Zozaya, Pedro Héctor 87,
120-121, 123
Hume, Guillermo / 297-298
Ibargüengoitia, Eduardo / 202-204
Jiménez Galindo, Eduardo / 229-231

Jinich, Miguel / 75-77
Krasowsky, Jaime / 344
Lagenscheidt, Enrique / 35, 53-54
Landa Verdugo, Agustín / 109, 221-227
Landa Verdugo, Enrique / 221-227
Larrosa, Manuel / 266-268
Lazo, Carlos / 88
López Carmona, Fernando / 87, 96,
105-107, 134, 140, 142-143, 146, 148,
181-182, 188-191, 252, 300, 320-321
López Peimbert, Salvador / 145, 182
Mariscal Barroso, Nicolás / 87, 118-119
Mariscal y Piña, Federico Ernesto / 63, 112,
118, 149
Mariscal y Piña, Nicolás / 39, 97, 118
Martínez Romero, Enrique / 336
Martínez, Nemías / 339-340
Medina, Carlos / 170-172
Méndez Llinás, Emilio / 35, 37
Mendiola Quezada, Vicente / 35, 37
Mendizábal, José Antonio / 128, 136,
139, 235
Mijares Bracho, Carlos / 324-326
Mijares, Rafael / 47
Miquelajáuregui, Ramón / 267
Molina Montes, Jorge / 87, 108-109, 111
Molina, Luis F. / 109
Mondragón, Jorge / 257
Monet, Enrique / 38, 40
Muñoz García, Antonio / 35, 42, 45-49
Oehler Brueckner, Wolfram / 216-218
Oliva Salinas, Juan Gerardo / 225
Olvera, Luis / 35, 47, 49
Ortega, G. / 93

Ortiz de Zárate, Gonzalo / 108
Orvañanos, Benjamín / 63
Pani Darqui, Mario / 35, 66-68, 105, 109,
213, 327
Pascal Wolf, Carlos / 335
Pascal Wolf, Gerard / 335
Peña Galeano, Mateo Rafael / 100
Pérez de la Huerta, Amaury / 213-215, 253,
255-256
Quilez, Pablo / 115
Quintanilla, Andrés / 56
Ramírez Vázquez, Pedro / 247-249
Ramos Cunningham, Luis / 327
Rebolledo Rivadeneyra, Miguel / 33, 35,
44-47, 49, 63, 87-88
Rincón, José Luis / 211-212
Ríos López, Carlos / 188-190, 316
Roger Jimémez, Mario / 344
Roncal y Gómez Palacio, Salvador / 39-40
Rossell de la Lama, Guillermo / 266-268
Ruiz García, Miguel Ángel / 331
Ruiz Garza, Sergio Alberto / 331-332
Saad Eljure, Guillermo / 251, 344
Saad, Omar / 344
Sánchez Ochoa, Jorge / 146, 182
Sánchez, Salvador / 115
Sanz de la Calzada, Arturo / 101
Schoenhofer, Alejandro / 247
Segura, Jorge / 108

Serrano y Álvarez de la Rosa, Francisco José /
63, 87-92, 241
Serur, David / 297-298, 300
Sordo Madaleno Bringas, Javier / 238-239,
342-344
Sordo Madaleno, Juan / 149-151, 238-241,
252, 342
Tarditi, Carlos / 63
Tena, José / 108
Tonda Magallón, Juan Antonio / 96-97, 146,
181-182, 185-187, 193, 196-197, 199,
200-204, 206, 211-212, 300
Torres Zapién, Antonio Francisco / 87, 98-99,
181, 205, 207-208
Torres Zapién, Carlos Guillermo / 181,
206-208
Urquiaga, Vicente / 63
Valladares, José F. / 278-280
Valverde, Javier / 232-234
Vargas Salguero, Ramón / 58
Vega, Leopoldo / 241
Velasco Lafargue, Ernesto / 115
Venguer, Samuel / 294-296
Verdager, José / 38, 40
Vilchis Platas, Leonardo / 193-194, 199,
200-201
Villagrán García, José / 39, 55, 58, 87,
128-129, 134, 136-140, 185, 235-238
Zamora Gavaldón, Miguel / 307-309
Zeevaert Wiechers, Leonardo / 87, 90

Artistas plásticos

Almaraz, Salvador / 65
Alvarado, Elías / 238
Álvarez, María Eugenia / 100, 206
Arellano, Pedro / 238
Ascalón, Adir / 159, 289, 292, 295
Ballester, Antonio / 48, 105
Basich Leija, Zita / 185
Belkin, Arnold / 289
Cantú Garza, Federico / 138
Cardinale, Giulia / 209
Cohen, Eduardo / 335
Cruz, Pedro / 48
De las Peñas, José / 205
De Veyrac, Jacques / 225
Elizondo, Fidias / 170
Estudios Marco / 174
Favier Orendain, Claudio / 239, 259
Göeritz, Mathías / 135, 299, 300
Hofmann, Kitzia / 144, 147
Hofmann-Isenbourg, Herbert / 57-58, 144,
191, 238

Ibarra González, Brigido Clemente / 67
Lapayere, Ramón / 191
Lifshitz, Elías / 289
López, Francisco J. / 48
Marco, Víctor F. / 90
Medina Guzmán, Pedro / 53, 250
Nierman, Leonardo / 289
Pani, Arturo / 295, 300
Paulsen Camba, Ernesto / 223
Quezada Medrano, Armando / 66
Reyes Meza, José / 195, 198, 205
Ritter, Jorge / 105, 181
Ritter, Patricia / 105, 181
Shor, Enrique / 300
Vasarely Gyozo, Víctor / 244
Vitales Escalerillas / 105
Vitales Peñas / 225
Zagury, Jacques / 297
Zamora Castro, Sergio / 308

Agradecimientos

358

Ada Avendaño Enciso
Alberto González Pozo
Alberto Moreno Guzmán
Benjamín Haro Hernández
Carlos González y Lobo
Celia Facio Salazar
Dolores Martínez Orralde
Esteban Fernández Cobián
Gabriel Chávez de la Mora
Honorato Carrasco Mahr
Jesús Ruiz Munilla
Juan Benito Artigas Hernández
Juan Gerardo Oliva Salinas
José Luis Creixell
Louise Noelle Gras Gas
Lourdes Cruz González Franco
Lucía Santa Ana Lozada
Luis David Román Ruiz
Luis Márquez
Luz María Herrasti Coqui
Ma. Cristina Valerdi Nochebuena
Mónica Cejudo Collera
Mónica del Arenal Pérez
Monica Unikel Fasja
Oscar Molina Palestina
Pablo García del Valle y Blanco
Raquel Franklin Unkind
Rodrigo Vidal Rojas
Rubí Baroccio Castells
Armando Ruíz
Sara Topelson de Gringberg
Xavier Cortés Rocha
Yáñez Ventura, Marco Antonio

Prestadores de servicio social en la UNAM

Carlos de Silva Magallanes
Carlos Hano Narcia
Edén Hernández Cruz
Filiberto González Mendoza
Gabriela Ivonne Reyes Yáñez
Julio César Laguna Solís
Rosa Iveth Hinojosa Gómez
Sergio Mendoza Vázquez

Prestadores de práctica profesional supervisada en la UNAM

Andrea Guzmán Ibáñez (dibujos)
Josué Pérez Sánchez (fotografías)

Becarios del Verano de la Investigación Científica (AMC)

Rafael Mancilla Walles (axonométricos)

Instituciones

British Society de México
Comisión de Arte Sacro del Episcopado Mexicano
Docomomo México
Iglesia Anglicana de México
Iglesia de La Luz del Mundo
Iglesia Nacional Presbiteriana
Iglesia Ortodoxa de Antioquía
Iglesia Ortodoxa Griega
Instituto Nacional de Bellas Artes
Museo de la Ciudad de Guadalajara
Museo del Mormonismo en México
Primera Iglesia Bautista

Primera Iglesia del Cristo Científico en México
Provincia de San Nicolás Tolentino en México
Universidad Anáhuac México Norte
Universidad Iberoamericana
Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

Archivos

Dirección de Archivo e Historia de la Iglesia Metodista
Fondo Reservado del Archivo de San Carlos

Estructura, abstracción y sacralidad

La arquitectura religiosa del Movimiento
Moderno en la Ciudad de México

Ivan San Martín Córdova

se terminó de imprimir en la
Ciudad de México en noviembre de 2016,
con un tiraje de 500 ejemplares en los talleres de
Estampa Artes Gráficas, Privada de Doctor Márquez 53, Col. Doctores
Tels. (55) 5530 5289/ (55) 5530 5526 / (55) 5530 9239
Correo electrónico: estampa.direccion@gmail.com

La incorporación del Movimiento Moderno en el diseño de las iglesias, templos y sinagogas en México fue ligeramente tardía, en comparación con otros géneros arquitectónicos —como el habitacional o el educativo— ya que durante las primeras décadas del siglo XX las feligresías y sus respectivos sacerdotes, pastores o rabinos prefirieron el historicismo arquitectónico apegado a la tradición y el gusto estético del ornamento.

Fue en la década de los treinta —una vez superada la Guerra Cristera— cuando la modernidad comenzó gradualmente a ganar terreno, hasta finalmente convertirse en la expresión preponderante de la arquitectura religiosa.

Cuatro grandes etapas pueden reconocerse en la Ciudad de México, definidas por una variedad de plantas arquitectónicas, materiales, sistemas constructivos y elementos estructurales, los cuales se combinaron con esculturas, pinturas, mosaicos, vitrales, mobiliario y objetos utilitarios, producto de las directrices litúrgicas que cada religión marcaba.

Hoy, cuando nuestro presente se aleja cada vez más del siglo XX y poseemos una perspectiva social más respetuosa y plural —al menos en las grandes ciudades— parecería que finalmente tenemos la distancia histórica indispensable para evaluar el legado arquitectónico de aquellos templos, iglesias y sinagogas, obras que acaso probablemente constituyen el ideal profesional de muchos arquitectos: poder diseñar algún día la casa de Dios.

Ivan San Martín Córdova

Arquitecto y maestro en Urbanismo por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y doctor en arquitectura por la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC), España. Es investigador titular de tiempo completo en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Sus investigaciones se han centrado en la historia y la teoría de la arquitectura mexicana del siglo XX, particularmente sobre el género religioso en México, y en la obra arquitectónica de los ingenieros civiles y militares. Fue editor fundador de la revista *Academia XXII* de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. En 2011 recibió el premio Juan O'Gorman de investigación por el Colegio de Arquitectos de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del Conacyt, de ICOMOS México, del Comité Internacional de Críticos de Arquitectura (CICA) y miembro fundador del capítulo mexicano de DOCOMOMO, del cual es su Secretario desde 2010.



ISBN: 978-607-02-8702-2

